

Lucía Herrero

Empujones
del **DESTINO**

¿PUEDES EVITAR AMAR
AL HOMBRE DE TU VIDA?



EMPUJONES DEL DESTINO

Lucía Herrero

Copyright © 2014 - Lucía Herrero. Obra registrada.

Safe Creative: 1312309702189

Los personajes y acontecimientos de este libro son ficticios y cualquier parecido con personajes reales, vivos o fallecidos, es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Este libro está dedicado:

A mi familia y amigos, por haber hecho de mí lo que soy.

A las locas de mi “Club de lectura”, que desde el principio me animaron a perseguir mi sueño: Anna, Bea, Cecilia, Claudia, Cristina, Erika, Karen, Mar, Marina, Marta, Mónica y Rosa.

Sabéis cuánto os debo, chicas.

A mi marido... por todo.

Gracias.

Lucía.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1.](#)

[CAPÍTULO 2.](#)

[CAPÍTULO 3.](#)

[CAPÍTULO 4.](#)

[CAPÍTULO 5.](#)

[CAPÍTULO 6.](#)

[CAPÍTULO 7.](#)

[CAPÍTULO 8.](#)

[CAPÍTULO 9.](#)

[CAPÍTULO 10.](#)

[CAPÍTULO 11.](#)

[CAPÍTULO 12.](#)

[CAPÍTULO 13.](#)

[CAPÍTULO 14.](#)

[CAPÍTULO 15.](#)

[CAPÍTULO 16.](#)

[CAPÍTULO 17.](#)

[CAPÍTULO 18.](#)

[CAPÍTULO 19.](#)

[CAPÍTULO 20.](#)

[CAPÍTULO 21.](#)

[CAPÍTULO 22.](#)

[CAPÍTULO 23.](#)

[CAPÍTULO 24.](#)

[CAPÍTULO 25.](#)

[CAPÍTULO 26.](#)

[CAPÍTULO 27.](#)

[CAPÍTULO 28.](#)

[CAPÍTULO 29.](#)

CAPÍTULO 30.

CAPÍTULO 31.

EPÍLOGO

CAPÍTULO 1.

—¡Nadia, ven a ver la terraza, es una pasada! ¡Y mira qué vistas!

Acabo de acudir a la llamada de mi amiga Ruth, que está apoyada en la barandilla de la terraza de la habitación de nuestro hotel, cuando nos sorprende una voz de hombre grave y profunda, con un deje inequívocamente golfo.

—Tú sí que eres una pasada, preciosa. Y acabas de mejorar exponencialmente el paisaje.

Las dos nos giramos a un tiempo hacia la terraza contigua y vemos a un tipo apoyado también en la barandilla. No es mucho mayor que nosotras, probablemente no llegue a los treinta. Ruth lo mira de medio lado con esa sonrisa provocadora que consigue que se meta a los hombres en el bolsillo sin ningún esfuerzo adicional. Le gusta. Y no la culpo, la verdad, el chico tiene un cuerpazo. Es alto y fibroso, con la piel bronceada y unos ojos aguamarina espectaculares. Lleva el pelo rubio corto, casi al estilo militar, va sin camiseta y tiene algunos tatuajes en los brazos.

—Vaya... hola, vecino.

—¿Acabáis de llegar, no? Porque no recuerdo haberte visto antes...

Ruth le sigue sonriendo.

—Te acordarías, guapo. Me llamo Ruth, y ella es Nadia.

—Daniel. Y aquel que está dormido bajo esa revista es Harry.

Tanto Ruth como yo estiramos el cuello para ver al susodicho. Es inútil, tal y como ha dicho Daniel, está dormido y oculto por una revista de informática.

—Un placer. Nos vemos por ahí —le dice Ruth con desparpajo. Y sin más, me empuja hacia el interior y cierra la puerta de la terraza.

—Joder con el vecinito... ¡está bueno que se rompe! —dice nada más entrar.

—¿Y por qué no has hablado un poco más con él?

—Porque yo no soy una chica fácil ¿qué te crees? Y no hemos hecho más que llegar, prefiero ver un poco más la mercancía antes de quedarme con el primero que me encuentre.

Nos reímos las dos al mismo tiempo. Ruth no es una chica fácil, no, es la que elige la presa y se la lleva de calle en cuanto chasquea los dedos en su dirección.

Si Daniel le gusta, no necesita invertir más tiempo en él, le bastará una mirada y esta misma noche lo tendrá ladrando a la puerta como un perrito.

Deshacemos las maletas y nos duchamos antes de arreglarnos para cenar. Esta semana en Mallorca es un premio para ambas después de haber trabajado durante todo el año. Además, después de dos meses, por fin siento que he superado el duelo después de romper con Miguel, y estoy lista para divertirme. Y desde luego las dos pretendemos divertirnos de lo lindo.

Bajamos al restaurante del hotel y echamos un vistazo al buffet. Todo tiene una pinta increíble.

—Nena, ya podemos andarnos con cuidado o estas vacaciones nos costarán una talla más —bromea Ruth.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer... —le digo sonriendo.

—¿Follar mucho para quemar calorías? —se burla ella.

—¡No, bruta, tener cuidado de no cebarte!

Nos partimos de la risa y nos servimos los platos. Cenamos entre charlas y bromas, y tras el postre, subimos a la habitación a coger los bolsos para irnos de marcha.

—Podíamos encontrarnos al vecino buenorro ¿no crees? —me dice Ruth.

—Seguramente saldrán por ahí. Igual tienes suerte y te lo encuentras.

—¿Perdona? Querrás decir que igual él tiene suerte y nos vemos por ahí... Que vale, reconozco que es muy mono, pero tampoco me interesa tanto...

Esta Ruth es de lo que no hay. Me río descaradamente de ella y su forma de hacerse la interesante.

—Vengaaaa..., que te conozco. Te gusta. Y oye, que está muy bueno, las cosas como son. ¿Serán ingleses? Ha dicho que su amigo se llamaba Harry...

—Pero ha pronunciado "Daniel" en español. Parecía que tenía algo de acento, pero como para ser inglés no... Puede que su amigo lo sea. Igual él es español y vive allí. O igual son hijos de ingleses pero viven en España...

—Chica, para lo poco que dices que te interesa estás barajando todas las posibilidades sobre su origen —me burlo.

Salimos del hotel y nos dejamos llevar por la música y la diversión hasta bien entrada la noche. Regresamos agotadas de bailar y reír, pero con la moral por las nubes. A pesar de no haber visto a nuestros vecinos de habitación, nos han llovido los ligues. O al menos las ocasiones, porque ninguno de los candidatos nos interesaba lo suficiente como para pasar de bailes, copas y risas. Al fin y al cabo, nosotras no nos vamos con el primero que se pone a tiro.

Por la mañana aún nos levantamos a tiempo para desayunar e irnos a la playa. Comemos en un chiringuito y dormimos una buena siesta bajo la sombrilla para compensar las horas de sueño que le hemos robado a la noche anterior. Nos bañamos, tomamos el sol un rato más y después regresamos al hotel para ducharnos antes de la cena. Mientras Ruth se ducha, me asomo a la terraza, arrastrada por la curiosidad, pero aparentemente los vecinos no están en la habitación. Ni siquiera se ve luz.

Nos tomamos con más calma la segunda noche, aunque acabamos en un bar latino bailando como locas. Ruth dedica un rato a tontear con un chico cubano pero aparentemente tampoco le interesa lo suficiente como para pasar de unos besos y algo de roce. Menos mal, porque yo tampoco he encontrado nadie que me interese y no me apetece irme sola al hotel.

Al siguiente día nos levantamos también para desayunar y bajamos a la piscina. Tiene una amplia zona de hamacas y el agua está a la temperatura perfecta. Tomamos el sol, nos bañamos y nos tumbamos de nuevo en las hamacas otro rato, hasta la hora de comer. Entonces subimos las cosas a la habitación y decidimos acercarnos a un restaurante chino que hemos visto en las proximidades del hotel. Nos encanta la comida china, y además es estupenda, así que la disfrutamos como niñas. Después nos tomamos un café en una terraza cercana y regresamos al hotel.

Mientras me lavo los dientes, Ruth sale a la terraza para ver si la piscina está muy llena. La oigo hablar con alguien y me acerco. Me puede la curiosidad. Reconozco enseguida la voz de Daniel.

—Hola preciosa. Me alegro de volver a verte. ¿Dónde te has metido, que no nos hemos encontrado por ahí?

Oigo como Ruth le responde.

—Soy una chica ocupada.

—¿Y qué planes tienes para las próximas horas?

—Bajarme a la piscina con mi amiga.

—¡Qué casualidad! Lo mismo que estábamos pensando hacer nosotros.

—Pues mira, igual entonces nos encontramos —le dice ella haciéndose la interesante. Y acto seguido la veo entrar diciéndole por encima del hombro:

—Hasta luego, rubito.

Me mira con los ojos como platos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Venga, vámonos a la piscina. Los inglesitos bajan ahora.

—¿Los inglesitos?

—Bueno, los vecinos, ya sabes. Acabo de hablar con Daniel.

—Ya te he oído, loca. Te estás poniendo en “modo caza”, que te veo.

—Es más que probable —se ríe ella—. Por el momento voy a ponerme el bikini blanco, que me queda de muerte.

A pesar de las prisas, tardamos veinte minutos en bajar a la piscina. Me lo estoy pasando genial viendo a Ruth preparar toda la artillería pesada para ligarse al vecinito cañón. Se ha puesto su mejor bikini con una minifalda vaquera y un top minúsculo que deja al descubierto su vientre plano y perfecto. Como si no fuera a enseñar ya casi todo con el bikini. Yo opto por un vestido playero, fresco y cómodo. Para lo que me va a durar puesto, no necesito complicarme más.

Apenas hemos dado dos pasos en el área de la piscina cuando oímos una voz inconfundible que nos llama.

—¡Eh, preciosas, aquí!

Ruth mira hacia Daniel, que nos hace señas con la mano. Sonríe y me susurra.

—¡Joder! ¿Has visto a su amigo? ¡Si parece un modelo de pasarela!

Miro con atención al otro chico. Para llamarse Harry no parece muy británico. Es moreno y con el pelo oscuro.

Cuando nos acercamos más el chico se quita las gafas de sol, y nos descubre unos impresionantes ojos azules.

Y me resulta extrañamente familiar.

Daniel nos señala dos hamacas contiguas y nos dice con una amplia sonrisa:

—Para que veáis. Os hemos reservado sitio y todo.

Ruth le responde con una sonrisa burlona.

—¿Y quién dice que tengamos intenciones de quedarnos aquí con vosotros?

Él no pierde la sonrisa.

—Podéis intentar buscar otras hamacas libres, si queréis...

Miro alrededor y compruebo que no queda ni una más.

Ruth deja su bolsa sobre una de las hamacas y se quita el top y la falda. Yo la imité sonriendo. Daniel no le quita ojo.

—De acuerdo, guaperas, nos quedamos

Se vuelve hacia el chico moreno y le pregunta con una sonrisa:

—Tú eras el que dormitaba bajo la revista, ¿no?

Él se pasa la mano por el pelo, sonriendo con aparente timidez.

—Ese era yo. Tú debes de ser Ruth.

—La misma.

El chico me mira entonces a mí con curiosidad.

—¿Y tú eres...?

—Nadia.

—¡Nadia! Bonito nombre.

—Gracias.

—¿Por Nadia Comanecchi?

Parpadeo varias veces, sorprendida.

—Pues sí...

Él frunce el ceño y me mira con más atención.

—¿Quién te lo puso?

—¿Perdona?

—Que quién eligió tu nombre, si no es indiscreción...

Me encojo de hombros, sin saber muy bien a qué viene la pregunta.

—Mi padre. Se traga todos los acontecimientos deportivos que dan por la tele, desde los mundiales de cualquier disciplina hasta las Olimpiadas, pasando por la liga, el Roland Garros, la Vuelta, el Tour...

—Ya, y si hubieras sido un chico te llamarías Björn, y te pasarías la vida explicando que te lo pusieron por Björn Borg, el tenista...

Ahí sí que me quedo muerta.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Daniel y Ruth se miran alucinados.

—¿No me recuerdas? Yo te conozco.

—Él dijo que te llamabas Harry. Yo no conozco a nadie con ese nombre.

—Me llamo Samuel, Samuel Harrison. Mis amigos a veces me llaman Harry. ¿Sabes ahora quién soy?

Me deja literalmente boquiabierto. No es posible. Samuel ve mi cara y sonrío.

—Claro que sabes quién soy. Anda que no he corrido veces detrás de ti.

—¿Samuel! ¿Tú eres Samuel? ¡Pero si hace como veinte años que no te veo!

Ruth se cansa de pasar la vista de uno a otro como si estuviera viendo ping-pong y decide intervenir.

—Vale, vale, vale... ¿me puedes aclarar qué pasa aquí? ¿En serio os conocéis? ¿Y de qué, si puede saberse?

Es Samuel quien le responde, divertido y al parecer disfrutando de mi cara

de asombro.

—Nadia y yo fuimos vecinos, vivimos puerta con puerta hasta que mi familia se mudó a Londres cuando yo tenía diez años.

—¿Y cuántos tenías tú entonces? —me pregunta mi amiga.

—Seis —le respondo sin dudar—. Samuel me lleva cuatro. Mi hermana y yo nos pasábamos tardes enteras en su casa, y ellos en la nuestra.

—¿Qué es de tu hermana Sole? —me pregunta él entonces.

—Está casada y tiene una niña preciosa.

—¿Seguís viviendo en Madrid?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo he pasado por Londres, Roma, Oporto, otra vez Londres... Ahora vivo allí.

—¿Y tus hermanos?

Ruth vuelve a interrumpirnos.

—Anda, Nadia, siéntate y ponte al día, que se ve que tenéis mucho que contaros. Yo me voy a bañar ¿vale?

—Te acompaño, preciosa —le dice Daniel con su sonrisa pícara— Ponte aquí si quieres, Nadia.

Retira la toalla de la hamaca contigua a la de Samuel y la pone en la siguiente, y después sigue a Ruth al agua, dejándonos solos.

Miro a Samuel otra vez. Es increíble que sea él. Lo recuerdo como un niño alto y bastante guapo, pero bien mirado, ahora es un hombre espectacular. Echo la toalla sobre la hamaca que me ha dejado Daniel y me siento a su lado. Trato de esforzarme en recordar en qué punto nos han interrumpido y por fin lo recuerdo.

—Te preguntaba por tus hermanos.

—Mis hermanos, sí... Pues a ver, Annabel vive en Roma. Se casó con un italiano y tiene dos niños. Elías vive también en Londres, como yo. Se casó, pero ahora está divorciado. También tiene una niña. Y Soraya lleva algo más de un año viviendo en Ibiza.

—¿En serio? Me acuerdo mucho de ella, jugábamos mucho juntas.

—Pero jugabas más conmigo.

Le sonrío al recordarlo. Es cierto. Aunque Soraya era de mi misma edad, y a menudo jugaba con Sole y conmigo, yo siempre prefería jugar con Samuel. La pequeña de los Harrison era una niña bastante torpe y muy femenina, y sin embargo yo era bastante chico. Me encantaba correr, subirme a los sitios más insospechados y jugar con juguetes de chico, desde soldados de plástico hasta coches y camiones, pasando por supuesto por el balón. Para Samuel creo que era casi como un hermano pequeño, ya que su hermano Elías le llevaba seis años y era ya un adolescente muy poco interesado en jugar con su hermano menor. Soraya solo jugaba con muñecas, así que él era mi compañero de juegos. Los ratos que pasábamos juntos constituyen algunos de los mejores recuerdos de mi infancia, y seguro que también de la suya. Y ahora estamos aquí, juntos, en el mismo hotel de Mallorca. Y nos hemos encontrado veinte años después de habernos visto por última vez porque nos han tocado habitaciones contiguas. ¡Quién lo iba a decir! Curiosidades del destino.

Seguimos un rato charlando, recordando nuestros juegos de la infancia y la gente con la que ambos crecimos hasta el día en que él se marchó. Samuel me cuenta que su padre murió hace ya diez años. Su madre tardó mucho en recuperarse, porque eran una pareja muy unida. Cuando Soraya, la pequeña de los cuatro hermanos, se fue a la universidad, la señora María decidió regresar a Portugal, donde vive su hermana, y allí sigue viviendo aún.

Samuel tiene una curiosa mezcla de nacionalidades. Su padre era británico de madre italiana, y su madre portuguesa de madre española. Me cuenta que tras dejar España, en todos estos años su familia ha vivido en el Reino Unido, Italia y Portugal. Por supuesto habla con fluidez los cuatro idiomas y gracias a eso, trabaja en una academia como profesor.

Yo le cuento que mis padres siguen viviendo en Madrid, y en la misma casa de siempre. Sole vive cerca de ellos, y le echan a menudo una mano con mi sobrina, Candela, que tiene cuatro años. Samuel se ríe al contarme que recuerda a Sole como una niña sabihonda y mandona, que no obstante, hacía buenas migas con su hermana Soraya.

En cambio yo me entendía mejor con él.

Ni siquiera nos damos cuenta de que Daniel y Ruth han salido de la piscina y se han tumbado en las hamacas junto a nosotros. Nos pasamos la tarde charlando y solo cuando la gente empieza a marcharse, vemos que se nos ha pasado el tiempo volando.

—Bueno ¿qué? —pregunta Ruth—. ¿Nos vamos? Porque si os dejamos podéis seguir hablando toda la noche, por lo que se ve.

Daniel se ríe.

—Tío, no te había visto hablar tanto en mi vida. Podemos cenar y salir por ahí juntos, si queréis, así podéis seguir hablando todo lo que os apetezca.

A Ruth le encanta la idea y subimos a las habitaciones a ducharnos y cambiarnos para la cena. Quedamos media hora más tarde para bajar a cenar al restaurante del hotel y el resto de la noche ya veremos cómo van saliendo las cosas.

Ruth está casi más emocionada que yo, que ya es decir.

—¡Joder con tu vecinito, está buenísimo!

—Ya era guapo de pequeño —le digo sonriendo.

—Pero seguro que no tenía ese cuerpazo. Madre de Dios..., si tiene un torso que parece cincelado en piedra...

—¿Y Daniel qué? Porque tampoco está mal ¿no?

La sonrisa de Ruth la delata.

—Daniel cae como que yo me llamo Ruth, nena. Además de estar tremendo es divertido, descarado, simpático... Perfecto para un rollo de verano.

—La verdad es que es absolutamente tu tipo.

—Sí que lo es —se ríe ella.

Nos duchamos y nos vestimos tan rápido como podemos, porque no queremos hacer esperar a los chicos. Ruth se pone unos shorts blancos con un top negro y sandalias negras de tacón, y yo una minifalda azul de punto con una camiseta negra de brillos, y también mis sandalias altas de cuña. Ella se maquilla poco pero a conciencia, resaltando sus ojos oscuros. Cada detalle de su atuendo está pensado para que Daniel no pueda quitarle el ojo de encima en toda la noche. Yo me arreglo pero tampoco me vuelvo loca, vamos. No

pretendo cazar a Samuel.

Salimos al pasillo a la vez que ellos. Daniel lleva vaqueros y una camiseta azul. Samuel también vaqueros, aunque más oscuros, y una sencilla camiseta blanca. Y está espectacular, parece mentira.

Bajamos al restaurante y nos sentamos los cuatro en una mesa. La verdad es que nos divertimos cenando con ellos. Daniel es un provocador nato, y Ruth le sigue el juego encantada. Consigue sacarle que es hijo de españoles afincados en Londres, creo que la única opción que no habíamos contemplado. Samuel y él fueron compañeros de colegio y aún siguen siendo amigos.

Cuando acabamos de cenar los chicos proponen coger un taxi e irnos al centro de Palma. A nosotras nos parece bien mientras empezamos por un café, si no, no funcionamos igual. Nos llevan a unos sitios increíbles. El que más me gusta es un bar donde al parecer todas las noches hay actuaciones en vivo, especialmente de grupos de rock. Los de hoy son muy buenos, la verdad. Parece que a los cuatro nos gusta más o menos el mismo tipo de música. Pero después resulta que aterrizamos en un karaoke. Aunque habría apostado un brazo a que estos dos no cantan si no están borrachos perdidos, me sorprenden por completo. Me muero de risa viendo cantar a Ruth con Daniel "Como un lobo" de Miguel Bosé y Bimba Bosé. Lo cierto es que les queda genial, y la viven. Este no se escapa, lo que yo decía.

Están a punto de terminar y yo todavía me estoy riendo cuando Samuel se acerca a mi oído y me pregunta si conozco "*Don't go breaking my heart*" de Elton John.

—Sí, claro ¿por qué?

—Porque es la que vamos a cantar tú y yo.

Todavía no he conseguido cerrar la boca cuando me coge de la mano y me arrastra al escenario. ¡Qué vergüenza por favor! Hace siglos que no canto en un karaoke..., pero él empieza a cantar y se me olvida el resto de la gente. Me dejo llevar y me lo paso bomba cantando con él.

Tras una noche de lo más completa, en la que por supuesto acabamos en una discoteca donde Ruth y Daniel empiezan a restregarse descaradamente el uno contra el otro, por mucho que ellos lo llamen bailar, la parejita se decide a sincerarse con nosotros. Daniel se acerca a Samuel mientras Ruth me arrastra

al baño.

Me mira con ojitos de cordero degollado y luego me dice lo que llevo rato esperando oír.

—Nadia... quiero pasar la noche con Daniel.

—¿No me digas? —me burlo—. Pues no se te nota nada...

—No seas mala... ¿Samuel y tú no pensáis pasar a mayores...? Ya me entiendes...

El pulso se me acelera. Estoy muy a gusto con él, es guapo para morirse y parece que haya sido mi vecino hasta ayer mismo y no hasta hace veinte años, pero no sé si es buena idea enrollarme con él.

Ruth no espera a que le responda.

—Venga, si no te lo quieres tirar, por lo menos quédate con él y déjame dormir con Daniel, total, estamos en la habitación de al lado, y además, es más que probable que vosotros dos os paséis la noche hablando de cuando erais pequeños. Es lo que habéis hecho casi todo el tiempo desde que os habéis reencontrado.

—¿Y si él tiene otros planes?

—¿Qué planes, acostarse contigo?

—No, idiota, no creo que él esté pensando en eso tampoco. Quiero decir que quizás le apetece buscarse otro ligue por ahí.

—No seas boba, si lleva toda la noche pegado a ti como una lapa. Si quieres sexo, no me cabe duda de que te lo dará encantado, y si quieres charla, se pasará la noche en vela hablando contigo.

—Mira que eres lianta...

Cuando salimos, Samuel viene hacia mí completamente serio.

—Nadia, si quieres me bajo a dormir a la playa, no tengo inconveniente en dejarte la habitación para ti sola si te incomoda compartirla conmigo.

—Sí, hombre, lo que faltaba. Como si fuera a echarte de tu cuarto porque estos dos estén con el calentón subido.

—También puedo quedarme en la terraza. O podemos quedarnos los dos

hablando hasta dormirnos, o hasta que se haga de día.

Le sonrío sin reservas. Me encantaría charlar con él todo lo que queda de noche.

—Pues venga, hecho. Vamos a coger un taxi y al hotel, que en cuanto nos descuidemos, nos pilla el amanecer —dice Daniel riendo y estrechando a Ruth contra él.

Samuel los mira y me sonrío, y ahora ya no estoy muy segura de cómo acabará esta noche.

CAPÍTULO 2.

En todo el trayecto desde la discoteca hasta el hotel, Daniel y Ruth no paran de meterse mano y comerse la boca. Samuel se ha sentado delante, y me mira de vez en cuando por el espejo. Diría que está más incómodo que otra cosa. Y eso que la que va sentada junto a los tortolitos soy yo.

Cuando por fin llegamos, los dos caminan abrazados hasta la habitación, mientras Samuel y yo los seguimos a unos pasos de distancia. Ruth abre la puerta y Daniel prácticamente se abalanza sobre ella. Antes de que podamos reaccionar, nos han dado con la puerta en las narices. Me quedo mirando a Samuel, sin saber muy bien qué hacer. No tengo pijama, ni neceser, ni ropa para cambiarme mañana.

Él me mira con una sonrisa divertida.

—Tienen prisa ¿no? ¿Necesitabas coger algo?

—Pues no sé..., el neceser, el pijama..., pero bueno, me arreglaré.

—Si te sirve, te dejo una camiseta.

Solo de pensar en dormir en bragas con una camiseta de él, empiezo a sentir un hormigueo en el estómago que rápidamente se extiende a mi entrepierna.

Me gusta. Samuel me gusta mucho. Y no quiero hacer ninguna tontería esta noche, pero no sé si voy a poder evitarlo.

Abre la puerta de la habitación contigua y me invita a pasar. Es igual que la nuestra. Dejo mi bolso sobre una silla y me giro hacia él, sin saber muy bien qué hacer.

Mira mis sandalias con una sonrisa cómplice y me hace un gesto con la cabeza.

—Descálzate si quieres. Debes de tener los pies destrozados con esos tacones.

Me quito las sandalias y no puedo contener un suspiro de alivio cuando mis pies se apoyan planos en el suelo. Lo cierto es que aunque son muy cómodas, las cuñas son altas y la noche ha sido larga.

—¿Tienes sueño? —me pregunta tranquilamente.

—Bueno... Estoy cansada, pero no tengo mucho sueño. ¿Y tú?

—No. Todavía me retumba en los oídos la música de la disco. ¿Nos sentamos un rato fuera? Hace muy buena noche.

Le sigo a la terraza y me siento en la silla que él deja libre. Se descalza y suspira también como si se hubiera quitado un peso de encima, lo que me provoca una sonrisa.

—¿Qué? —me pregunta en tono provocador—. A mí también me duelen los pies, que hemos caminado y bailado mucho esta noche...

—Pues menos mal que no llevas tacones... —me burlo.

Se me queda mirando con una sonrisa indefinible en la cara. No puedo evitar preguntarle:

—¿En qué piensas?

—En que has cambiado mucho.

Me río sin reparos. Vaya afirmación, como si veinte años pudieran pasar sin dejar cambios.

—¿Y qué esperabas? ¿Que aún llevara coletas?

—No me refiero solo a eso. Tienes el pelo más oscuro, lo recordaba casi rubio y ahora es castaño. También lo tenías más liso, ahora es ondulado, casi rizado.

—Mi madre me lo cepillaba, pero tengo ondas naturales. A veces me lo aliso pero normalmente lo llevo como hoy.

—Pues me gusta más así. ¿El color es natural o teñido?

—Natural.

—Tiene reflejos dorados.

—Es que yo era rubia —me burlo—, algo debería quedar...

—Lo que no ha cambiado son tus ojos.

Le miro sin comprender.

—Sigues teniendo esos ojos grandes y curiosos que me seguían a todas

partes. Casi verdes en verano y casi castaños en invierno ¿no? Cambian con la luz.

—Pardos. Mi madre dice que son pardos.

—Ojos de gata. Pero antes eras un gatito curioso e inocente..., un bebé.

—Sigo siendo curiosa.

—Pero ya no tan inocente ¿no?

No sé si me gusta el rumbo que está tomando esta conversación. Oírlo hablar en esos términos, que parece que todo lo dice con doble sentido, me excita. No puedo evitar sentirme atraída por él. Está soberbio repantingado en la silla, con los pies descalzos, esos vaqueros oscuros y la camiseta blanca ceñida al cuerpo.

—Ya no soy una niña —consigo responder, tratando de que mi voz no le incite a pensar que me estoy insinuando. Porque no quiero insinuarme..., creo.

—No, no lo eres. Eres una mujer. Y una mujer preciosa.

Me sonrojo inmediatamente, y Samuel parece percibir mi incomodidad, porque rápidamente cambia de tema. Me empieza a hablar de su familia y charlamos y charlamos durante al menos una hora, quizás dos. Después, el cansancio empieza a hacer mella en nosotros y la conversación languidece poco a poco. No soy consciente de que me he dormido hasta que siento las sábanas frías de la cama bajo mi cuerpo. Samuel me está poniendo en la cama con cuidado. Abro los ojos y me agarro a él casi instintivamente.

—Me he dormido.

—Sí. Solo te estaba dejando en la cama.

Está aún inclinado sobre mí, con un brazo por detrás de mi espalda y otro bajo mis rodillas. Miro su boca, que de repente es tan apetecible que casi no puedo resistirme a comérmela. Por un momento el tiempo parece detenerse y lo único que oigo es el ritmo rápido de la respiración de ambos. Nuestros corazones están alterados. Excitados. El cansancio se ha evaporado y nos hemos despertado de golpe. Vuelvo a mirar su boca y sé que la quiero. Ahora.

Pero no me da tiempo a llegar a ella. Es él quien se lanza sobre la mía sin previo aviso.

El primer roce es suave, como si temiera que vaya a rechazarlo. Pero cuando le echo los brazos al cuello y lo atraigo hacia mí, presiona sus labios con más fuerza sobre los míos y su lengua empuja sin dudarle ni un segundo más.

Y yo la recibo encantada. El beso se vuelve salvaje y pasional. Nos devoramos el uno al otro mientras nuestra temperatura sube por momentos. Solo se separa de mí para susurrar con dulzura:

—Nadia...

Se arrodilla en la cama sobre mí, medio incorporado. No quiero que diga nada. No quiero pensar. Sé que no es buena idea tener un rollo con él porque no es un tío del que pueda olvidarme mañana. Es Samuel. Era probablemente mi mejor amigo a los seis años y tiene guardado un hueco en mi corazón desde entonces. Lo tendrá siempre. Sé que no debería dejar que pasara, pero no puedo evitarlo.

Le deseo desesperadamente.

Casi le arranco la camiseta, mientras él tira con suavidad de la mía. Le suelto los botones de los vaqueros con dificultad, porque el arrebató ha tenido un efecto fulminante en él. Tiene una erección más que prometedora empujando la tela a través de sus calzoncillos blancos de Calvin Klein.

Consigo bajarle los vaqueros a la cadera mientras él tira de mi falda de punto y me deja también en ropa interior. Cuando consigo sacarle los pantalones, pasa un dedo por la tira de encaje de mi sujetador de encaje azul marino y la desliza suavemente por el hombro para después tirar de la copa hacia abajo y dejar mi pecho al descubierto, a merced de su boca. Cuando siento su lengua en el pezón todo mi cuerpo se estremece como gelatina. Ahogo un gemido y lo veo sonreír con picardía.

Su mano baja entonces hasta el tanga, a juego con el sujetador. Pasa los dedos con suavidad por encima de la tela y después me acaricia el culo, casi completamente desnudo, salvo por la pequeña tira de tela que sube por en medio de mis nalgas. Vuelve a mi entrepierna y hace a un lado la escasa tela para acariciarme cuidadosamente con las yemas de los dedos índice y corazón. Cuando vuelvo a gemir sintiendo que me mojo irremediablemente bajo su toque, mete de nuevo la lengua en mi boca y me besa hasta el límite de

la cordura.

Me atonta por completo. Ahora mismo sé que haría cualquier cosa que él quisiera. Me tiene completamente a su merced.

Sin soltarme de su beso posesivo, meto la mano en su calzoncillo y lo siento gemir en mi boca. Eso me da alas. Me ayuda a quitárselo y se deshace con habilidad de mi sujetador, apartando las manos de mi sexo y dejándome con ganas de más. Me coge ambos pechos en las manos y sonrío como si pensara que tienen la medida perfecta. Yo solo quiero que me devore entera. Y no se hace esperar. Se mete un pezón en la boca y lo chupa con una intensidad que me marea. Hace lo mismo con el otro. Yo me agarro a su cuerpo duro y caliente, deseando que haga algo que me quite este ansia de él que se me ha despertado de golpe y sin previo aviso, y amenaza con volverme loca.

Lo quiero dentro y lo quiero ya.

Consigo deshacerme del amarre de su boca y susurrarle con los labios inflamados y magullados a base de besos:

—¿Tienes condones?

Sin responderme, mete la mano en el cajón de la mesilla y saca un par de envoltorios metalizados. Sonríe mientras le arranco uno de la mano y lo abro con destreza y rapidez.

—Dios, Nadia..., me encantas. Eres jodidamente perfecta...

—Tú tampoco estás mal... —me burlo. Acaricio su erección brevemente antes de ponerle el preservativo. Me gusta. Está duro como una roca, y creo que en cuanto a tamaño está claramente por encima de la media. Su sonrisa me dice que le encanta la admiración que refleja mi cara.

Vuelve a besarme con intensidad y devoción, mientras pasa los pulgares indolentemente sobre mis pezones, haciendo que se endurezcan como pequeños guijarros. Los pellizca con cuidado y cuando suelto un gemido, se aparta de mi boca, tira de mí y me arranca el tanga, que no se rompe de milagro. Se arrodilla entre mis piernas deslizándose su pene ansioso y dispuesto por mi vagina, que está tan hinchada y resbaladiza que casi me duele de pura ansiedad. Mete los brazos bajo mis rodillas y me levanta como si no pesara nada, arrastrándome hacia él. Se desliza suavemente dentro de mí en toda su longitud, llenándome por completo. La sensación es tan increíble que echo

atrás la cabeza y aspiro el aire con fuerza por la boca, como si me ahogara. Me siento tan completa como si él fuera una parte de mí que hubiera perdido hace mucho tiempo.

Mi abandono lo vuelve loco y empieza a embestirme con dureza. Sus estocadas son bruscas y profundas y me arrancan gemidos desesperados. Siento su cuerpo empujar contra el mío mientras me miro en sus ojos azules, vidriosos de deseo. El torbellino de sensaciones crece en mi vientre, donde lo siento llegar tan profundo como dudo que haya llegado antes ningún otro. Me falta el aire cuando la tensión es tan fuerte que creo que voy a morirme si no me da lo que necesito.

Necesito liberar esta tensión, necesito correrme desesperadamente. Y necesito sentir que él se corre conmigo.

Cuando me levanta un poco más y cambia ligeramente el ángulo de la penetración, los fuegos artificiales llenan la habitación y grito como una loca cuando un orgasmo demoledor me roba la consciencia por un segundo. Le clavo las uñas y tras un par de empujones más, se desploma sobre mí mientras lo siento latir en mi interior, con un gemido ronco. Los espasmos de mi orgasmo aún provocan algunos estremecimientos más en su cuerpo, hasta que finalmente, me suelta las piernas, que aún mantenía levantadas, y se apoya en el colchón para descargarme de parte de su peso.

Suspira profundamente, mientras me dedica una sonrisa que podría fundir el polo.

—Espero no haberte lastimado...

—Tranquilo, no soy tan frágil... Ya no soy un gatito... ¿recuerdas?

—No, eres una gata que me ha dejado las uñas por todas partes.

Le doy un repaso rápido con la mirada y compruebo horrorizada que está en lo cierto. Tiene marcas de mis uñas en los hombros, en los antebrazos... hasta en el cuello.

—Joder..., lo siento, Samuel...

—No pasa nada, gatita. Me encanta.

Sale de mí con cuidado, lo cual no deja de sorprenderme un poco teniendo en cuenta que acaba de follarme casi como un salvaje. Y entonces me envuelve

en sus brazos y me estrecha contra él. Ahí sí que la sorpresa es mayúscula. Casi esperaba que saliera corriendo de la cama.

Pero no se mueve hasta que me duermo, que es casi inmediatamente después. Mi cuerpo está agotado y mi mente se deja llevar por esos recuerdos de mi infancia que llevo reviviendo todo el día junto a él. Mis sueños le pertenecen por completo por una noche.

Por la mañana cuando la claridad que entra de la terraza me obliga a abrir los ojos, ya no sé si me sorprende o no despertarme a su lado. Me sonrío y me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Hola, gatita. ¿Has dormido bien?

—De maravilla.

—No han sido muchas horas.

Le dedico una sonrisa traviesa. Lo sé. Nos han dado las tantas hablando y después aún se nos ha hecho más tarde haciendo el amor, pero lo cierto es que estoy como nueva. Si dijera lo contrario mentiría.

—A mí me han cundido estupendamente.

Vuelve a sorprenderme acariciándome la mejilla y besándome. Ni pregunta ni tantea apenas. Roza mis labios con los suyos y después los entreabre para meterme la lengua en la boca sin vacilar.

Me aparto de él y me levanto casi de un salto.

—¿Qué pasa? —me pregunta desconcertado.

—Ni siquiera me he lavado los dientes.

Se ríe como si yo fuera una chiquilla y hubiera dicho una tontería.

—Me da igual, ven aquí.

—No. Tengo que ir al baño.

Miro alrededor en busca de mi ropa pero no la encuentro, así que me levanto desnuda y voy al baño casi corriendo mientras lo veo poner los ojos en blanco y sonreír.

Me miro en el espejo y estoy espantosa. No me desmaquillé anoche, y mi pelo parece una pelea de gatos, como diría mi madre. Debajo del maquillaje

corrido las ojeras me llegan probablemente hasta la barbilla y aunque no me siento cansada, mi cara no parece pensar lo mismo.

Y ni siquiera tengo un cepillo de dientes.

Hay pasta dentífrica sobre la repisa del lavabo, así que tomo prestado un poco y me lavo los dientes rudimentariamente utilizando el dedo índice como cepillo. Menos es nada.

Me lavo la cara como puedo con el jabón del hotel. Cuando termino, casi todo mi maquillaje ha desaparecido, pero me pican los ojos y los tengo rojos como un vampiro.

Por Dios, ¿cómo voy a presentarme delante de Samuel con esta cara?

Pero es Samuel quien se me adelanta. Toca con los nudillos en la puerta y abre sin esperar respuesta.

—¿Sales o entro?

Salgo evitando su mirada para que no vea el careto que tengo. O por lo menos para no ver su cara de horror ante mi aspecto.

—Tienes un aspecto adorable recién levantada.

—Estás de coña ¿no?

—En absoluto.

Antes de que pueda reaccionar tira de mí y me arrastra de vuelta a la cama.

Cuando acaba conmigo realmente me creo que le parezco adorable con la pinta que me levanto, porque no ha hecho otra cosa que adorarme de la cabeza a los pies. Si anoche el sexo fue caliente, rápido y brusco, esta mañana ha sido dulce y suave. Casi como si yo le importara. Como si significara algo para él. Sus manos han recorrido mi cuerpo hasta aprendérselo de memoria, y yo me he recreado en su piel morena y perfecta, en sus músculos duros y poderosos, en sus ojos azules como el cielo del verano y en su sonrisa.

Su sonrisa me desarma, me embelesa y me deja sin defensas. Es irresistible, así de simple.

Me sonrío una vez más, casi como si pudiera seguir el hilo de mis pensamientos. Se gira y coge de la mesilla su reloj de pulsera.

—Joder, es tardísimo. Me voy a dar una ducha. ¿Vienes conmigo?

—Si me meto en el baño contigo, hoy no salimos de la habitación —me río.
Se lo piensa por un instante y al final decide darme un respiro.

—Me doy una ducha rápida y salgo enseguida.

—Vale, yo voy a vestirme y asomarme a la terraza a ver si Daniel y Ruth están despiertos.

Encuentro mi camiseta tirada por el suelo, la faldita sobre una silla y la ropa interior debajo de la cama. Me visto y me asomo a la terraza. La cortina de nuestra habitación aún está cerrada, así que apostaría a que Ruth y Daniel todavía están en la cama.

De repente suena el teléfono de la habitación. Entro y me quedo mirándolo, sin saber si contestar. Samuel me grita desde el baño.

—¡Nadia! ¿Puedes contestar, por favor? Mi móvil lleva dos días averiado y le di a mi madre el número de la habitación por si necesitaba llamarme. Quizás sea ella.

Me acerco a la mesita de noche y contesto.

—¿Sí?

Una voz de mujer me contesta en inglés desde el otro lado de la línea, pero no es la señora María, la madre de Samuel.

—¿Está Samuel?

—Pues... un momento, está en la ducha.

—¿Y se puede saber quién eres tú?

—Soy Nadia.

Tras una pausa de un par de segundos, la mujer me sisea con rabia.

—Si te has acostado con él te sacaré los ojos, zorra.

Me quedo en blanco y un sudor frío me empieza a caer por la sien. No sé cómo consigo hacer la fatídica pregunta.

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy su novia.

Oigo cerrarse el grifo de la ducha y dejo el teléfono sobre la mesilla con las

lágrimas a punto de nublarne la vista. No puede ser. Esto no puede estar pasando. Samuel asoma por la puerta del baño en el momento en que yo cojo mi bolso y abro la puerta de la calle. Si me quedo aquí un segundo más, lo mato.

—Nadia ¿a dónde vas? ¿Quién ha llamado?

Le miro con los ojos llorosos y cargados de rabia y decepción.

—Es tu novia. Ve a coger la llamada, te está esperando para ponerte las pilas.

Sus ojos se abren como platos, y mira de reojo al teléfono antes de decir.

—¿Cassandra?

Si tenía alguna duda de que fuera cierto, me lo acaba de confirmar.

Le cruzo la cara de un bofetón y salgo tan dignamente como puedo. Abre la puerta con la intención aparente de salir tras de mí, pero solo lleva una toalla a la cadera y se lo piensa mejor.

—Nadia, espera, déjame que te explique.

Le contesto desde la puerta del ascensor, que está subiendo.

—No hay nada que explicar. Te ha apetecido un rollo y no pareció necesario comentarme que tenías novia. Odio sentirme utilizada, y si hay algo que no soporto es la traición. Si hubiera sabido que estabas con alguien no me habría acostado contigo. Has traicionado a otra mujer conmigo y me has hecho cómplice involuntaria. Yo no soy de esas. Yo no toco lo que tiene dueña.

—Nadia...

—No quiero volver a saber nada de ti en mi vida.

Me meto en el ascensor y la puerta se cierra mientras veo a Samuel mirarme frustrado y finalmente cerrar de un portazo.

Y mis lágrimas salen a borbotones cuando dejo de contenerlas. La herida se abre de nuevo y esta vez duele más que nunca, porque él era especial. Samuel acaba de hacer añicos mis dulces recuerdos de la infancia. Y no se lo perdonaré nunca.

Nunca.

Yo no perdono la traición.

CAPÍTULO 3.

Me despierta Elton John cantando en la radio "*Don't go breaking my heart*". Odio esa maldita canción. No la soporto, aunque antes me gustaba. En realidad solo hace un año que me trae recuerdos tan dolorosos que no puedo escucharla sin quedar al borde de un ataque de ansiedad.

Desde que Samuel reapareció en mi vida y me rompió el corazón hasta el punto de que ni tiritas ni historias. No sé si tiene arreglo este "corazón partío".

Apago la radio-despertador y me levanto para meterme en la ducha. Los recuerdos de la última vez que le vi vuelven a mi cabeza: su cara de culpa y de frustración al cerrar la puerta de la habitación mientras yo desaparecía en el ascensor, la sensación de tristeza y de vacío en el alma, el dolor desgarrador de confiar en alguien que creía que seguía siendo el mismo veinte años después, y descubrir que me había equivocado.

Salí del ascensor y crucé el hall del hotel a toda prisa. Sabía que no iba a bajar a buscarme con una toalla anudada a la cadera, pero tenía que salir de allí. Caminé un par de manzanas y crucé la calle. Seguí caminando hasta que el hotel no fue más que un tejado más en la lejanía. Entonces bajé a la playa, me descalcé y anduve por la arena sintiendo su tibieza bajo mis pies. El sol aún no era lo bastante fuerte como para quemarme, pero pronto lo sería. No tenía crema, ni toalla, ni nada, de modo que crucé la playa hasta el final y busqué un rincón a la sombra. Encontré una zona de árboles donde me senté y me oculté del resto del mundo para llorar mi desgracia.

No me podía creer que aquello me estuviera pasando a mí. Hacía dos meses, había descubierto que mi novio, Miguel, me había engañado con otra. Él, que parecía tan dulce, tan cariñoso, tan atento, tan aburrido a veces..., se buscaba la diversión en otra parte. Me rompió el corazón, porque confiaba en él. Me aseguró que había sido un error, que me quería a mí, que aquella noche había bebido más de la cuenta, que ella lo había provocado, que solo había sido una vez... Me dio igual. No podría volver a confiar en él y no pude ni quise perdonarle. Se acabó.

Pasado el duelo, tampoco estaba segura de que me importara gran cosa

haberle perdido. Tal vez no estaba tan enamorada como creía. O simplemente era consciente de que no merecía la pena echar de menos a un traidor.

Y voy y me meto en la cama de otro traidor.

En todas las horas, y horas, y más horas que habíamos pasado hablando Samuel y yo desde el día anterior, ninguno de los dos había mencionado que tuviera pareja. Yo, porque no la tenía, y él, obviamente, porque no le interesaba comentarlo.

Si hubiera sabido que tenía novia jamás me habría liado con él. "No hagas a las demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti", ese es uno de mis lemas. Yo no me tiro al novio de otra.

O no lo hacía, porque aquella noche, en aquellas vacaciones en Mallorca, lo había hecho.

Y me sentía una zorra. Por su culpa.

Mi móvil sonó de pronto y lo saqué del bolso limpiándome las lágrimas. Era Ruth. No quería hablar con ella en aquel momento. No quería que me oyera llorar. Además, quizás estaba aún con Daniel y no quería que él se enterara de que su amiguito me había dejado hecha un trapo.

Corté la llamada y en dos segundos me entró un mensaje de WhatsApp. Era ella.

"¿Dónde estás?"

Tras dudar unos segundos, le respondí.

"Tomando un poco el aire."

"¿Qué ha pasado con Samuel?"

"Que es un cerdo y no quiero saber más de él"

El siguiente mensaje fue exactamente lo que yo esperaba leer. Ruth nunca me fallaba.

"Me deshago de ellos y te llamo en dos minutos para que me digas dónde estás"

Al cabo de exactamente dos minutos mi teléfono sonó de nuevo y le expliqué cómo llegar hasta donde estaba. Para cuando me encontró, se me habían acabado las lágrimas. No pensaba derramar ni una sola más por ese

cabronazo. La miré con tristeza y se sentó a mi lado para pasarme el brazo por el hombro.

—Anda, cuéntame qué te ha hecho. Todavía tengo tiempo de volver al hotel y cortarle las pelotas.

Le conté con pelos y señales todo lo ocurrido desde la noche anterior hasta esa mañana, cuando había recibido el mazazo en forma de llamada telefónica. Ella me miró con gesto serio pero no me interrumpió. Cuando terminé mi explicación, lo primero que preguntó fue:

—¿Has desayunado algo?

—No.

—Vamos a comer. Me muero de hambre. Y después ya pensaremos cómo hay que tomarse esto.

Nos comimos un sándwich en un chiringuito, con dos Coca-colas cada una. La cafeína me despejó por fin la cabeza e incluso fui capaz de preguntarle a Ruth qué tal le había ido con Daniel y si había hecho más planes con él.

—No, ni siquiera nos hemos despedido como es debido. Ni intercambio de teléfonos, ni mails, ni nada.

—¿Piensas volver a verle?

—No.

—Pensé que te había gustado.

Ella me sonrió con malicia.

—Ha sido una noche memorable, pero eso es todo. Él vive en Londres y yo en Madrid. No tengo ninguna intención de mantener ningún contacto con él ni nada que se le parezca. Fin del rollo.

—¿Y si le ves esta tarde?

—Eso no va a pasar, Nadia.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque su avión salía hace diez minutos. Ya se han ido.

De repente, sin saber bien por qué, me sentí vacía. Aliviada porque no tendría que verle, pero confundida porque en el fondo me habría gustado

encontrarle una explicación a aquello. Y sola. Me sentí estúpidamente sola, porque se había marchado sin avisarme.

Aunque tampoco le había dado mucha opción a decirme nada.

Cuando regresamos al hotel y pedimos la llave en recepción, la recepcionista me tendió un pequeño sobre, y me explicó, ante mi mirada extrañada:

—Han dejado esto para ustedes.

En el sobre ponía "Nadia". Mis manos temblaban mientras lo abría. Dentro había un papel con solo dos líneas escritas. En la de abajo, un número de teléfono. En la de arriba, una frase escueta:

"Nadia, por favor, llámame"

Ruth miró por encima de mi hombro mientras llegábamos al ascensor, y me preguntó llanamente:

—¿Vas a llamarlo?

—No.

Hice una pelota con el sobre y el papel y los tiré a la papelera.

Hasta nunca, Samuel Harrison.

Y desde entonces, hace exactamente un año y quince días, no he vuelto a saber de él. Pero cada vez que oigo la maldita canción de Elton John, se me vuelve a hacer un nudo en el estómago.

El resto de las vacaciones fue un desastre. Traté de olvidarlo y divertirme, pero no lo conseguí. La cara de Samuel, sus ojos azules y su cuerpo de dios griego me perseguían hasta en sueños. Ruth me preguntaba una y otra vez si no me arrepentía de haber tirado su teléfono, pero no, no me arrepentí entonces y no me arrepiento ahora. Me habría gustado oírle decir que era mentira, que no tenía novia. Que era una exnovia psicópata o algo así, pero su cara no me dejó ninguna duda. Y me sentí tan mal por esa traición que prefiero no volver a verle.

Porque a pesar de todo, solo con pensar en él se me llena el estómago de

mariposas.

Acabo de ducharme y me visto rápidamente. Me decido por una falda lápiz de color blanco y una camiseta ajustada de punto en color negro. Sandalias de medio tacón también negras y el bolso. Me dejo el pelo suelto y me tomo un café rápidamente con una tostada antes de maquillarme un poco, solo me pongo eyeliner, rímel y un lápiz de labios en un bonito color frambuesa. Cojo el bolso y las llaves y salgo pitando o llegaré tarde.

Cierro la puerta de mi pequeño apartamento y bajo al garaje, donde está aparcado mi Renault Twingo nuevo de color fucsia. Me encanta. El viejo 205 que me regaló mi hermana de segunda o tercera mano hace muchos años murió definitivamente el mes pasado y por fin me compré mi primer coche. Y lo adoro. Tan bonito, tan pequeño y tan fácil de aparcar. Perfecto para mí.

Me subo y dejo el bolso en el asiento del copiloto. Salgo del garaje y pulso el botón del mando a distancia de la verja de la urbanización donde vivo. Otro cambio en mi vida que me encanta. Solo llevo un par de meses viviendo aquí, pero es justo lo que necesitaba. El piso en el que vivía antes estaba cerca del de mis padres, lo que implicaba tener a mi madre pululando por allí un par de veces por semana, de promedio. Además, Miguel vivía en la misma calle, con lo cual tenía que encontrármelo muchas más veces de las que me apetecía, y para colmo, la mitad de esas veces tenía que soportar verlo acompañado de la guarra con la que me puso los cuernos. Por mí que se lo quede de por vida, que me trae sin cuidado, pero esa sonrisita de suficiencia con la que me mira la muy perra... Le rompería la boca para borrarla de un plumazo.

Fue Ruth quien me habló de este sitio. Una urbanización pequeña en las afueras de un pueblo de la periferia con varios edificios de apartamentos tipo estudio para singles y parejas. Pequeños pero asequibles, sobre todo para solteros y divorciados, como son la mayoría de mis vecinos, o parejas jóvenes sin hijos ni prisa por tenerlos, como son el resto. El edificio es alargado y de una sola planta, con techos altos abuhardillados. Mi minipiso se compone de un baño con plato de ducha y de una estancia para todo en la que tengo una minicocina que se cierra con puertas correderas y se convierte en una pared de falsos armarios, una zona de dormitorio con una cama doble, dos mesillas (no sé para qué si con una me sobra) y un armario en el que a duras penas cabe

toda mi ropa, y finalmente, la zona de estar, compuesta por un sofá de dos plazas, una mesa de centro y el mueble de la televisión, el equipo de música y la librería. Bueno, y una mesa de cocina para dos, que si se extiende permite que coman cuatro. Suficiente y de sobra.

Cuando lo vi no me pareció gran cosa, pero al menos me gustó la luz que tenía, y el ambiente de calma y libertad que me transmitía el espacio diáfano de la única estancia. Y entonces salí a la terraza y decidí que quería vivir allí.

La terraza es casi tan grande como el estudio entero. Tengo una tumbona, un par de sillas de jardín y una mesa redonda. Algunos vecinos tienen barbacoas en las suyas y por la noche es habitual que haya cenas y pequeñas fiestas, ahora que es verano y el tiempo lo permite. Apenas una semana después de mudarme me invitaron a la primera. La daba Abel, un divorciado de cuarenta y tres años que vive un par de puertas más allá. Me asomé por curiosidad para ver de dónde salía la música y me hizo señas para que me apuntara a la fiesta. Como no le hice caso, vino y me tocó a la puerta para invitarme de nuevo, acompañado de dos amigas poco mayores que yo, y asegurándome que todos los asistentes eran absolutamente inofensivos. Lo cierto es que pasé un buen rato y desde entonces he ido a alguna más. Otras veces viene Ruth, o nos juntamos varias amigas, y es Abel quien se pasa a tomar una copa. También tengo buena relación con Pilar, mi vecina de al lado. Es madre soltera de una preciosidad de siete años que se llama Julieta. Con el resto de los vecinos tengo menos trato, pero todos son amables. Espero que cuando alquilen los dos apartamentos que hay libres tengamos suerte con los nuevos inquilinos. Me gusta el buen rollo que se respira.

Tras conducir durante algo más de media hora llego al trabajo. Nuestra jefa, Rita, vive a un par de calles de la tienda, en un piso enorme en un edificio imponente y lujoso, y con dos plazas de garaje libres que Ruth y yo aprovechamos estupendamente. Rita es tía de Ruth, y está divorciada. Tiene una hija, Mara, que estudia arquitectura en París, donde actualmente vive con su padre, Roberto, que también es arquitecto. Por lo visto Roberto pertenece a una familia adinerada y le gustan mucho los coches, razón por la cual tenía varias plazas de garaje en el edificio en el que vivía con su familia. Tras su divorcio, él se llevó los coches y Rita vendió la mitad de las plazas, pero conservó dos. Ella no conduce, pero cuando tiene alguna visita siempre tiene sitio para que aparque, y a Ruth y a mí nos viene fenomenal, teniendo en cuenta

lo difícil que es encontrar una plaza de aparcamiento en la calle en una zona comercial tan pija como esta, y lo mal que nos queda el transporte público desde nuestros respectivos apartamentos hasta aquí.

Me encuentro con Ruth que acaba de aparcar también su coche. Me mira y me sonrío al ver mi falda. Ella también lleva una falda lápiz aunque de color camel, con una camisa a tono de estilo safari, entallada y con cinturón. Como casi siempre, va subida en unos taconazos, unas sandalias de tiras color chocolate, a juego con su bolso.

—Me encanta esa falda —me dice con alegría—. ¿Es la que yo te regalé?

—La misma.

—Te queda genial.

—Lo sé.

Nos vamos a la tienda riéndonos. Es genial trabajar con mi mejor amiga, sobre todo porque Ruth tiene un humor inquebrantable. Es imposible aburrirse o agobiarse con ella.

La tienda de su tía, en la que ambas trabajamos desde hace años, es una corsetería especializada que vende casi de todo: sujetadores, bragas y tanguitos sueltos y conjuntados, reductores y con relleno, liguetos, medias, corsés, ligas, pantis..., lencería cándida para novias y piezas seductoras y atrevidas, también ropa interior de preamá y de lactancia... En resumen, de todo. Una parte importante de la clientela es fija, lo cual facilita bastante el trabajo. Rita nos saluda desde la puerta con las llaves en la mano y nos enfrentamos a la rutina diaria. Al menos hoy es viernes, y tener el fin de semana a las puertas nos hace las cosas más llevaderas. A medida que avance Septiembre y el clima empiece a empeorar, nos adaptaremos a la monotonía con más resignación, supongo.

Mientras yo atiendo a una señora que no acaba de decidir si el sujetador le gusta más en visón o en champán, Rita se vuelve loca tratando de encontrar algo para Arturo, un cliente habitual que quiere un regalo para el cumpleaños de su mujer. No le convence nada. Al final Ruth, que estaba recolocando medias en el almacén, se acerca a él sonriente y su tía le pide ayuda con la mirada. Es uno de sus clientes favoritos y ella sin duda, es más su hada madrina que una vendedora de confianza. Cuando Arturo se marcha, media hora más tarde, se lleva un conjunto de sujetador, tanga y liguetos con sus

correspondientes medias, más un camisón transparente y una bata de seda negra. Casi el lote completo.

—¿Cómo has hecho para venderle todo eso? —le pregunta Rita asombrada. Normalmente ella no es capaz de conseguir que Arturo se decida ni entre medias marrones o negras.

—Le he dicho que yo lo tengo todo igualito... —se ríe Ruth— Hasta la bata.

—Que yo sepa, la bata es lo único que tienes de todo lo que él se ha llevado —le dice su tía con el ceño fruncido.

—Ya, pero lo sabes tú, tía, él no.

Rita finge escandalizarse, pero se ríe. Lo cierto es que sabemos que a Patricia, la mujer de Arturo, le va a encantar todo lo que su marido se ha llevado.

El resto del día es bastante tranquilo. Llegan corpiños nuevos, que yo coloco en su sitio correspondiente mientras Ruth y Rita atienden. Veo uno que me llama mucho la atención, quizás me lo compre... aunque lo de trabajar aquí no sé si me sale a cuenta. Todos los meses me llevo más de un capricho, porque lo cierto es que es todo tan bonito y tan sexy... lástima que no tenga ante quien lucirlo.

Aunque hoy creo que lo voy a tener. Hoy hemos quedado para tomar unas copas en un local nuevo que ha montado un amigo del barrio. Y tengo uno en mente que esta noche no se me escapa, como que me llamo Nadia Martín.

Ruth y yo comemos en el bar al que vamos casi siempre mientras que Rita se va a comer con un amigo. Lo cierto es que se lo monta bien. Desde su divorcio, hace seis años, está fantástica y nunca le falta compañía masculina. Cuando le preguntamos si no piensa decidirse por uno, se ríe y responde que no, que es más entretenido y menos arriesgado andar de flor en flor. Ya se quedó con uno y el príncipe le salió rana.

La tarde es más tranquila aún que la mañana, y cuando dan las ocho y echamos la llave, Ruth y yo nos despedimos rápidamente para ir a casa a cambiarnos de ropa. A las diez y media estamos en la puerta del bar de copas que ha abierto Ernesto, nuestro amigo de la infancia. Nos conocemos del barrio de toda la vida, e incluso fue a clase con mi hermana Sole, ya que son de la misma edad. Y con Miguel, mi ex.

Miguel está allí, por supuesto, pero sin la guarra, como yo la llamo. Ernesto le dijo hace unos días a Ruth que estaban pasando una mala racha y ella se había ido al pueblo de sus padres a pasar unos días.

Y tengo las cosas muy claras. Miguel todavía me gusta. No me importa una mierda, pero me gusta. Y si hay un defecto que tengo y reconozco, es que soy muy rencorosa. A veces, hasta vengativa. Ojo por ojo y diente por diente, guapa. Que a tu novio me lo calzo yo esta noche lo saben hasta en la luna.

Nos tomamos unas copas charlando con otros viejos amigos. Ruth me mira y me guiña un ojo cuando ve que Diego y José Luis, dos de los amigos de Miguel, no se apartan de mi lado y babean como sabuesos si les rozo. Me he puesto unos vaqueros negros muy ajustados con un top de encaje negro que deja entrever mi bustier de raso también negro. Una de mis piezas favoritas, todo hay que decirlo. Y zapatos de taconazo. En el último año me he acostumbrado a salir a correr dos o tres veces por semana y además, desde que me mudé, voy al polideportivo, donde hay piscinas y un gimnasio al que aún he ido poco, pero empezaré a ir más a menudo. Cuando empiece a hacer frío posiblemente prefiera correr a cubierto. El ejercicio me está endureciendo y tonificando.

Y por lo visto Miguel también se ha dado cuenta.

Varias horas y copas más tarde, mi ex novio y yo nos estamos revolcando en mi cama apasionadamente. Lo cierto es que desde que está con la guarra parece que ha espabilado, tengo que reconocerle el mérito. Pepito Grillo protesta débilmente apelando a mi conciencia, pero no le hago ni caso. La única excepción al "no te tirarás al novio de otra" es el "ojo por ojo".

Ella lo hizo, y yo se la devuelvo, en paz.

El polvo no es ni mucho menos apoteósico, pero me sorprende gratamente. Me lo he pasado bien y me he quitado de encima mucho más que tensiones. Ahora estoy relajadísima.

Me meto en la cama y trato de dormirme, aunque no me resulta fácil.

Alguien está follando escandalosamente en alguno de los apartamentos cercanos. Me levanto y cierro la ventana en un intento poco exitoso de ahogar el ruido. Sin duda tienen las ventanas abiertas porque se sigue oyendo. La chica grita como si la estuvieran matando, y creo que ha mencionado ya a

todos los santos y dioses, católicos y paganos.

¿Será Abel? La curiosidad me mata.

A ver si me entero mañana.

CAPÍTULO 4.

Me despierto muerta de sueño. Eran como las cuatro de la madrugada cuando la loca gritona se largó, o se quedó afónica y dejó dormir al resto del vecindario. Menos mal que Miguel se marchó antes de que empezara, porque si no, cualquiera lo mete en un taxi y lo manda a casa, con la sugerente banda sonora de "Nueve semanas y media" destrozando los tímpanos de todo el vecindario... Espero que no sea la novia fija del afortunado compañero de faena porque como esto se repita, la acabaré asesinando.

Me doy una ducha rápida y me visto para ir a trabajar. Suerte que los sábados solo abrimos por la mañana. Esta tarde me voy a echar una siesta de tres horas como mínimo.

Me pongo un pantalón vaquero gris con una camiseta lencera negra, y unos tacones un poco más bajos de lo habitual. Anoche bailé mucho y me duelen los pies. Me maquillo un poco y me veo un pequeño chupón en el cuello. No me da cuenta de que Miguel me había dejado una marca, aunque tampoco me importa mucho. Me lo tapo con el maquillaje y cojo las llaves para salir. Él sí que se fue marcado. Por un momento me acuerdo de Samuel lleno de arañazos de mis uñas después de pasar conmigo la única noche que tuvimos juntos. Miguel no llega a tanto (tampoco se ganó las marcas como Samuel, todo hay que decirlo) pero si le ve su novia querida, se va a meter en un lío.

Que se joda, mira. Él se lo ha buscado.

Cuando llego al garaje y abro mi Twingo, me fijo en que hay un coche aparcado al lado. Un enorme y brillante todoterreno negro. Un Nissan Pathfinder. Me encanta, aunque es todo lo contrario que mi coche, oscuro, grande... pero me resulta muy masculino. Solo les veo una pega a este tipo de vehículos...: que a menudo los dueños los usan para compensar su ego. Y eso implica, o un pene pequeño, o un complejo de inferioridad de cualquier otro tipo.

Soy mala, lo sé.

Pero aunque para todo hay excepciones, no sería ni la primera ni la segunda vez que me encuentro un caso así.

Riéndome todavía, me monto en mi Twingo y me voy al trabajo. Voy cavilando que el coche está en la plaza de al lado de la mía, luego su dueño debe de haber alquilado el apartamento de al lado.

Puede que sea el del polvo escandaloso de anoche. Porque seguro que es un hombre. No es habitual que una mujer se compre un coche como ese.

Por favor, que sea un hombre. Y que sea soltero. Y que lo de anoche sea una excepción. Porque como la gritona sea mi vecina de forma permanente, esto va a acabar fatal.

Cuando llego al trabajo, Ruth se abalanza sobre mí para que le dé detalles sobre mi rollo con Miguel. Comprende perfectamente mi sed de venganza y aunque no lo hiciera me apoyaría hasta las últimas consecuencias, para eso es mi amiga.

Por suerte la mañana pasa rápido, porque las dos estamos agotadas. Nos vamos a casa nada más cerrar. Paro en el centro comercial para comprar cuatro cosas y me voy a comer. No veo el momento de pillar la cama.

Cuando aparco mi coche, el todoterreno no está. Subo a casa y me pongo los shorts y la camiseta que suelo usar para andar por casa, y después me preparo una ensalada que devoro junto a las alitas de pollo que he comprado ya hechas. Recojo la cocina rápidamente y me tumbo en la cama esperando recuperar algunas horas de sueño.

Y me duermo casi al instante.

Me despierto con música de Lady Gaga que entra por la ventana de la terraza. Miro el reloj y veo que al menos, son las seis y media de la tarde. He dormido tres horas. Me habría quedado un rato más, pero en fin, me aguantaré. Salgo de la cama y me calzo unas chanclas para salir a la terraza y ver quién ha preparado una fiesta tan temprano.

Quizás sea el nuevo vecino.

Cruzo la terraza y me asomo por el lado de la barandilla, donde la separación entre vecinos baja. La verdad es que si quiero puedo tomar el sol en bikini en mi terraza y sé que no me verá nadie, porque el enrejado con hiedra artificial que separa mi terraza de la de Pilar mide un metro ochenta, y ella, como yo, no llega al metro sesenta y cinco. En el otro lado no hay

vecinos. O no los había hasta ayer. Ahora creo que la cosa ha cambiado.

La terraza está desierta, pero la música sale del apartamento contiguo, sin ninguna duda. Hay una mesa de jardín y una silla, y un libro sobre la mesa. Juraría que quien estaba leyéndolo no tardará en aparecer.

Y cuando sale casi me caigo muerta.

Me ve nada más poner un pie en la terraza, y sus ojos azules se abren como platos. Es Samuel.

—¡Nadia!

—¿Qué coño haces tú aquí?

Cruza la terraza a zancadas y cuando se acerca doy un paso atrás. No quiero que me toque. No sé cómo reaccionaré si lo hace.

—¿Somos vecinos? ¿En serio?

—¿Pero qué haces en Madrid? ¡Tú vivías en Londres!

—Pues me he mudado. ¿No es evidente?

—¡Joder! ¿Has alquilado tú el apartamento?

Su cara se vuelve seria de pronto.

—Deduzco que no te alegras.

—¡Vete a la mierda, idiota! ¡Anda que no tenías opciones! ¿Tenías que venir a Madrid precisamente? ¿Y cómo sabías que yo vivía aquí?

Me mira alucinado y se echa a reír en mi cara.

—¿Que tú vivías aquí? Para empezar, si no te importa, no me insultes, que yo no te he insultado a ti. Y para seguir, de que vivías aquí me acabo de enterar ahora, gatita, no te vayas a creer que tenía ninguna intención de perseguirte por medio mundo.

—Perfecto, entonces búscate otro apartamento y déjame en paz.

Me doy la vuelta y entro en mi casa echando humo. No puede ser verdad. No puedo tenerlo de vecino. Lo oigo gritar desde la terraza:

—¡Nadia!

Trato de ignorarlo poniendo la música a tope, pero en menos de cinco

minutos lo tengo aporreándome la puerta.

—¡Lárgate!

—Abre, Nadia.

—¡Que te largues!

—Vas a hablar conmigo sí o sí, y me da igual que esté la puerta de por medio y que me oigan todos tus vecinos. A fin de cuentas, yo no conozco a ninguno.

Me muerdo la boca, fastidiada. Maldito chantajista... Abro la puerta y le dejo entrar. Se me encara como un toro de quinientos kilos. Casi asusta. Casi. Yo no tengo miedo de torear bichos de dos patas.

—¿Por qué no me llamaste?

—Porque no tenía nada que hablar contigo.

Me alejo de la puerta y me siento en una esquina del sofá, abrazando mi cojín favorito. No le invito ni a pasar ni a sentarse, pero cierra la puerta y se sienta a mi lado mirándome directamente a la cara.

—Eso no es verdad, y lo sabes.

—No me interesa nada que tengas que contarme.

—Estás a la defensiva, así que yo diría que sí esperabas una explicación.

—No me gusta que me utilicen, ni sentir que he traicionado a nadie.

—Yo no te utilicé. Y tú no has traicionado a nadie, no sé de dónde sacas eso.

—Ah, entonces ¿no era tu novia?

Respira hondo y mira al suelo.

—Bueno, lo era, más o menos.

—¿Más o menos? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Nos estábamos dando un tiempo.

—Ya. ¿Y ella lo sabía o fue una decisión unilateral?

—¿Vas a creer algo de lo que te diga?

—No.

—Entonces ¿para qué voy a molestarte en darte explicaciones?

—Tienes razón. Ya puedes largarte de mi casa.

Se levanta, molesto y da dos zancadas hacia la puerta, pero se detiene con la mano sobre el picaporte.

—Pues mira, no, no me voy. Me vas a escuchar tanto si te gusta como si no. Porque yo guardo un buen recuerdo de aquella noche y si el destino ha querido que nos volvamos a encontrar, por algo será.

—Yo no creo en el destino. Mi destino me lo forjo yo.

Ignora mi comentario y sigue hablando mientras se vuelve a sentar a mi lado en el sofá.

—Cassandra y yo llevábamos juntos casi un año, pero era una celosa patológica y estábamos pasando una mala racha.

—Ya, no me extraña que fuera celosa... si a las primeras de cambio te acuestas con otra...

—Oye, que tú no tienes ni idea de si yo me acuesto con otra a las primeras o a las segundas.

—¡Ja! Pues mira que conmigo te lo pensaste mucho...

Frunce el ceño y me mira tan intensamente que me imagino mis bragas resbalando hasta los tobillos... Por Dios..., ¿cómo puede ser tan sexy una mirada de cabreo monumental como esa?

—Tú no eras "otra" sin más. Tú y yo sabemos que entre nosotros había algo especial. Éramos amigos de la infancia.

—Éramos.

—Somos.

—No, tú no tienes nada de aquel niño que yo conocía.

—Sabes que no es verdad. Soy el mismo aunque haya cambiado por fuera. Todos cambiamos, pero seguimos siendo los mismos.

Me encojo de hombros y evito su mirada. Sigue hablando sin acercarse más ni tocarme.

—Ya había decidido hablar con ella y decirle que no quería seguir así. Ya

no sentía lo mismo por ella.

—Pero seguía siendo tu novia.

—¡Vale, sí, lo era! ¿Tan importante es?

—Odio la traición.

Me mira de nuevo tan fijamente como si pudiera leerme el pensamiento, y dice con total seriedad.

—Me gustaría saber quién es el cabrón al que le debo que seas tan dura conmigo ahora.

—No es de tu incumbencia, pero mira, podía habértelo presentado anoche. Estuvo aquí antes de que tu nueva novia diera el espectáculo para todo el edificio.

Contiene la risa y su boca se tuerce en una sonrisa pirata.

—No es mi novia.

—Oh, genial. Espero que no la traigas a menudo, me gustaría poder dormir por las noches.

—¿Celosa?

—¿Yo? ¡Qué más quisieras!

Sigue sonriendo mientras niega con la cabeza, y después me pregunta.

—Y el cabrón que te traicionó, porque deduzco que te traicionó, ¿sigue siendo tu novio?

—No.

—Acabas de decirme que estuvo aquí anoche.

—Sí. Y tú también has dicho que la loca gritona no era tu novia. También puedo tirarme a uno que no es mi novio, digo yo. ¿O no?

Por su cara, le divierte. No sé qué tiene de divertido que estemos aquí los dos hablando de a quién nos tiramos anoche. Yo no le veo ninguna gracia. Es surrealista.

—Desde luego tirarte a un ex-novio que te traicionó no me parece algo muy inteligente.

—El que no me insultaba... ¿ahora me estás llamando idiota?

—¿Le quieres?

—¿Y a ti qué te importa, digo yo?

—Es que si no, no lo entiendo.

—Pues mira, no, no le quiero. Pero mis motivos tenía. Además, no espero que lo entiendas, eres un hombre. Tu inteligencia es limitada.

La cara con la que me mira no tiene desperdicio. Sé que los chistes sobre la inteligencia masculina solo deberían hacerse entre chicas, pero no he podido resistirme.

—¿De verdad necesitas insultarme cada dos por tres?

—Cuando te insulte de verdad, te darás cuenta. Puedo ser una verdadera camionera, lo creas o no.

—A estas alturas puedo creerme casi cualquier cosa.

—Bien, así me ahorro explicaciones. ¿Querías algo más o te vas a ir por fin a tu apartamento?

—¿Me estás echando?

Me encojo de hombros como única respuesta.

—Vale, como quieras. Tal vez tienes razón y la gente sí cambia, porque el año pasado tuve la sensación de que tu cuerpo era lo único que estaba diferente, y aunque obviamente ya no pensabas como una niña, seguías siendo la misma. Pero la Nadia que yo conocía no me habría tratado así ni a los seis años. No era ni tan caprichosa ni tan grosera.

—Cierra la puerta cuando salgas.

Se levanta mirándome con una cara que por un momento casi me arrepiento de lo mal que me estoy portando con él. Luego se da la vuelta y se va dando un portazo. Me quedo temblando, literalmente, aunque no porque me asuste. Y eso que verlo enfadado impresiona.

Me bailan las rodillas porque tenerlo tan cerca, y con esa cara de cabreo me ha puesto terriblemente caliente.

Ya puedo tener cuidado o esto se me va a ir de las manos en cuestión de

días. Cuanto menos me relacione con él, mejor.

Me visto rápidamente y le mando un mensaje a Ruth para avisarle de que voy para su casa. Necesito perspectiva. El Nissan Pathfinder no está en el garaje. Por lo visto Samuel ha tenido aún más prisa que yo en alejarse.

Ruth me espera con un par de Coca-colas frías, a las que añade una tableta de chocolate cuando le empiezo a contar las novedades en mi vida.

Pero dudo que vaya a tener suficiente chocolate como para levantar esto. Con Samuel en el apartamento de al lado, estoy perdida. Me voy a convertir en una bruja amargada o en una idiota enamorada, y no sé qué es peor.

Ruth y yo nos pasamos lo que queda de tarde charlando y analizando palabra por palabra mi conversación con Samuel. Según ella, si se estaban dando un tiempo y su novia era una loca celosa a la que estaba a punto de dejar definitivamente, la traición podría no ser tan grave. Yo no le admito los atenuantes. No me hace sentir mejor. Ella se ríe y no dice nada más.

Le ha perdonado, como si lo viera. Pero no lo reconocerá ni ante mí ni ante nadie porque es mi amiga. Hasta que yo no diga que le perdono, ella tampoco dirá ni pío.

Después de casi dos horas de charla, media docena de Coca-colas y la tableta de chocolate entera, decidimos salir a cenar algo y a divertirnos. Llamamos a Elena y a Valeria y quedamos en un sitio nuevo que descubrimos hace poco. Dan raciones, platos combinados y bocadillos, y para comer algo deprisa por poco dinero es perfecto. Además, el ambiente es alegre y los camareros jóvenes y guapos. Nos dan una mesa de cuatro junto a la pared del fondo. Ruth y yo nos sentamos de espaldas a la puerta y Elena y Valeria frente a nosotras. Elena fue con nosotras al instituto y Valeria se agregó al grupo cuando coincidió con ella en la universidad. Acababa de mudarse desde Italia, y aunque le salían ligues a montones, no conseguía hacer amigas. Desde entonces las cuatro nos entendemos de maravilla.

Por supuesto la conversación empieza con la noticia bomba de que Samuel es mi nuevo vecino. Elena aprovecha para comentar que su vecino Manuel, que siempre le ha gustado, parece que le está tirando los tejos, y después, cuando estamos acabando de cenar, Valeria me pregunta por Miguel.

Les resumo la "caza y captura" a la que lo sometí ayer, con una estupenda colaboración por su parte, todo hay que decirlo, y se ríen cuando acabo diciéndoles que se ha ido bien marcado para casa. Espero que su novia no tarde en volver y se le vean aún los arañazos. Quiero que ella pase por el mal rato de pedirle explicaciones, y él por el mal rato de dárselas, o inventar una mentira. Quiero que ella se sienta como me sentí yo cuando ella fue "la otra".

Y cuando estoy disfrutando de mi venganza y me apoyo en el respaldo de la silla con el codo, empujo sin querer a la persona que está sentada detrás de mí. Me giro y me encuentro con unos ojos azules que me miran incrédulos condenándome sin ninguna posibilidad de apelación.

—¡Samuel!

—¿Te has acostado con tu ex solo para joder a su novia? ¿Porque ella te hizo lo mismo?

¡Mierda! ¿Cuánto rato lleva sentado detrás de mí? ¿Cuánto ha oído de nuestra conversación?

—¿Tú sabes lo que es una conversación privada?

—Sé lo que es una hipócrita. Es alguien que culpa a otro de traicionar y hacerla traicionar a ella a una tercera persona, dentro de una relación que estaba prácticamente acabada, y luego se tira a su ex, sabiendo que tiene novia. ¿En el caso de tu querido Miguel sí consideras un atenuante que su relación esté en un mal momento? ¿Y en mi caso no? Me gustaría entender la diferencia, pero claro, debe de ser que soy un hombre y no lo entiendo. O quizás que yo no soy un hipócrita y los dos casos son iguales, por eso parecen iguales. No, mira, iguales no. Cuando te acostaste conmigo lo hiciste porque te apetecía, deduzco, y no tuviste culpa de nada ya que no sabías que hubiera nadie a quien podías herir. Mi culpa fue no ser sincero antes de dejarme llevar por un impulso. Pero con él te has acostado solo por venganza. Él ha traicionado a su novia y tú has sido la más culpable en esa historia, porque además lo has hecho a propósito.

—Yo no he dicho que sea perfecta.

—Mejor, porque no lo eres. Eres una hipócrita, una caprichosa y una mala persona.

Oírle decir eso me duele tanto que me empiezan a picar los ojos. La mitad

de la gente del local nos está mirando.

—No es verdad. Y tú no me conoces, no eres quién para juzgarme.

—No me interesa juzgarte, me da igual lo que hagas, pero no te atrevas a juzgarme tú a mí. Me pasé semanas arrepintiéndome de no haberte hablado de Cassandra antes de que descolgaras el puto teléfono, y ahora me sales con estas.

Ruth se levanta reaccionando por fin y me agarra del brazo para sacarme de allí.

—Te estás pasando, inglesito. Vámonos, Nadia, el ambiente de este sitio se está poniendo muy desagradable.

Elena y Valeria nos siguen anonadadas mientras consigo coger mi chaqueta y mi bolso y salir de allí bajo la mirada de desprecio de Samuel.

Si esto es una broma del destino, maldita la gracia que tiene.

CAPÍTULO 5.

Salimos las cuatro a la calle y cuando por fin reacciono, no puedo evitar algunas lágrimas de rabia.

—¡Será gilipollas! ¿Pero qué se habrá creído el muy cretino?

—Pasa de él —me dice Ruth—. No tiene ni idea de lo que te hizo sentir Miguel cuando se lio con esa guarra. No es quién para juzgarte.

—¡Voy a tener que vivir en el mismo edificio que él! ¡Puerta con puerta!

—Bueno, seguro que no es para tanto. Ignórale y problema resuelto.

Eso espero, aunque no sé cómo voy a poder sobrellevarlo. De momento me estoy imaginando que aparezca hoy otra vez con la loca gritona y me hierve la sangre.

Debería darme igual con quién se acueste.

Pero siempre he sido territorial y posesiva, por no decir celosa. Puede que no tenga nada con él, pero la idea de tenerlo follando con otra en el apartamento contiguo no me hace ni pizca de gracia.

Elena y Valeria nos dirigen a una zona de copas a una distancia considerable del sitio donde hemos cenado. Supongo que piensan que cuanto más lejos nos vayamos, menos posibilidades tengo de encontrarme con Samuel. Por fortuna la táctica funciona y no lo vuelvo a ver en toda la noche.

Cuando regreso a casa, a eso de las tres de la madrugada, su todoterreno está aparcado en la plaza contigua a la mía. Miro de reojo a su puerta mientras abro la mía y entro.

Esto va a ser difícil de sobrellevar.

Por lo menos no se oye nada. Me desmaquillo, me desnudo, me pongo una camiseta y me meto en la cama todavía molesta por la forma en que me ha hablado. No ha sido justo conmigo.

Aunque probablemente yo con él tampoco. Pero no me da la gana reconocerlo.

Por la mañana me despierta la música de Lady Gaga de nuevo. Me levanto furiosa dispuesta a salir a la terraza y pegarle cuatro voces al capullo de Samuel, pero miro el reloj y veo que son las dos del mediodía. A callarse tocan, es una hora más que razonable para poner música.

Me levanto y me doy una ducha. Me pongo unos vaqueros y una camiseta y me preparo algo de comer. Después, recojo un poco la casa y pongo una lavadora. Me tomo un café con hielo mientras contesto un mensaje de Ruth en mi móvil. Está preocupada por si me encontré con Samuel al llegar a casa y acabamos a tortas, como quien dice. De momento no llegamos a tanto.

De momento, eso sí. No pondría la mano en el fuego.

Salgo a la terraza a tender la ropa y oigo voces en la de Samuel. Está hablando con Abel, reconozco su voz enseguida. No es que me interese especialmente saber de qué hablan, pero se les oye a kilómetros.

Por lo menos están hablando de coches. No me interesa saber de sus ligues ni nada parecido.

Me tropiezo con la silla de la terraza y hace ruido cuando se arrastra movida por mi empujón. Y enseguida tengo dos tíos curiosos mirando por encima de la valla. Yo no puedo hacer eso y Pilar tampoco, pero Abel estará rozando el metro ochenta y si se estira un poco, llega. Samuel mide al menos metro ochenta y cinco, ni siquiera necesita estirarse. Mi terraza ha dejado de ser un sitio privado y a salvo de miradas indiscretas.

—Rubia, ¿has visto? tenemos nuevo vecino. Ella es Nadia, Samuel.

Hace las presentaciones sin saber que no son necesarias.

—Lo sé. Estuvimos hablando ayer, pero ya nos conocemos. Fuimos vecinos cuando éramos niños ¿te lo puedes creer? —le dice Samuel con un tono ambiguo que yo interpreto como irónico.

—¿En serio? Joder, qué casualidad.

—Pues sí.

Los ignoro mientras continúo tendiendo la ropa.

—¿Por qué no te pasas a tomar una cerveza? He traído una caja entera que

tenía en mi casa.

—Sí, Nadia ¿por qué no te pasas? —me pincha Samuel. Le miro a los ojos sin saber muy bien a qué viene ese comentario. Si lo que pretende es seguir castigándome delante de mis amigos, paso, gracias.

—Estoy ocupada.

—¿Tendiendo ropa? Venga ya... Acaba y ven. Vamos a pedir unas pizzas.

—Van a venir también Pilar y Julieta —puntualiza Abel—, y le he mandado un mensaje a Rebeca por si quiere pasarse cuando acabe su turno.

La idea de que Rebeca cene en casa de Samuel ya no me gusta tanto. Es una enfermera que vive en el apartamento contiguo al de Abel. No me consta que se haya enrollado con él pero sí con dos de los vecinos del otro lado del bloque, Juanjo y Oscar. Lo de Oscar aún lo entiendo, porque es más o menos de la edad de Abel y aún está pasable, pero Juanjo... por favor, si le lleva al menos quince años... ella debe de ser de la edad de Samuel, y él seguro que está más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. ¡Si tiene hijos en la universidad!

Antes de pensármelo, miro a Samuel y le sostengo la mirada con descaro.

—Vale, cuando acabe me paso.

Se apartan de la valla y se sientan, y yo acabo de recoger la ropa. Entro en casa y llamo a Ruth.

—Hola, ¿novedades? —me pregunta directamente desde el otro lado de la línea.

—Voy a cenar en casa de Samuel.

—¿Qué?!

—Está con Abel y van a improvisar una cena con pizzas y cerveza. Han invitado a algunos vecinos más.

—A la loba entre ellos ¿no?

La loba es Rebeca. A Ruth le cae fatal, porque dice que mira a todo el mundo por encima del hombro.

—Sí.

—Pues a por él, nena, no le des tregua. A ver si te lo va a levantar la loba delante de tus narices.

—Ruth, si la loba lo quiere, se lo regalo. Voy para que no piense que me intimida.

—Mentirosa. Vas porque no te fías un pelo de ella y quieres vigilarlo.

—¿Pero tú viste cómo me habló ayer? Yo no quiero saber nada con ese imbécil, y él no me tiene ningún aprecio.

—Vale, lo que tú digas. Pero yo juraría que estáis picados y las ganas que os tenéis el uno al otro os van a explotar en la cara.

—Bueno, mañana te cuento, ¿vale?

—Vale. No hagas nada que yo no haría. Y haz lo que yo haría, o sea, no dejes que la loba se acerque a él ni a doscientos metros.

Me río y corto la llamada. Entro en el baño, me arreglo un poco el pelo y me doy crema hidratante y un toque de rímel antes de salir para casa de Samuel.

A ver si no tengo que tirarlo de la terraza para abajo.

Cuando toco a la puerta contigua, es él quien me abre. Lleva unos vaqueros oscuros y una camisa informal de cuadros remangada hasta el codo, con zapatillas blancas de lona. Se hace a un lado para dejarme pasar, y me taladra con sus ojos azules mientras me invita con un gesto de la mano.

—Adelante.

Abel está sentado en la terraza con una cerveza en la mano y me hace señas para que salga. Samuel me mira con una sonrisa indescifrable en la cara.

—¿Una cerveza?

—Sí, gracias.

Doy un rápido vistazo al apartamento. Todos tienen la misma distribución y las cocinas son iguales, pero su casa parece sacada del catálogo de Ikea. Entre la cama, de madera oscura y con un cabecero alto que parece una espaldera forrada de cojines, y la pared, hay una zona de vestidor, con una barra de lado a lado para colgar la ropa y un par de estantes más arriba donde se apilan

cajas ordenadamente. La ropa de cama combina tonos de gris, y todo esta pulcramente colocado. El sofá está pegado a los pies de la cama y es de cuero negro, de dos plazas. También tiene un par de cojines negros y una manta ligera en color crudo. El mueble de la televisión es un modular en color marrón oscuro, sobrio, masculino y elegante, y la mesa de centro va en la misma gama. En un rincón hay una guitarra acústica y en las paredes, fotografías en blanco y negro de paisajes urbanos. Reconozco Londres y Roma. Y la tercera podría ser de Portugal.

—¿Las has hecho tú?

—Sí.

—Son bonitas.

—Gracias. ¿Sabes algo de fotografía?

—Sé dónde hay que apretar para hacer la foto.

Se ríe y por un segundo vuelvo a ver al Samuel de hace veinte años. Después casi siento que se arrepiente de haberse ablandado y yo también me arrepiento de haber olvidado por ese segundo que sigo molesta con él.

Salimos a la terraza, donde Abel parece no darse cuenta de la tensión que hay entre nosotros. En un rincón hay sillas apiladas y Samuel me acerca una con caballerosidad.

—Gracias.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Unos dos meses.

Da un trago de su cerveza y no puedo resistirme a preguntarle.

—¿Y tú, cómo es que has venido a Madrid?

—La academia donde trabajaba en Londres cerró. Un amigo me ofreció un trabajo aquí en Madrid a través de un conocido y decidí que era una buena ocasión para cambiar de aires.

—Qué casualidad...

—Pues sí, ya ves.

Antes de que el silencio se vuelva violento, Abel empieza a contar

anécdotas de su trabajo. Es recepcionista en un hotel y siempre tiene alguna nueva. La gente es de lo que no hay.

Al cabo de un rato, en el que acabamos riéndonos los tres como si Samuel y yo no nos hubiésemos tirado los trastos a la cabeza anoche mismo, suena de nuevo el timbre de la puerta. Son Pilar y Julieta. Abel les presenta a Samuel y salen a la terraza aún sin sacudirse del todo la timidez. Cuando nos sentamos los cinco y Pilar tiene una cerveza en la mano y Julieta un refresco, se empiezan también a relajar. En apenas diez minutos, mi sexy vecino tiene a la niña metida en el bolsillo y su madre lo mira sonriente y embelesada. Tiene buena mano con los críos, salta a la vista. Y eso en un hombre es atractivo hasta un punto irresistible.

Mis problemas empiezan cuando el timbre suena de nuevo y es Rebeca quien entra en escena.

Samuel le abre la puerta y no puedo evitar observar su reacción. La reacción de ambos, mejor dicho. Rebeca abre unos ojos como platos y lo mira de arriba abajo como miraría un gato a un apetecible ratoncito al que pretende zamparse como cena.

Él le devuelve otra mirada de aprobación cuando ve sus curvas, descaradamente resaltadas por un vestido de punto rojo ceñido y corto. Ella le sonrío y mueve con coquetería su pelo rubio y largo.

Mis dientes casi chirrían, y me muero de vergüenza cuando soy consciente de ello. ¿Por qué tiene que importarme si se están evaluando el uno al otro como posible polvo fácil? Samuel no es nada mío.

Las palabras de mi amiga Ruth golpean mi conciencia sin compasión:

"No dejes que la loba se acerque a él ni a doscientos metros"

Pero creo que es demasiado tarde.

Abel los llama y Samuel camina con ese andar suyo tan elegante y sexy, un poco de perdonavidas, con Rebeca babeando tras él. Vuelvo a apretar los dientes. No ha sido buena idea venir a cenar.

La loba saluda a todos y coge la silla que Samuel le ofrece para sentarse junto a él. Lo acapara inmediatamente mientras los demás charlamos de trivialidades.

Aguanto estoicamente el tonto de la parejita aunque podría darme un cólico, o salirme una úlcera, o vete a saber qué, si mi estómago sigue generando bilis. Por suerte, Samuel se levanta y entra dentro para coger el móvil y pedir las pizzas cuando mi paciencia está a punto de acabarse.

Rebeca lo sigue con la mirada un momento y luego vuelve su atención hacia Abel, que está contando algo gracioso sobre un amigo suyo. Julieta se parte de risa y se atraganta con su refresco.

Cuando Samuel vuelve a la mesa mis nervios se han aplacado un poco, aunque cada vez estoy más convencida de que venir a cenar ha sido una idea muy mala. Haría bien en mantenerme alejada de Samuel.

Antes de que lleguen las pizzas, Rebeca le hace un interrogatorio completo sobre su vida. De dónde es, cómo es que ha aterrizado en Madrid, si tiene pareja en algún sitio... Samuel niega con la cabeza sonriendo mientras me mira de reojo.

Yo debí preguntarle eso el año pasado. Nos habríamos ahorrado muchos disgustos.

Todos parecen fascinados con el árbol genealógico de Samuel y la cantidad de sitios en los que ha vivido. Justo antes de que el timbre de la puerta nos indique que el repartidor llega con nuestra cena, deja caer como si nada:

—Nadia conoce bien a mi familia, fuimos vecinos cuando éramos niños.

Se levanta a abrir la puerta mientras Pilar sonrío sorprendida y Rebeca me mira preguntándose sin duda cómo de bien nos conocemos Samuel y yo.

La miro con suficiencia. Y que entienda lo que quiera. Sí, me lo he tirado ¿y qué?

Julieta me pregunta con interés si éramos amigos.

—Sí, éramos muy amigos. Jugábamos mucho juntos. Su hermana pequeña es de mi edad, y mi hermana es casi como él. Nos llevábamos muy bien los cuatro.

Samuel reaparece con las pizzas, que empieza a distribuir sobre la mesa de la terraza. Recupera el hilo de la conversación y le empieza a contar a Julieta que a mí me gustaban los juegos de chicos: el fútbol, los coches, los soldados... Creo que trata de avergonzarme. Pilar me mira con incredulidad.

—Pues chica, viéndote ahora nadie diría que eras así...

—¿A qué te refieres? —le pregunto sin comprender.

—Ya sabes..., siempre vas con tacones, casi siempre con faldas, trabajas en una tienda de lencería...

La cara de Samuel es un poema al oír eso.

—¿Trabajas en una tienda de lencería? ¿En serio?

—Sí ¿qué pasa?

—Pues que me choca. Pilar tiene razón, no pega nada con el recuerdo que yo tengo de ti. Con seis años, eras menos femenina que el repartidor del butano.

Rebeca y Abel se tronchan de risa. Yo aprieto los dientes y frunzo el ceño aguantándome las ganas de preguntarle si no le parecí femenina en Mallorca, porque que yo recuerde, se puso como una moto, para lo poco femenina que me ve.

Creo que intuye mi pensamiento, porque contiene la sonrisa y me mira retándome a que diga algo.

Antes me muerdo la lengua y me enveneno, guapo. Eso está enterrado y olvidado.

Bueno, casi.

Por suerte, Abel vuelve a desviar el rumbo de la conversación. Y mis nervios pueden relajarse de nuevo. Un rato después de acabarnos las pizzas, Pilar se levanta diciendo que Julieta y ella se tienen que ir.

—Un poco más, mamá.

—Mañana hay cole.

—Joooo... ¿podremos repetir otro día?

—Desde luego —le responde Samuel—. Yo te aviso, no te preocupes, preciosa.

Madre e hija se marchan tras despedirse de todos y Abel se excusa poco después porque ha trabajado de noche y está hecho polvo.

Rebeca no parece que tenga intenciones de irse.

Hago de tripas corazón y me levanto a la vez que Abel.

La loba se queda. Y cuando la puerta de Samuel se cierra y yo entro en mi apartamento, vuelvo a acordarme de lo que me ha dicho Ruth. "No hagas nada que yo no haría. Y haz lo que yo haría, o sea, no dejes que la loba se acerque a él ni a doscientos metros".

La loba a estas alturas debe de estar ya despatarrada en su cama. Y Ruth no le habría dejado solo con ella ni muerta.

Pero a mí no debería importarme lo que haga Samuel.

Me quito rápidamente la ropa y me pongo una camiseta para dormir mientras espero escuchar de un momento a otro los gemidos y los gritos de Rebeca desde el apartamento contiguo, pero eso no ocurre. Oigo la puerta poco después, y luego el silencio.

Igual no se ha quedado.

O igual se han ido los dos al apartamento de ella.

Salgo a la terraza y me apoyo mirando hacia la calle. El aparcamiento exterior está casi vacío. La quietud de la noche es asombrosa. Y no se oye nada en el apartamento de Samuel.

De pronto me sorprende su voz a pocos metros. Está solo en su terraza.

—¿Qué? ¿No puedes dormir?

—He salido a tomar el aire.

—¿En serio? Pensé que querías comprobar si estaba solo o acompañado.

—Vete a la mierda. Me da igual con quién duermas, que lo sepas.

—Yo no estaba hablando de dormir.

—Mira, olvídame ¿vale?

Me doy la vuelta y me voy para dentro. Lo oigo llamarme desde fuera.

—¡Nadia!

Pero no le hago ni caso.

Y entonces le oigo salir de su casa y empieza a aporrearme la puerta.

Abro rápidamente. No necesito que todos se enteren del mal rollo que nos

traemos.

—¿Pero tú estás tonto? ¡Me vas a echar la puerta abajo!

—Odio que me dejes con la palabra en la boca.

Empuja la puerta y entra. Me cruzo de brazos retándole con la mirada mientras cierra la puerta tras de sí.

—Dudo que tengas algo interesante que decir.

—Estoy esperando una disculpa.

Lo miro como si estuviera loco.

—¿Una disculpa? ¡Tú estás pirado! ¿Por qué voy a disculparme, vamos a ver?

—Por no haberme llamado en un año porque no te dije que tenía una relación que agonizaba mientras que tú te acuestas con tu ex, que casualmente tiene novia.

—Si no te gusta, te jodes. No voy a disculparme.

—Eres una mal hablada.

—Tú sacas lo peor de mí. Te avisé de que puedo ser muy camionera cuando me cabreo. Además, no sé por qué te sorprendes, si según tú soy un marimacho...

En ese momento me mira de arriba abajo y caigo en la cuenta de que estoy vestida para dormir. Es decir, llevo una camiseta de tirantes anchos sin sujetador y unas bragas tipo culotte de algodón. Mis pezones se ponen duros bajo su mirada descarada y mi entrepierna se humedece. Y la postura de brazos cruzados no ayuda, porque levanta mis pechos descaradamente.

Se me van los ojos a sus pantalones. Y veo que tampoco le soy indiferente.

—Yo no he dicho que seas un marimacho.

—Sí que lo has dicho.

—He dicho que lo eras de niña. Y es verdad.

—Pues podías haber puntualizado que cambiaste de opinión respecto a eso el verano pasado. Creo que la noche del karaoke te parecí lo bastante femenina ¿no?

—También me pareciste una chica inteligente. No una que condena sin atender a razones ni una que se mete en medio de una pareja a sabiendas y por venganza.

—Ya te vale con eso.

—¿Te crees mejor que yo?

—Pues igual sí, mira.

—Pues no lo eres. ¿Sabes?

—Por lo menos yo no dejo la ventana abierta para que todo el mundo me oiga follando.

—Igual es que tu ex no folla tan bien como yo y por eso a ti no se te oye.

—Eres un gilipollas.

—Y tú una faltona.

—¡Lárgate!

—Échame si puedes.

Le agarro de la camisa para arrastrarlo fuera. ¡Ilusa de mí, como si pudiera con él! Me agarra también de los brazos y nuestras miradas se encuentran.

Y dos segundos más tarde nos abalanzamos el uno sobre la boca del otro.

CAPÍTULO 6.

Lo agarro del pelo enredando mis dedos en los mechones cortos y ondulados de su nuca, y lo atraigo contra mi boca. Me desquicia, pero dudo que haya conocido alguna vez a un hombre que me caliente la sangre tan rápidamente como él.

Nuestros dientes entrechocan y nos mordemos el uno al otro. Me río contra su boca y me mira apartándose solo unos centímetros, con el ceño ya medio fruncido.

—¿Qué?

—Nada.

La conexión entre nosotros está a punto de romperse en ese instante, pero no estoy dispuesta a dejar que ocurra. Le atraigo de nuevo contra mí y le beso de nuevo. Solo cuando lo siento relajar la tensión otra vez separo mis labios de los suyos lo suficiente como para decirle:

—No conocía esa faceta tuya de vampiro. Pero me gusta, ya ves.

—También me has mordido —murmura sonriente.

—Sí.

—La gatita se ha convertido en una vampiresa...

—Sí. Y cállate antes de que lo estropees todo.

Lo empujo hacia el sofá y lo hago sentarse para montarme a horcajadas sobre él. Se deja hacer sin abrir la boca más que para besarme. Mis labios palpitan y mi piel hormiguea, y apenas me ha tocado.

Enreda las manos en mi pelo y tira de él para hacerme levantar la cabeza. Me besa el cuello donde su boca y su lengua van dejando un rastro de calor. Y juraría que también me va a dejar alguna marca.

Pero ya me ocuparé de eso mañana.

Su agarre se vuelve un poco más firme, tira de mi cabeza hacia atrás y se me escapa un gemido cuando entierra la cara en el hueco de mis pechos. Roza un

pezón con los dientes por encima de la camiseta, y jadeo desesperadamente en busca de aire. El apartamento parece encogerse por momentos, y la temperatura ha subido como si estuviéramos en la puerta del infierno.

Empiezo a frotarme contra su pelvis y le oigo también jadear. La sonrisa en mi cara es instantánea. Me gusta sentir que tengo ese poder sobre él.

Me suelta el pelo y agarra mi camiseta para quitármela casi de un tirón. Yo le abro la camisa haciendo saltar algún botón, y se la quito rápidamente mientras nos miramos a los ojos. Y en su mirada veo un ruego que posiblemente también está en la mía.

"No hables. No digas nada. No rompas la magia. Ya veremos cómo capeamos esto después"

Y así, sin decir una palabra, nos desnudamos. Me levanto un instante para quitarme las braguitas, que Samuel tira a un lado sin contemplaciones, y le abro los vaqueros. Se los baja un poco junto con el bóxer y tira de mí para ponerme a horcajadas sobre él.

—¡Espera!

De un salto me acerco a la mesilla y saco una caja de condones. Me los quita de la mano tan pronto como estoy de nuevo frente a él. Abre uno, tira el resto sobre la mesa y se lo pone sin apartar sus ojos de mí.

Me desea, y yo le deseo.

Ya me arreglaré mañana con mi orgullo y con mi conciencia.

Me subo sobre él y mi cuerpo entero se estremece cuando lo siento abrirme y tantearme con los dedos, para después ubicar su dura erección en mi entrada y levantar las caderas al bajarme sobre él. Le tiro del pelo mientras me aferro a él con fuerza, empalándome hasta el fondo.

Entonces es él quien tira de mi pelo con una mano mientras con la otra me aprieta el culo con fuerza. Cuando echo atrás la cabeza, se abalanza sobre mis pezones.

Y grito antes de darme cuenta. No es que me haga daño, pero no me da tregua. Chupa con fuerza, lame, mordisquea, y vuelve a succionar. Mientras trato de moverme sobre él mis pezones se han puesto duros y calientes como brasas. Me suelta el pelo y masajea mis pechos, alternando las caricias de su

boca y sus dedos. Me pellizca y doy otro gritito. Le miro como si estuviera a punto de asesinarlo y sonrío perversamente.

Esta me la paga.

Pero otro día. Ahora como no acabe con lo que ha empezado, lo mato. Y más le vale ser eficiente.

Cuando tengo los pechos tan pesados, excitados y doloridos que cada roce me hace gemir, acelero el ritmo y lo siento cada vez más duro dentro de mí. Me vuelve loca. Me clava los dedos en las caderas y me mueve a su antojo, sin contemplaciones.

No sé en qué momento he dejado de dirigir yo esto, pero me da igual. Está a punto de correrse y me voy a correr con él.

Me aprieto contra él con fuerza, presionándole con los músculos de mi vagina. El roce es mucho más intenso así. Lo oigo jadear y la vampiresa que hay en mí vuelve a morderle la boca. Después bajo a su cuello y vuelvo a morder.

Y me clava los dedos en la piel hasta hacerme moratones cuando se tensa y se corre violentamente dentro de mí. Sigo apretándolo y mi liberación llega inmediatamente después, haciéndolo estremecerse aún un poco más. Entierro la cara en el hueco de su cuello en un pobre intento de ahogar mis gemidos. Suerte que al menos cerré bien las ventanas.

Siento una mano acariciarme la espalda durante un instante. Y poco a poco recupero la consciencia de dónde estoy, con quién y en qué circunstancias. Levanto la cara y veo sangre en su labio.

—¿Te he hecho sangre?

—Creo que he sido yo.

—¿Te has mordido? ¿Hasta sangrar?

Sonríe y se pasa la lengua por la gotita roja que brilla en su boca. Mi cuerpo se aprieta de nuevo en torno a él.

—¿Te pone? No dejas de sorprenderme... arañas, muerdes... y la sangre te excita. Lo tienes todo.

Ya está. Ya lo fastidió. Me está mirando con una petulancia y una suficiencia

que me dan ganas de echarlo a patadas. Es como si se estuviera colgando la medallita por sacar todo eso de mí.

Idiota.

—Para alguien que es menos femenina que el butanero, supongo que no está mal —le digo con evidente fastidio.

En este momento tal vez podría arreglarlo con una disculpa, pero el muy capullo va y se ríe.

Me levanto, con un cabreo monumental, y recojo del suelo mis bragas. Me las pongo y agarro mi camiseta dispuesta a gritarle que se vista y se largue pero ya se ha quitado el condón, se ha recolocado los pantalones y está buscando su camisa. La encuentro junto al sofá y se la tiro con rabia.

Mientras se la pone, me mira con aire divertido y murmura.

—Me has arrancado un botón, devuélvemelo cuando lo encuentres.

Da dos pasos hasta la cocina y tira el condón anudado al cubo de la basura. Deduzco que está a punto de largarse sin decir ni adiós.

Cerdo insensible...

Me acerco a él y le doy un empujón hacia la puerta.

—¡Fuera!

—¿Eh? ¿Me estás echando?

—¿A ti qué te parece? ¡Fuera!

—Oye, que la que me ha sentado en el sofá para montarme como una amazona has sido tú.

—¿Pero cómo eres tan capullo?

—¿Yo? ¿Y tú qué? ¿Te parece normal follarme así y echarme a patadas?

—Haberte follado a Rebeca.

Levanta una ceja con incredulidad y me mira como si fuera una extraterrestre de tres cabezas.

—¿Así que de eso se trata? ¿De despecho? Genial. Cuando creo que es imposible, te superas.

El frío congela sus ojos azules y abre la puerta para salir de mi casa dando un portazo.

Voy a tener que conseguirme un saco de boxeo o algo que golpear porque si no, acabaré tirando una pared. ¿Encima se hace el ofendido? ¡Lo que me faltaba! ¿Y quién dice que haya hecho nada por despecho? ¡No me he entrometido cuando ella se ha quedado en su casa! Ha sido él quien la ha dejado irse y me ha buscado. ¡No lo he hecho solo para demostrarle que ya ha sido mío una vez y podía tenerlo una vez más!

Realmente lo deseaba ¿tan difícil es de creer?

Doy vueltas por los escasos metros de mi apartamento como una leona enjaulada hasta que consigo serenarme lo suficiente como para meterme en la cama.

Cuando se lo cuente mañana a Ruth se va a quedar de piedra.

Me levanto cansada e irritable. Fantástica manera de enfrentarse al lunes. Me ducho y me pongo el sujetador más suave que encuentro. Tengo los pezones magullados y sensibles hasta extremos que jamás habría imaginado. ¡Si será bruto! Y encima hay dos chupones más o menos visibles en mi cuello, y moratones de sus dedos en mis caderas. Me ha dejado el lote completo de recuerdos.

Me pongo una blusa roja de manga corta con una falda negra y zapatos de tacón rojos. Me maquillo lo justo y bajo al garaje echando una mirada de reojo a la puerta de Samuel, pero no hay señales de él. Su coche no está junto al mío, ha debido de salir más temprano.

Conduzco hasta el trabajo dándole vueltas a la cabeza. El polvo fue fantástico, pero sabía que lo fastidiaría en cuanto abriera la boca. Y bien poco tardó, la verdad.

Bueno, mejor así. Lo último que quiero es pillarme por él, y si es un idiota y un bocazas hay muchas menos posibilidades de que eso pase.

No me quiero enamorar. No merece la pena. Lo único que consigues es que te decepcionen y te hagan daño.

Aunque probablemente tampoco se va a repetir un polvo como el de anoche.

Si tenemos otro encontronazo así, es más fácil que salgamos a tortas que que nos liemos.

Una lástima, porque lo cierto es que el chico promete. Hasta ahora, en el sexo por lo menos no me ha decepcionado. Es todo lo que aparenta y más.

En el resto ya es otra cosa.

Aparco el coche y Ruth llega cuando me estoy bajando. Su mirada lo dice todo cuando sale de su coche. Empiezo a hablar antes incluso de que formule la pregunta.

—Nos acostamos. Lo dejé en su casa con la loba pero ella se marchó. Salí a la terraza y él estaba allí, empezamos a discutir, vino a mi apartamento y me lo tiré en el sofá.

—Buena manera de zanjar una discusión, sí señora.

—No te burles, Ruth.

—No me burlo, pero lo veía venir. Entre vosotros hay una tensión que va a necesitar de muchos polvos para resolverse.

—Dudo que vaya a haber ninguno más. Se cabreó y se fue.

—Desde luego tienes una habilidad especial para hacer que se cabree...

—Pues ni te cuento cómo me dejó él a mí.

—¿Cómo?

—Con ganas de lanzar la mesa contra la pared de su casa.

—Eso te lo vas a tener que mirar. Apúntate a yoga o algo relajante. O tíratelo más seguido, necesitas eliminar tensiones.

—Me apuntaré a boxeo o karate, porque a Samuel cuanto menos lo toque mejor.

—¿Y eso?

—Me desquicia. Saca lo peor de mí. Se burla, me insulta...

—Juraría que tú no lo tratas mucho mejor...

Voy a replicarle algo pero me callo. Tiene razón.

—Bueno, pues después de lo de anoche, quizás me evite por unos días, y yo

tengo intenciones de hacer lo mismo. Voy a olvidarme de que está ahí al lado y fin de mis problemas.

—No te lo crees ni tú.

Contra todo pronóstico me paso el resto de la semana sin ver a Samuel. Por las mañanas sale antes que yo, y por las tardes llega antes, pero lo único que veo es su coche en el garaje. Ni siquiera sale a la terraza. Cuando llega el viernes no puedo negarme a mí misma por más tiempo que tengo ganas de verle. Es estúpido que estemos enfadados todavía. Somos adultos, podemos comportarnos como tales.

El sábado después del trabajo, voy a comer a casa de mis padres. La semana pasada no fui y mi madre está al borde de un ataque de histeria porque no me ha visto en varios días. Cuando me abre la puerta lo primero que hace es mirarme de arriba abajo para comprobar que no estoy enferma.

—Tienes cara de cansada, cariño. ¿Duermes lo suficiente?

—Sí, mamá.

—Pues tienes mala cara.

—Gracias —me burlo. Para mi madre siempre tengo mala cara. Es una absoluta hipocondríaca.

—No digas tonterías, Carmen. Está estupendamente, como siempre.

—Gracias, papá.

Sonrío, le abrazo y le beso en la mejilla. Mi padre es fantástico. Y realmente sabe levantar el ánimo. Me mira como si fuera la reina del baile del instituto. Todos y cada uno de los días que me ve. Soy su princesa. Siempre lo he sido y siempre lo seré.

Mi sobrina Candela viene corriendo por el pasillo y se me echa encima como un tsunami. La cojo en brazos, aun a riesgo de perder el equilibrio sobre mis tacones y que acabemos las dos en el suelo.

—¡Hola cariño! ¿Qué tal el cole?

—Genial, tita. Tengo una "seño" nueva. Se llama Marisa y es muy buena.

—¡Qué bien!

Llegamos hasta el comedor y mi hermana Sole me sonríe quitándome a su hija de encima.

—Además de Marisa, también tiene nuevos profesores de música y de inglés. Y me han dicho que se porta muy bien.

—¡Claro, como tiene que ser!

—Y cuando te diga quién es su profesor de inglés, te vas a quedar muda.

Me quedo muda desde ya. No puede ser. Le fastidio la sorpresa a mi hermana sin darme ni cuenta, cuando murmuro:

—Samuel.

Su cara no tiene desperdicio, y la de mi madre tampoco.

—¿Has dicho Samuel?

—Sí..., pero vamos, no sé... ¿Quién es?

—Samuel, pero... ¿Cómo sabías tú que era él? Hace veinte años que se mudó a Londres...

Noto las miradas de mis padres y mi hermana sobre mí. Respira, Nadia, respira. Ellos no saben que nos encontramos el verano pasado, ni que ahora es mi vecino, ni que nos hemos acostado.

—No lo sabía, pero... —El destino empieza a fastidiarme ya con sus juegucitos—. Es que resulta que es mi nuevo vecino...

—¿Samuel? ¿Samuel Harrison es tu nuevo vecino? —me pregunta Sole gesticulando—. ¿Y por qué no has dicho nada? ¡Menuda sorpresa me llevé cuando fui a recoger a Candela al colegio el otro día y lo descubrí! ¡Podías haber dicho que estaba aquí!

—Ay..., con lo que jugabais vosotras con él y su hermana Soraya —dice mi madre con aire melancólico—. ¿Sabes que su padre murió? Pobre hombre, era tan bueno...

—Sí, me lo contó —decido no especificar cuándo.

—Está muy guapo ¿no crees? —me pregunta Sole con malicia.

—Bueno, está cambiado, obviamente. Ya no es un niño.

—Sole —interrumpe mi madre—, a ver si hablas con él y le dices que me

encantaría verle y saber de su madre y de sus hermanos. Quizás podríamos invitarle a comer un día...

—Pero mamá, ¿qué dices? —la corto—. Que fuera vecino nuestro cuando era un niño no quiere decir que lo conozcas de nada, prácticamente.

Mi madre me mira como si me hubiera vuelto loca.

—¿Que no lo conozco de nada? Le he dado de merendar tantas veces como su madre a ti. Y era tu mejor amigo, Nadia, no me puedo creer que no te acuerdes de lo unidos que estabais. Si prácticamente podrías decir que fue tu primer amor...

—No digas tonterías, mamá, por favor..., teníamos seis y diez años. Éramos amigos, punto. Pero ya no es el niño que conocimos. Ahora es un desconocido.

—Es Samuel, hija. Además, acabas de decir que es tu vecino, y es el profesor de Candela, ¿te parece poco?

—¿Y desde cuándo es tu vecino? —me pregunta mi hermana.

—Desde hace una semana, más o menos.

—¿Y no has dicho ni pío en toda la semana?

—¿Y cómo iba yo a pensar que os importara tanto? ¡Por favor, que lo conocíamos hace veinte años, ahora no lo conocemos prácticamente de nada!

—Hija, desde luego, qué despegada eres... —murmura mi madre. Mi padre empieza a servir el cocido ignorando la curiosidad de mi madre y de mi hermana. Cuando tiene hambre, él no se distrae con nada.

Aprovecho el cable que me tiende mi padre y empezamos a comer. Decido cambiar de conversación preguntándole a mi hermana.

—¿Ignacio no viene?

—No, se ha quedado en casa. Ha cogido un virus o algo así y está con gastroenteritis. Le he dejado comida ligerita y que aproveche para descansar.

—Pobrecillo, hija, podías haberte quedado con él —le dice mi madre con una mirada acusadora.

—Vamos, mamá, que no tiene nada...

—Te llevas el cocido en un tupper y se lo guardas para cuando se recupere.

—Sí, claro... Casi mejor que espere al fin de semana que viene, mamá. No creo que ponerse hasta las cejas de cocido sea la mejor manera de recuperarse de una gastroenteritis —me burlo.

—¡Hasta las cejas..., qué exagerada!

—Mamá, que nos conocemos. Con la ración que le vas a guardar a Ignacio comen los tres.

Mi padre y mi hermana se ríen y mi madre frunce el ceño. Pero se acaba riendo porque sabe que tengo razón.

Además siente auténtica adoración por mi cuñado. ¿Cómo lo va a dejar sin cocido, con lo que le gusta y las alabanzas que le dedica cada vez que lo come? Las madres a veces se venden de una forma vergonzosa.

—Bueno, yo te preparo el tupper y luego tú verás lo que haces —le dice a mi hermana que se encoge de hombros con resignación.

Y por supuesto, aparta ración como para tres.

A media tarde me voy a casa y llamo a Ruth para quedar. Nos vamos a cenar por ahí y luego de copas. Necesito distraerme. Mis amigas alucinan cuando les cuento que Samuel es el nuevo profesor de inglés de mi sobrina Candela.

—¡Qué fuerte! Desde luego con este chico se suceden las casualidades... —se ríe Ruth—. Después de veinte años sin veros, nos toca la habitación de al lado en las vacaciones de Mallorca, después se muda al apartamento contiguo al tuyo, el sábado pasado aparece en el mismo restaurante que estábamos cenando nosotras, y además resulta que es el profesor de tu sobrina... ¿tenéis una especie de imán o algo así entre vosotros?

—No digas tonterías. Son casualidades, sin más.

—Pues apunta otra —se ríe Valeria—. ¿No es ese que acaba de entrar en el bar?

CAPÍTULO 7.

Me giro hacia la puerta y lo veo entrar con un grupo de amigos. Antes de que me dé la vuelta de nuevo, nuestros ojos se cruzan por un segundo.

Y sigo pensando que es un imbécil, pero el pulso se me acelera y mi cuerpo empieza a reaccionar a él, esperando que se acerque y me toque. El aire parece cargarse de electricidad aunque ni siquiera sé en qué parte del bar está. Ruth por supuesto sale en mi ayuda.

—Se ha quedado a medio camino.

Una pequeña punzada de decepción me aprieta el estómago. Me esfuerzo en ignorarla bailando como si no pensara que él me está observando. Pasan los minutos y no ocurre nada. Sigo esperando que se acerque, aunque no estoy segura de querer hablar con él.

Desde luego, no me entiendo ni yo.

Ruth mira de vez en cuando hacia donde supongo que está él, pero no me dice nada. Empiezo a ponerme de los nervios.

—¿Está con alguien?

La que se supone que es mi mejor amiga se ríe sin cortarse un pelo.

—¿Se supone que te importe?

—¡Ruth!

—No. Al menos hasta que se decida por alguna de las mosconas que tiene alrededor.

—¡Oh, por favor!

En ese momento se nos acercan unos conocidos de Valeria. Son dos chicos de su barrio, divertidos y guapos. Después de saludarnos a las cuatro, nos cuentan que están de despedida de soltero. Enseguida localizamos al resto del grupo. El pobre novio va vestido de presidiario y lleva una cadena atada al pie con una bola enorme colgando que sostiene en una mano mientras coge su copa con la otra. Si la deja por el suelo seguro que alguien se tropieza y se abre la cabeza por su culpa. Apenas miramos dos veces hacia los demás,

llamamos inmediatamente su atención. Y nos vemos rodeadas de chicos.

Se presentan uno tras otro, repartiendo besos y sonrisas a diestro y siniestro. Algunos están bastante borrachos. El novio de hecho es el que peor está, pero hay otros dos que también van bastante cargados. Uno de ellos, Julio, se tropieza y casi se cae encima de mí. Le aparto rápidamente riéndome, mientras se disculpa torpemente. Y cuando me va a pasar el brazo por el hombro para hablarme al oído con la lengua medio trabada y arrastrando las palabras, una mole enorme lo agarra sin contemplaciones y lo quita de en medio.

—Vete a lavarte la cara, anda, a ver si te espabilas.

—Oye..., ¿tú de qué vas?

Julio mira al que lo ha apartado de tan malos modos tratando de enfocar y enseguida se acercan dos amigos más a ver qué pasa. Samuel me mira con una expresión seria y decidida mientras se coloca entre el pobre chico y yo.

—Es un amigo mío, Julio. Samuel, Julio solo ha tropezado.

—Estaba encima de ti. Y no se sostiene de pie.

Algo dentro de mí está dando saltitos de alegría mientras se cuelga una medalla por ese repentino ataque de... ¿celos? Diría que sí. Le miro a los ojos y le hablo un poco más cerca de lo necesario.

—¿Y por qué se supone que deba importarte?

—¿También eres una desagradecida?

—No me estás salvando de nada, Superman, no te hagas el héroe.

—Está borracho, y se estaba empezando a pasar.

—Soy perfectamente capaz de decidir cuándo un hombre se pasa conmigo y cuándo no.

—Bien. Entonces esto no es pasarse.

Me pasa el brazo por el hombro y me estrecha contra sí. Me quedo muerta. Y sigue hablando.

—¿Sabes que vi a tu hermana el otro día? Tienes una sobrina preciosa, se parece mucho a ti cuando eras pequeña.

Parpadeo, incapaz de reaccionar. Ha dicho que Candela es preciosa y que

se parece a mí..., ¿eso es un piropo?

—Mi hermana me lo ha contado. Eres su nuevo profesor de inglés.

—Sip. No me estoy pasando ¿no?

—De momento no.

—¿Y si hago esto?

Estira más el brazo y deja la mano casi colgando sobre mi pecho.

—Pero... ¿Tú eres idiota o qué? —le aparto la mano de un manotazo.

—Qué fijación tienes con insultarme —se ríe.

—Lo que voy a hacer cualquier día de estos es darte un sopapo, por listo, que te pasas bastante de listo.

—¿En serio? ¿También te pone eso de pegar?

Levanto la mano para darle un tortazo, ahora sí que se ha pasado. Pero me la coge y la lleva a mi espalda mientras hace lo mismo con la otra. Me mantiene en un abrazo apretado envolviéndome con su cuerpo mientras habla casi sobre mi boca. Puedo ver a Ruth a mi lado mirarnos con los ojos muy abiertos, tratando de decidir si quiero que me lo quite de encima o no.

Pero obviamente no quiero.

—A lo mejor la que necesita unos azotes eres tú.

—Inténtalo y te corto los huevos.

—¿Crees que tienes alguna posibilidad mientras te tenga así sujeta?

—En algún momento te dormirás.

Suelta una sonora carcajada.

—¿Tengo una asesina psicópata en la puerta de al lado y no lo sabía?

—Suéltame.

Clava en mí sus ojos azules como evaluando si realmente debería soltarme. Y en realidad no sé si quiero que me suelte. Mi respiración está agitada, pero la suya va a la par. Y de pronto soy consciente de una presión inconfundible sobre mi vientre. Está excitado. Me está apretando descaradamente contra su cuerpo y tiene una erección de campeonato.

Me muerdo la boca inconscientemente y su mirada se vuelve melancólica por una fracción de segundo.

—¿Por qué no podemos tener una noche como la de Mallorca? ¿Por qué tenemos que estar siempre como el perro y el gato?

—¿Por qué me sacas de quicio todo el tiempo? —le pregunto casi en un susurro, siendo consciente de que estoy perdiendo el control.

—¿Eso hago?

—Sí, eso haces.

—No lo hago aposta. Tú me provocas.

—No te provoco, me defiendo.

—¿De mí? ¿Te sientes atacada?

—Eres grosero y ofensivo, casi todo el tiempo.

Traga saliva trabajosamente. Casi puedo oírlo, incluso por encima de la música y del murmullo constante de las conversaciones del bar. Se le mueve la nuez y me quedo embobada mirando su recorrido. Es tan sexy que me funde el cerebro sin ninguna dificultad.

—¿Y tú? ¿Cómo me tratas tú?

—No mucho mejor ¿no?

Nuestra conversación no difiere mucho de cualquiera de las que hemos tenido desde su regreso, pero el tono no tiene nada que ver. No estamos gritando ni atacándonos.

Casi parece que nos estamos entendiendo.

—Eras mi mejor amiga.

Mi corazón se resiente con esa confesión. Apelar a nuestra infancia es un golpe bajo.

—Tú también te burlabas de mí entonces, cuando no podía subirme a donde tú sí llegabas, o no era tan buena con el balón.

—Los niños no saben tratar a las niñas de otra manera.

—Los hombres parece que a veces tampoco.

—Pero te protegía. Te cuidaba.

—¿Por eso has venido a salvarme de Julio?

—¿Prefieres que te deje con él?

Miramos los dos alrededor. Solo Ruth nos observa de reojo de cuando en cuando. Valeria y Elena están junto a ella, hablando con los chicos, y Julio ha desaparecido.

—Creo que ha aceptado su derrota.

Su boca se curva en una sonrisa pirata.

—¿He ganado? ¿Y cuál es mi premio? ¿Tú?

—Ni de coña.

Aprieta mis manos un poco más y me atrae hacia su cuerpo.

—Me conformaré con un beso.

Mira mi boca por unos segundos eternos, y me doy cuenta de que me está dando tiempo para rechazarlo. Pero no quiero rechazarlo. Sus labios me llaman tan alto y claro como si gritaran mi nombre. Como sus ojos azules, que me atrapan como garras. Me pongo de puntillas sobre mis tacones y le ofrezco mi boca sin apenas darme cuenta.

Y se inclina para tomarla sin dudarle siquiera.

Me besa con suavidad, casi con ternura. Nada que ver con los mordiscos que nos dimos la semana pasada. Sus labios acarician los míos transmitiéndome el calor de su piel, el fuego de su respiración y el hambre de mí que parece tener. Pero se controla. No quiere dejarse llevar por el arrebato y acabar estropeando el momento. Su lengua me tantea poco a poco y yo me desespero por sentirla y jugar con ella. Por compartir con él un beso de verdad, un beso intenso. Uno que me haga olvidar que mañana otra vez nos estaremos peleando. Si es que aguantamos hasta mañana.

Me aprieto contra él y tiro de mis muñecas, pero no me suelta. El calor baja por mi cuerpo hasta latir descaradamente entre mis piernas. Quiero tocarlo, pero sus manos grandes y fuertes me mantienen inmóvil mientras su cuerpo me envuelve y sus labios me desesperan.

—Suéltame —le vuelvo a susurrar apartándome solo un centímetro de su

boca.

Siento algo quebrarse en él. Una especie de desilusión. Sus manos caen y se aparta de mí como si lo hubiera llamado "apestado".

No me ha entendido.

Y no estoy dispuesta a echar a perder esta noche por un estúpido malentendido más.

—No me has entendido. He dicho que me sueltes, no que te apartes.

Le agarro de la ropa y tiro de él hacia mí, cogiéndolo por sorpresa. Sin duda había tomado mi ruego como un rechazo. Enredo mis manos detrás de su cuello y esta vez soy yo quien le besa intensamente, sin admitir un "no" por respuesta.

Tarda unos horribles segundos en devolverme el beso, pero lo hace. Y nos besamos como si nos diera miedo separarnos, decir algo, y que todo se vaya otra vez a paseo.

Cada vez que uno de los dos abre la boca, lo fastidia todo. No puedo entenderlo. En Mallorca nos pasamos hablando un día entero, y hacía siglos que no hablaba con un hombre tan a gusto. Pero luego nos acostamos y todo cambió. Cada vez que tenemos una conversación de más de diez minutos, uno de los dos dice algo para herir al otro. Es inevitable.

Me niego a hablar o a apartarme de él hasta que mis labios están irritados y doloridos por su boca y el roce de su incipiente barba. Al final es él quien se retira despacio, sonriéndome.

—Espero que no tengas que ir mañana a comer a casa de tus padres porque vas a necesitar mucho maquillaje...

—He ido hoy, no hay problema.

Se ríe y me besa de nuevo. Después, sin soltar sus brazos, que me rodean posesivamente, me pregunta.

—¿Me dejas invitarte a tomar algo?

—Entre tú y yo, tomar algo puede ser deporte de riesgo.

—Me gusta el riesgo —bromea.

—Una cerveza sin alcohol, entonces. Tengo que conducir.

—Buena chica. Otra para mí. Ven conmigo.

Sin esperar respuesta me agarra de la mano y me arrastra a la barra. Me ubica entre sus piernas y rodea mi cintura con sus brazos mientras pide las cervezas, aprovechando para besarme el cuello mientras la camarera abre los botellines.

Cuando nos los pone delante, mira de reojo a mis amigas y me las señala con la cabeza.

—¿Quieres ir con ellas?

—Sí. Ven, que te las presento.

Cuando llegamos a donde están, Ruth me mira con una sonrisa de "aprovecha y date un homenaje, que te lo has ganado". Samuel le sonrío y le da dos besos.

—Me miras como si estuvieras dispuesta a cortarme en pedacitos, Ruth.

—Lo haré si vuelves a montarle un número como el del otro día en el restaurante, que te quede claro. Me caíste bien el año pasado, pero mi opinión no tiene por qué ser definitiva.

Samuel se ríe, sin parecer impresionado en absoluto.

—Tú también me caíste bien. Daniel tardó en recuperarse de la noche contigo.

Ruth se queda sin palabras por un instante. Ya está el bocazas liándola.

Ella pasó unos días sonriendo sin motivo aparente, aunque trataba de ocultármelo porque yo estaba fatal por culpa de Samuel. Lo de Daniel fue solo sexo, desde luego, pero juraría que un sexo muy bueno.

Se entendieron y se gustaron. Y se trajo un buen recuerdo de él.

Por fin, reacciono antes que mi amiga y le pregunto.

—¿Qué quieres decir con que tardó en recuperarse?

Me mira con condescendencia.

—Pues que quedó gratamente impresionado, diría yo. No voy a hablar más de eso. Lo creas o no, soy un caballero.

Ruth suelta una carcajada.

—Ya, y yo Helena de Troya. Venga, Harry... tu amigo y tú seguro que os habéis contado los detalles como dos marujas. No vengas ahora con remilgos. Y por cierto..., puedes mandarle saludos de mi parte si hablas con él.

—Lo haré. Seguro que le gustará oír eso.

Me hace gracia oír a Ruth llamar Harry a Samuel. Daniel le llamaba así, y apuesto a que las pocas veces que le hablara a Ruth de él mientras nosotros estábamos enfrascados en la interminable conversación sobre nuestra infancia, también le llamaba Harry. Cuando Ruth habla conmigo de Samuel le llama por su nombre, pero ha sido mencionar a Daniel y el subconsciente la ha traicionado. Si Daniel está presente, aunque sea en recuerdo, Samuel pasa a ser Harry.

Le presento a Valeria y Elena y ambas lo examinan con descaro. Al final me lo llevo aparte y nos acabamos las cervezas mientras nos movemos al ritmo de la música.

Suena la canción "Tonight" de Enrique Iglesias, y la mirada lasciva en sus ojos mientras me atrae contra sí, lo dice todo. Canta la canción en voz baja, apenas moviendo los labios, y mi cuerpo se enciende como un volcán a punto de entrar en erupción.

Nunca pensé que un hombre cantando pudiera ser algo tan sexy. Aunque claro, la letra acompaña.

I know you want me

I made it obvious that I want you too

So put it on me

Let's remove the space between me and you

Now rock your body (oooh)

Damn I like the way that you move

So give it to me (oooo oooh)

Cause I already know what you wanna do

Algunas mujeres se sentirían incómodas y hasta preferirían la versión retocada, en la que dice "Tonight I'm loving you", "esta noche voy a hacerte el amor", pero yo no. Samuel y yo vamos a follar. No hay amor entre nosotros y mejor que no lo haya. Hay una atracción increíble, un deje de ternura de cuando éramos niños que hace que las cosas se mantengan aún dentro de un respeto y unos límites, y una facilidad pasmosa para despertar el deseo mutuo. Un sexo fantástico, intenso, difícil de igualar con nadie más.

Pero si nos enamoramos nos destrozaríamos el uno al otro, no hacemos más que pelearnos.

But tonight I'm fucking you

Oh you know

That tonight I'm fucking you

Cuando se acaba la canción me sonrío y me besa y mi cuerpo se derrite como si no estuviéramos rodeados de gente. Nos hemos estado restregando el uno contra el otro como animales en celo, provocándonos, insinuándonos descaradamente.

Como si la letra no fuera lo bastante clara. Y también nos la hemos cantado.

Me mira intensamente y solo dice:

—Vámonos.

Miro a Ruth de reojo, como disculpándome. Ella me sonrío, se encoge de hombros y pone los ojos en blanco. "Asumo que es inevitable, así que por lo menos, disfrútalo", es lo que quiere decir.

Pues sí, es absolutamente inevitable.

Y pienso disfrutarlo como si no fuera a tener ni una oportunidad más de acostarme con él.

Quizás no la tenga.

Me coge de la mano y salimos del bar. Me pregunta dónde tengo el coche y vamos hacia allá sin hablar, solo mirándonos, besándonos en cada esquina y abrazándonos posesivamente.

Como si tuviéramos miedo a perdernos.

Qué tontería. Ninguno de los dos tiene al otro.

Cuando llegamos a mi coche suspira y me mira con ese aire provocador que sé que aún puede dar al traste con la velada.

—No recordaba que tu coche era de juguete.

—Oye guapo, sin insultar.

—Y rosa, joder.

—Fucsia. Pero si lo prefieres, puedes ir andando... Ya te espero en la cama, si eso...

—Abre y deja que intente meterme ahí dentro, antes de que me vea alguien.

Me rio a carcajadas. Qué exagerado, cabe perfectamente.

Cuando me siento junto a él y arranco el motor, le digo en tono burlón.

—¿Sabes? hay una película de Clint Eastwood que me ha venido a la mente con tu reacción ante mi coche.

—¿De Clint Eastwood? —pregunta perplejo—. ¿Cuál?

—“El Cadillac rosa”.

Me mira y parpadea. Supongo que no la conoce.

—Me estás vacilando.

—En absoluto. Y tiene una frase muy buena.

—¿Qué frase?

—“Hay que ser muy hombre para pasear a una chica en un Cadillac rosa”.

Sonríe y trata de estirarse en el asiento.

—Primero, esta lata de sardinas no es un Cadillac, segundo, me estás paseando tú a mí, y tercero, si intuyo solo por un momento que pretendes cuestionar mi hombría, te vas a meter en un lío.

—¿Del tipo "te van a oír gritar todos los vecinos"?

—Exacto. Hasta en el pueblo.

—Bien, entonces déjame que piense si era lo que pretendía —me burlo.

Arranco mientras sonrío y niega con la cabeza como diciendo "no tienes remedio". No, sin duda, no lo tengo. Sé que no va a ser buena idea acostarme con él otra vez y aun así nada en el mundo va a evitar que lo haga.

Me merezco un homenaje. Y lo quiero a él.

Conduzco mi Twingo fucsia hasta nuestro bloque de apartamentos sin dejar de imaginar de qué formas podría hacerme gritar para que me oyeran hasta en el pueblo.

Cerraré bien las ventanas, por si las moscas.

CAPÍTULO 8.

Conduzco hasta casa en silencio, salvo por la música sonando en la radio. No me atrevo a abrir la boca por miedo a estropearlo. Samuel me mira y se retuerce en el asiento de vez en cuando, pero tampoco habla. Lo cierto es que mi coche le queda pequeño. Estoy tentada de tomarle un poco más el pelo a cuenta de eso, pero al final me controlo y me muerdo la lengua.

Cuando aparco mi coche junto al suyo en el garaje de nuestro edificio, me lo señala con un gesto de cabeza y arquea una ceja con condescendencia.

—Eso es un coche, preciosa. Lo tuyo es una miniatura decorativa.

Entorno los ojos y no puedo contener una respuesta mordaz:

—Si quieres hablar de miniaturas decorativas puede que tu ego acabe lastimado.

Me mira unos segundos sin comprender y me bajo del coche con chulería. Todo el viaje hasta casa conteniendo mi lengua y ahora va este capullo y se atreve a insultar a mi coche. Otra vez.

Sale de él trabajosamente y cierra de un portazo un poco más fuerte de lo necesario.

Me alcanza mientras empiezo a andar hacia el ascensor y frunce el ceño de pronto.

—Espera..., ¿estás sugiriendo que mi polla es una miniatura decorativa?

Controlo la risa a duras penas. Y luego me muerdo la boca. Tonta de mí..., no es la mejor manera de que la noche acabe bien.

—Descarada, ven aquí. ¡Eso que has dicho es muy fuerte!

Me atrapa entre sus brazos obligándome a girarme y mirarle a la cara.

Pero para mi alivio, no parece enfadado. Incluso sonrío.

—Tú has empezado con los insultos —le contesto a la defensiva.

—Pero lo que tú has dicho es una mentira tremenda.

—¿Tremenda? —me burlo.

—Tremenda —se ríe, y me presiona contra una creciente erección.

—No tienes problemas de autoestima, ¿eh?

—No. Miniatura decorativa, dice...

Llevo mi mano a su entrepierna y la froto con descaro.

—Vale, reconozco que no está mal.

—¿No está mal?

—No voy a alimentar tu ego innecesariamente.

—Te convendría.

—¿Por qué? ¿Con algunos piropos sería menos decorativa? ¿O menos miniatura?

—Nadia..., no me provoques.

—Oh, claro que te provoco. Quiero una demostración completa de todas las utilidades prácticas que tiene tu... miniatura decorativa.

—Me vas a sentir hasta en el estómago, bocazas.

Me besa convirtiendo la aparente amenaza en una promesa. Desde luego es un hombre seguro de sus capacidades amorosas. Y puedo dar fe de que ni miniatura ni decorativa, pero no he podido resistirme a provocar esa reacción.

Estaba casi segura de que reaccionaría así, aunque ahora que lo pienso, si le digo algo remotamente parecido a Miguel, se me viene abajo y no lo arreglamos ni con Viagra.

Pero Samuel se ha crecido. Y sigue creciendo bajo mi mano.

Nos besamos de nuevo en el ascensor, y cuando llegamos al piso superior y enfilamos el pasillo en dirección a nuestras casas, la "miniatura" parece el obelisco de Luxor.

—¿En tu casa o en la mía? —me pregunta Samuel con una sonrisa cómplice.

—Pues salvo que tengas leche desmaquilladora y tónico, o por lo menos toallitas, en mi casa, o mañana tendré una pinta horrible —respondo sonriente. Y casi seguido añado desdibujando mi sonrisa —aunque claro está... no hace falta que durmamos juntos.

Me empuja contra mi puerta mientras me retira un mechón de pelo detrás de la oreja y susurra casi en mi oído.

—En tu casa entonces. Quiero dormir contigo.

El suspiro que doy se oye retumbar por todo el pasillo. Samuel añade:

—No me echarás a patadas después, ¿no?

—Lo intentaré.

Saco las llaves mientras sus manos vagan por mi cuerpo convirtiéndome en una masa de gelatina descerebrada que tarda una eternidad en abrir la puerta. Entramos tropezando el uno con el otro y nos empezamos a arrancar la ropa casi a tirones. Al menos yo a él.

Samuel se ríe de mi precipitación.

—Ten cuidado, ya me debes un botón.

—Lo tengo por ahí, luego te lo doy.

Cuando le quito la camisa refrenando un poco mi ansiedad, y acaricio su pecho firme y musculoso, quisiera que aquella novia suya no hubiera llamado nunca por teléfono. Ahora yo no estaría pensando que es una lástima que sea un hombre infiel.

Uno con el que no podría tener nada más que sexo caliente y excitante, porque no podría confiarle mi corazón para que me luego me traicionara.

Él me saca mi vestido de punto con un solo movimiento hábil y preciso. Casi ni me despeina.

Me mira con la boca entreabierta y una mirada tan caliente que podría prenderme en llamas.

—No sabes la curiosidad que tenía por tu ropa interior desde que supe que trabajabas en una tienda de lencería.

—Ya has visto mi ropa interior más de una vez.

—Pero no llevabas nada tan sexy como eso.

Me río ligeramente. Lo que llevo es un conjunto de sujetador y tanga en satén color burdeos con apliques de encaje negro. Es mono, pero tampoco es nada del otro mundo.

Vale, me gusta la lencería sexy, y casi todo lo que tengo podría fundir el cerebro de un hombre, tal vez por eso lo de hoy no me parece para tanto. Cuando me ponga uno de los modelos del tipo "diseñado para excitar a un muerto" notará la diferencia.

Bueno, eso si hay una próxima vez, claro está.

Le desabrocho los pantalones y se los bajo solo lo suficiente como para meter la mano en ellos y acariciar su dura erección por encima de la suavidad del bóxer de microfibra. El tipo de ropa interior que me gusta en un hombre. Me deja acariciarlo por un momento, y luego aparta mi mano y se los quita junto con los zapatos y los calcetines. Yo aún llevo los tacones puestos. Nos quedamos los dos en ropa interior el uno frente al otro. Él descalzo y yo con mis zapatos de tacón.

—Eres un sueño erótico hecho realidad ¿lo sabes?

Me río. Vale que no estoy nada mal, pero se ha pasado tres pueblos.

—No soy perfecta, ni mucho menos.

Me empuja sobre la cama y me acaricia con sus manos grandes y decididas y con sus ojos hambrientos. Baja los tirantes del sujetador mientras su boca va dejando caer besos sobre mi escote.

—Tienes un pecho precioso, del tamaño perfecto y con una piel suave que da gusto acariciar.

Se mete un pezón en la boca y juguetea con él antes de chuparlo duro y hacerme soltar un gemido ahogado. Me retuerzo pidiéndole más. Me encanta.

Me sonrío y añado.

—Y la forma en que se aprietan tus pezones y se ponen rojos y calientes cuando los excito me vuelve loco.

Oírle hablar así me derrite por dentro. Dejo escapar un jadeo cuando se dedica al otro pezón.

Unos instantes más tarde, cuando ya se ha deshecho hábilmente de mi sujetador sin que yo pueda recordar el momento exacto, continúa el recorrido por mi vientre y mi cintura. El ejercicio que hago últimamente lo ha endurecido bastante, pero aún dista mucho de ser una tripa plana y perfecta.

Mete la lengua en mi ombligo y mi espalda se arquea sin que pueda evitarlo.

—Esto también es perfecto... Me gusta la forma de tu cintura y la suavidad que hay aquí debajo.

—¿Ahí debajo? —me río—. ¿Te refieres al michelín de mi barriguita?

—Tu barriguita es perfecta. La recordaba un poco más suave, pero así también me gusta.

Roza la nariz sobre ella en dirección a mi entrepierna y no puedo replicarle nada. Mi cerebro no responde. ¿La recordaba un poco más suave? ¿Se acuerda del año pasado? He perdido un par de kilos de grasa superflua desde entonces y posiblemente ganado alguno de músculo, pero tanto como para recordarlo y apreciar la diferencia...

—¿La recordabas?

Me arrepiento de preguntárselo tan pronto como las palabras salen de mi boca. No quiero hablar de eso. No quiero hablar de nada, quiero que me folle y no pensar en nada más. Cuanto más hablemos más posibilidades tenemos de tirarnos algo a la cabeza.

Samuel levanta la vista y sus ojos me traspasan. O es absolutamente sincero o miente jodidamente bien.

—Pues claro que la recordaba. ¿Qué creías?

Estoy tentada de contestarle que con todas las tías que se habrá tirado desde que le puso los cuernos a su novia conmigo, no se cree ni él que se acuerde de eso, pero me callo. No sé cuántas tías se ha tirado, ni cómo de buena es su memoria.

Y sobre lo primero, no quiero saberlo.

—¿Tienes buena memoria?

—Muy buena. Recuerdo un lunar aquí.

Lleva su mano a la cara interna de mi muslo y acaricia la piel cuatro dedos por debajo de mi sexo. Tengo un pequeño lunar ahí, es cierto, pero también pudo verlo la semana pasada.

Aunque la semana pasada no le di mucho tiempo... y yo estaba sentada sobre él.

Bueno, quizás tiene buena memoria, vale, me lo creo. Mi piel se estremece bajo su caricia, y después lleva la mano un poco más arriba. Me acaricia por encima del tanga y lo hace a un lado para rozar un dedo sobre mi piel sensible y palpitante. Y mojada, muy mojada.

—Estás excitada.

—También eres muy observador —me burlo—. ¿El obelisco que tienes entre las piernas puede ser un indicio de que tú también lo estás?

Se ríe a carcajadas y se incorpora para quitarse el bóxer y liberar una polla enorme y tan dura que casi parece congestionada.

—Chica lista. Y un poco bocazas. ¿Ya no es una miniatura decorativa?

—Lo de decorativa de momento lo mantengo. No ha hecho gran cosa desde que entramos.

—Me temo que su intervención va a ser corta después de cómo me estás provocando, así que déjala estar un poco más.

Sonríó con picardía mientras se arrodilla a mis pies sobre la cama para quitarme el tanga. Después se inclina sobre mí mientras murmura.

—También recuerdo tu sabor. Y hoy me voy a saciar de él, si no te importa.

Cuando mucho rato después me desmaquillo y vuelvo a la cama, Samuel me mira sin decir nada. Es el momento en que uno de los dos dirá alguna tontería y lo estropeará todo, así que supongo que ambos estamos esperando a ver quién es el que lo hace hoy. Me acurruco contra él entre las sábanas, cansada pero más que satisfecha.

—Entonces ¿te quedas?

—A menos que me echés en los próximos cinco minutos...

—Quédate.

Me atrae contra sí y poco antes de caer rendida al sueño, le oigo murmurar casi para sí mismo.

—También te recuerdo así, dormida entre mis brazos.

La mañana llega demasiado pronto. Una línea fina de luz se cuela por la ventana y maldigo esa persiana que no cierra bien del todo. Entonces siento los brazos de Samuel que me rodean y su olor que llena la habitación. Inspiro como si quisiera capturarlo y guardarlo conmigo para siempre.

—Buenos días.

—Buenos días —le respondo girándome para mirarle a la cara— ¿has dormido bien?

—Poco, pero bien.

Sí, nos acostamos bastante tarde, pero ninguno de los dos tiene quejas de eso ¿no? Frunzo el ceño y le pregunto:

—¿Alguna queja?

—¡Dios me libre!

Cuando va a besarme salto de la cama y me encierro en el baño. No dejaré que me bese sin antes lavarme los dientes y adecentar un poco mi horroroso aspecto de recién levantada. Salgo del baño y me lo encuentro preparando café, descalzo y vestido únicamente con el bóxer.

—No sé qué acostumbres a desayunar.

—Café, zumo y lo que haya. Creo que hay magdalenas, ahora las busco.

Me acerco primero a la cama y recojo del suelo mi tanga y mi sujetador. Me los pongo rápidamente y agarro mi bata del armario. Ya me ducharé luego, pero no me apetece pasearme desnuda delante de él. Es peligroso. Al menos si pretendo conservar la cordura.

Regreso a la cocina y abro el armario donde guardo las magdalenas. Samuel me mira con una expresión difícil de definir.

—¿Qué?

—¿Te dije ayer que eres un sueño erótico hecho realidad?

—Sí, me lo dijiste. ¿A qué viene eso ahora?

—Esa bata está diciendo "arráncame de un tirón y fóllate a la insensata que me lleva puesta".

Me río con ganas.

—¡Venga ya! No es más que una bata. Eres un salido.

La bata en cuestión es de raso, de corte japonés, negra con un estampado en rojo y dorado. Me la regaló Ruth, y sí, es bastante sexy, supongo.

Pero es cómoda, y tapa lo suficiente. No me la he puesto para ponerle cachondo.

Aunque creo que no calculo bien sus reacciones. Su bóxer dice que el efecto ha sido fulminante.

—No sé si voy a poder desayunar cada día, sabiendo que tú estás aquí, al lado, desayunando con esto puesto.

—Como si no tuvieras más cosas en la cabeza.

Piensa un momento y luego me responde.

—Tú eres una distracción bastante grande.

—Espera a que vaya Rebeca a pedirte una tacita de azúcar con uno de sus mini camiones y luego me cuentas.

Samuel se queda clavado con la mano en la bolsa de las magdalenas por un instante, y casi me arrepiento de haber mencionado a Rebeca. Pero sé que ella hace esas cosas, Pilar me lo contó. Quizás ya lo ha hecho con él y por eso se ha sorprendido tanto con mi comentario. Mientras cojo el zumo y me sirvo un vaso, siento en mí sus ojos azules.

—¿Tienes algún interés especial en que me acueste con Rebeca?

—¿Pero tú estás tonto o qué? ¡A mí qué me importa con quién te acuestes!

—¿No te importa?

—No soy tu novia. No somos nada. Puedes hacer lo que te apetezca.

—¿Y si lo que me apetece es estar contigo?

La magdalena se me atraganta. No sé muy bien qué interpretación darle a eso. Una parte de mi estúpido corazoncito se hace ilusiones y da tímidos saltitos de alegría. Mi cerebro racional le da un tortazo a ese corazoncito idiota y lo silencia. Está hablando de sexo. Punto. Nada más. No cabe nada más entre nosotros.

—También me gusta estar contigo —consigo responderle con relativa

tranquilidad.

—¿Por qué no me acaba de convencer la forma en que dices eso?

—¿Y qué quieres que te diga? Lo pasé muy bien anoche y me consta que tú también. Hemos conseguido hasta desayunar sin discutir. Es todo un logro.

—Pero ya se jodió ¿no? ¿Qué ha pasado ahora?

—No sé. No ha pasado nada, ¿no?

Su mirada es fría, sin embargo. Sí ha pasado algo, aunque no estoy segura de qué.

—¿Has vuelto a ver a tu ex novio?

Su cambio de tema me pilla por sorpresa.

—¿Y a ti qué más te da?

—Soy curioso. Me gustaría saber si ahora es libre o su novia perdonó su desliz.

—Pues creo que aún no lo ha decidido del todo

—¿Y estás esperando a que se decida?

No me gusta su tono ácido. Le miro de frente y me cierro más la bata que deja entrever mi escote con demasiada generosidad. Respiro hondo tratando de poner en orden la confusión de pensamientos y sentimientos que se apelotonan en mi cabeza. Diría que está celoso, aunque no puedo saberlo con seguridad.

—Me importa una mierda Miguel. Y que esa guarra le perdone o no, no me importa mucho más. Preferiría que lo castigara por el resto de su vida, pero si lo quiere, que se lo quede. Yo no quiero saber nada con hombres en los que no se puede confiar.

Deja pasar unos segundos de incómodo silencio, y después sentencia, con aire cansado.

—Entonces es eso. Debí imaginarlo.

Deja la taza vacía sobre la mesa, se acaba el zumo de un trago y se levanta para vestirse. Frunzo el ceño, confundida. ¿Qué he dicho?

—¿Entonces es qué? Me he perdido.

—Yo soy la clase de hombre en la que no podrías confiar, ¿no? Estoy en el mismo saco que tu ex.

—No estoy hablando de ti.

—Pero yo sí.

—Samuel, no le busques tres pies al gato. Ha sido una noche estupenda, ¿qué más quieres?

Se acaba de abrochar los pantalones y se pone la camisa mientras medita su respuesta.

—No lo sé. Ni siquiera sé si quiero más, pero no me gusta que sigas pensando eso de mí. Tampoco sé si me gusta lo que tú eres.

—¿Y qué soy yo, vamos a ver?

En este punto, ya estoy cabreada y de pie frente a él. No me gusta nada, pero nada de nada como ha sonado eso.

—Eres una mujer lo bastante rencorosa y vengativa como para acostarte con alguien solo por despecho.

—Eso suena casi como si me estuvieras diciendo que soy una puta.

—No he dicho eso.

—Suena parecido.

—¿Tú no has dicho más o menos que soy un cabrón?

—No, no lo he dicho.

—Pero lo piensas. Porque según tú, traicioné a mi novia y no merezco ni confianza ni perdón. Piensa en lo que tú has hecho y luego hablamos, si te parece.

Se calza los zapatos y me mira por última vez antes de salir.

—¿Me devuelves mi botón?

Me levanto con toda la dignidad de que soy capaz y cojo el botón de su camisa, el que le arranqué la semana pasada, de un estante del mueble del televisor. Se lo pongo en la mano con rabia.

—Toma tu botón. Y ahora lárgate.

—Siempre me acabas echando. La próxima vez será en mi casa.

Me quedo boquiabierta y solo cuando está a punto de cerrar de un portazo, consigo responderle.

—¡Ni lo sueñes!

Pero la puerta ya se ha cerrado tras él.

Vuelvo a la mesa y me quedo mirando las tazas de café y los restos de lo que podía haber sido un desayuno relajado y casi romántico.

Si Samuel no fuera un cabrón insensible que lo único que hace es hurgar en mis heridas.

CAPÍTULO 9.

Me meto en la ducha con un cabreo monumental. Ni siquiera el agua caliente consigue relajarme. Samuel me saca de quicio. ¿Por qué tiene que empeñarse en recordarme sus errores y los míos? No soy perfecta, ya lo sé. Él tampoco, ¿y qué más da? Yo no quiero que esto vaya más allá de una relación cordial entre vecinos.

Aunque la idea de una relación cordial entre vecinos que se acuestan juntos de cuando en cuando es muy atractiva. El sexo con él es fantástico, todo hay que decirlo.

Pero no puedo mantener una relación cordial con alguien que se empeña en sacar lo peor de mí a flote. Parece como si de verdad le molestara que me acostara con Miguel. ¿Y por qué le molesta tanto, vamos a ver? ¿Qué le importa que yo sea un ejemplo de virtud o una bruja vengativa? Al fin y al cabo para acostarte con alguien no importa mucho que esa persona te guste "como persona", ¿no? con que te guste el envoltorio basta y sobra.

Él tiene un envoltorio irresistible.

Y aun así ahora mismo me tiene tan cabreada que ese "la próxima vez" me ha sentado como una patada en el culo.

Ni que decir tiene que me gustaría una próxima vez, claro que sí. El buen sexo es buen sexo y acabo de decirme a mí misma que no hace falta que me guste como persona. Para un polvo me vale igual aunque sea un capullo.

Pero me molesta que me eche en cara mis defectos. Que sé que los tengo, pero yo solita ya soy consciente de ellos, no necesito que venga él a restregármelos por el morro.

Adeciento un poco la casa, hago la cama, que huele a él de tal manera que estoy tentada de meterme entre las sábanas y dormir durante horas, consigo a duras penas sobreponerme a la tentación y abro las ventanas de par en par. Quizás así consiga sacar su recuerdo y su olor de mi casa, de mi cabeza y de cada centímetro de mi cuerpo que ha tocado.

Que está la cosa complicada, porque me ha tocado por todas partes y de

hecho tengo un par de moratones. Espero que se haya llevado unos cuantos arañazos a cambio. ¡Qué bruto es a veces el tío! Aunque me encanta hacerle perder el control de esa manera. Me hace sentirme poderosa.

Debo de estar mal de la cabeza, porque el que tiene absoluto poder sobre mí es él. Ahora mismo me estoy debatiendo entre el odio y el deseo, y sé que va a ganar el deseo en cuanto le vea. Me pone de los nervios, pero no puedo resistirme a él.

Triste pero cierto.

Desde la terraza me llega la música de Lady Gaga y su "*Bad Romance*". Estoy tentada de salir, pero seguro que eso sería punto para él, y me niego.

Como algo y llamo a Ruth. Necesito un poco de chocolate y otro poco de apoyo moral. Y ella siempre tiene de las dos cosas, tanto como pueda necesitar.

La semana va pasando sin pena ni gloria, y mi enfado con Samuel se va desvaneciendo a medida que mi necesidad de verle empieza a hacerse patológica. ¿Me estaré volviendo adicta a él? Esto no puede ser sano.

Cuando llega de nuevo el viernes, quedo con Ruth para cenar algo en su casa y tomar un café en una terraza cercana. No me apetece especialmente salir de copas, pero necesito distraerme, y con Samuel en el apartamento de al lado, la distracción que se me ocurre pasa por su cama, o por la mía. Dudo que sea la mejor opción.

Ruth y yo pasamos un rato agradable charlando. Septiembre está bastante avanzado ya y está planificando cuidadosamente sus compras para la nueva temporada. Yo necesito un abrigo, unos vaqueros y probablemente unas botas, pero seguramente me acabe comprando alguna cosa más. Ella tiene una lista considerablemente más larga.

A eso de las doce decido que ya se me ha hecho lo bastante tarde y me voy a casa. Conduzco mi Twingo mirando de cuando en cuando al vacío asiento del copiloto y recordando a Samuel sentado allí, con las piernas encogidas, el sábado pasado. La imagen me hace sonreír, como me ha ocurrido toda la

semana cada vez que la he recordado.

Realmente, mi coche le viene muy pequeño.

Cuando llego a la urbanización y abro con el mando a distancia la verja, oigo música y juerga en una de las terrazas.

Mientras espero a que se abra también la puerta del garaje miro de reojo hacia arriba, incapaz de resistir la curiosidad.

Es en casa de Rebeca, genial.

Y en el preciso momento en el que yo miro, Samuel se asoma a la terraza.

Me mira de soslayo y contiene una sonrisa. Entro en el garaje echando humo por las orejas. ¿De qué se ríe? ¿Quién más estará en la fiesta? ¿Estarán solos?

No, Nadia. Si estuvieran solos no estarían en la terraza, obviamente. Por lo que conozco a Rebeca, y lo que inspira Samuel a cualquier mujer que tenga ojos en la cara, estarían en la cama.

Cierro el coche y me dirijo al ascensor, enfadada, nerviosa y sobre todo, confundida.

Me están matando los celos. Solo de pensar en la posibilidad de que se acueste con Rebeca me pongo enferma.

Debería darme igual, él es libre de hacer lo que quiera, yo misma se lo dije bien claro el otro día.

¿Y entonces por qué me importa?

Llego al piso superior y camino por el pasillo escuchando la música al fondo, en el piso de esa loba. Haciendo de tripas corazón paro en la segunda puerta, la mía, abro y entro.

Cuando la puerta se cierra detrás de mí la música deja de oírse. Suspiro frustrada y dejo el bolso sobre la mesa.

Cada célula de mi cuerpo me está exigiendo que me plante en casa de Rebeca y me autoinvite a la fiesta. Si no están solos, estará también Abel, así que ¿por qué no voy a estar también yo? Me resisto con todas mis fuerzas a dejar a Samuel al alcance de las zarpas de esa bruja.

Pero por un momento se me pasa por la cabeza la idea de que vayan a hacer una fiesta privada para tres. Entonces sí que me pongo mala. ¿Entraría Samuel

en ese tipo de juego?

Antes de que mi cerebro sufra un cortocircuito, salgo a la terraza. Tras dudar un instante, decido que en mi casa tengo todo el derecho de asomarme cuanto me dé la gana, y miro hacia afuera. A la derecha se ve una luz tenue salir de casa de Pilar, y el murmullo de la televisión. A la izquierda, oscuridad y silencio, por supuesto, Samuel no está en su casa. Una terraza más allá, más de lo mismo en el piso de Abel. Y en la siguiente, luz, música y risas.

Una sonora carcajada de Samuel retumba en la noche y el vello se me pone de punta. Odio que se esté divirtiéndose.

Que se esté divirtiéndose con ella, vamos.

Abel también se ríe. Es sorprendente cómo se puede distinguir la risa de las personas sin llegar a verlas. Oigo reír también a Rebeca. Tiene una risa escandalosa y aguda. La de Abel es ligera y contagiosa. Y la de Samuel... todavía retumba en mis oídos. Su risa es espontánea, potente y profunda, sexy. Hasta su forma de reír es sexy.

Recuerdo de pronto las tardes de nuestra infancia, viendo dibujos animados mientras merendábamos, y su sonrisa de niño. Me encantaba su forma de reír. Me contagiaba su risa incluso cuando yo estaba enfadada. Y lo cierto es que el enfado se me pasaba enseñada cuando Samuel estaba conmigo.

Por supuesto a veces la causa de ese enfado era él, porque me provocaba presumiendo de todas las cosas que él, que era más alto, más fuerte, más ágil y más rápido, podía hacer mientras que yo no. Pero no podía seguir enfadada mucho tiempo. Con lo cabezota que soy, al final lo más habitual era que a pesar de todo, yo intentara emularlo y me hiciera daño. Entonces me enfadaba conmigo misma, y Samuel se sentaba a mi lado arrepentido, y me consolaba mientras yo trataba de aguantar las lágrimas.

No me gustaba llorar delante de él, pero él nunca se burló de eso. Creo que admiraba mi valentía, que me hacía un poco temeraria, incluso. Nunca se reía de mí si me había hecho daño.

Ya no estoy segura de que siga siendo tan elegante.

Capto un movimiento en la terraza de Rebeca y me aparto bruscamente. Creo que es Samuel, pero no dejaré que me vea.

Me muero de ganas de ir y sacarlo de allí a rastras, pero no lo haré. No voy a ponerme en evidencia, él y yo no somos nada. Ni siquiera somos ya amigos.

Lo que no entiendo es por qué entonces, me afecta tanto.

Entro en casa, cierro la terraza y bajo las persianas. El ruido de la música deja de oírse y entonces me desnudo y me meto en la cama.

No sé cuántas vueltas doy antes de conseguir dormirme. Me despierto con el cerebro confundido creyendo haber oído gemidos y gritos en la habitación de al lado. Miro el reloj y veo que son las cuatro de la madrugada. Me esfuerzo en aguzar el oído, pero todo está en silencio. Obviamente ha debido de ser un sueño.

Una pesadilla, vamos, porque mi corazón va como loco.

Por la mañana mi cara es una pena. Me ducho y me maquillo y consigo estar presentable para ir a trabajar. Cuando aparco mi coche junto al de Ruth en el garaje de Rita, mi amiga capta a la primera mi estado de ánimo.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—Pues tienes un careto que asusta.

—Ah, pues gracias.

—En serio ¿has dormido mal?

—Regular.

Entorna los ojos y tras unos segundos, solo dice:

—Samuel.

Salgo del garaje, exasperada. Ella me sigue a dos pasos de distancia.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Nada. Anoche hubo una fiesta en casa de la loba. Él estaba allí.

—¿Fuiste?

—No.

—¿No? —casi me grita—. ¿Lo dejaste a merced de esa arpía?

—Ruth, me da igual.

—¡Y una mierda! Si te diera igual no tendrías esa cara.

—No quiero nada con él y punto. No tiene una buena opinión de mí y yo sé que él no es de fiar. Reconozco que no me importaría tirármelo de vez en cuando pero hasta ahí.

—Venga ya, Nadia, que nos conocemos.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Que tú no eres de las que son capaces de mantener mucho tiempo un follamigo. Si te sigues acostando con él sabes que te vas a pillar hasta las trancas. Yo creo que la cosa ya se te ha empezado a ir de las manos.

—Te equivocas.

—Sí, seguro.

Ruth y yo nos pasamos media mañana de morros, y eso, unido al cansancio que tengo en el cuerpo, me sienta fatal. No me gusta enfadarme con ella. Supongo que su malestar es porque no quiero reconocerle que Samuel me importe.

No me importa.

Bueno, un poco sí, pero se me pasará. Me ha pillado con la guardia baja, eso es todo.

Cuando cerramos la tienda, me acerco a ella dispuesta a hacer las paces.

—¿Vas a seguir enfadada conmigo?

—A mí no puedes engañarme, y me fastidia que lo intentes. O lo que es peor, que intentes engañarte a ti misma.

—Me gusta, pero eso es todo. A veces me acuerdo de cuando éramos pequeños y eso me pone un poco tonta, pero en serio, no hay posibilidad de que él y yo tengamos algo. Algo más que sexo, quiero decir.

—Sigo sin entender por qué.

—Viste cómo se puso en el restaurante cuando oyó lo de Miguel.

—Vale, su reacción fue un poco exagerada, pero sabes que lo que hiciste no es muy elegante. Te acostaste con él por despecho, Samuel lleva razón en eso.

—Mi ego lo necesitaba. Y tú sabes que no es algo que yo haga por costumbre.

—Yo sí, pero Samuel no lo sabe.

—Aun así, no tiene buena opinión de mí. Y yo tampoco de él. Traicionó a su novia. Eso lo convierte en un traidor en potencia con cualquier chica. Yo no quiero otro traidor, con Miguel tuve bastante.

—La gente se equivoca, Nadia. Y recapacita, y cambia.

—No estoy dispuesta a correr ese riesgo.

—Pues es una lástima, porque después del tiempo que pasasteis hablando en Mallorca, sigo pensando que hay algo especial entre vosotros. Y fíjate qué casualidad que haya alquilado el apartamento contiguo al tuyo. Eso es el destino.

—El destino me tiene ya un poquito harta. Demasiadas coincidencias para que tenga gracia.

—Pues a lo mejor es por algo.

Me río de su insistencia.

—Sí, claro, porque me ha mirado un tuerto. Venga, Ruth, yo no soy supersticiosa y tampoco creo en el destino. Mi destino lo forjo yo.

—Lo que tú digas.

La dejo por imposible.

—¿Qué vamos a hacer esta noche?

—¿Te apetece salir de marcha? Si prefieres nos vamos al cine...

—Mira, no es mala idea. ¿Qué hay que merezca la pena?

—Chris Hemsworth —me responde Ruth sonriendo.

—Tú y tu fijación con los rubios. ¿La peli de Niki Lauda?

—Sí, esa.

—Vale, supongo que para entretenernos un rato servirá.

—¿Vas a comer en casa de tus padres?

—Sí. ¿Cómo quedamos luego?

—Llamo a Valeria y a Elena y te aviso con lo que sea.

Durante la visita semanal a casa de mis padres, tengo que soportar estoicamente las continuas alabanzas de Candela hacia Samuel. Mi hermana Sole se parte de risa.

—Está enamoradita de él. Tenías que ver cómo lo miran todas las niñas.

—Por Dios, Sole, que tienen cinco años.

—Precisamente. ¿Tú nunca te enamoraste de un profesor?

—No. Bueno sí, pero era más mayor. Por lo menos tenía doce o trece...

—Las niñas de hoy en día corren mucho, hermanita —se burla ella—, y hay que reconocer que Samuel es muy guapo, y es un amor con los niños.

Lo que me faltaba. Lo tiene todo, el enemigo. ¿Cómo voy a resistirme?

Después de comer, me voy a casa y pongo una lavadora antes de que Ruth me llame para quedar. Elena está acatarrada y no le apetece salir, pero Valeria sí se apunta al cine. Quiere ir a mirar primero algo de ropa, y Ruth se apunta inmediatamente al plan, por lo que acabamos quedando en el centro comercial para ver algunas tiendas antes de cenar algo y meternos al cine. Ruth pasa por mi casa a recogerme y vamos a buscar a Valeria después.

Cuando salimos de mi casa, mi loca amiga mira hacia las terrazas.

—¿Has sabido algo de Samuel?

—No. Pero su coche no está. Habrá salido.

—Pienso que deberías hablar con él.

—Déjalo, Ruth. Además, con Samuel no se me da bien hablar. Siempre acabamos discutiendo.

—O follando.

—Pues eso. No se me da bien hablar.

Recogemos a Valeria y pasamos lo que queda de tarde revolviendo estanterías. Las dos se acaban gastando un pico en ropa. Yo me compro una blusa negra semitransparente que me ha llamado la atención y un vestido de punto tipo jersey. Tengo unos cuantos, pero para el invierno es una de mis prendas favoritas.

Dejamos las compras en el coche y nos metemos a cenar algo rápido en una bocatería antes de entrar a ver la película. Charlamos y nos reímos un rato, y casi consigo hasta olvidarme de Samuel.

Por un rato no muy largo, desde luego. Después del bocata nos compramos las correspondientes palomitas y buscamos la sala de cine. Junto a la puerta hay un cartel enorme de la película que hace babear a Ruth.

—Me encantan los rubios ¿lo sabíais?

—Qué va, nos pillas completamente por sorpresa —se burla Valeria.

Entramos en la sala, que aún tiene todas las luces encendidas. No está muy llena. Buscamos nuestra fila y entonces mis ojos tropiezan con unos ojazos azules que me observan desde un par de filas más atrás.

No me lo puedo creer.

Anda que no hay cines en Madrid. Anda que no hay películas. Anda que no hay días para elegir ver una película en vez de salir de copas.

Tenía que ser precisamente hoy, y aquí.

Ruth reacciona, incapaz de disimular su sorpresa.

—¡Samuel! ¡Nadia, Samuel está ahí!

—Ya lo he visto.

—Pero ¿Tú le has dicho que veníamos al cine?

—No, hija, no. Habrá sido tu amigo el Destino.

—Está solo.

—¿Y?

Valeria encuentra las butacas y nos espera. Entonces se gira y ve a Samuel.

—Joder, ¡qué casualidad!

—Hola, chicas —saluda él con una sonrisa provocadora—. Hola, vecina.

—Hola.

Trato de parecer indiferente y me siento. Ruth mira para atrás sin demasiado disimulo.

—Ruth, ya vale —le susurro.

—No te quita ojo de encima.

—Tonterías. ¿A dónde quieres que mire? Hacia adelante, que es lo lógico. A donde deberías estar mirando tú.

—¿Por qué habrá venido solo?

—Porque le apetecería ver la película. Nosotras venimos a ver un tío bueno, y en grupo eso se disfruta aún más, pero él es un hombre y le gusta la fórmula 1. No necesita venir con nadie.

—Habría sido la hostia que estuviera en la misma fila que nosotras.

—Ya. Igual te parece poco en la misma sala...

—Venga..., es que no me dirás que no es fuerte lo de tanta casualidad...

—Muy fuerte. Ahora mira a la pantalla y olvídate de él.

Buen consejo, si yo misma pudiera seguirlo. Consigo mantener la vista en la pantalla, pero me paso la película en tensión, como si tuviera los ojos de Samuel clavados directamente en el cogote.

No me entero de nada del argumento. Ruth me da algún que otro codazo cuando Chris Hemsworth sale especialmente guapo, pero cuando se da cuenta de que no estoy en la película, se parte de risa.

—Tierra llamando a Nadia... ¿estás ahí?

—Ruth, córtate ¿vale?

—Te tiene sorbido el seso, chica.

—Estoy distraída, eso es todo. Y cállate que te va a oír.

Se calla pero me mira de reojo conteniendo la sonrisa durante el resto de la película. Cuando se acaba y la gente empieza a abandonar la sala, Valeria y ella me miran esperando instrucciones.

—¿Qué?

—¿Nos vamos o esperamos a que salga?

—Me da igual.

—¿Esperamos? —pregunta Valeria.

—Vale, a ver si se vacía un poco.

Cuando la mayoría de la gente ha salido ya, nos levantamos. Por el rabillo del ojo veo a Samuel levantarse también. No se ha marchado todavía.

Salimos de la sala y nos alcanza en el pasillo.

—¿Qué tal la película, chicas? No sabía que os gustara la fórmula 1... —se burla el muy cretino.

—Nos gustan los pilotos —le respondo sin cortarme un pelo.

—¿En serio? No me parece tu tipo. Además, hablaba principalmente por ellas. Ya sé que tú tienes gustos más... de chicozo.

—Me gustaría que dejaras de tocarme las pelotas, Samuel.

Valeria y Ruth me miran sorprendidas. Y Samuel sonrío ligeramente.

—¿Te ofendes? No era mi intención molestarte con ese comentario.

—Ya. Como lo del butanero...

—No tengo ninguna duda sobre tu femineidad.

—Vete a la mierda.

—En serio, ¿no podemos hacer una tregua? Os invito a un café.

Antes de que me dé tiempo de decir que no, Valeria y Ruth ya se han guiñado un ojo y han aceptado encantadas.

Traidoras, esta me la pagan.

CAPÍTULO 10.

Aún hay restaurantes y cafeterías abiertos en la zona de restauración del centro comercial, aunque la mayoría están casi desiertos. Samuel elige una mesa en uno de los locales que aún tienen gente y nos sentamos los cuatro. Ruth y Valeria sonrían como brujas mientras me dirigen miradas de absoluta inocencia.

¡Arpías! ¿A qué juegan? ¿Es que no ven que para mí él es "el enemigo"?

¡Me están entregando en una emboscada sin precedentes!

Ruth pide un cortado y Valeria un descafeinado. Samuel se gira hacia mí y me mira con una sonrisa pícaro.

—¿Y tú, gatita?

—Un café solo. Y no me llames gatita.

Se va a la barra ignorando mi comentario. Ruth se está partiendo de risa. Ni se preocupa en disimularlo.

—Ya te vale, Ruth. ¿A qué viene esta encerrona?

—Creo que vosotros dos necesitáis hablar un poco. Y mejor con público, no sea que os acabéis zurrando.

Samuel regresa con los cafés y nos mira con una sonrisa seductora.

—Entonces ¿os ha gustado la película?

Ruth y Valeria comentan con él algunas escenas. Yo me callo, porque lo cierto es que no me he enterado de mucho. Me fastidia comprobar que él sí haya seguido el argumento mientras yo no podía quitármelo a él de la cabeza.

—¿No dices nada, Nadia?

—No ha estado mal. Sin más. No esperaba un peliculón, solo entretenerme un rato y recrearme la vista.

—Para recrearte la vista no tienes más que asomarte a la terraza.

—Engreído.

Ruth y Valeria se mueren de risa. Yo no le veo la gracia.

—Solo estaba bromeando, no te lo tomes a mal.

La conversación continúa fluyendo entre ellos mientras yo sigo enfurruñada. Valeria se entusiasma al saber que también es medio italiano y compruebo con disgusto cómo se la mete en el bolsillo en menos de cinco minutos. Su encanto es infalible, y lo está volcando en mis amigas sin cortarse un pelo.

Y yo me estoy cabreando más a cada segundo que pasa. Capto lo que parece una mirada de complicidad entre Valeria y él, y estoy a punto de saltar de la silla.

¿Qué coño me pasa? Se supone que no me importa.

Pero Valeria es mi amiga..., no debería mirarlo así.

Bueno, no lo haría si yo le dijera que es mío. Los novios de las amigas son intocables, y los objetivos reconocidos también.

Sin embargo, Samuel no es mi novio, ni he reconocido que sea mi objetivo. De hecho, continuamente me empeño en negar que me interese. Valeria estaría en su derecho de tantearlo si quisiera.

Pero solo de pensarlo, me dan ganas de matarlos a los dos.

Ruth parece comprender que su intento por hacernos hablar no está funcionando, así que poco después mira el reloj y da por terminado el café.

—¿Qué hacemos, chicas? ¿Nos vamos a casa o queréis ir a algún otro lado?

—Prefiero irme a casa —respondo yo inmediatamente. La idea de que Samuel decida venirse de copas con nosotras, o más bien con Valeria, me pone mala.

—¿Has venido en esa miniatura rosa que llamas coche? —me pregunta Samuel sonriendo.

—No, idiota, he venido con Ruth. Y deja de meterte con mi coche.

—Yo te llevo, entonces.

Le dedico una mirada furibunda.

—No sé por qué deduces que me apetece ir contigo a ninguna parte.

—Independientemente de cuánto te apetezca, no tiene sentido que obligues a

Ruth a llevarte a casa cuando yo tengo coche y vivimos en la misma urbanización.

—¿Prefieres que te lleve yo? —me pregunta Ruth a media voz.

—Tonterías. Se viene conmigo —sentencia Samuel.

Se levanta y empieza a andar hacia el parking. Ruth y Valeria me miran como si trataran de averiguar si merece la pena insistir en llevarme.

Yo me debato entre lo que mi orgullo dice que debería hacer y lo que en el fondo, muy en el fondo, me apetece. Empiezo a pensar que tal vez soy demasiado orgullosa.

Curiosamente su coche no está muy lejos del de Ruth. Cuando hemos llegado no lo he visto porque el parking estaba bastante lleno, pero ahora lo reconozco enseguida.

Mi amiga me dice tímidamente.

—Tienes las compras en mi coche.

Samuel responde por mí.

—Ah, pues vamos. ¿Qué habéis comprado?

—¿Y a ti qué te importa, cotilla? —le respondo fastidiada. Él se ríe como única respuesta y tengo que adelantarme para coger la bolsa que Ruth saca de su maletero antes de que le eche mano.

—Soy curioso ¿no te lo había dicho?

—La curiosidad mató al gato.

—Los gatos tienen siete vidas, no pasa nada —se burla.

Se despide de mis amigas mientras miro a Ruth dudando todavía si quiero que él me lleve o no. Al final se da la vuelta en dirección a su coche y solo dice:

—Vamos, Nadia.

Me entra el pánico por una fracción de segundo. ¿Será una rendición si me voy con él? Ruth me empuja y me susurra.

—Déjate de tonterías. Ve y habla con él, o fóllatelo, pero no pierdas más el tiempo.

Y me voy con él.

Cuando llegamos a su coche me abre la puerta del copiloto caballerosamente. Luego lo rodea y se sienta al volante. Espera a que me abroche el cinturón y me sonrío mirando la bolsa que sujeto entre las manos.

—¿No vas a decirme lo que has comprado?

—Una blusa y un vestido. ¿Satisfecho?

—Ni por asomo —se ríe—. Un pase privado tal vez me dejaría satisfecho.

Me callo por no decirle alguna barbaridad. Al fin arranca y sale del parking con la vista fija en la carretera. Los segundos pasan en un pesado silencio hasta que le pregunto.

—¿No pones música?

—No. Preferiría hablar contigo.

—No me apetece hablar.

—A mí sí. Me gustaría saber si podemos volver a mantener una conversación civilizada.

—No cuentas con ello.

De pronto suspira y me mira intensamente, con algo parecido a la nostalgia en sus ojos azules.

—¿Por qué no, Nadia? ¿Por qué te niegas a darme una oportunidad?

Mi corazón parece volverse loco. Mi pulso se dispara y no puedo mantener las manos quietas. Si sigo estrujando así la bolsa la voy a destrozar.

—¿Una oportunidad?

Ni siquiera me he dado cuenta de que mi boca repetía sus últimas palabras. Me horrorizo cuando las oigo salir.

—Sí, una oportunidad. Seguro que ninguno de los dos es tan malo como hemos dado a entender al otro. En el fondo nos conocemos.

—No nos conocemos, Samuel, no te engañes.

—Detrás de esas curvas y esa pose de mujer autosuficiente y de vuelta de todo, a mí me sigue mirando la misma Nadia a la que enseñé a tirar penaltis.

Dios..., la de cosas que esta Nadia querría aprender contigo ahora.

Sacudo la cabeza regañándome a mí misma. Céntrate, Nadia, por favor. No puedes pensar esas cosas...

—No sabía que Valeria fuera italiana.

Ya está. Se fastidió. Tenía que salir ahora con eso. Le miro con rabia y mi enfado es evidente cuando le pregunto.

—¿Te interesa Valeria?

Me observa en silencio unos instantes, y luego me responde.

—No de la forma que estás pensando.

—Oye, que a mí me da igual, no tienes que darme explicaciones.

—No vayas por ahí, Nadia.

—Has sido tú quien la ha metido en la conversación.

—¡Estás celosa!

—¡Que no, joder, que a mí me da igual lo que hagas, a ver si se te mete en la cabeza!

Aprieta los dientes furiosamente mientras cierra las manos sobre el volante con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos. Le oigo sisear de pura frustración.

Al final se serena un poco y me dice como si nada.

—No me ha parecido que te diera igual. De hecho estoy seguro de que no te da igual. Mientes de pena.

Quiero replicarle algo, pero me callo. No miento tan mal, pero no estoy segura de poder convencerle de eso.

De pronto suena el móvil y responde poniendo el manos libres. Me da tiempo a leer en la pantalla "Rosana". ¿Quién coño será Rosana?

—¿Sí?

—Hola Samuel. ¿No has salido hoy?

—He ido al cine, Rosana. Ahora voy conduciendo ¿Querías algo?

Si se atreve a quedar con otra ahora, lo mato.

—Había pensado que podíamos quedar. La última vez me lo pasé muy bien.

—Ya. Creo que algunos vecinos se dieron cuenta de lo bien que lo pasaste, nena —bromea.

Me mira de reojo, sonriendo, y abro unos ojos como platos. ¡Será descarado! ¡Es la loca gritona, y está hablando con ella como si yo no estuviera con él en el coche!

—¿Me vienes a buscar?

—No, lo siento. Lo cierto es que hoy tengo otros planes.

Casi puedo imaginarla haciendo un mohín de decepción.

—Oh..., vaya. Bueno, pues llámame cuando te apetezca.

Oh, por favor... ¡qué arrastrada! ¡Le está dando calabazas y todavía se pone a su disposición para cuando él quiera!

—Que te diviertas, nena.

Y cuelga.

Estoy respirando tan fuerte que debo de parecer un miura a punto de salir del toril.

Me mira. Me está provocando con la mirada. Llegamos a la urbanización y esperamos a que se abra la verja exterior.

Al final caigo en la provocación y le pregunto con sorna.

—¿Era la gritona?

—Sí. Pero tiene nombre, se llama Rosana.

—¿Y por qué no has quedado con ella?

—Porque estoy contigo ¿no es obvio?

—¿A ti te parece normal cogerle la llamada como si yo no estuviera en el coche?

—No tengo nada que ocultar.

—Seguro que ella pensaba que estabas solo.

—¿Y?

—¿Pues que yo tampoco tenía por qué enterarme de que te estaba

proponiendo quedar con ella!

—Me da igual que te enteres. Además, le he dicho que no. ¿Qué problema hay?

Suspiro de pura frustración. Y entonces él añade.

—...A no ser que estés celosa...

—No tengo por qué estar celosa. Tú y yo no somos nada.

—Y sin embargo, estás celosa. Igual que te has puesto celosa de tu amiga Valeria. Lo que me gustaría saber es por qué, si según tú, te da igual lo que yo haga.

—Me da igual.

—Eres muy cabezota.

—Pues sí, ya ves. Otro fallo más.

—Rosana solo es una amiga.

—Una follamiga, querrás decir.

Se ríe con toda la calma del mundo.

—¿Te molesta que tenga follamigas?

Pues sí, me molesta. Pero no se lo pienso decir, así que miento como una bellaca.

—Me da igual.

—Mira que lo has dicho veces... y sigo sin creérmelo.

—Déjalo ya, Samuel.

—¿Sabes lo que creo? Creo que sí te molesta. Que en el fondo sientes algo por mí, igual que yo lo siento por ti. Me atraes. Me atraes muchísimo, Nadia. Y puede que sea porque eras mi mejor amiga pero sigo considerándote algo mío. Por eso me jode que un borracho te ponga la mano encima como tu amiguito del otro día. Y a ti te jode que yo tenga follamigas por lo mismo.

De pronto soy consciente de que el coche lleva rato aparcado en el garaje. Estamos en casa. Abro la puerta y salgo sin responderle. Cierro de un portazo y me dirijo al ascensor.

—¡Nadia!

—Olvídame.

—No me dejes con la palabra en la boca. Odio que hagas eso.

—Pues acostúmbrate, porque así es como soy.

Me alcanza y entra en el ascensor conmigo. Se pega a mí y me agarra por los brazos.

—Me acabo de sincerar contigo. Esperaba algo más que un portazo a cambio.

—Eso te pasa por esperar demasiado de la gente ¿ves? te decepciona.

—No juegues conmigo.

—Suéltame.

Me suelta cuando las puertas se abren. Camino tan digna como puedo hacia mi apartamento, pero se vuelve a parar detrás de mí y me abraza por la cintura, esta vez sin rabia. Siento su aliento en mi cuello y comprendo que pretende seducirme.

Tres, dos, uno..., me rindo. En tres segundos. Me giro en sus brazos y cuando le veo mirar mi boca le beso con desesperación. Le tiro del pelo mientras su lengua y la mía se pelean por hacerse con el control de la situación. Su mano levanta mi blusa y acaricia mi cintura. Y me empuja hacia su apartamento.

—¿Qué haces?

—Te dije que la próxima vez sería en mi casa. No estoy dispuesto a que me echés por la mañana.

Entramos en su apartamento tropezándonos el uno con el otro. Dejo mi bolsa con la ropa y mi bolso sobre la mesa de la cocina, aunque un "plaf" me indica que uno de los dos bultos por lo menos se ha ido al suelo. Ni me molesto en mirar. Samuel desabrocha torpemente tres botones de mi blusa antes de que le aparte las zarpas y lo haga yo. Si le dejo, me la va a romper. Apenas me la quito, la coge y la tira sobre el sofá y tantea la cinturilla de mi falda en busca de la cremallera. Sonrío al recordar lo que llevo puesto. Lástima de cámara de fotos.

El sujetador es bonito, rosa chicle con un encaje superpuesto en blanco y fucsia. Apuesto a que al verlo se ha acordado de mi Twingo. Por fin baja la cremallera de mi falda y ésta resbala por mis caderas y cae al suelo.

Miro a Samuel con la inocencia pintada en el rostro, como si fuera un angelito de Victoria's Secret, vamos.

Y luego miro sus pantalones. Como una piedra, lo que esperaba.

—Joder... ¿has andado por ahí toda la tarde con esto puesto?

—Sí, ¿qué pasa? ¿Acaso no te gusta?

El conjunto se completa con un tanga a juego y un ligero con un pequeño volante. Todo rosa, pero muy mono, la verdad. Y las medias, negras y finas. Hace contraste, y me gusta.

Por la cara que tiene Samuel, y el bulto de su entrepierna, también le gusta.

—Sabía que tendrías cosas como ésta...

Da un paso adelante y me pone las manos en las caderas, acariciándome suavemente arriba y abajo mientras me empuja hacia la cama.

Me río y me dejo empujar. Entonces me mira y levanta una ceja.

—Me dan ganas de prohibirte que salgas así por ahí.

—Hazlo. No te haré ni caso. Me gusta mi ropa interior y me la pongo para mí. Además, tú no eres quién para prohibirme nada.

—Soy tu primer amor —responde con una sonrisa canalla.

Me deja muerta. Reacciono con una carcajada.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso, guapito?

—Tu madre.

—¿Mi madre? Mi madre es una bocazas, y una lianta. Te prohíbo que le hagas caso.

—Tampoco puedes prohibirme nada.

—Mi madre está empeñada en que tú y yo nos llevemos bien.

—La mía también.

—¿En serio?

—Sí, le dije que volvíamos a ser vecinos.

Mientras hablamos nos hemos quedado parados junto a la cama, simplemente tocándonos el uno al otro. A duras penas he conseguido quitarle la camiseta y desabrocharle los pantalones, y tengo que empujarlo para que me quite las manos de encima y acabe de desnudarse.

Decido que mejor cambio de tema y señalo su bóxer gris oscuro.

—Me gusta también lo que tú llevas. Aunque tenemos unos en la tienda que te quedarían de muerte.

Inmediatamente me muerdo la boca. No debería haber dicho eso.

—Dime dónde está la tienda y voy a por unos esta semana.

—Ni de coña. Ya tengo bastante con encontrarte por todas partes como para que sepas dónde trabajo.

Se ríe y me empuja sobre la cama. Se arrodilla sobre ella y viene gateando hacia mí como un felino.

—Ya me enteraré. Ahora, ¿crees que podemos mordernos la lengua durante un rato para no estropearlo? Yo estoy dispuesto a hacer un esfuerzo... ¿Qué me dices? ¿Tregua?

La sonrisa que me dedica pulsa el "pause" en mi cerebro. Consigo reaccionar cuando su dedo empieza a recorrer las tiras de mi ligero para desabrocharlo.

Con serias dificultades y la voz medio jadeante, por fin respondo:

—Tregua.

Que se joda la gritona. Esta noche es mío.

Cuando un buen rato y un par de orgasmos más tarde me estiro satisfecha contra su cuerpo cálido, me acaricia el muslo y murmura.

—¿Te quedas?

—¿Vas a echarme?

—No.

—Debería irme a casa.

Pero estoy tan a gusto... El sueño empieza a vencerme. Ni siquiera me he

desmaquillado pero...

La mano que estaba en mi muslo sube a mi cintura y su agarre se vuelve más decidido.

—Te quedas. Y mañana hablamos. Civilizadamente. Ahora duérmete, gatita, puede que vuelva a despertarte en medio de la noche para hacerte el amor.

Dudo si he oído bien o lo he soñado, pero no tengo tiempo de asegurarme. Me duermo profundamente, envuelta en el abrazo dulce y posesivo de mi primer amor.

CAPÍTULO 11.

Me despierta la mano de Samuel tanteando entre mis piernas. Me hago la remolona cerrándolas y encogiéndome mientras ronroneo como un gatito. Por Dios..., me ha despertado en mitad de la noche para hacerme el amor otra vez, y sigue pidiendo más... ¿Este hombre no se cansa nunca?

—Sé que estás despierta.

—¿Qué hora es?

—Las once y media. Has dormido más que suficiente.

Me roza el cuello con la nariz haciéndome cosquillas y su mano vuelve a las andadas. Me río mientras trato de mantener las piernas juntas.

—¿Hay alguna razón para que no me dejes entrar ahí?

—¿No has tenido ya suficiente?

—Creo que puedo con un poco más.

Mete una rodilla entre las mías y consigue separármelas. Vuelvo a reírme mientras cojo su cara entre las manos y le muerdo el labio inferior.

—Has hecho trampas.

—Sí, ¿y qué?

—Qué poco caballero eres.

—Yo nunca he dicho que sea un caballero. Puede que a veces lo parezca, pero sin duda no lo soy... —se burla.

—Se supone que deberías tener algo de "gentleman" por la parte inglesa que te toca...

—Se supone. Pero debe de ser que gana la parte mediterránea.

Consigo olvidarme de que a veces me saca de quicio aunque sea una hora más. Una hora en la que nos da tiempo incluso a ducharnos juntos. Le miro expectante mientras me como el segundo brioche de la mañana.

—Tienes hambre —afirma sonriendo.

—He hecho mucho ejercicio esta noche.

—¿Estás desentrenada?

—No empecemos, Samuel. Eso no te concierne y si vamos por ahí, acabaremos mal enseguida.

—Vale, perdona.

Los segundos van pasando en un silencio que se vuelve cada vez más tenso. Con lo fácil que habría sido marcharme anoche y evitar esto. Ha sido una noche fantástica, y el despertar lo cierto es que ha estado al mismo nivel. Es una pena fastidiarlo ahora todo con una pelea mañanera, pero casi lo veo venir.

—¿Por qué no me cuentas lo que te pasó con tu ex?

Lo miro como si se hubiera vuelto loco.

—Porque no es de tu incumbencia. Además, a grandes rasgos, ya lo sabes.

—Fue antes de lo de Mallorca ¿no?

—Déjalo, Samuel.

—Por favor, quiero entenderlo... Si él te engañó antes de... lo nuestro, supongo que por eso te sentó tan mal que yo no hubiera solucionado aún lo de Cassandra.

Me quedo mirando a la mesa unos segundos. Bueno, por lo menos ha captado lo esencial.

—Yo pensaba que estábamos bien. Y entonces se acostó con otra y no se lo pude perdonar.

—No perdonas la infidelidad.

No es una pregunta, me ha entendido a la primera.

—No. Si estuviera dispuesta a compartir a mi hombre, que se acostara con otra quizás no rompería la confianza entre nosotros. Pero resulta que no me gusta compartir.

—A veces las cosas simplemente se te van de las manos, Nadia... La gente comete errores.

—Pues bien poco que tardó en caer en los brazos de "su error" cuando yo le

di puerta...

—Bueno, eso solo demuestra que es un idiota.

Levanto una ceja y le miro esperando una explicación más detallada a ese comentario. Que Miguel es un idiota, yo ya lo sé, pero Samuel no lo conoce de nada. Al final se explica.

—Si yo hubiera estado en su situación, que lo dudo, me habría partido los cuernos para recuperarte.

—Habrías perdido el tiempo.

—¿No serías capaz de perdonarme un error?

—Uno con faldas, no creo.

Cierro los ojos y niego con la cabeza. Un momento... ¿de qué estamos hablando? ¿Estamos especulando sobre una relación entre nosotros o me lo parece solo a mí?

Y para liarla más todavía, voy y le devuelvo la pregunta.

—¿Y tú? ¿Perdonarías que te traicionaran?

—Depende.

—¿Depende? ¿Qué clase de respuesta es esa? ¿De qué depende?

—Para empezar depende de la chica. De cuánto me importe la chica, quiero decir.

—Si no te importa, no cuesta nada perdonar.

—Pero si te importa tanto que no puedes renunciar a ella, tampoco te queda otra opción.

—Un abuso de confianza se lleva por delante una relación te importe o no.

—No estoy de acuerdo. Y si alguien es tan tozudo como para dejar que eso ocurra cuando la otra persona le importa de veras, se merece perderla.

—Perder a un traidor no es una gran pérdida.

—¿Y perder a alguien que simplemente se ha equivocado?

—¿A un idiota?

—Vale. Llámalo idiota. Si el idiota te quiere y se arrepiente de haberse

equivocado ¿no se merecería una oportunidad? ¿No os la mereceríais los dos?

—No sé qué hago hablando contigo de esto.

Se ríe. Por lo menos consigue relajar un poco la tensión que empezaba a sobrecargar el ambiente del apartamento.

—Quería entender tu postura, simplemente. Pero creo que eres demasiado inflexible. Mira, tengo un amigo en Londres a quien su mujer le puso los cuernos en una cena de la empresa. Bebió más de la cuenta y se enrolló con un compañero de trabajo.

—Joder..., qué faena.

—Se lo confesó inmediatamente, le pidió perdón y le dijo que había sido un desliz producto del alcohol.

—Ya, buena excusa.

—Mi amigo la perdonó.

—Vale, pues él verá.

—No, Nadia, no lo entiendes. Ellos se quieren. Él la adora, y ella tuvo el valor de arriesgarse a que la echara a patadas de su vida por confesar un error. Pero prefirió asumir ese riesgo antes que traicionarle de verdad, que sería lo que habría hecho si hubiera optado por callarse. Si él se hubiera enterado después, por otros, tal vez habría perdido su confianza, pero ella fue sincera, se arriesgó y confió en lo que tenían.

—No sé hasta qué punto confesar no es solo una forma de aliviar la conciencia. Aun sabiendo que vas a hacer daño.

—Supongo que eso depende de cada pareja. Del concepto de lealtad de cada uno.

—Yo no creo que pudiera perdonar algo así.

—A veces tienes que ceder un poco de tu orgullo para no perder algo que realmente amas.

—Y el otro se va de rositas.

—Créeme que ella lloró lo suficiente como para que nadie pueda decir que se fue de rositas.

—Entonces tal vez Miguel no lloró ni se arrastró lo suficiente, o simplemente yo no soy como tu amigo y no estaba dispuesta a perdonarle por mucho que llorara.

—Quizás no le amabas lo suficiente.

—¿Me estás diciendo que la culpa fue mía?

—¡No, joder! Te estoy diciendo que tal vez no importa tanto porque si él hubiera sido realmente importante para ti, quizás aún estaríais juntos.

—Supongo que Cassandra tampoco te perdonó.

—Pues mira, te equivocas.

Mi sorpresa se refleja en mi cara. ¿Después de cómo se puso conmigo la muy loca por teléfono, fue capaz de perdonarle una infidelidad?

—¿Lo dices en serio? ¿Te perdonó que te acostaras conmigo?

—Estaba dispuesta a hacer como que no había pasado nada. A asumirlo como un error por mi parte y punto, sin consecuencias.

—Ya, sin consecuencias. Entonces ¿Seguisteis saliendo?

—No, ya te lo dije. Yo la dejé. Lo nuestro no funcionaba. Tú no fuiste un error, si acaso fuiste el detonante para acabar con una relación que ya estaba herida de muerte.

—Debiste haberla rematado antes. Antes de meterme a mí en medio.

—Puedo seguir diciéndote que lo siento, pero si no vas a creerme, no sé de qué sirve. De todas formas, no me arrepiento.

—Me sentó fatal.

—Ya lo sé. ¿Vas a perdonarme algún día?

—Bueno..., después de todo supongo que ya te he perdonado.

Evidentemente, si no, no me habría vuelto a acostar con él no sé cuántas veces ya...

—¿Piensas volver a meterte entre tu ex y su novia?

—¿Pero por quién me tomas?

Le miro realmente cabreada. Lo que me acaba de preguntar es muy fuerte.

—No te pongas así. Te vengaste de ellos, pero yo no sé si has dado el tema por zanjado o quieres más.

—Pues mira, tampoco te importa, ya ves. Y no tengo por qué darte explicaciones, creo yo.

Me duele que piense que soy tan mala persona. Reconozco que en alguna que otra ocasión he sucumbido al placer de la venganza, pero no es algo que haga por costumbre.

No merece la pena, no soy tan idiota como para no saber eso. Desde luego, produce una satisfacción momentánea, pero no te hace sentir mejor a largo plazo.

Y sin embargo a veces es algo que simplemente no puedo evitar.

—Nadia, no te enfades. Quiero creer que no eres una vengativa sin escrúpulos.

—No lo soy.

—Bien, si tú lo dices, me vale.

—Me da igual que te lo creas o no.

—¿No podemos llevarnos bien?

—Empiezo a dudarlo. No sé si te entiendo. Y sin duda tú no me entiendes a mí.

—Déjame intentarlo.

—Si necesitas más explicaciones, no creo que merezca la pena.

—No necesito explicaciones, necesito comprobarlo por mí mismo.

—¿De qué estás hablando, vamos a ver? Porque creo que no te sigo.

Mueve la silla y se acerca más a mí. Me mira con esos ojazos azules y casi me derrite por dentro...

—Me gustas mucho.

Ay Dios... No puede ser que esto sea lo que creo que es... Trato de bromear.

—Ya..., por eso me pinchas todo el tiempo, como los niños. ¿Cómo decíamos en el colegio? "Los que se pegan se quieren".

—Pues debe de ser eso... A veces me sacas de quicio, pero me gustas.

—Si no te gustara no te acostarías conmigo. Supongo que tienes donde elegir...

Yo y mi boca... Ahora es cuando se mosquea y salimos a tortas. Pero no puedo evitar pensar en la tal Rosana, en Rebeca, nuestra vecina la loba, hasta en mi amiga Valeria, que ayer por un momento lo miró con lujuria, juraría yo...

—Tengo donde elegir, pero me gustas tú.

No se enfada. Me sigue mirando fijamente. No puede estarme proponiendo en serio que esto se convierta en... algo más.

Finalmente consigo balbucear:

—Samuel..., tú también me gustas, creo que es obvio. Y desde luego también me sacas de quicio.

Sonríe y casi se me caen las bragas. No, Nadia, no, céntrate, ahora no puedes bajar la guardia. Tú no quieres una relación. No con alguien como él.

Un traidor.

En el fondo sigo pensando que es un traidor.

—Entonces estamos de acuerdo en algo.

—No estoy segura. Yo... Mira, me parece perfecto tener una noche de sexo estupendo contigo de vez en cuando, pero no necesito nada más.

Por la cara que pone, le acabo de dar un mazazo de los que hacen historia.

—No me puedo creer que estés dispuesta a ser una “follamiga”.

Mi estómago se retuerce ante la mención de esa palabra. Y sin embargo, es exactamente lo que acabo de proponerle.

—No quiero una relación.

—¿No quieres una relación, o no quieres una relación conmigo?

Dudo una fracción de segundo. Con él en concreto porque no lo considero de fiar, aunque la verdad es que ahora mismo no quiero una relación con nadie, porque de hecho el único que me gusta lo suficiente como para plantearme siquiera algo así es él.

Verme dudar le sienta casi peor que mi velada sugerencia de ser

"follamigos".

—Vale. No te fías de mí. Me has perdonado, pero no se te olvida, vamos.

—Samuel..., no estoy preparada para salir con nadie, en serio, no es por ti...

—Sigues mintiendo de pena. ¿Y sabes lo peor? Que te engañas a ti misma. Porque tú y yo no podemos ser "follamigos".

—¿Y por qué no, vamos a ver?

—Porque si te digo que pienso llamar a Rosana esta tarde para echar un polvo eres capaz de partirme la cara.

Aprieto con fuerza las manos para no hacer exactamente lo que dice. La idea de él follando con otra me pone enferma.

Pero eso no quiere decir que quiera una relación con él.

En vistas de que esta conversación se acaba de joder por completo y en cualquier momento nos podemos liar a tortas o arrancar la ropa a tirones, me levanto con toda la dignidad que puedo y le digo fríamente.

—Puedes hacer lo que te dé la gana, no sé cuántas veces tengo que decírtelo. No sé si eres sordo, o corto de entendederas. Pero por favor, cierra las ventanas. No tengo necesidad de enterarme de lo bien que se lo pasa tu amiguita.

Me dedica una sonrisa irónica.

—Descuida. Gracias por el polvo..., los polvos. Te llamo un día de estos y repetimos.

—Vete a la mierda, gilipollas.

No sé cómo consigo marcharme sin tirarle algo a la cabeza, en serio.

Cierro la puerta de mi apartamento de un portazo. Tiro sobre la cama la bolsa con mis compras de ayer y mi bolso. Al final la cosa ha acabado como esperaba: de pena. Siempre acaba igual. Cómo coño me voy a plantear una relación con él si ni siquiera somos capaces de hablar sin tirarnos los trastos a la cabeza.

Me paso medio día haciendo limpieza y evitando a toda costa salir a la

terraza, aunque Samuel no escatima en provocaciones y pone la música para medio vecindario. ¿Y por qué toda la música que le gusta me hace pensar en sexo?

Al final por la tarde llamo a Ruth y salgo como alma que lleva el diablo. El coche de Samuel está aún en el garaje.

Igual es verdad que ha llamado a Rosana.

Como la oiga gritar le tiro la puerta abajo, lo juro.

Pero no porque me importe con quién se acueste, vamos..., sino porque me parece premeditación y alevosía que se traiga a esa gritona para darme en el morro.

Por suerte, cuando vuelvo a casa, pasadas las diez de la noche, no se oyen ni gritos ni gemidos desde su casa. Lo que sí se oye es una guitarra.

Recuerdo que tiene una en el rincón del salón, pero es la primera vez que le oigo tocar. No puedo evitar acercarme a la puerta de la terraza y escuchar.

Está tocando "*Just the way you are*" de Bruno Mars. Y cantando. No recordaba lo bien que canta, ni la voz tan bonita que tiene. Me gustó en el karaoke en Mallorca cuando cantamos juntos, pero cantando esta canción... es espectacular. Además es una canción que me encanta, y ahora cada vez que la oiga, me voy a acordar de él. Mierda.

Pongo la televisión y subo el volumen. La pongo mucho más alta de lo necesario, hasta que consigo dejar de oír la dichosa guitarra.

Y al cabo de un rato deja de tocar.

Me preparo la cena, me la como sin ganas y me meto en la cama sin dejar de pensar en él. Está al otro lado de esa pared, cabreado conmigo y seguramente con tantas ganas como yo de tocar a la puerta contigua y solucionar esto en la cama.

¿Pero por cuánto tiempo? ¿Un par de horas?

No, así no se arreglan las cosas. Y hablando no somos capaces de entendernos así que mejor me olvido del tema.

Ya se me pasará.

Sin embargo pasan los días y no se me pasa. Sigo pensando que debería mantenerme alejada de Samuel, o al menos de su cama, pero sé que más pronto que tarde volveré a caer en la tentación. Lo tengo asumido. Solo que ahora sé que él querría algo más, y yo no quiero porque no me fio.

Cuando llega de nuevo el fin de semana estoy de los nervios porque no me he cruzado con él ni una sola vez en cinco días. Ni siquiera ha salido a la terraza, al menos en los últimos días, porque yo sí lo he hecho, y la puerta está siempre cerrada.

Me rehúye, y eso me fastidia. Mucho más de lo que debería.

Por lo menos no me consta que se haya traído a ninguna de sus "follamigas". Que tampoco debería importarme, pero lo cierto es que me importa.

Joder, no sé ni lo que quiero. Mi madre me diría que parezco el perro del hortelano.

Pero claro, si mi madre se entera de que me he follado a Samuel, la que se lía es parda. Y sobre todo, el disgusto que le doy si le digo que no quiero nada serio con él porque me parece un cabrón del que una mujer con dos dedos de frente y un poco de orgullo no debería fiarse o saldrá con unos cuernos de los que rayan los techos... pues se la lleva a la mujer al otro barrio. Con la de veces que le ha dado ella de merendar, como me dice siempre.

Anda que no ha crecido el niño de los Harrison desde entonces..., y lo que ha espabilado, y eso que de tonto no tenía un pelo.

El viernes por la noche oigo juerga en casa de Abel cuando llego del trabajo. Oyen mi coche y se asoman a la terraza. Están Abel, Pilar y Julieta, y Samuel. Si Rebeca no ha llegado, seguro que está al caer. Trato de ignorar los silbidos de Abel para llamar mi atención, y la mirada indescifrable de Samuel. Subo a casa y cuando voy a meter la llave en la cerradura, Abel sale al pasillo.

—Nadia, vente a mi casa a cenar.

—Gracias Abel, pero tengo un dolor de cabeza tremendo, me voy a meter en la cama.

—Venga, mujer, tómate un Ibuprofeno o algo y te vienes... Están Pilar y la niña, y Samuel, y Rebeca llegará enseguida.

La loba, lo que sospechaba. Pero no. Aguanto el tipo y le pongo a Abel carita de pena.

—En serio, Abel, te lo agradezco pero hoy no.

Y me meto en casa sabiendo que acabo de echar a Samuel a los lobos. A la loba, concretamente. Se lo acabo de poner en bandeja.

Y no debería importarme, pero acabo de verdad con dolor de cabeza de darle vueltas al asunto. Creo que necesito un polvo, pero desde luego, no con él.

CAPÍTULO 12.

El sábado cuando me levanto y me voy a trabajar, el coche de Samuel no está en su plaza. Me extraña un poco, porque no trabaja los sábados por la mañana y cuando yo me marcho siempre está, pero en fin, se habrá ido de compras o algo.

La mañana pasa con bastante rapidez. Como en casa de mis padres, como casi todos los sábados, y para mi sorpresa, ni mi madre ni mi hermana mencionan esta vez a Samuel. En fin, mejor, así no tengo que poner cara de póquer y repetir eso de "pero si en el fondo es un desconocido".

Para mí ya no es exactamente un desconocido. Mi hermana se echaría las manos a la cabeza si se entera de hasta qué punto nos hemos llegado a conocer. Y mi madre mejor ni lo pienso.

Cuando salgo de casa de mis padres llamo a Ruth para quedar. Elena ya se ha repuesto así que esta tarde salimos en plan relajadito de charla y café y nos quedamos a cenar algo por ahí. Valeria nos habla de un italiano que han abierto hace poco y por lo visto está muy bien, y tiene buenos precios, y allá que nos vamos.

Espero que a Samuel no le dé hoy por elegir también comida italiana.

Y como soy así de bocazas, nada más sentarnos en el restaurante, digo en voz alta lo que estoy pensando.

—Espero que a Samuel no le dé por elegir hoy un restaurante italiano...

Ruth sonrío y me fijo en la cara de culpabilidad de Valeria. Enseguida, coge el toro por los cuernos y me pregunta.

—Nadia..., ¿Qué piensas hacer con Samuel?

En toda la tarde no hemos sacado el tema. Yo no quería hablar de él. Ruth se pone seria y me mira también esperando que me aclare.

—Nada.

—Nada. Después de lo que hablasteis el domingo, nada —dice Ruth con cierto dramatismo.

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Has pensado que a lo mejor deberías arriesgarte?

—¿Arriesgarme?

—Te lo puso en bandeja, Nadia.

Elena y Valeria nos miran sin saber muy bien de qué hablamos. Al final suspiro y les cuento a grandes rasgos lo que pasó el sábado por la noche y sobre todo, el domingo por la mañana. Por supuesto después de escrutar el restaurante y asegurarme de que él no anda por allí. No me sorprendería.

Las dos se quedan alucinadas. Valeria acaba riéndose sin cortarse un pelo.

—¿Te dijo que quería algo más serio y tú le ofreciste ser "follamigos"? No me lo puedo creer.

—Estás loca —se burla Elena—. Sabes perfectamente que eso no funcionaría. Dile que sí y ahórrate sufrimientos, Nadia.

—¿Ahórrate sufrimientos? ¿Qué quieres decir?

—Él sabe que te gusta. Es más, sabe que te importa, porque al parecer lo sabemos todos menos tú. Si tiene un poco de malicia, te provocará dándote celos. Y caerás con todo el equipo.

—De eso nada.

—¿Que no? ¿Qué habrías hecho si hubieras oído a otra en su casa cualquier día de estos?

Mi cara debe de decirlo todo. Ni idea. Quizás salir de allí corriendo para encerrarme en algún sitio a llorar toda la tarde, o aporrearle la puerta para liarme a tortas con él.

Vale, esta opción es muy radical... Samuel saca lo peor de mí. No puedo meterme en una relación con alguien a quien tengo ganas de abofetear día sí, día no.

Trato de explicárselo a las cabezotas de mis amigas, pero o no me explico bien, o no me entienden. Siguen erre que erre insistiendo en que debería darle una oportunidad.

Por lo menos el destino debe de estar dormido hoy, o ha decidido dejarme en paz, porque no me encuentro a Samuel por ninguna parte.

Aun así, no consigo olvidarme de él. Poco antes de marcharnos a casa, no obstante, sí que me distraigo un rato, cuando decidimos pasarnos por el bar que Ernesto inauguró hace poco. Para empezar nos encontramos con Miguel, mi ex.

Cuando entramos, enseguida veo a sus amigos. Diego nos saluda y se acerca a hablar con nosotras, y cuando lo veo mirar de reojo hacia la esquina del bar, sé que él está allí.

Y esta vez está con la guarra.

Sigo la mirada de Diego y los veo hablando. Él mira hacia nosotras de reojo, con una cara de funeral que casi me da la risa. Y la cara de ella... No, ya no me da risa, me da pena.

Ha vuelto con él, es evidente. Y me mira con rabia, con rencor, pero también con miedo. Me tiene miedo. O tiene miedo de que yo no haya tenido suficiente y vaya a intentar separarlo de ella de nuevo.

Por un momento se me pasa por la cabeza lo que Samuel me dijo el otro día. Tal vez lo quiere lo suficiente como para perdonarle. Tal vez el miedo a perderlo es mayor que la rabia que me tiene.

Vuelvo la cara y los ignoro. No porque me lastime verlos juntos, ni mucho menos. Pero tampoco me interesan. Si bien hace poco creí que podía encontrar alguna satisfacción en vengarme de ella, ahora solo siento lástima.

Hasta me siento un poco mal por haberle devuelto el "favor".

Después de hablar un rato con sus amigos, que en realidad también son nuestros amigos del barrio de toda la vida, nos encontramos con unos amigos de Valeria. Dos de ellos son hermanos y son también italianos, como ella. Y muy guapos, todo hay que decirlo. El mayor se llama Paolo, y tiene treinta años. El más joven, Carlo, y tiene veintisiete. Paolo atrae inmediatamente la atención de Ruth y me arrepiento de no haber traído mi coche. Juraría que hoy la loca de mi amiga no se va sola a casa. Tendré que cogerme un taxi.

Charlamos con los demás, y me divierto bastante con Carlo. Es muy mono y muy divertido. Me tira los tejos más o menos discretamente, pero me hago la loca.

Sé que dije que necesitaba un polvo y no con Samuel, pero no sé si es buena

idea llevarme al italiano a casa.

Voy a dejarlo pasar, por si acaso. No me gusta precipitarme y luego arrepentirme.

Al final, nos marchamos sin que ninguna de las dos aproveche la ocasión.

Aunque Valeria y Elena insisten en irse en el metro, Ruth las acerca a casa antes de llevarme a mí. Me deja en la entrada de la urbanización y me dice con toda la seriedad del mundo.

—Si te lo encuentras, procura no abrir la boca, ¿vale? o por lo menos no lo mates.

Pero cuando entro por la puerta lateral del garaje y miro sin pensar hacia su coche, veo que no está en su plaza. Son casi las cuatro de la madrugada, es raro que a estas horas no haya llegado.

Subo a casa y me meto en la cama. No se oye ni una mosca.

¿Dónde demonios estará Samuel?

El domingo por la mañana llueve a cántaros cuando me levanto, y aun así, decido irme a correr. Esta semana solo he ido una vez al gimnasio y necesito quemar un poco de mal rollo. Corriendo seguro que se me pasa.

Salgo de la urbanización sorprendida de que el coche de Samuel siga sin estar en el garaje, aunque sean casi las doce del mediodía. Hago el recorrido habitual por la urbanización y luego hasta el centro del pueblo y un poco más allá, y regreso un poco más despejada. Entre la música y la lluvia, lo cierto es que me encuentro mejor. Supongo que Samuel habrá pasado la noche con alguien, en casa de ella. Todavía no ha vuelto. Bien, no pasa nada, nosotros no somos nada ni tenemos ningún compromiso, puedo aceptarlo.

Yo puse las condiciones cuando él me ofreció intentar algo más.

Ahora no me puedo quejar de que se líe con otra, si hay algo de lo que presumo es de ser consecuente con las decisiones que tomo.

Aunque a veces es realmente difícil.

Por la tarde cojo de nuevo el coche para ir a buscar a Ruth, y Samuel sigue sin dar señales de vida. Me empiezo a mosquear.

Ruth se ríe cuando le cuento la razón de mi ensimismamiento. Dice que para lo poco que según yo, me importa Samuel, me paso el día pensando en él.

Y lo peor es que tiene razón.

Cuando vuelvo a las diez de la noche, su Pathfinder está de nuevo aparcado en su plaza, lo cual en cierto modo me tranquiliza. Por un momento casi he tenido un ataque de pánico pensando que se había largado de vuelta a Londres o algo así.

Estoy muy, pero que muy mal.

Pero vamos, esto me lo curo yo como sea. Aunque me tenga que tirar al italiano de anoche. Que empiezo a arrepentirme de no habérmelo traído a casa, ya ves tú.

Seguro que mi querido vecino no ha perdido el tiempo de la misma forma.

Empiezo una nueva semana con un lío importante en la cabeza. Las locas de mis amigas me hicieron poner algunas cosas en claro el sábado por la noche, aunque eso no mejora mi situación.

Ahora por lo menos soy consciente de que Samuel me importa, más de lo que me gusta reconocer. Y también me gusta muchísimo, me pone cardíaca con solo una sonrisa y un alzamiento de cejas, y me fastidia que tenga ese poder sobre mí.

La sola idea de que se acueste con otra me saca de quicio. La sola idea de que otra le ponga las manos encima me hace hervir la sangre. Y sin embargo, no tengo derecho a sentirme así, porque fui yo quien propuso una relación de sexo esporádico en plan amigos cuando él quería una oportunidad. Una oportunidad entre él y yo, y nadie más.

Pero eso me aterra. Me da pánico arriesgarme y que me traicione. No podría soportar convertirme en otra Cassandra en su vida.

Así que la cobarde que hay muy en el fondo de mi corazón me tiene casi convencida de que lo mejor es cortar por lo sano. Olvidarme de él y quitarme el clavo con otro clavo, como suele decirse.

Pero la Nadia de seis años que también hay en un rinconcito escondido por ahí en mi interior, me recuerda que es Samuel. Mi Samuel. Y replica

constantemente que no puedo hacerle eso al niño que ella tanto quería.

Un lío importante, lo que comentaba.

El miércoles por la mañana sigo sin haber visto a Samuel. Y tengo los nervios a flor de piel, todo hay que decirlo. Es como una droga, y seguro que eso no es bueno.

Llega a la tienda un pedido nuevo y me paso un buen rato en el almacén, mientras Ruth y Rita atienden. Por la tarde Rita tiene que salir para hacer no sé qué gestión, y quedo con Ruth en que voy a acabar de colocar lo que me falta. Si entra gente y me necesita en mostrador, me avisará.

Y cuando acabo de poner en su sitio la última caja, la oigo llamarme.

—¡Nadia! ¿Puedes salir, por favor?

—Enseguida voy.

Entro al baño para lavarme las manos rápidamente, me estiro la falda y salgo. Ruth está atendiendo a una señora de cierta edad y solo hay otro cliente en la tienda: Samuel.

Cuando me paro en la puerta de la trastienda me mira con cara de póquer y saluda como si nada.

—Buenas tardes.

Ruth me mira de reajo, como si intuyera que estoy a punto de mandarlo a paseo. Bien, cierto, no puedo, estoy trabajando y todavía no sé si ha venido a comprar algo.

—Buenas tardes. ¿En qué te puedo ayudar?

Su sonrisa maliciosa me hace apretar los muslos, pero su voz suena educada y distante. Como si fuera un cliente desconocido.

—Me gustaría ver el conjunto del escarpate, el de corpiño con ligero morado.

Abro mucho los ojos y le veo sonreír. He caído en la provocación sin pensarlo siquiera. Me muerdo la lengua para no preguntarle para quién es.

—¿En qué talla?

Me sorprende respondiendo sin dudarlo.

—95B.

—¿Y el tanga?

—M.

Entro en la trastienda maldiciéndolo. ¿Para quién demonios será?

Empiezo a coger cajas y salgo con todo poco después, dejándolo sobre el mostrador. Samuel me mira con cara de absoluta inocencia mientras saco el corpiño de su caja. Lo cierto es que es precioso. La espalda y parte de la zona frontal son negros, pero las copas son moradas con encaje floral negro superpuesto, y también parte de la parte delantera. Tiene tiras de ligero negras. El tanga es pequeñito y sugerente, con el negro del encaje sobre el morado.

Lo coge y pasa la mano con suavidad sobre la tela. Me estremezco al imaginar esa caricia sobre mi piel.

—Es perfecto.

—Hay más modelos. La braguita puede ser también tipo culotte, y está disponible también el sujetador y el ligero por separado.

A medida que le doy la información voy abriendo cajitas y mostrándole las piezas indicadas. Las mira con interés.

—Me gusta todo. ¿Qué me aconsejas?

Le miro como si fuera idiota. Es idiota. ¿Cómo puede preguntarme eso?

—Pues no sé, supongo que tú conoces mejor a la destinataria del regalo.

Sonríe y responde como si tal cosa.

—Creo que me llevaré un poco de todo: el corpiño, el ligero, el sujetador y dos tangas. No me entusiasman los culottes.

—¿Todo?

—Y medias. Medias negras con encaje, por favor.

Le enseño también las medias y compra dos pares. Entre una cosa y otra, se está gastando un pico.

—¿Eso es todo?

—No, también un pijama. Uno de algodón con algún dibujo..., ya sabes.

—Pues no, no sé si te entiendo... ¿Uno infantil?

—Uno para mujer, pero con un dibujo divertido, yo que sé. El típico pijama que aprobaría tu madre, quiero decir... Para dormir conmigo no hace falta pijama.

Le dedico una mirada asesina y miro de reojo a Ruth, que sonrío disimuladamente mientras empieza a atender a otra cliente. Juraría que le ha oído.

Saco varios pijamas, básicamente de animalitos. Se fija en uno con el pantalón blanco estampado de búhos y la camiseta negra con un par de ellos en plan parejita. No es muy cursi, por lo menos.

—Este.

—¿Te lo envuelvo todo para regalo?

—Sí, por favor, pero dos paquetes. El pijama aparte.

Hago los paquetes y le cobro mientras Ruth me mira de reojo de vez en cuando. La cliente a la que estaba atendiendo se va sin comprar nada, y Samuel me pregunta como de pasada.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien. ¿Y tú?

—Cansado.

—Ya. ¿Mucha fiesta el viernes?

—Un poco. ¿Se te pasó el dolor de cabeza?

—Sí, gracias.

—Yo he estado fuera el sábado y el domingo. Menos mal que voy recuperando las horas de sueño.

Me muero por preguntarle quién le ha quitado esas horas de sueño, pero no lo hago. Le doy la bolsa y le digo con una sonrisa falsa.

—Gracias por tu compra.

Me mira y sonrío, y de pronto se da un golpe en la frente con la palma de la

mano.

—¡Joder, si casi se me olvida! Quería ver también unos bóxers que me ha dicho una amiga que tenéis y que me quedarían genial.

Me quedo pasmada. ¡Será descarado! Sin decir ni pío, entro en la trastienda y le saco los bóxers de los que le hablé.

—No me has preguntado la talla —me provoca.

—Tengo buen ojo. Seguro que estos te valen.

Les echa un vistazo sonriéndome de medio lado, y se lleva dos, en negro y en gris.

—Ya te contaré.

—Seguro que vuelves a por más.

—Es probable.

Le cobro los bóxers y se marcha saludando antes a Ruth con un gesto de cabeza. Me meto en la trastienda a resoplar para descargar mi frustración.

Al cabo de un momento regresa Rita y Ruth se tiene que aguantar las ganas de comentar conmigo la visita de Samuel. Hasta la hora de cierre no podemos hablar.

Cuando dan las ocho y salimos, me agarra del brazo y me obliga a cruzar la calle.

—Un café, lo que quieras, pero cuéntame ahora mismo cómo se ha enterado de que trabajas aquí, para quién es todo lo que ha comprado y qué habéis hablado. Y no escatimes en detalles.

Charlamos durante un rato frente a un café, repasando la sorpresa de la tarde. Sostengo que el conjunto debe de ser para la afortunada que le ha quitado el sueño este fin de semana.

—Pues podría ser para ti.

—Sí, ya, como si fuera a atreverse.

—¿Por qué no? Además, el sábado es tu cumpleaños.

—No creo que se acuerde de eso. Yo no se lo he dicho.

—Pues serán para su hermana o algo así... Después de lo que estuvisteis

hablando ¿tú de verdad crees que va a tener el morro de venir a la tienda a comprar lencería para otra?

—¿Y yo qué sé?

—Yo creo que no.

—Ruth, casi salimos a tortas. Hemos pasado una semana sin hablarnos..., no hay nada entre nosotros, no pienses tonterías. Y sobre todo, no me las hagas pensar a mí.

—Bueno, ahora sí que me muero de ganas de que llegue tu cumpleaños...

—El sábado nos vamos de cena y luego de marcha ¿eh?

—Sí, claro, claro. Además, tenemos que pasar por el bar de Ernesto, a ver si nos encontramos a los italianos otra vez.

—Sigo sin entender por qué no te fuiste con Paolo. Te lo comías con los ojos.

—Pero sé hacerme valer, nena. Que sufra un poco, a ver si se va a pensar que todo el monte es orégano.

—¿Acaso te gusta de verdad?

—A mi casi todos me gustan de verdad, pero para un rato.

Me hace reír. A Ruth ningún chico le ha durado más de un mes o dos. Con la mayoría ni siquiera pasa de un par de noches. No es que haya tenido una mala experiencia o algo así, simplemente es que ninguno consigue mantener su atención por más tiempo.

Aunque empiezo a pensar que también tiene un poco de miedo. Juraría que mi amiga, doña "Segura-de-mi-misma" teme no poder retener a alguien más allá de ese plazo, así que no se implica y les da puerta antes de correr ese riesgo.

Vaya dos cobardes estamos hechas.

CAPÍTULO 13.

Me muero de las ganas de saber dónde ha estado Samuel el sábado, por qué no ha dormido lo suficiente y para quién son los conjuntos que compró en la tienda. Pero no le daré la satisfacción de tocarle a la puerta para preguntárselo. El viernes por la noche llego a casa y miro su puerta por tercer día consecutivo antes de respirar hondo y entrar en mi casa.

No tengo ningún derecho ni a pedirle explicaciones ni a preguntarle nada, me repito a mí misma por enésima vez.

Mientras me preparo un revuelto de espárragos y una sopa de sobre para cenar, oigo a Samuel tocar la guitarra otra vez. Me acerco a la terraza un poco extrañada y oigo la música más alta. ¿Estará tocando fuera? No hace calor, precisamente, esta semana ha bajado bastante la temperatura y no estaremos a más de diez o doce grados, suerte que por lo menos no llueve.

Me asomo al extremo de la terraza sin pensarlo siquiera. Está sentado en una de las sillas, con un pie apoyado en otra silla y la guitarra en las manos, cantando "Burbujas de amor" de Juan Luis Guerra.

Y nunca antes esa canción me había sonado tan bonita.

Como me ocurre últimamente con todas las canciones que de alguna manera guardan relación con él, le encuentro doble sentido. Suena muy romántica, pero analizando la letra un poco más es casi obscena. Y sin embargo, sonando en su voz, hechiza por completo.

Una ráfaga de aire me hace estremecer, y me abrazo a mí misma buscando calor. Estoy con las zapatillas de casa, mis leggins y mi camiseta, y suerte que me he puesto encima una sudadera ligera. Él solo lleva una camisa de franela tipo leñador, una camiseta y los vaqueros. Debe de estar helado.

Pero por Dios, qué guapísimo está.

Levanta la vista y me ve. Sonríe imperceptiblemente y sigue cantando hasta que termina la canción. Sus dedos moviéndose sobre la guitarra me tienen hipnotizada. No puedo dejar de mirarlo hasta que la última nota queda colgando en el aire y me mira, divertido.

—¿No me aplaudes?

Doy tres o cuatro palmadas con gesto burlón, pero le sonrío sinceramente.

—No sabía que tocaras tan bien.

—Aprendí en el instituto. Incluso toqué en un grupito un par de años.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Porque éramos rematadamente malos. Eso sí, ligábamos mucho.

Me arranca otra sonrisa. Como si él necesitara una guitarra para ligar.

Deja la guitarra a un lado, se levanta y se acerca a mí. Mantengo la distancia, apoyada en la barandilla de mi terraza, y él hace lo propio en su lado.

—¿Acabó la semana, o mañana trabajas?

—Trabajo, pero solo por la mañana.

Estoy a punto de decirle que además, es mi cumpleaños, pero me callo.

—¿Quieres una cerveza?

—Todavía no he cenado. Y se me estará enfriando la cena, ahora que lo pienso.

—Oye, por cierto..., gracias por la recomendación, me encantan los bóxers que te compré el otro día.

Aprieto los dientes y sonrío. Ahora es cuando espera que le pregunte para quién son los regalos.

Pues la lleva clara. Cuando quiero, a falsa no me gana nadie.

—No hay de qué, ya te dije que te gustarían. Me alegro de haber acertado.

Sonríe, probablemente un poco decepcionado porque no he picado el anzuelo.

—Bueno..., me voy a cenar. Y tú ponte algo o métete dentro con la guitarra, vas a coger una pulmonía.

—Sí, mamá —se burla.

Le ignoro y entro en casa cerrando la puerta de la terraza. No vuelvo a oír la guitarra, así que deduzco que se ha metido en casa.

Vale, seré demasiado "madre" pero no quiero que coja una pulmonía, coño.

Me levanto por la mañana bastante descansada. Supongo que influye saber que Samuel no estaba acompañado anoche y a pesar del vacile, me hizo caso y se metió en casa, que hacía un frío que pelaba.

Me ducho, me arreglo y desayuno. Voy a comer en casa de mis padres y estarán todos para darme mis regalos, así que me pongo bien guapa, que no se note que ya tengo veintisiete.

Bueno, Elena los hizo en febrero y Ruth en julio, solo Valeria es más joven que yo, porque es de noviembre.

Bajo al garaje a coger mi coche y conduzco hasta la tienda escuchando la radio. El día es fresco pero no llueve. Aparco en el garaje de Rita y Ruth sale de su coche que ya está allí esperándome y me abraza como un oso.

—¡Felicidades!

—Gracias, loca.

—Te has puesto monísima hoy.

—Que no se note el año de más, digo yo... —me río.

Caminamos hacia la tienda de buen humor. Cuando acabe la comida con mi familia me iré a casa, me cambiaré de ropa y Ruth vendrá a buscarme para salir. Hoy otra vez dice que conduce ella, que así me puedo tomar un par de copas si me apetece.

Rita me felicita cuando entramos y me da un regalito. Me obligan a abrirlo en el momento y me encuentro, como siempre, un conjunto de ropa interior. Del estilo que le gusta a ella, un poco retro, en color melocotón con aplicaciones de encaje negro, con sujetador push-up y braguita alta con ligero de quita y pon. Le sonrío a mi jefa y le doy dos besos.

—Me encanta, Rita, es precioso.

—Ahora ya sabes, ¡a lucirlo!

Ruth y yo nos reímos con su desparpajo mientras guardo mi regalo y nos ponemos con el trabajo del día. La verdad es que Rita es genial.

A la hora de comer, me despido de Ruth y de ella y me voy a casa de mis padres. Doy un par de vueltas por el barrio antes de encontrar un hueco donde

aparcar mi Twingo. Menos mal que es un coche pequeño, que si no, no quiero ni pensar lo que tardaría en llegar a comer.

Toco el timbre y subo, mirándome en el espejo del ascensor antes de salir. Me he puesto el vestido de punto tipo jersey que me compré hace poco, que es negro, con manga larga y escote barco, con botas negras de tacón y mi abrigo rojo. Me encanta el efecto que hace. Me pongo tras la oreja un mechón de pelo que se me ha escapado de la coleta y salgo del ascensor al rellano.

Mi cuñado Ignacio abre la puerta con Candela pegada a su pierna. Mi sobrina sale corriendo y se me echa encima, como casi siempre.

—¡Tita! ¡Feliz cumpleeeee!

—Gracias, cariño. Hola, Ignacio.

—Felicidades, cuñada.

—Gracias.

Mi cuñado me da dos besos mientras mi hermana se acerca a la puerta y me intercepta también. A este paso no llego al comedor.

—¡Felicidades, nena! ¿Qué tal han caído?

—Pues bien, como siempre ¿tú me ves alguna arruga más que ayer? — bromeo.

—Tú por si acaso bien que te has arreglado, para que no se noten.

Oigo a mi madre trastear en la cocina y a mi padre hablar en el comedor. Qué raro ¿y con quién habla? Si ya estamos todos...

Y entonces Candela me saca de dudas.

—Tita, ¿a que no sabes quién ha venido a tu cumple?

Mi cara de horror debe de decirlo todo, porque Sole agacha la cabeza y sale pitando para la cocina mientras murmura:

—Ha sido idea de mamá.

No me puedo creer que me hayan hecho algo así. Candela tira de mi mano y me arrastra al comedor, donde identifico enseguida la voz de Samuel.

Cuando me ve entrar me mira de arriba abajo y sonrío.

—Vaya con la cumpleañera, pero qué guapa se ha puesto.

—Mira tita, es Samuel. Mamá y la abuela dicen que erais amigos.

—Sí, cariño —le respondo—, éramos muy amigos, cuando yo era más o menos como tú.

Cuando le miro a él a los ojos, creo que es capaz de leer lo que pienso: "ahora ya no sé ni lo que somos".

Mi padre se adelanta y me da un abrazo y un par de besos.

—Felicidades, mi niña.

Y cuando me suelta, me deja directamente frente a Samuel, que se ha levantado para felicitarme.

Me sonrío casi con timidez y me da dos besos que son apenas un roce.

—Felicidades. Espero que no te importe que aceptara la invitación de tu madre...

La aludida entra con una sopera que deja encima de la mesa, mientras va diciendo ya desde la puerta:

—¿Pero por qué iba a importarle? Si eres casi como de la familia... Felicidades, cariño, llegas tarde. ¿Había mucho tráfico, has salido tarde de la tienda o no encontrabas aparcamiento?

—Bueno, he dado un par de vueltas.

—¿En serio? —dice Samuel en tono jocoso—. Si ese coche tuyo casi se puede plegar y guardar en el bolsillo...

Ignacio se parte de risa y yo miro con rabia al bocazas de Samuel y le saco la lengua. ¡Idiota!

Mi madre nos llama a todos a la mesa y empieza a servir la sopa de pescado. La conversación durante casi toda la comida gira en torno a la familia de Samuel. Dónde han vivido, qué ha sido de su madre y sus hermanos, si vienen alguna vez a España... todo lo que yo ya sé, porque me lo contó en Mallorca.

Cuando se me pasa un poco el cabreo por la encerrona, disfruto de la comida y de su compañía. Mi madre lo ha sentado enfrente de mí, y cada vez que levanto la vista del plato me encuentro con su sonrisa. Se deshace en halagos hacia todos y cada uno de los platos que mi madre ha preparado y

consigue no tener que cocinar al menos en tres días. Mamá saca su colección de tupperts y le pone un poco de todo para llevar.

Cuando llegamos al postre, mi hermana Sole sale para la cocina y mi madre deja el comedor a media luz. Candela aplaude cuando ve entrar de nuevo a su madre con una tarta de chocolate con las velas encendidas, y empiezan a cantarme el cumpleaños feliz.

Sonrío un poco avergonzada y mi mirada se cruza con la de Samuel, que también está cantando y me guiña un ojo. Desde luego se lo está pasando pipa.

Y yo también, todo hay que decirlo.

Soplo las velas, cortamos la tarta y mi padre saca una botella de cava. Acepto solo un poquito, para brindar, que tengo que volver a casa en coche y no quiero disgustos.

Apenas hemos acabado la tarta, Candela empieza a revolverse inquieta.

—Mamá... ¿y los regalos?

—Espera un poco.

—Le doy mi tarjeta ¿vale?

Mi impaciente sobrina sale corriendo y vuelve con una tarjeta de cumpleaños que entiendo que ella misma ha hecho, y que consiste en una cartulina doblada, decorada con pegatinas en un estilo claramente libre y anárquico y con algo parecido a un corazón pintado en medio. Por encima tiene también brillantina. Seguro que se ha puesto perdida haciéndola para mí.

—Para ti, tita. La he hecho yo.

Le doy un achuchón y muchos besos. ¡Pero qué sobrina tan preciosa tengo, por favor!

—Gracias, cariño, me encanta. ¡Menuda obra de arte!

Ignacio se levanta y le tiende a Candela una bolsa cuando ella ya está abriendo su boquita para pedir que me den el resto de los regalos. Mi hermana me ha comprado un bolso que vi hace poco en la tienda de abajo y le comenté que me gustaba mucho. Mi madre le da después su regalo a la niña para que me "ayude" a abrirlo. Es un secador de pelo, que me viene de perlas porque el mío estaba un poco cascado ya. Y entonces Samuel saca una bolsa y se la da a

Candela.

—Toma preciosa, dáselo a tu tía.

Por un instante el recuerdo del corpiño con ligero, tangas y todo el resto pasa por mi cabeza y casi me da el sofocón. Pero en cuanto Candela mete la mano en la bolsa y saca el paquete, sé lo que es.

El pijama de búhos.

Mi impaciente sobrina rompe el papel en un abrir y cerrar de ojos y abre su boquita de piñón en una perfecta "o".

—¡Oooooohhhh! ¡Mira qué bonito, mamá!

Miro a Samuel y le veo dedicarme una sonrisa canalla. Lo que ha debido de disfrutar haciéndome creer que podía haberme regalado el corpiño.

"Un pijama que tu madre aprobaría". Capullo, ahora lo recuerdo. Se creará muy listo.

—Gracias, muy bonito.

—¿Lo compró en tu tienda, no?

Miro a mi hermana con espanto. ¿Y ella cómo lo sabe?

Samuel interviene antes de que yo diga algo probablemente comprometedor para ambos.

—Le pedí a tu hermana la dirección de la tienda donde trabajas. Como me estuviste hablando de ella pero no sabía dónde quedaba..., sentía curiosidad. Y cuando me dijo que tu madre quería invitarme a comer hoy... pensé que debía traerte algún regalo.

—No tenías por qué molestarte.

—Tonterías.

Mi cabeza sigue maquinando para quién sería la lencería. Casi me dan ganas de tirarle el pijama a la cara. Aunque claro, es un regalo mucho más apropiado para darme en casa de mi madre que un conjunto de ropa interior. Pero me habría gustado que me regalara algo tan sexy como aquel conjunto morado. Y sé que no está bien, porque yo no quiero compromisos y menos con él. Y además, no me va a regalar algo que no va a disfrutar él, por así decirlo ¿no?

Pero me da rabia, no puedo evitarlo.

Después de tomar el café, Samuel se levanta diciendo que tiene que irse.

Y digo yo, ¿qué prisa tendrá?

Mi madre ya sale con una de las suyas:

—Si vas para casa te puede acercar Nadia.

El muy cerdo controla la risa con dificultades. Así que no me corto un pelo.

—Uy, no sé si cabe en mi coche, mamá.

Mi madre me mira sin dar crédito a lo que oye.

—¿Pero cómo no va a caber? No digas tonterías, hija.

—No te preocupes, Carmen, puedo irme en autobús —le dice él con la inocencia pintada en la cara.

—Sí, claro, y tirarte una hora dando vueltas. Pero ¿vas a casa o no?

—Sí, voy a casa, pero no hace falta que Nadia se moleste, en serio.

—Que no es molestia, hijo. Venga, Nadia, díselo, niña, ¿cómo se va a ir en autobús?

—Mamá, que haga lo que quiera.

Y el gracioso, remata la faena.

—Bueno, si me llevas, te lo agradezco.

Le pongo mi mejor sonrisa y me despido de mis padres, mi hermana, mi cuñado y mi sobrina, que tiene la cara llena de chocolate. Cojo mis regalos y salgo seguida de cerca por Samuel, que se lleva otra bolsa con toda la comida que mi madre le ha metido. Por lo menos me ha puesto a mí también algo, que habría sido el colmo que Samuel me destronara el día de mi cumpleaños.

Me acompaña hasta el coche y se para junto a la puerta del copiloto.

—Si prefieres que me vaya en autobús, solo tienes que decírmelo.

Le miro y parpadeo incrédula.

—No seas tonto. Anda, sube..., si cabes.

Se sienta con las piernas encogidas y arranco tratando de concentrarme en la carretera y no en él. No me lo pone fácil.

—¿En serio te gusta el pijama?

—Sí, muy bonito. Al fin y al cabo yo te lo vendí, ¿no?

—Sí. Pensaba haberte comprado algo el sábado, pero al final no tuve tiempo.

—¿El sábado?

—Sí. Estuve fuera.

Ya me di cuenta, joder. Y ahora está dejándome caer miguitas de pan para llevarme a su terreno y que le pregunte dónde y con quién estuvo. Y si es para ella el otro regalo.

—Ah, sí, me pareció raro no ver tu coche.

—¿Te diste cuenta? —sonríe con malicia.

—¿Cómo no me voy a dar cuenta, si parece un autobús? Si hubiera sido esta caja de cerillas, igual tú no lo habrías notado...

—Claro que lo habría notado..., es rosa chillón, es imposible no notar si está o no está.

—Es fucsia, idiota.

—No hace falta que me insultes.

—Pues no me provoques.

—¿No vas a preguntarme dónde estuve?

—¿Debería? Es que me da igual, la verdad.

—Estuve en Salamanca. Una ciudad muy bonita, no la conocía.

—¿En Salamanca? —le miro un poco alucinada—. ¿Y qué pintas tú en Salamanca?

—Tuve una despedida de soltero. De un compañero de trabajo.

—Ah, una despedida de soltero.

—Sí, se casa hoy.

—¿Y no has ido a la boda?

—No, la novia es francesa y se casan en Lyon. Iba la familia y poco más,

pero el chaval se merecía una despedida de soltero ¿no?

—¿Para hacer el burro? Porque para salir a tomarse unas copas no hace falta irse a Salamanca, digo yo...

—Fue cosa de sus amigos.

—Ya.

—La verdad es que hay marcha por allí... Nos dieron las tantas.

—Samuel, que me da igual.

—Pero no te molesta que te lo cuente ¿no?

—Es que no me interesa.

—Algunos acabaron borrachos perdidos, y empeñados en llevar al novio a un puticlub.

De milagro no me salto un semáforo. Pego un frenazo y le miro con una mala leche que se me debe de ver en la cara.

—¿Pero tú eres gilipollas o qué? ¡Que no me cuentes tu vida, que me da igual que te fueras de putas o lo que sea que acabaras haciendo!

—¿Estás loca? ¿Quién dice que yo me fuera de putas?

—¿No has dicho que se empeñaron en llevar al novio a un puticlub?

—¡Pero no fue, joder, que se casa hoy! Se fueron tres o cuatro y los demás nos fuimos al hotel.

Será perro, el tío... Me ha puesto el cebo y he picado como una idiota. Le estoy montando un pollo de escándalo sin tener ningún motivo.

Mientras yo trato de serenarme, él sonrío y murmura.

—No necesito pagar por sexo, no sé si lo sabes.

—Pues ni lo sé ni me importa. Lo mismo te gusta que te pongan un bozal y te azoten con una pala y no te atreves a pedírselo a cualquiera, ya ves tú...

Me habría gustado que se quedara boquiabierto, pero no, se parte de risa.

—La verdad es que no es el caso, no. Tengo gustos bastante normalitos, creo. Por lo menos nada que me tenga que avergonzar de pedirle a una chica.

El semáforo se pone verde y arranco, casi, casi, hiperventilando.

Todavía acabo en comisaría el día de mi cumpleaños porque como suele otra "gracia" de esas antes de llegar a casa yo lo mato.

CAPÍTULO 14.

Sigo conduciendo sin decir ni una palabra. Me está buscando las cosquillas y esto acabará como siempre, tirándonos los trastos a la cabeza o follando como si nos fuera la vida en ello.

No hay término medio.

Samuel sigue hablando, cuando ve que no entro en su juego:

—Supongo que saldrás hoy ¿no?

—Supones bien.

—¿Has quedado con tus amigas?

—No creo que eso sea asunto tuyo.

—Nadia, es tu cumpleaños, ¿no podemos llevarnos bien ni siquiera hoy?

—Ya. Te parecerá que tú pones mucho de tu parte.

—No pongo más porque tú no me dejas.

Otra vez a vueltas con lo mismo.

—He quedado con mis amigas ¿contento? Vamos a cenar a un chino y luego a tomar unas copas. Un amigo abrió un bar hace poco y nos gusta la música y el ambiente. Supongo que iremos allí.

Sin pensar muy bien si es buena idea, le acabo dando toda la información que necesita para presentarse esta noche en el bar de Ernesto. Por si acaso el destino está perezoso y no le apetece ponerlo en mi camino.

Y luego digo que no quiero nada con él. Desde luego a veces no me entiendo ni yo.

Llegamos a casa y se baja de mi coche quejándose una vez más de lo pequeño que es.

—Desde luego, te has vuelto un llorón insufrible.

Me mira alucinado arqueando una ceja.

—¿Qué? Es verdad, no haces más que quejarte.

Parece que va a decirme algo desagradable, pero al final se ríe.

—Tienes razón, encima que me traes... Soy un ingrato. Pero tu coche me viene pequeño, es la verdad.

—Es la verdad, pero es lo que hay. Para mí es perfecto.

—Gracias por traerme.

Se me acerca mucho. Demasiado. No al punto de tocarme pero sí hasta que su presencia me turba y mis piernas tiemblan.

—Es lo menos que podía hacer, aunque, sinceramente, he estado a punto de hacerte bajar a medio camino.

—¿Porque creías que me había ido a ese puticlub?

—No necesito esa clase de información.

—Estabas celosa.

—¡Que te crees tú eso! Pero no es algo que brille en el curriculum de un hombre, no sé si lo sabes...

—Tengo otras opciones.

—Ya, como la gritona.

—Y alguna más. Incluso tú me dijiste que podíamos quedar de vez en cuando... Que no te haya llamado no quiere decir que no me parezcas la mejor opción.

Lo miro con chulería.

—Soy tu mejor opción, no me cabe duda. Pero no estoy interesada.

Veo la decepción en sus ojos.

—Nadia, algún día quizás me canse de que me rechaces.

—Bien, será que ese día entiendes el significado de "no quiero una relación".

Entramos en el ascensor sin decirnos nada más y subimos hasta los apartamentos. Abro la puerta del mío sin mirarlo siquiera, y él da algunos pasos más y abre el suyo. Entonces sí, nos miramos de reojo, como retándonos.

—Que lo pases bien esta noche —me dice fríamente.

—Lo mismo te digo.

Cierro de un portazo y suspiro. Esto es un asco.

Guardo mis regalos, enterrando el pijama de Samuel en lo más profundo del armario.

Decido que hoy pantalones. Pero la gatita se va de caza. Saco mis pantalones ajustados de cuero negro, botines cortos de taconazos, una camiseta tipo túnica, suave y holgada, con un león estampado en la parte frontal, y la cazadora rockera de cuero. Y la ropa interior, a juego, sujetador y tanga con estampado de leopardo y aplicaciones negras.

Cuando Ruth viene a recogerme y me ve, silba sin cortarse un pelo.

—Guau, Nadia... ¿Estás rabiosa hoy? ¿O te vas de caza?

—Creo que un poco de las dos. Arranca.

Cuando nos vamos, miro de reojo a la terraza de Samuel. No está. Su coche estaba aún en el aparcamiento. Tal vez ni siquiera salga esta noche.

O salga pero yo no me lo encuentre.

¿Quién sabe? Y, ¿a quién le importa? Me repito a mí misma por enésima vez.

Nos reunimos con Elena y Valeria y vamos a cenar al chino. Nos divertimos mucho, aunque sigue fastidiándome el recuerdo de Samuel. Ruth me pregunta a qué viene la cara que tengo y empiezo a contarles la sorpresa de la comida.

—¿Tu madre lo invitó a comer? —repite Elena alucinada—. Pues chica, como también ella se empeñe en metértelo por los ojos, la llevas clara.

—Mi madre lo sigue viendo como el niño adorable de diez años que conocía.

Ruth me mira con condescendencia.

—No te voy a decir que sea adorable, pero es muy mono, Nadia, reconócelo. Y cuando se pone realmente desagradable contigo suele ser porque le has dado motivos...

—Oye ¿tú de qué lado estás?

—Siempre del tuyo, y lo sabes, pero una cosa no quita la otra.

Se parten de risa con lo del pijama, y Ruth añade triunfal:

—¡Lo sabía! Apuesto a que el resto también es para ti.

Les explicamos a Valeria y Elena qué es "el resto". Y le tengo que insistir a Ruth en que el corpiño morado no puede haberlo comprado para mí, porque para empezar, él y yo no tenemos nada serio y seguramente no querría regalarme algo para que sea otro quien lo disfrute.

—Yo creo que ya te vale con la tontería. Te gusta, te pone como una moto y cada vez que os acostáis te quedas como nueva. ¿Por qué no te lanzas de una vez y lo reclamas solo para ti? En cualquier momento otra loba le echa el lazo y te quedas a dos velas.

—Porque me falla el "solo para ti". No quiero ser otra Cassandra, y si lo hizo una vez, ¿quién me dice que no vuelva a hacerlo?

—Se estaban dando un tiempo —puntualiza Ruth.

—Ya, eso dice él.

—No puedes pasarte la vida desconfiando, Nadia.

—Sí que puedo. Así no me llevaré chascos.

—Mira que puedes llegar a ser cabezota...

Cuando acabamos de cenar nos vamos de copas. Una vez que les he puesto al día sobre la comida con Samuel y el viajecito de vuelta a casa, no vuelven a mencionármelo. Ruth se ha reído cuando he contado lo de Salamanca y que me ha dejado creer por una fracción de segundo que se había ido de putas. Maldita la gracia que tiene. A esta loca se le está atrofiando el sentido del humor.

Pasamos por un par de bares y después vamos al de Ernesto. Poco después de entrar nos silban escandalosamente y entonces vemos en un rincón de la barra a los amigos de Valeria. Los italianos y otro par de chicos.

Parecen modelos, la verdad. Son los cuatro guapísimos y van vestidos con clase. Son del tipo de hombres a los que no les gusta pasar desapercibidos. Y saben destacar con elegancia. Y hacer que la mitad de las mujeres del bar babeen por ellos.

Ruth recorre a Paolo con la mirada y sonríe perversamente.

—A lo mejor hoy te vas a casa en taxi. No te preocupes, si eso yo invito, que para eso es tu cumpleaños.

Nos reunimos con ellos y Valeria comenta que es mi cumpleaños. Enseguida nos invitan a una ronda.

Nos tomamos un par de cervezas, y charlamos con ellos, que la verdad es que son muy divertidos. La música cambia de pronto y ponen un ritmo caribeño. Paolo se agarra a Ruth y Carlo hace lo mismo conmigo.

—Ven, baila conmigo, *bella*.

La canción es "Bésame", de Elvis Crespo. El italiano se mueve de lujo, todo hay que decirlo, y me hace girar a una velocidad de vértigo. Me aprieto contra su cuerpo que es duro por todas partes, para no perder el compás, y me río. Me estoy divirtiendo, me estoy divirtiendo mucho.

Y entonces mi mirada se encuentra con la de Samuel.

No lo veo bien, Carlo me hace girar y pierdo el contacto visual, pero a juzgar por su cara, no le ha gustado que me divierta con otro.

Cuando le vuelvo a ver tiene una morena de pelo rizado entre los brazos y se ríe con ella.

Me aprieto más contra Carlo de la rabia que me da.

¿Hablabas de despecho? Estamos empatados, creo.

Y entonces se acaba la canción y Carlo me mira sonriendo, sin dejar de estrecharme entre sus brazos. Nuestras respiraciones son rápidas y jadeantes por el baile, y tengo el cerebro embotado del olor de su colonia. Huele muy bien y tiene unas manos firmes y curiosamente suaves.

Aunque no es Samuel.

—¿Y mi beso?

Y antes de que pueda reaccionar, se inclina sobre mí y me besa. Mordisquea mis labios y luego su lengua tantea mi boca. No debería hacerlo, sé que no debería.

Pero entonces miro a Samuel por el rabillo del ojo, y lo veo besar a la morena.

Y agarro a Carlo por la nuca y le meto la lengua hasta la yugular.

Cuando me separo de él y miro alrededor, no hay ni rastro de Samuel. Ha desaparecido.

Se habrá largado con la morena.

Trato de que no se me note la decepción que siento, y nos reunimos con los demás continuando con nuestra charla. Ruth y Paolo también han acabado la canción besándose y ahora siguen haciéndose mimos. Me voy a casa en taxi, sin duda.

Todavía nos tomamos otra copa y Samuel no vuelve a aparecer. Y cuando nos vamos a otro bar y nos tomamos otra, Carlo se me acerca un poco más de lo necesario.

—Eres preciosa ¿lo sabes?

—Bueno —sonríó—, me lo han dicho alguna que otra vez.

—Deberían decírtelo a diario.

—Ya, también soy inteligente ¿sabes? Y las mujeres inteligentes desconfiamos de los hombres aduladores.

—No te estoy adulando, *bella*, solo digo lo que hay. Soy sincero.

Sincero, ya.

Este lo que es, es un Casanova de tomo y lomo.

Pero para sacarme a Samuel de la cabeza, es probablemente lo único que necesito. No quiero alguien de quien me pueda enamorar. Solo quiero un polvo.

—Además de decir cosas bonitas ¿tienes más habilidades?

Sonríe al intuir mi sutil indirecta, y nos empezamos a tantear con más descaro. Creo que una parte de mi todavía espera que Samuel irrumpa de pronto y lo eche a patadas de mi lado, pero eso no ocurre.

Carlo es un hombre muy guapo, muy dulce y muy sexy.

No debería darle tantas vueltas al asunto.

Entonces Ruth se me acerca y con cara de culpa, me susurra.

—Nadia, me voy con Paolo... ¿vale?

—Descuida, cogeré un taxi.

Carlo me oye e interviene sin dudarlo un segundo.

—Yo te llevo a casa, no te preocupes.

—¿En serio? —yo sí dudo un instante. Que Carlo me lleve a casa implica que esperará ser invitado a una última copa... y lo que surja. Y aunque la idea me tienta, no sé si acaba de convencerme. Mi conciencia me está montando un pollo de escándalo.

Ni que le debiera algo a Samuel, joder.

¿Es que todo el mundo se ha aliado en mi contra para metérmelo por los ojos y hasta hacerme sentir culpable por desear a otro?

Carlo ya ha despedido a Ruth y a su hermano asegurándoles que él se encarga de mí. Lo miro con disimulo. Lo cierto es que es terriblemente guapo y si en la cama es la mitad de bueno de lo que aparenta, seguro que merece la pena.

Y tiene un cuerpazo de infarto, todo hay que decirlo. Más que deseable.

¿Y yo lo deseo? Bueno..., podría decirse que sí. O sea..., desde luego que sí. Que piense que después de todo, Samuel es incluso más atractivo, no quiere decir que Carlo no me guste, o que no lo desee.

Lo que quiere decir es que me estoy empeñando en sacar un clavo con otro clavo y todavía no sé si es una buena idea. Samuel me odiará por ello.

Pero bueno, quizás es lo que hace falta para que deje de insistir en algo que después de todo, yo sé que no funcionaría.

Y así es como acabo en el coche de Carlo de camino a mi casa.

El Casanova italiano tiene un Ferrari rojo bastante llamativo, con tapicería de cuero. No entiendo mucho de coches, pero seguro que vale una pasta. Aunque no sé si es muy práctico: es de cuatro plazas pero de dos puertas. Me ve mirar el coche con atención y pregunta con orgullo:

—¿Te gusta mi coche?

—Muy italiano.

—Sí —se ríe.

—Debe de valer un pastón.

—Lo compré de segunda mano, pero estaba como nuevo. Fue amor a primera vista.

—Ya —me río—, como lo mío con mi coche.

—¿Qué coche tienes? —me pregunta interesado.

—Un Twingo fucsia.

Su cara de horror lo dice todo, aunque disimula y compone enseguida una sonrisa.

—Un coche muy de chica.

—¿Eso es un halago?

—Desde luego. Me pareces una mujer muy femenina. Y eso me gusta.

"Eso es porque no has visto la camionera que Samuel saca de mí sin ningún esfuerzo", pienso. Otra vez Samuel. Todo me lleva a él.

Me limito a sonreírle y le doy las últimas indicaciones para llegar a mi casa. Cuando la valla exterior se abre le indico dónde puede aparcar, frente a mi terraza, en las plazas exteriores.

Para el motor y me mira con deseo mal disimulado.

—¿No vas a invitarme a subir?

En ese momento la valla se abre de nuevo y veo llegar el Nissan Pathfinder de Samuel, y lleva una chica dentro. Una chica de pelo castaño rojizo. No es la morena del bar de Ernesto. Aguántalo, le ha dado tiempo hasta de cambiar de ligue.

La bruja vengativa que llevo dentro toma la decisión por mí.

—Claro. ¿Subes?

Me sonrío y me pregunta besándome provocativamente.

—¿A tomar una copa y ver tu apartamento, o a lo que surja?

—No te gusta dejar cabos sueltos ¿eh?

—No —me dice en un susurro ronco.

—A lo que surja.

—Venga.

Salimos del coche y me coge de la mano mientras le dirijo a la puerta lateral del garaje. Me preparo mentalmente para encontrarme con Samuel y la zorra de turno. Deben de estar saliendo de su coche o poco más.

Los veo por el rabillo del ojo mientras nos dirigimos al ascensor. Están parados junto a una columna besuqueándose.

Tengo que respirar despacio y profundamente para no ir y liarme a tortas con esa pelandrusca. Y entonces Carlo los ve y los ojos se le abren como platos.

—¿Sofía?

La chica se gira y cuando lo ve, su cara se desencaja también. Pero reacciona con rapidez, frunce los ojos, se olvida de Samuel y me mira con rabia mientras le habla a Carlo.

—¿Qué coño haces tú aquí? ¿Y quién es esta?

La cara de Carlo es un poema.

—¿Y tú? ¿Qué has venido a hacer tú? ¿Quién es este gilipollas? ¿Ya me has reemplazado por otro?

—¡Mira quién habla!

Samuel me mira, asombrado. Yo tampoco doy crédito a lo que oigo. Para un día que los dos decidimos traernos a otro a casa... ¡resulta que nuestros ligues tienen asuntos pendientes entre ellos! Esto es surrealista.

—Te he llamado y no quieres hablar conmigo ¿qué más quieres que haga?

—Pues que te lo curres un poco, guapo. Pero no, tú vas y te buscas a otra en menos de tres semanas.

—¿No has hecho tú lo mismo? ¿O me vas a decir que no pensabas tirarte a este guaperas?

—No me voy a pasar la vida guardándote luto, capullo.

—La vida no, pero algo más de tres semanas...

—¡Pero serás caradura!

—¡Mira la golfa, no te jode!

—Oye, imbécil, igual de golfa que tú, así que cierra el pico.

Vale, es evidente que traerme al italiano no ha sido buena idea. Y si aquí hay tortas, yo no quiero llevarme una sin venir a cuento.

Le pongo la mano a Carlo en el brazo, y entonces parece caer en la cuenta de que también estoy allí.

—¿Es tu novia?

—Sí. No. Bueno, lo era... Estamos peleados.

Maldita sea mi suerte..., otra vez lo mismo.

—Y no te ha parecido que mereciera la pena insistir mucho para arreglarlo —sisea ella.

—¡Como si no te hubiera llamado veces en estas tres semanas!

—¡Para luego liarte con la primera que se pone a tiro!

Les interrumpo, cansada de esta batalla dialéctica. Lo que estos dos necesitan es un buen polvo. Y a ser posible juntos, ni con Samuel, ni conmigo.

—Mira, Carlo, gracias por traerme, pero retiro la invitación. Creo que mejor resuelve primero tus asuntos pendientes.

—Oye, guapa ¿de qué vas? —me increpa la chica—. ¿Me lo estás cediendo galantemente?

—Estoy pasando de rollos, bonita. Y si te importa algo, más te vale que lo ates corto y le dejes las cosas claritas.

En ese momento, Samuel, que se mantenía al margen, decide intervenir también.

—Sofía, si quieres te llevo a casa.

Creo que ella está a punto de echarse un órdago y decirle que se sube con él, pero la mirada de Carlo le hace cerrar la boca.

Y es Carlo quien responde.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a ella. Yo te llevo, Sofía. Andando.

La agarra de un brazo y tira de ella hacia la calle.

—Déjame en paz, yo no soy ya nada tuyo.

Tanto Samuel como yo comprobamos que es una pésima mentirosa. Las lágrimas empiezan a resbalarle por la mejilla.

—Amore..., claro que eres mía. Y tenemos asuntos pendientes, como bien dice Nadia.

La chica me mira con rabia.

—No vuelvas a acercarte a mi hombre.

—Todo tuyo —le respondo conteniendo la risa.

Carlo la abraza y ella se deja llevar. Cuando abre la puerta de la calle recuerdo que tengo que abrirle la valla.

—Esperad..., alguien tiene que abriros la valla exterior.

Salgo tras ellos y me mantengo aparte mientras montan en el coche. Carlo le abre la puerta y luego me mira ligeramente avergonzado.

—Lo siento, *bella*.

—No pasa nada. Anda y arregla lo vuestro. Esa chica tiene carácter, seguro que merece la pena.

—Sí, en cierto modo creo que os parecéis un poco. Gracias, y... adiós.

Le abro la valla y salen. Vaya noche más extraña. Y todavía tengo que enfrentarme a Samuel, que a menos que haya decidido darme tregua y marcharse a casa mientras yo despedía a la parejita, estará dentro esperándome para reírse de mi buen ojo con los hombres.

CAPÍTULO 15.

Cuando vuelvo a entrar en el garaje, Samuel me espera apoyado junto a la puerta del ascensor. Enfrento su mirada divertida.

—No sé qué te parece tan gracioso— le digo en tono borde.

—La situación es graciosa, no me digas que no. Parece que hoy no nos queda más remedio que recurrir el uno al otro si queremos una noche con final feliz.

—Sí, claro, como si yo estuviera dispuesta a ser el premio de consolación. No me gusta ser el plan B.

—Si alguien podría echarle eso en cara al otro, soy yo. Esta misma tarde te he dicho que tú eres mi primera opción.

—No has dicho eso exactamente.

—Me has entendido perfectamente, y si no me entiendes es porque no te da la gana.

Entro en el ascensor y entra detrás de mí. Se apoya en la pared a mi espalda, sin tocarme, pero muy cerca.

—Samuel...

—¿Por qué eres tan tozuda?

—¿Y tú? ¿Por qué sigues insistiendo? ¿Es que no tienes orgullo?

Se separa solo unos centímetros, mirándome a los ojos.

—Claro que tengo orgullo, pero mientras tus ojos me sigan pidiendo que no me rinda, seguiré insistiendo.

—Mis ojos no te piden nada.

—Eso es mentira. Ahora podría ponerme orgulloso y decirte que yo tampoco me conformo con ser la segunda opción. Pero sé que no lo soy. Sería tu primera opción si no tuvieras tanto miedo. ¿Por qué no te arriesgas?

—No quiero ser otra Cassandra en tu vida.

—Me has etiquetado sin saber cómo soy realmente.

—¿Me vas a decir que nunca más has sido infiel?

—¿Quieres que te lo jure?

—¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto que puedo, no sé por quién me tomas. Tampoco he tenido tantas relaciones estables, pero cuando he estado con alguien, no he tenido ningún problema en darle exclusividad. Siempre he acabado la relación antes de enredar a alguien más.

—Excepto conmigo.

—Excepto contigo, vale. Pero aun así ya te dije que la relación con ella estaba acabada.

Quiero creerle, en serio que quiero creerle con todas mis fuerzas, pero no puedo. Me ve dudar y me acaricia la mejilla con el dorso de la mano antes de cogerme la nuca y atraerme hacia su boca.

—Gatita..., son esos ojos los que no me dejan darle carpetazo a esto..., tú no me dejas rendirme. Sé que quieres confiar en mí, puedo verlo.

—No me hagas esto, Samuel.

Pero ignora mi súplica y me besa. Me entrego a su boca casi con desesperación. Me besa con ternura, con ansia, con pasión y con devoción. Es un beso eterno de los que te dejan el cuerpo rendido y la mente embotada.

Y me empuja hacia su casa.

—Samuel, para.

—Vamos a acabar esto como tenía que acabar. Yo tenía que haberte traído a casa en lugar de ese capullo y tenías que pasar la noche conmigo y celebrar tu cumpleaños como es debido.

Me freno en seco al recordar el corpiño morado.

—¿Para quién compraste el conjunto morado?

Me sonrío con picardía.

—¿Para quién crees?

—Déjate de adivinanzas. ¿Para quién?

—Para ti, idiota, ¿para quién va a ser? Pero no estoy dispuesto a dártelo mientras no esté seguro de que voy a ser el único que te lo vea puesto.

—No hace falta que me insultes.

—Eso mismo te digo yo siempre...

Vuelvo a dudar. Tengo la cabeza hecha un lío.

—Ibas a acostarte con ella.

—Y tú con él. Entra.

Abre la puerta y me empuja en su apartamento.

—Samuel...

—Basta de tonterías.

Su tono autoritario me deja sin habla. Le miro a los ojos y veo una determinación en ellos que casi me asusta.

—No me mires así, no voy a hacerte nada que tú no quieras.

—No me gusta el tono que has usado conmigo.

—¿Ah no? Pues me suele funcionar estupendamente. Es el modo "Profesor Harrison". Sirve para que los niños se centren cuando quiero su atención y me estoy cansando de que me mareen.

—Yo no tengo cinco años.

—Pues a veces lo parece. Ahora escúchame porque no te lo voy a repetir más veces. Quiero que te quedes, quiero que te dejes de tonterías y reconozcas que te mueres por tener algo más que sexo conmigo, que no soportas la idea de que me acueste con otra y que vas a intentar confiar en mí.

—Es mucho pedir.

—Pues coge la puerta y lárgate. Y olvídate de mí porque no voy a volver a tener ningún contacto contigo si eres tan tonta como para dejar pasar esto solo por un prejuicio estúpido.

Me quedo bloqueada sin saber hacia dónde moverme. Me acaba de dar un ultimátum, y no estaba preparada para algo así. Empieza a acercarse y la comisura de su boca se levanta imperceptiblemente. Sabe que me tiene arrinconada y estoy a punto de ceder.

—Cada segundo que tardes en irte es un paso más hacia tu rendición...

—No es justo darme un ultimátum...

—La vida no es justa, acostúmbrate.

La idea de no tener ningún contacto con él, de que simplemente me ignore teniéndolo tan cerca es tan insoportable que mis pies se niegan a moverse. Deja pasar otro par de segundos y se acerca un poco más para rodear mi cintura con sus brazos.

—No toleraré que vuelvas a besar a otro.

Me roza la boca con sus labios y me da mordisquitos en el labio inferior. Echo atrás la cabeza, ansiosa por sus besos.

Se aparta y me mira de nuevo a los ojos, esta vez el triunfo brillando ya en sus ojos azules.

—¿Te vas o te quedas?

Le miro, con mi orgullo dando los últimos coletazos en mi interior.

—Nadia, contéstame.

Trago saliva y me rindo.

—Me quedo.

—No tendrás que volver a dudar de mí nunca.

—Ojalá tengas razón.

—Eres demasiado especial para mí ¿no lo entiendes?

Me empieza a desnudar, deshaciéndose rápidamente de mi cazadora. Me mira de arriba abajo y sonrío al ver el león en mi camiseta.

—La gatita va de leona hoy, por lo que veo.

—Sí, vaya leona..., una leona cobarde.

—No eres cobarde. Eres cautelosa. Debiste de llevarte una decepción muy grande con el capullo de tu ex...

Me empieza a desabrochar el pantalón mientras yo le quito su camiseta.

—Bueno..., sí. Aunque luego he visto que no merecía la pena.

—Pero te ha condicionado.

Tira de mi camiseta y levanto los brazos sobre mi cabeza para ayudarle a quitármela.

—Es inevitable, ¿no?

—Supongo que sí.

Se queda mirando mi sujetador con estampado de leopardo con una expresión que no sé cómo interpretar.

—¿Qué?

—Estoy empezando a pensar que salir contigo es un deporte de alto riesgo. No sé si mi corazón podrá soportarlo.

—¡Qué bobo eres!

—Enséñame la parte de abajo de eso...

Me escabullo riendo y me sigue hasta el pie de la cama, donde me empuja y me tira sobre el colchón. Agarra las trabillas de mis pantalones y los baja despacio mientras yo levanto las caderas para facilitarle la tarea. Le veo morderse el labio, saboreando el momento en que puede ver mi tanga asomar por el hueco de la cremallera abierta.

—Joder, es minúsculo.

—¿Qué quieres? Si es más grande se marca todo con este pantalón.

—Me pone muy cachondo saber que llevas tan poca tela debajo de la ropa ¿sabes?

—No te preocupes, tengo algunas casi de cuello vuelto, otro día me las pongo.

—Venga ya...

—¡En serio! —me río recordando el conjunto que me ha regalado Rita. Sí, creo que como ella me ha aconsejado, voy a lucirlo. Y voy a estrenarlo con él. Seguro que combinado con la ropa adecuada y unas medias bonitas, no le importa lo más mínimo que sea "de cuello vuelto" como yo digo. El estilo retro tiene su encanto.

—La curiosidad me mata... —se ríe.

Me quita los botines y me saca con cuidado los pantalones. Me incorporo para desabrochar los suyos y veo que lleva debajo uno de los bóxers que yo le vendí el otro día.

—¿Ves? Te dije que te quedarían de muerte.

—Me alegro de que te gusten. Me los he puesto para ti.

—Pero se los ibas a enseñar a esa golfa.

Me mira con dureza.

—Eso ha sido porque tú estabas con el pipiolo ese. Y vamos a dejar ese tema ¿vale? Borrón y cuenta nueva.

Asiento con la cabeza.

—Vale, borrón y cuenta nueva.

Tiene razón. Los dos nos hemos comportado como idiotas esta noche y casi nos acostamos por despecho con alguien que no nos importaba cuando teníamos claro con quién queríamos estar en realidad.

Le quito los pantalones y le bajo el bóxer. Una dura erección me apunta descaradamente.

—Te advierto que soy muy posesiva.

—Yo también.

—Así que en adelante, esto es solo mío.

—Por supuesto, gatita.

—Que no me llames así...

—¿Prefieres leona?

Me río y tiro de él para tumbarlo sobre la cama. Le acabo de quitar el bóxer y me arrodillo sobre su pelvis para mordisquearle el cuello y empezar a lamer cada centímetro de su piel desde la nuca hacia abajo.

—Prefiero que te calles..., me vas a desconcentrar.

Poco después, lo único que sale de su boca son gemidos y monosílabos. Me siento como una diosa teniéndolo completamente entregado y en mis manos mientras lo devoro, literalmente, hasta que me suplica que pare. Pero no paro. Sigo hasta que se corre como si fuera a morir.

Cuando abre los ojos los tiene vidriosos y la sonrisa le ocupa toda la cara.

—Quieres matarme ¿no es cierto?

—No. Primero tienes que devolverme el favor —me río.

—Será un placer. Tus deseos son órdenes, gatita.

Me tumba sobre la cama y se arrodilla ante mí, casi arrancándome la ropa interior. Y cuando voy a decirle que no me llame gatita, me levanta las caderas y me abre las piernas poniéndolas sobre sus hombros y cayendo sobre mí como un halcón. El ataque es tan directo que grito.

—¡Samuel!

—Perdona, gatita, no quería ser brusco, pero el hambre de ti me puede...

Me da un lametazo perezoso como para borrar la afrenta. Me hace reír. Sonríe a su vez y vuelve a la carga, siendo un poco menos directo por un rato. Solo un poco menos y solo por un rato.

Luego toma lo que le da la gana y me deja hecha un ovillo recuperándome apenas del orgasmo arrollador que me ha regalado. Antes de que mi respiración se normalice, se pone un condón y me penetra suavemente. Gimoteo al sentir la invasión. Vuelve a estar duro como una piedra, y mi cuerpo suplica de nuevo por otra liberación en cuanto lo siento moverse dentro de mí.

—Vamos, cariño..., córrete otra vez... Quiero sentirte apretándome y dejándome seco.

Y me corro en cuestión de segundos, mordiéndome la boca para que no me oiga la mitad del edificio.

Samuel me besa el cuello y me hace cosquillas con la nariz. Creo que me he dormido. Entreabro los ojos y la luz de la habitación está apagada. Las persianas están a medio bajar y la luz de la calle se cuela por las rendijas permitiéndome al menos distinguir la forma de su cuerpo y sus ojos clavados en los míos.

—¿Demasiado cansada para otra ronda?

—Oh, por Dios..., dame un respiro...

Se ríe y me pellizca un pezón entre el índice y el pulgar hasta hacerme soltar

un gritito. Mi pezón se queda latiendo suavemente, más excitado que dolorido. Entonces lo chupa y lo atrapa entre los labios para tirar de él maliciosamente.

—¡Samuel!

—He pasado mucha hambre últimamente y me pienso resarcir.

—¿Mucha hambre?

—Hambre de sexo. Hambre de ti.

—Algún tentempié habrás tenido para matar el hambre...

Me mira fijamente y me responde con total seriedad.

—No.

—¿No?

—No.

Me apoyo sobre un codo y lo miro alucinada.

—¿No te has acostado con nadie más desde...? ¿Desde cuándo?

—Desde que me acosté contigo.

—¿Desde hace un mes?

—¿Tan raro te parece?

—Pensé que... Rebeca, o la gritona, o... yo que sé.

—Mientras pudiera tenerte a ti no necesitaba a ninguna otra. Rebeca me lo puso a huevo, es cierto, pero... no eras tú.

—Pero a mí me has tenido con cuentagotas...

Nos hemos acostado en tres ocasiones, para ser exactos. Algo menos que un polvo por semana. Bueno, aunque lo normal es que no nos conformáramos con uno solo. Desde luego yo he tenido rachas de más sequía, pero no me parece un gran festín.

—Por eso estoy tan hambriento —bromea volviendo a la carga.

Por la mañana tengo el cuerpo como si me hubiera atropellado un autobús. Salvo por la sonrisa idiota que debo de llevar pintada en la cara. Tengo que insistir mucho para que Samuel se duche solo y me deje ducharme sola a mí

también. La ducha es enana, solo me falta clavarme un grifo... Cuando me miro en el espejo me alegro lo indecible de haber insistido tanto. Tengo un par de chupones en el cuello y hasta en la base del pecho, y unos dedos claramente marcados a ambos lados de mis caderas. Solo me faltaba un moratón de espanto en la espalda por clavarme la grifería de la ducha.

Salgo envuelta en la toalla y le miro con gesto de reproche.

—¡Tú! —le grito señalándole con el dedo—. ¿Has visto cómo me has dejado?

Me mira con cara de inocente y levanta las cejas.

—¡Tengo marcas por todas partes!

—Oh, eso... Ya.

—¿Ya?

—No se admiten reclamaciones.

Estoy alucinando. ¡Tendrá morro el tío!

Entonces se gira y se sube la camiseta. Y veo al menos media docena de surcos enrojecidos a lo largo de su espalda.

Ups.

Mis uñas.

—Creo que mi pobre culo tiene también alguna marca. ¿Algo más que objetar?

Me río y me acerco a él para echarle los brazos al cuello. El apartamento huele a café recién hecho y hay zumo y tostadas encima de la mesa. Mi estómago ruge, pero lo ignoro por un momento y le pregunto a Samuel:

—¿Quieres que me corte las uñas?

No es que las lleve demasiado largas, apenas unos milímetros, y más bien cuadradas, pero las tengo fuertes, eso sí.

—Ni se te ocurra.

—¿Te gustan?

—Me encantan, sobre todo pintadas.

Siempre las llevo pintadas. Se las enseño y le muestro la manicura francesa que me he hecho esta última vez, con la base en un brillo rosado.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿En rojo putón?

—En rojo pasión —me corrige riéndose.

—Desde luego, ¡qué básicos sois a veces los hombres!

Se encoge de hombros y me señala una silla.

—Siéntate antes de que renuncie al desayuno para dejarte algunas marcas más.

Desayunamos tranquilamente mientras me habla de su trabajo en la escuela de mi sobrina. Sé por mi hermana que tiene una paciencia infinita con los niños y que le adoran. Entonces de repente me acuerdo del corpiño morado.

—¿Me vas a dar mi otro regalo?

—Sabes lo que significa ¿no?

Desde luego. Si lo acepto significa que nadie más que él lo va a ver. Que me meto de cabeza en lo que llevo evitando todo el último mes: una relación exclusiva y a tiempo completo.

—Creí que había quedado claro ya anoche.

—Quiero estar seguro.

—Me diste un ultimátum y me quedé. ¿Necesitas que firme una rendición o qué?

Lo piensa unos segundos y luego sonrío.

—Vale, creo que lo has captado.

Se levanta y va hasta la cabecera de la cama, donde una cortina oculta a medias algo parecido a un vestidor. Saca una bolsa de una de las baldas y me la da.

—Bueno, ya sabes lo que es.

—Me he pasado la semana comiéndome el coco pensando para quién sería, ¿lo sabes?

—Eso es porque no haces caso a tu intuición. ¿O me vas a decir que no se te había ocurrido que no podía darte algo así delante de tu familia?

—Sí, se me había ocurrido.

—Bueno, pues menos mal...

—Samuel..., hablando de mi familia.

—¿Qué?

—Quiero tomármelo con calma ¿vale?

Su gesto se torna serio.

—No quieres que sepan nada.

—Mi madre se pondría como loca, no quiero que se monte películas.

—No crees que podamos hacer que dure.

—No quiero hacerme ilusiones.

—Me gustaría que fueras más positiva, Nadia.

—Ya, pero no lo soy, lo siento.

—Te demostraré que te equivocas.

—Genial. Entonces no tendré inconveniente en que se entere todo el mundo.

—Y mientras tanto ten por seguro que me cobraré el agravio...

Su mirada traviesa me dice que en el fondo, aunque está molesto, no está enfadado. Me comprende.

—Haré lo que pueda por resarcirte.

—Oh, sí, harás eso y más.

—Suenas a chico malo.

—Lo soy.

—Que sepas que esta leona merienda chicos malos día sí, día no...

Frunce el ceño y me apunta con el dedo.

—Pues a partir de ahora, esta leona está a dieta. Con este chico malo te basta y te sobra.

Me río y le agarro de la nuca para atraerlo hacia mí y besarlo.

—Mira que eres susceptible...

CAPÍTULO 16.

Después de desayunar y hacer el amor otra vez, Samuel me pregunta qué planes tengo para el domingo. Por lo pronto debería llamar a Ruth y ponerla al día, y lo demás sobre la marcha. Él tampoco tenía planes, así que podemos improvisar. Decidimos que para empezar, yo me voy a casa a cambiarme de ropa y llamo a Ruth mientras él acaba de corregir unos exámenes de los alumnos más mayores. Después, en función de lo que me diga Ruth, vuelvo a pasar por su casa y nos organizamos.

Durante media hora cotorreo con mi amiga hasta que se da por satisfecha cuando cree que le he contado hasta el último detalle de la curiosa noche de ayer, desde que Carlo y yo coincidimos en el garaje con Samuel y la exnovia de Carlo hasta que me ha dado el otro regalo, el corpiño morado.

Se parte de risa cuando le cuento el cruce de parejas y la bronca que montaron el italiano y su novia. Y también cuando le digo que Samuel acabó arrastrándome a su casa sin que casi recuerde ni cómo.

Pero cuando le cuento lo del ultimátum se le escapa una exclamación de sorpresa.

—¡Joder, con lo tranquilo que parecía y cómo enseña los dientes! ¿En serio te puso entre la espada y la pared?

—En serio. Me dejó bloqueada.

—No me extraña..., pero mira, creo que hoy le respeto un poco más. Ya era hora de que decidiera meterte en cintura.

—Oye, Ruth, que se supone que eres mi amiga.

—Lo soy, bonita, pero las cosas como son, ya habías cubierto el cupo de tontería y de perder el tiempo. Tampoco te estás jugando la vida. Y si él sigue estando libre y sin compromiso a ti te va a salir una úlcera en cualquier momento, que nos conocemos.

—Exagerada.

—Ya, lo que tú digas. ¿Lo vas a lucir un poco esta tarde por ahí? A Samuel,

digo...

—Pues no sé..., no quiero correr demasiado. Le he dicho que de momento prefiero que no se entere mi familia, y cuanto menos gente lo sepa, mejor.

—Estás loca... ¿No vas a hacerlo oficial?

—Ruth, yo sé lo que me hago, ¿vale?

—No, nena, no tienes ni idea... Te vas a pasar el día mordiéndote las uñas mientras otras se le tiran a la yugular, con lo fácil que sería ponerle un sello en la frente que diga "propiedad privada". Y a él lo vas a meter en un embolado, porque en lugar de permitirle sacudirse los moscones con un simple "tengo novia" le vas a obligar a pasarse la vida dando excusas tontas.

—Bueno..., en eso no había pensado, pero no creo que sea para tanto..., digo yo.

—Veremos cuanto tardas en sacarle los ojos a alguna loba.

Zanjado el tema de Samuel, me cuenta que Paolo fue un encanto pero no está especialmente interesada en repetir. Lo de siempre, vamos.

Y quedamos para tomar un café a media tarde con Elena y Valeria.

Después de quedar con Ruth saco el conjunto, o más bien los conjuntos, que me ha regalado Samuel y lo guardo todo. No sé si tendré ocasión de enseñárselo, pero hoy me voy a poner el conjunto retro, o sea, de bragas de cuello vuelto que me ha regalado mi jefa.

Saco mi falda lápiz blanca, una blusa roja, zapatos de tacón rojos y mi abrigo rojo. Me pongo mi conjunto con unas medias finas de lycra y por supuesto, me pinto las uñas de rojo. Voy a darle un capricho a Samuel.

Toco la puerta de su apartamento y me abre vestido con un pantalón negro y una camisa blanca.

¿Pero cómo puede estar tan bueno?

Me sonrío con picardía.

—¿Vienes a cumplir mis fantasías eróticas, "mujer de rojo"?

—No, vengo a invitarte a comer.

—¿En serio?

—Después de tanto regalo, me siento en deuda contigo...

—Págamelo en especie...

—¡Venga ya! Acaba de prepararte y vámonos. He quedado con mis amigas para tomar café después ¿te apetece venir también o...?

Dejo la pregunta en el aire. Se me hace raro contar con él, la verdad.

Mira a la mesa donde hay una pila de papeles.

—Pues debería terminar de corregir eso... Ayer con la comida en casa de tus padres me entretuve más de la cuenta.

—Entonces, ¿comemos juntos y luego te vienes y lo acabas mientras yo me quedo un rato?

—Están esperando noticias frescas, ¿eh? —se burla.

—Ruth y yo nos ponemos al día en un momento. Ya se lo he contado.

—Por mí se lo puedes contar a todo el mundo, ya lo sabes...

—Samuel...

—Vale, vale...

—¿En tu coche?

—Por favor... En la lata de sardinas que tú conduces no me caben las piernas. Además, si tengo que venirme antes y tú te vas a quedar marujeando necesito el coche.

—Oye guapo, sin faltar, a ver qué es eso de "marujeando".

Sonríe e ignora mi reprimenda.

—¿Y luego cómo vienes?

—Ya me traerá Ruth.

—Vale, dame diez minutos.

Recoge un poco la mesa, saca una cazadora de piel y unos zapatos negros del armario y pasa por el cuarto de baño para peinarse un poco con los dedos. Está espectacular.

—¿Nos vamos, gatita?

Me sonrío de oreja a oreja cuando ve que voy a replicarle como casi siempre

lo de "no me llames gatita". Bajamos al garaje y entramos en su coche. Se pone cómodo en el asiento mirándome de reojo con una sonrisa, como diciendo "¿Ves? Esto sí es un coche".

Chulito. ¡Bien mono que es mi Twingo!

—Y bien... ¿A dónde vamos?

Caigo en la cuenta de que ni siquiera lo he pensado. Me río como una tonta y busco en mi móvil el restaurante italiano al que Valeria nos llevó el sábado cuando él estaba en Salamanca. A ver si tengo suerte y aún puedo reservar una mesa.

La fortuna me sonrío y consigo hacer la reserva, así que tras conducir durante un rato en el tráfico torpe del domingo buscamos un aparcamiento cercano al restaurante. Después caminamos hacia allí, y Samuel me sorprende cogiéndome de la mano.

—¿Qué? ¿Te parece mal que te coja la mano?

—No... Solo se me hace raro. ¿Y si nos encontramos con mi hermana o con... alguien?

Me suelta la mano, visiblemente molesto.

—Problema resuelto.

—Samuel, no te pongas así.

—Déjalo. No creo que tengas ningún argumento para convencerme de que esa pregunta tiene algún sentido.

Entro con él en el restaurante, sintiéndome aún un poco molesta por lo que he hecho y sobre todo por su reacción. Tampoco es para tanto, digo yo.

Nos sentamos y pedimos. El humor de Samuel mejora rápidamente al ver la carta.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélico. Me encanta este sitio ¿sabes? Adoro la comida italiana.

—Me lo imaginaba.

—Aunque nadie hace el tiramisú tan bueno como lo hacía mi *nonna*...

—Eso me pasa por traer a un italiano a un restaurante italiano —me río.

—Soy más inglés que italiano. Donde más tiempo he pasado ha sido en el Reino Unido.

—Pues no sé qué decirte, la verdad...

—Cuando nos mudamos a Londres vivimos allí un par de años, luego tres en Roma, otro año en Portugal y vuelta a Londres. Y he vivido allí casi a tiempo completo desde los dieciséis o diecisiete años, quitando las vacaciones.

—¿A dónde ibas en vacaciones?

Mientras vivió mi padre solíamos ir a Roma, a casa de mi *nonna*, o a Oporto, donde vivían mis abuelos maternos y aún vive mi tía Mila. Mi madre está allí con ella desde hace unos años ¿sabes?

—Creo que recuerdo a tu tía Mila. Estuvo alguna vez en tu casa cuando eras pequeño ¿verdad? Se parecía mucho a tu madre, y tenía un hijo...

—Carlos, sí. Es un año mayor que yo.

—También me acuerdo de él... era moreno, alto y muy guapo, pero muy desagradable.

Samuel se ríe.

—Pues dijo que tú eras una niña muy guapa... pero muy bruta. Me acuerdo muy bien. Le gustó más tu hermana Sole.

Sonríó al recordar aquella visita de su tía y su primo. Fue unas navidades.

—Sole era mucho más femenina que yo. Una señorita, como decía mi madre.

—Quién te ha visto y quién te ve, gatita. Estás preciosa.

Hay una pasión y una admiración en sus ojos que casi me encienden sin necesidad de tocarme.

—Bueno, tú también has cambiado mucho.

—Ya, estoy más grande por todas partes, ¿no? —se burla.

—Por el cerebro diría que sigues igual...

Nos pasamos la comida bromeando y charlando, y casi no puedo creerme que no nos tiremos los trastos a la cabeza ni nos enfademos por la mínima tontería. He recuperado al Samuel que descubrí en Mallorca, así, de la noche a la mañana.

Y es perfecto. Divertido, sexy, adorable.

Y es mío.

Aunque nadie lo sabe aparte de Ruth porque soy una cobarde y no quiero acabar de creérmelo. Porque me da miedo caerme de la cama y despertarme del sueño de un morrazo.

Le suena el móvil y corta la llamada sin contestar. Sigue hablando y pedimos el postre. Por supuesto, tiramisú, aunque no sea como el de su *nonna*.

El móvil le vuelve a sonar y vuelve a colgar.

—¿No vas a contestar?

—Estoy ocupado.

La sombra de los celos cae sobre la mesa y enfría el ambiente en apenas un instante.

—¿Quién es?

—Una amiga.

—¿Una follamiga?

Se encoge imperceptiblemente de hombros y espera a que la camarera deje nuestros postres sobre la mesa antes de contestarme tranquilamente.

—Ya no tengo follamigas.

—Pero ella aún no lo sabe, ¿no?

Pone cara de misterio y se inclina hacia mí susurrando:

—No, porque mi chica no quiere que lo cuente, vete tú a saber por qué.

—Cógele el teléfono a esa guarra y mándala a tomar por saco.

Suelta una carcajada que atrae algunas miradas de las mesas circundantes y me hace encogerme en la silla de la vergüenza.

—Di que sí, gatita, saca las uñas. Me encanta.

Me paso enfurruñada lo que queda de postre. Y lo peor es que sé que no tengo razón.

Cuando estamos esperando la cuenta, su móvil vuelve a sonar. Alucino con que la guarra en cuestión tenga tan poco orgullo como para llamarlo ¡tres

veces seguidas!

Me mira con sorna y coge la llamada.

—Hola Rosana.

La gritona. Lo que me faltaba por oír.

—No, es que estoy en una comida... No, lo siento, no puedo quedar esta tarde, tengo cosas que hacer.

Mientras ella contesta lo que sea que le dice, frunzo el ceño. ¿Cómo que no puedes quedar esta tarde? ¡No puedes quedar nunca más, capullo!

—No, esta semana voy a estar bastante liado, lo siento de veras. Ya nos veremos ¿eh?

Sobre mi cadáver.

—Adiós.

Cuelga y me mira con absoluta inocencia.

—¿Era la gritona?

—Sí —se ríe.

—¿Te ha llamado tres veces?

—Dos. La primera llamada no era de ella.

—¿Y de quién era?

—¿Y por qué tendría que decírtelo? —se burla.

—Me da igual, no me lo digas. Otra follamiga que no sabe que ya no tienes follamigas.

—Nadia...

—¿Vamos a tomar café?

—Nadia, mírame.

De mala gana levanto la cara y le miro a los ojos. Me sonrío como si yo fuera Candela. Como si tuviera cinco años, vamos.

—No voy a quedar con ninguna ¿vale? Da igual cuántas llamen.

¿Cuántas llamen? ¡Pero será fantasma el tío!

—¿Qué pasa, que estás acostumbrado a que te persigan? ¿Debería estar agradecida porque has elegido dedicarme tu tiempo a mí?

—Pues mira sí, igual que yo estoy agradecido de que sea a mí a quien tú dediques tu tiempo. Aunque luego perdamos la mitad de la comida con una rabieta, como ahora.

—Yo no tengo rabietas.

—Trato con niños a diario y eso es una rabieta de manual.

—Eres un imbécil.

—Aunque lo fuera, seguiría teniendo razón.

Lo que me apetece decirle en realidad es "diles que estás fuera de circulación y que no vuelvan a llamarte". Pero si no quiero hacer pública nuestra relación, no puedo decirle eso.

Y cada minuto que pasa, mi fantástica idea de tomármelo con calma y mantenerlo en secreto me parece menos fantástica, pero me imagino diciéndole a mi madre "ya no estoy con Samuel, hemos roto" y se me cae el alma a los pies.

No, mejor dejamos las cosas como están.

—Me jode que te ronden, lo reconozco.

—Bien, te agradezco la sinceridad. Me las quitaré de encima enseguida ¿contenta? Pero si no puedo decirles que ya estoy con alguien, vas a tener que aguantarte los celos, gatita.

—Que no me llames gatita, pesado.

—Tienes ojos de gata, y me encanta cómo sacas las uñas. Aún me escuecen los arañosos de la espalda. Y te llamo como quiero, punto.

—¿Punto?

—Punto.

—¿Pero tú estás tonto?

Se ríe.

—Un poco.

—¿Un poco?

—Tú me haces decir tonterías...

Y tras una pausa, su boca se curva en una sonrisa pícaro y añade:

—...gatita.

Antes de que replique nada, la camarera trae la cuenta y tengo que quitársela de las manos antes de que saque la cartera.

—¡Te dije que te invitaba yo!

—Ella me la ha dado a mí.

—Porque dan por hecho que paga el hombre, pero te dije que invitaba yo y como no me dejes pagar no como más contigo.

Se ríe y me pasa la cuenta.

—Vale, me rindo. Tú pagas.

Nos levantamos de la mesa y me estrecha por la cintura antes de salir para susurrarme al oído.

—Tienes mucho genio, gatita, pero me gusta. Me gustan las mujeres que saben imponerse de cuando en cuando.

—¿Solo de cuando en cuando?

—No pretenderás que siempre ceda yo ¿no? —se burla.

—Dios me libre... Además, un ultimátum no me parece mucho ceder...

—No, es cierto. Creo que tenemos un interesante tira y afloja por delante... Un buen seguro contra la rutina y el aburrimiento.

—No, si todavía será una suerte que enseguida nos pongamos como el perro y el gato... —me burlo.

Salimos a la calle y aparta inmediatamente la mano de mi cintura. Camina junto a mí con las manos en los bolsillos de la cazadora, y aunque sé que es lo que yo he dicho que quiero, no puedo evitar echar de menos su contacto.

Caminamos unas cuantas manzanas y llegamos a la cafetería donde he quedado con las chicas un poco antes de la hora acordada. Cogemos una mesa y pedimos un par de cafés. Se sienta frente a mí y me mira a los ojos. Me aturullo y mi estómago se llena de mariposas cuando me mira así. Madre mía..., me gusta mucho. Pero mucho, mucho.

—Tus amigas me parecieron buena gente. Sociables y divertidas.

—Lo son.

—Ruth y tú sois muy parecidas ¿no?

—No te creas... Yo me pienso más las cosas. Ruth es más loca.

—¿No tiene novio?

—No.

—¿Alguna mala experiencia?

Me río sin poder evitarlo.

—Muchas. ¿Y tú desde cuándo eres tan marujo?

—Simple curiosidad.

—¿Y tu amigo Daniel?

—¿Mi amigo Daniel? —repite.

—Sí, el que estuvo en Mallorca contigo. El que se enrolló con Ruth. ¿Tiene novia?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Copiona.

Me río y miro hacia la puerta. Ruth entra en ese momento y me hace señas con la mano.

—Me pareció que encajaban. Pero el problema de Ruth es que dudo que haya alguien que le interese para más de un par de noches.

—¿Muy exigente?

—Puede ser.

—Tal vez simplemente no ha encontrado a la persona adecuada.

—También puede ser.

—Bueno, quién sabe. La vida es una caja de sorpresas. En cualquier momento el príncipe azul aparece y ya no lo suelta ¿no?

—Conociendo a Ruth, le pondrá una correa al cuello, o una cadena con un

candado, como a Sid Vicious.

Samuel se ríe y Ruth nos mira sonriente al llegar a la mesa.

—Hombre, qué sorpresa, si por una vez los tortolitos se ríen juntos en lugar de tirarse de los pelos.

—Nos estamos riendo de ti, monina, que lo sepas.

—Perraca traidora... —sisea ella riéndose y sentándose a mi lado sin hacer ni caso de lo que acabo de decirle.

Samuel nos mira con los ojos como platos y acaba sonriendo y negando con la cabeza.

—Desde luego no hay quien entienda a las mujeres.

Elena y Valeria llegan poco después y se sorprenden de ver allí a Samuel. Entiendo que Ruth no les ha dicho nada cuando les ha llamado para que sea yo quien les explique mi insistencia en no hacer público lo nuestro, llámese relación o lo que sea. Antes de que me vea obligada a empezar a dar explicaciones, Samuel apura su café y se levanta.

—Tengo que irme, chicas, lo siento.

—¿Tan pronto? —le pregunta Ruth.

—Tengo unos exámenes que corregir. ¿Te pasas luego por mi casa, Nadia?

—Sí, cuando vuelva te aviso.

—De acuerdo. Que lo paséis bien.

Ruth, Valeria y Elena se despiden de él con una sonrisa de brujas que dice "te vamos a despellejar en cuantos salgas por esa puerta, guapito", y yo me levanto en un impulso y les digo.

—Ahora vuelvo, le acompaño afuera un momento y voy al baño.

Salgo con él y me mira divertido cuando llegamos a la puerta.

—¿Qué? ¿Vas a darme un beso de despedida?

—¿Quieres uno?

—Pues claro.

Miro alrededor antes de echarle los brazos al cuello y darle un beso breve

pero intenso. Me dedica una mirada de reproche.

—Eso solo ha sido un aperitivo.

—Luego te doy el plato fuerte.

Levanta una ceja y cojo su mano para llevarla a la parte alta de mi muslo y apretarla contra la tira del liguero disimuladamente. Al comprender lo que toca, abre unos ojos como platos.

—¿Llevas liguero?

—Bueno, son bragas de cuello vuelto con tiras de liguero, básicamente.

—Eso tengo que verlo...

—Corrige los exámenes como un buen chico y luego cuando vuelva te lo enseño. Es el regalo de cumpleaños de mi jefa.

—¿Pero tú sabes lo que me estás haciendo? ¡Cada vez que me acuerde de lo que llevas puesto me voy a empalmar desde ahora hasta que llegues a mi casa!

—Es la idea. Andando.

Y tras darle otro beso rápido le guiño un ojo y vuelvo a entrar en la cafetería. Entro en el baño con una sonrisa de perversa satisfacción en la cara, sabiendo que se va a pasar la tarde empalmado pensando en mí.

Desde luego, pienso compensarle cuando vuelva a casa. Será un placer. Literalmente.

CAPÍTULO 17.

Cuando regreso a la mesa Valeria y Elena me miran con unos ojos como platos e intuyo que les falta poco para dar palmaditas. Ruth me mira con cara de culpa.

—Se lo he cantado, no he podido resistir el tercer grado.

—¿Estáis saliendo? ¿Oficialmente? —me pregunta Elena.

—No, más bien extraoficialmente. No quiero hacerlo muy oficial porque no estoy segura de que esto tenga mucho futuro...

—Tú estás tonta —me dice Valeria, que me mira alucinada. Ruth se ríe.

—Ya se lo he dicho yo. A ver si vosotras la hacéis entrar en razón.

—Pero Nadia..., si empiezas pensando que no tiene mucho futuro... no te veo mucha disposición a poner de tu parte para que funcione...—argumenta Elena.

—No lo entendéis. Es que sé que no va a funcionar. Él tiene una nube de mosconas alrededor continuamente, yo me pongo enferma solo de pensarlo, a su exnovia le puso los cuernos conmigo porque estaba harto de sus celos patológicos, y yo soy una celosa de lo peor.

—Nunca te vi celosa por Miguel más allá de un ligero malestar —me dice Elena tranquilamente—. Y mira que la guarra ya se le echaba encima disimuladamente antes de... Bueno, ya sabes, antes de que se le echara del todo.

—Pues hoy casi le monto un número porque la gritona le ha llamado al móvil para quedar.

—¿Y él que ha hecho? —pregunta Valeria.

—Quitársela de encima sutilmente.

—¿Y entonces qué problema hay?

—Pues que también le ha llamado otra. Y no puedo evitar pensar que tarde o temprano, con alguna caerá.

—Di que sí. Ante todo confianza en ti misma —me salta Ruth con tono

irónico.

—Esto no tiene nada que ver con mi confianza en mí misma.

—Entonces es que no confías en él.

Dudo un poco, pero al final contesto.

—No.

—¿Te ha dado motivos para pensar que está interesado en tomarte el pelo?

—No.

—Pues chica, de verdad que no lo entiendo. A mí me parece un buen tipo. No te quita ojo de encima y tiene más paciencia que el santo Job, porque el plan de acoso y derribo que te ha hecho hasta ponerte el ultimátum ha sido para nota. ¿Por qué iba a empeñarse en hacerlo oficial si pensara tirarse a otra a las primeras de cambio?

—¿Y yo qué sé, Ruth? ¡No puedo saber cómo funciona la mente de un hombre, pero no sería el primero que hoy quiere estar con una y mañana con otra!

—Estas siendo injusta con él. Y cobarde.

—Gracias, Ruth, eso es apoyo moral y lo demás tonterías.

—Ni apoyo moral ni leches. Tú sola te estás haciendo la cama, Nadia. Cambia el chip o esto no te dura dos telediarios.

Valeria y Elena, que se han quedado de piedra al oír lo del ultimátum, me exigen una explicación detallada y cuando termino, coinciden con Ruth en que no estoy siendo justa con Samuel.

Fantástico, las tres de su parte.

—Si no me dura dos telediarios, entonces tendré razón.

—Pero no será por culpa suya y al fin y al cabo te quedarás sin él, que no creo que sea lo que quieres por mucho que te guste tener razón.

—Bueno, trataré de darle el beneficio de la duda.

—De lo que tienes que tratar es de no ponerte en modo "celosa paranoica".

—Vale, trataré también.

Charlamos un rato más y Elena y sobre todo Valeria obligan a Ruth a dar algunos detalles sobre su rollito con Paolo. Valeria se disculpa conmigo por no saber que Carlo tenía novia.

—Bueno, no es culpa tuya, no te preocupes. Además, habían roto.

—Ya. Me suena —dice Ruth con sorna.

—Ruth, ya te vale.

—Tienes un problema con el doble rasero, y si no te lo digo yo que soy tu amiga ¿quién te lo va a decir?

Me muerdo la lengua porque en el fondo sé que tiene parte de razón. Valeria sigue preguntándole a Ruth por qué no está interesada en Paolo más allá de una noche.

—No sé..., igual es demasiado empalagoso para mi gusto...

—¡Venga ya! ¿Prefieres a uno que vaya a lo suyo sin palabras bonitas ni nada?

—No sé, me esperaba otra cosa, qué quieres que te diga.

La dejamos por imposible. La verdad es que dudo que Ruth se haya enamorado alguna vez, o quizás es que se ha enamorado cientos de veces, pero siempre han sido amores tan intensos como efímeros.

Son casi las nueve cuando decidimos marcharnos a casa. Ruth me lleva y cuando entramos en el aparcamiento de la urbanización, se oye música en uno de los apartamentos.

—¿Hay juerga? —pregunta Ruth divertida.

Miro hacia arriba y creo que es en casa de Abel.

—Ya estaba tardando Abel en liarla.

—Anda, vete a por tu churri que fijo que la loba lo está arrinconando sin cortarse un pelo.

—Ni lo menciones.

—Mañana me cuentas.

Me bajo del coche y entro en el garaje caminando con rapidez. Saco el móvil y le mando un mensaje a Samuel.

"Estoy en el garaje. Subo"

Me responde enseguida.

"Yo estoy en casa de Abel. Pásate por aquí"

"Nadie me ha invitado"

"Te invito yo"

Llego a la puerta de mi apartamento y dudo si entrar o seguir andando y tocar a la puerta de Abel.

Y entonces la puerta de Abel se abre y se asoma Samuel.

—¡Nadia! Ven, que estamos tomando unas cervezas.

Camino aun dudando hasta el apartamento. Abel se une a Samuel en la puerta.

—Qué oído más fino tienes, tío. Mira que yo no he oído ningún coche, pero Samuel ha insistido en que venía alguien y podías ser tú. ¿Cómo no has dicho que ayer era tu cumpleaños?

Miro a Samuel desconcertada mientras me escoltan al interior, donde están Rebeca, Pilar y Rodrigo, un amigo de Abel con quien he coincidido alguna vez antes.

—Le he contado que ayer noche nos encontramos y estabas celebrando tu cumpleaños —aclara Samuel guiñándome un ojo.

—Ah, sí...

—Pues venga un brindis —dice Abel.

Me sacan una cerveza y Rodrigo me mira de arriba abajo con admiración antes de levantarse y darme dos besos.

—Encantado de verte otra vez, Nadia, y feliz cumpleaños. Estás espectacular, chica.

Miro de reajo a Samuel sin saber muy bien qué reacción esperar, pero sonrío y está tan tranquilo.

—Gracias.

—¿Y cuántos cumpleaños?

—Veintisiete.

—Una niñita, vamos —se burla Abel.

—Anda, abuelo, cállate —le respondo yo devolviéndole la broma.

Abel se lleva la mano al corazón y pone cara de "herido de muerte" por mi comentario. Pilar, Rebeca y yo nos reímos. En realidad, es un tipo bastante atractivo. Si aparenta los cuarenta y tres años que tiene es porque el pelo lo tiene bastante plateado, sobre todo por las sienes, pero está en buena forma y tiene unos ojos grises vivaces, inteligentes y seductores. De abuelo no tiene nada.

Abel se acaba su cerveza y va a por otra, haciéndome un gesto con la mano.

—Siéntate donde quieras, Nadia. O donde puedas, vamos...

Samuel y Rebeca están sentados en el sofá, mientras que Pilar ocupa un puf que hay junto a la puerta de la terraza y Rodrigo una de las sillas de la mesa. La otra silla la ocupaba Abel.

Veo a Rebeca rozar el muslo de Samuel "accidentalmente" y ni me lo pienso. Me planto frente a ellos y les pregunto con absoluta inocencia.

—¿Me hacéis un hueco?

Samuel sonrío mientras Rebeca parpadea evidentemente sorprendida por mi ocurrencia. En el sofá difícilmente cabemos los tres.

—Ven, siéntate aquí, seguro que cabes ¿no? —me responde Samuel señalándome el brazo del sofá donde hasta unos segundos antes estaba apoyada su mano.

—Igual me caigo... —le digo en un tono sugerente provocando las risas de Abel y Rodrigo.

—Pues te diría que caerás en blando, pero no, creo que puedes caer en duro...

La carcajada es general. Le reprocho su atrevimiento con la mirada y me siento a su lado. La loba me mira como si quisiera asesinarme.

Y se pega más a él.

Respiro hondo y la ignoro, girándome hacia Pilar.

—¿Y Julieta?

—Se ha quedado en casa, cenando y viendo la tele. Si necesita algo solo tiene que salir al pasillo, y además le he dejado mi móvil.

—Y si le pasa algo y no puede salir, ¿cómo te va a llamar si el móvil lo tiene ella? —le pregunta Abel desconcertado.

—Porque no me llamaría a mí, tarugo, te llamaría a ti.

Rodrigo se parte de risa al ver la cara de su amigo.

—¡Tarugo! Te han llamado muchas cosas delante de mí, tío, pero "tarugo" nunca...

—Ya te vale —le responde Abel a su amigo de mala gana, y mirando a Pilar, añade—, y tú no te pongas faltona, bonita.

—Venga, no seas picajoso, Abel... —se burla ella—. Sabes que te lo digo con cariño.

—Sí, con cariño, ¡hay que joderse!

Rebeca trata de acaparar la conversación por un rato hablando de sí misma mientras lanza miraditas furtivas a Samuel. Yo miro el reloj un poco frustrada. Las diez. Quería enseñarle mi conjunto retro y se va a hacer tardísimo...

Abel capta mi mirada al reloj y pregunta levantándose.

—¿Queréis que piquemos algo para cenar?

Cuando Rebeca está a punto de dar palmitas de la emoción, Samuel se levanta.

—Yo tengo que irme, Abel, gracias por la cerveza. Aún tengo que poner en orden algunas cosas para mañana.

—¿Ya te vas? —le pregunta la loba poniéndole pucheritos—. ¿En serio no puedes quedarte un poco más?

—En serio, Rebeca.

—Yo también me voy —digo yo enseguida.

—Y yo —añade Pilar—. Julieta tiene que acostarse ya.

Rebeca se lo piensa, pero Rodrigo le hace un guiño y se queda. Desde luego... menuda zorra que está hecha. Babeando por Samuel, y al segundo

siguiente, Rodrigo ha captado su atención con solo guiñarle un ojo.

—¿Te quedas? —le pregunta Abel.

—Bueno, un poco, venga —sonríe ella haciéndose la interesante.

Samuel, Pilar y yo nos levantamos, nos despedimos y salimos agradeciéndole otra vez a Abel la cerveza y el buen rato que hemos pasado. Y luego cada uno se dirige a su casa.

Me muerdo el labio mientras veo a Samuel pararse junto a su apartamento y mirarme de reojo, pero sigo hasta el mío. Pilar nos mira a ambos y se despide antes de seguir hasta su puerta.

—Hasta mañana, chicos.

—Chao, Pilar —le respondo—. Que descanses.

Samuel abre su puerta y entra en su apartamento, y yo abro la mía y espero, disimuladamente. Me niego a irme a casa así.

Oigo cerrarse la puerta de Samuel mientras Pilar entra en su casa y cierra su puerta.

Y yo estoy plantada frente a la mía sin acabar de decidir si entro o no.

Pero enseguida cierro, giro sobre mis talones y vuelvo a la puerta de Samuel.

Aún no he tocado cuando me abre con una sonrisa.

—Te estaba esperando, gatita.

Le empujo dentro, cierro la puerta suavemente ayudándome con el tacón y después me agarro a la cinturilla de su pantalón para atraerlo hacia mí.

—¿Te pierdo de vista unas cuantas horas y te pillo restregándote con la guarra de Rebeca?

Me mira frunciendo el ceño, pero sonríe al ver mi cara. No le estoy reprochando nada, le estoy provocando, claramente.

—¿Celosa?

—Mucho. Si te he dejado notar lo que llevaba puesto bajo la ropa era para que te pasaras la tarde pensando en mí, no para que ninguna loba se aprovechara de tu calentón.

—Si me has dejado solo y desvalido, luego no te quejes, preciosa.

—Déjate de "preciosa". Me dan ganas de sacar una fusta y castigarte por lo malo que has sido.

Suelta una carcajada y me mira sonriendo, aunque diría que bastante descolocado.

—¡Venga ya!

—¡Es una broma!—me río— ¡Menudo concepto tienes de mí!

—Hasta ahora no hago más que llevarme sorpresas contigo, así que tampoco me extrañaría...

—¿No me digas que te va el tema? —me burlo.

—¿Sumiso o masoquista? No gracias..., no es mi estilo, ni lo uno ni lo otro. Me arrincona contra la pared y me acaricia el muslo por encima de la falda.

—Y ahora ¿me vas a enseñar de una buena vez lo que llevas puesto?

—No he cenado.

—Si tienes hambre cómeme a mí.

Se me escapa una risa espontánea. La idea es sugerente, desde luego.

—Ya te he comido bastante esta noche pasada. A ver si me va a sentar mal.

—¡Qué va! —se ríe.

Entonces mi estómago ruge y se aparta de mí con cara de espanto.

—Madre mía..., si parece que tienes ahí dentro el león de la Metro...

—Ya te he dicho que tengo hambre —me excuso encogiéndome de hombros y sonriendo.

—Haré un esfuerzo y te prepararé algo.

—¿Vas a cocinar para mí?

—¿Algo que objetar?

—No, no, por Dios..., ni pensarlo.

Se mete en la cocina y empieza a sacar algunos cacharros. Un cazo, una sartén, un par de platos... Pone agua a hervir y en poco más de veinte minutos

tengo ante mí un delicioso plato de espaguetis con un sofrito increíble y un olorcito a orégano que me está haciendo salivar descontroladamente.

—Empieza a comer antes de que se enfríe.

—Oye, empiezas a abusar del modo "profesor Harrison".

—¿Ah sí? —se ríe—. ¿No me digas? Come. Estoy deseando arrancarte la ropa así que no pierdas más tiempo del imprescindible.

Me meto en la boca los primeros espaguetis y gimo de gusto sin cortarme un pelo.

—¡Oh, Dios, esto está de muerte!

Clava en mí sus ojazos y murmura.

—Contrólate o no terminas la cena. Me estás poniendo tan duro que casi me duele.

Entorno los ojos y le paso la mano por el muslo forzando otra vuelta de tuerca.

Desde luego tiene una paciencia de santo, como decía Ruth.

Porque aprieta los dientes, aparta la pierna con un movimiento brusco y sigue comiéndose sus espaguetis, a toda velocidad, eso sí.

Termina, se levanta y empieza a recoger. Friega rápidamente los cuatro cacharros que ha manchado mientras yo acabo mi plato. Se lo llevo y mientras lo pasa por el agua rodeo su cintura con mis brazos y le susurro mimosamente.

—¿Y no hay postre?

—Sí, el postre soy yo —sonríe. Coge mi mano, la lleva a su entrepierna y me deja ver que está listo para lo que sea. El pantalón está tenso y se intuye una dura erección debajo de la tela.

—Mmm... Mi postre favorito, ¡qué suerte!

—Y puedes repetir, si quieres.

Me río otra vez mientras empieza a empujarme hacia la cama y saca mi blusa de la cinturilla de la falda.

Me empiezo a soltar botones provocativamente y cuando la abro y dejo al descubierto el sujetador ahoga una exclamación. Alza la mano y pasa el revés

de los dedos por el suave encaje negro que recubre parte de las copas de color melocotón. La verdad es que siento genial. Levanta el pecho y se ciñe al cuerpo perfectamente. Y se ve que le gusta.

—Te gusta, ¿no?

Levanta lentamente las comisuras de la boca en una sonrisa pícaro.

—Quiero ver esas bragas de cuello vuelto.

Llevo mis manos a la cremallera de la falda, la bajo, y me muevo para dejarla caer. Para rematar el efecto doy un paso adelante para salir de la falda, con mis taconazos rojos y mis medias de liguero.

—¡Joder!

—¡Chist! —le reprendo—. ¡Esa boca!

Me mira boquiabierto como un niño ante el mejor regalo de cumpleaños del mundo.

—Te hace parecer muy... recatada, modosita... no acabo de encontrar la palabra.

—¿Inexperta?

—Sí, puede ser. Pero con ganas de que alguien te pervierta y te ponga al día.

Me río a carcajadas. Vaya ocurrencias que tiene este hombre.

—¿Y tú vas a ser esa alma caritativa?

—Ni lo dudes, gatita. A la cama, ¡ya!

Es casi la una y media de la madrugada cuando convengo a Samuel de que tengo que irme a casa porque si no mañana no voy a ser persona. Insiste para que me quede a dormir con él, pero entonces sé que no voy a dormir nada. Y necesito mi espacio.

Aunque tenerle al otro lado de la pared no me ayuda especialmente a conciliar el sueño. Dormiría mejor envuelta en sus brazos. Si me dejara dormir, claro está.

Por lo menos no me puedo quejar de la celebración de mi cumpleaños. Lo ha tenido todo menos piñata.

Aunque a más de una la colgaba del techo y le daba con un garrote y me quedaba más ancha que larga.

Uff... Tengo que contenerme. Samuel sigue sacando lo peor de mí y me hace ponerme agresiva. Aunque por lo menos ahora el objeto de mi rabia no es él, sino todas esas lobas que estarían encantadas de echarle las zarpas encima a mi hombre.

Mi hombre, porque es mío.

Aunque aún no lo sepa casi nadie.

Y no llevará una marca de "propiedad privada" en la frente, como dice Ruth, pero por de pronto, lleva mis uñas en su espalda. Y un chupón en el cuello. No me he podido resistir.

Mío. Y la que ose acercarse a él me lo va a pagar caro.

CAPÍTULO 18.

Empiezo la semana de un humor extraño. Estoy contenta por lo que hay entre Samuel y yo, aunque por otra parte es como si no me lo acabara de creer. Estamos juntos pero nadie lo sabe. Yo no quiero que nadie lo sepa. O sí quiero que lo sepan pero como creo que me voy a despertar del sueño en cualquier momento y él se estará riendo de mí en mi cara, prefiero que se entere cuanta menos gente, mejor.

Vamos, que no sé ni lo que quiero.

Ruth se ríe cuando le cuento el rato que pasamos en casa de Abel, sobre todo por su comentario cuando me senté a su lado en el sofá. Y por la reacción de Rebeca. Aunque al final no pareció que le importara tanto que Samuel no se quedara, porque enseguida se agarró a Rodrigo.

—Siempre hemos dicho que era una loba. Le vale igual una víctima que otra —me dice completamente convencida.

—Mejor, porque como le ponga las zarpas encima a Samuel, se va a enterar de quién soy yo.

—Ay, nena, que se te ve el plumero. Te está haciendo sacar las uñas.

—Eso mismo dice él.

—¿Que se te ve el plumero o que estás sacando las uñas?

—Que le encanta verme sacar las uñas. Empiezo a pensar que me pone celosa a propósito.

—¿Pero no dejó a la tal Cassandra porque era una celosa patológica?

—Sí, eso me dijo.

—Pues chica, entonces no entiendo que ahora le haga tanta gracia. Aunque claro, tú hasta ahora no habías reconocido que lo quieres solo para ti. Supongo que verte reafirmarte de esa forma debe de subirle mucho el ego.

—Puede ser.

—Pero no te pases, que nos conocemos.

—Tampoco tengo intenciones de engrosar su ego más de lo necesario.

—Chica lista. Parece un hombre al que le gusta tener la sartén por el mango. Yo trataría de no cederle mucho terreno.

Suspiro mirándola con cara de circunstancias.

—No sé si tengo muchas posibilidades de manejar la situación. Me mira con esa sonrisa canalla, y como levante una ceja, hace conmigo lo que quiere.

—Por Dios, Nadia... ¿estás pillada hasta las trancas!

Me encojo de hombros como única respuesta.

—Es Samuel, qué quieres que le haga...

A la hora de comer me entra un mensaje de Samuel en el móvil.

"¿Qué tal va el lunes?"

Sonrío y le contesto.

"Bien, ¿y el tuyo?"

"Pasable. Ahora mismo mejor que hace cinco minutos. ¿Qué haces luego?"

"¿Cuándo?"

"Cuando salgas de trabajar"

"Irme a casa. Para cuando llegue serán casi las nueve"

"¿Y si pasas a verme?"

"Al final se enterarán todos los vecinos"

"La que tiene un problema con eso eres tú"

Estoy pensando qué ponerle cuando él se me adelanta.

"Que pases buena tarde"

Y me quedo mirando el móvil como una idiota sin saber qué decirle.

Ruth no es de gran ayuda cuando se lo cuento. Dice que debería dejarme de tonterías de una vez por todas o al final el secreto me acabará estallando en la cara. Pero tengo miedo, no puedo evitarlo.

Cuando dan las ocho y cerramos la tienda caminamos juntas hasta el garaje de Rita. Al llegar me pregunta.

—¿Qué vas a hacer cuando llegues?

—¿Quieres decir que si voy a ir a ver a Samuel?

—Sí, eso mismo.

—Pues todavía no lo sé.

—Semejante ejemplar en la puerta de al lado, esperándote ansioso, y no sabes qué hacer... Eso deberías hacértelo mirar.

—Ruth, ya te vale... Ya me gustaría verte a ti. Harías lo mismo que yo, y no me digas que no, porque nos conocemos.

Me mira con cara de pícara y casi puedo adivinar lo que va a decirme antes de que hable.

—No te voy a decir lo que haría yo con Samuel porque lo mismo la liamos.

Lo sabía. No deja pasar una ocasión de pincharme...

—Oye, guapa, córtate —me río—. Si estás necesitada llama a Paolo, pero de Samuel te vas olvidando si aprecias en algo tu melenita.

Se ríe sacudiendo la cabeza. Su perfecta melena corta estilo Cleopatra se sacude y vuelve a su forma inmediatamente.

—Gracias, pasaré de tu novio. No me apetece que me arranques la cabellera a tirones.

Mi novio. Ufff..., cómo suena eso.

Me asusta, en serio que me asusta.

Me despido de Ruth y salgo para casa. El edificio está tranquilo cuando llego, y el coche de Samuel aparcado en su plaza. Al fin y al cabo, él sale mucho antes que yo de trabajar.

Subo en el ascensor sin saber todavía si llamarle o no. Me apetece estar con él, claro que sí, pero tampoco quiero correr. Es muy raro salir con el vecino de la puerta de al lado. No vivimos juntos pero de alguna manera siento que tampoco puedo organizar mi vida y mis horarios con libertad. No sé si contar

con él o no. Está demasiado cerca, o no lo suficiente.

Y yo estoy hecha un lío.

Entro en casa y cierro la puerta tras de mí. Dejo el bolso sobre la mesa y me quito la chaqueta, que cuelgo enseguida en una percha, y el pañuelo con el que me he tapado los chupones que se intuyen en mi cuello a pesar del maquillaje. Antes de que me dé tiempo de nada más, suena el timbre de la puerta.

Cuando la abro, me encuentro a Samuel vestido con vaqueros, una camiseta de manga corta azul oscuro que se le ciñe al cuerpo de un modo que debería ser ilegal, y unas chanclas. Lleva en la mano una taza pequeña y me mira sonriéndome con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Hola vecina, ¿me podrías prestar un poco de azúcar?

Casi me da un ataque de risa en la misma puerta. A duras penas consigo mantenerme medianamente seria y le respondo mirando a ambos lados del pasillo.

—¿Azúcar?

—Sí, azúcar.

—Anda, pasa.

En cuanto cierro la puerta tras él, se me escapa la risa.

—¿En serio quieres azúcar?

—Bueno... —me responde cambiando inmediatamente a un tono malicioso—, azúcar... o cualquier cosa dulce.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo tú.

Deja la taza sobre la encimera y se abalanza sobre mí para rodearme con sus brazos y besarme el cuello provocativamente. Me muerde y apenas consigo contener un grito.

—¡Samuel! Me vas a dejar otra marca...

—Genial, así todos los vecinos se devanarán los sesos tratando de adivinar quién te la hizo...

Apoyo las manos en su pecho para apartarlo lo suficiente como para poder

mirarlo a la cara.

—¿Estás enfadado?

—No. Pero espero no tener que buscar excusas tontas cada vez que me apetezca pasar a verte.

—Es una buena excusa, la de la tacita de azúcar.

Sonríe y me besa en la boca con suavidad, aunque el beso se torna más exigente por momentos. Cuando se aparta de mis labios, están palpitantes y deseosos de más.

—En esta casa hay algo mucho más tentador que el azúcar y lo voy a coger ahora mismo.

Empieza a empujarme hacia la cama, medio en broma.

—Samuel ¿A dónde crees que vas?

—A la cama. ¿No es evidente?

—¿Ahora?

—Tengo ganas ahora. ¿Por qué tendría que esperar?

En lo que pienso una respuesta que no se me ocurre, me desabrocha la blusa y me la quita, dejándola caer sobre el sofá. El sujetador que llevo es negro. Nada especial, aunque por supuesto, yo siempre voy conjuntada. Me desabrocha la falda y me muevo un poco para dejarla caer al suelo. Se me queda mirando como si fuera un alien, o un bicho raro salido vete a saber de dónde.

—¿Joder! ¿Siempre vas así al trabajo?

—¿Qué le pasa a mi ropa? —le pregunto desconcertada mirando hacia abajo.

—¿Pues que es... jodidamente sexy, eso le pasa!

Sonríe ampliamente. Bueno, es un conjuntito sencillo, de encaje negro, con tanga tipo brasileña y ligero. Sí, supongo que es sexy.

—Ah, eso... Pues normalmente sí, voy así, o con algo parecido. ¿Y? ¿Algún problema?

—Pues que nunca más voy a comprar azúcar.

—¿Qué? —me río sin acabar de entenderle.

—Que me vas a tener aquí como un clavo todas las tardes para ver qué te has puesto debajo de esa ropa de vendedora seria, eficaz y terriblemente femenina que llevas siempre.

—Ah, ¿o sea que ya he superado al butanero?

Sonríe al recordar aquel comentario que hizo acerca de que cuando era niña, yo era menos femenina que el repartidor del butano.

—Pero mira que eres rencorosa...

Me encojo de hombros, le empiezo a quitar la camiseta y colabora encantado, sin dejar de repasarme con la mirada de arriba abajo una y otra vez.

—¿No te gusta?

—¡Claro que me gusta! ¿Siempre vas con ligueros?

—Casi siempre. No me gustan los pantis, así que si llevo medias, llevo ligüero.

—Pues mira lo que me hace...

Coge mi mano, la lleva a su entrepierna, y lo noto duro como una piedra.

Creo que voy a ampliar mi colección de ligüeros.

Le sonrío con picardía. Me encanta ponerlo así.

—Y tú ¿Qué llevas bajo los vaqueros?

—Mete la mano y lo compruebas.

Me río espontáneamente. Me encantan su descaro y la forma que tiene de provocarme continuamente.

Desabrocho los vaqueros y meto la mano, haciéndole soltar el aire con fuerza por la boca.

Lo acaricio entre la tela del pantalón y la del bóxer, sintiéndolo crecer aún más en mi mano a cada segundo.

—No está mal el bóxer, aunque me gustan más los que yo te vendí.

—Prepárame media docena más y mañana voy a por ellos.

Me río de nuevo. Apuesto a que lo dice en serio y mañana se presenta en la tienda a buscarlos.

—Eres un chico complaciente.

—No lo sabes bien.

Por supuesto, se esmera en demostrármelo. Tras desnudarse y acabar de desnudarme, soltando las ligas y el liguero casi con reverencia, me tumba en la cama con infinita dulzura y me acaricia hasta despertar todos y cada uno de los nervios de mi cuerpo, con las yemas de los dedos, con la palma de la mano, con los labios, con la lengua... No me deja guardarme nada para mí. Es concienzudo y exigente y no puedo negarle nada. Y aunque pudiera, no querría. Lo único que quiero es ver esa sonrisa de satisfacción en su cara cuando sabe que me entrego sin reservas. Disfruta con mi rendición, y honestamente, no me molesta lo más mínimo.

En cierto modo es mi propio triunfo.

Mi cuerpo convulsiona violentamente y me muerdo la boca para no gritar cuando un orgasmo abrumador libera la tensión que Samuel ha estado creando desde que entró con su taza en la mano y ha hecho crecer más y más con cada caricia. Se arrodilla, me da la vuelta sin previo aviso y me levanta las caderas para hacer que me apoye en mis rodillas, con la cara aún sobre la almohada. Antes de que mi cerebro tenga tiempo de reaccionar de ninguna manera, me agarra con fuerza, se pone un condón y se hunde en mí desde atrás sin más preámbulos. De un golpe certero y hasta el fondo.

Muerdo la almohada para ahogar un grito y su gemido de satisfacción se queda congelado en el aire. Por un segundo, ni se mueve.

—Dime que no te he hecho daño...

—Dios..., no hagas algo así sin avisarme...

—¿Te he hecho daño?

—No, pero... ¿siempre eres tan brusco?

—Lo siento, nena, no tengo mucha costumbre de preguntar antes de actuar...

Mi cuerpo sigue latiendo sin acabar de reponerse aún del reciente orgasmo y sentirlo tan poderoso y tan profundo en mi interior me vuelve loca.

Se mueve con cuidado y me agarro a las sábanas casi con desesperación. Me concentro en lo que siento, sin pensar en nada más.

—¿Te gusta? Dime que te gusta, cariño...

—Me gusta. Por favor, Samuel... Más rápido, vamos...

Se ríe suavemente mientras sigue impulsándose en mi interior cada vez más rápido, arrancándome jadeos que trato de controlar con muy poco éxito. Siento crecer su excitación a medida que sus movimientos se vuelven duros y casi salvajes.

—Nadia... Me voy a correr... No aguanto más, gatita...

Me clava los dedos y empuja violentamente en mi interior cuando llega al orgasmo y lo siento eyacular con fuerza. Contraigo tantos músculos como puedo controlar y siento su mano bajar hasta mi sexo para darme el último empujoncito.

Apenas dos roces y me arrastra con él al abismo. Mi cuerpo aprieta el suyo y gimo mordiéndome la boca y murmurando su nombre entre dientes hasta que me abraza incorporándome a medias para apoyar mi espalda contra su pecho y besarme el cuello con suavidad.

—¿Estás bien, gatita?

—Dios..., esto antes de cenar no debería estar permitido...

Se ríe y lo aprieto inconscientemente al sentirlo vibrar aún en mi interior.

—El león de la Metro está de vuelta ¿no?

—Está a punto de empezar a rugir.

Me besuquea la curva del cuello poniéndome la piel de gallina.

—¿Quieres que te haga la cena?

—Me estás malcriando —le respondo sonriendo.

—No me importa.

Sale de mí con cuidado y me gira entre sus brazos. Me aparta un mechón de pelo de la cara y me besa una vez más. Después de tanta pasión y tanta rudeza, esos arrebatos de ternura me descolocan y me desarman por completo.

—Debería hacerte la cena yo a ti. Es mi casa.

—¿Cocinamos a medias?

La zona de la cocina es muy pequeña y nos rozamos continuamente mientras hacemos fajitas de pollo para cenar. Me he puesto la ropa interior, no sin antes soportar las protestas de Samuel al respecto, una camiseta y pantalones de yoga. Él solo lleva los vaqueros. Y la forma en que los músculos de su espalda se mueven cada vez que hace el más mínimo gesto con los brazos me tiene fascinada.

—¿Vas al gimnasio?

—Sí —sonríe—. ¿Se me nota?

—Eres un creído.

—Se me nota, por eso me lo has preguntado.

—Yo voy un par de veces por semana, si puedo. Martes y jueves, normalmente.

—¿Y cuándo vas? Trabajas hasta tarde todos los días...

—Mañana a estas horas estaré llegando del gimnasio. El único rato que tengo es después del trabajo. Vengo a casa, me cambio y me voy un rato.

—¿Y a mediodía no tienes tiempo?

—Normalmente me quedo a comer con Ruth, y charlamos o hacemos compras. Algunas veces paso por casa de mis padres. A mediodía la verdad es que no me apetece nada andar cambiándome de ropa para hacer deporte. Además, la clase de ropa que llevo al trabajo no es práctica para ir al gimnasio, no sé si lo has notado...

—Lo he notado, sí. ¿Vuestra jefa os hace ir así vestidas?

—Le gusta que nos arreglemos. Tenemos una especie de código de vestuario. Y a Ruth y a mí nos encanta así que no hay problema.

—Me gustó la tienda.

—Es coqueta, ¿verdad?

—Sí. Y tiene cosas preciosas dentro. Empezando por ti.

Se olvida de la ensalada y se me acerca con aire seductor otra vez.

Me río y lo esquivo para llevar los platos a la mesa.

—Venga, a lo que íbamos, que me muero de hambre.

Se sienta frente a mí y empieza a comer con buen apetito.

—Yo voy casi todos los días, cuando salgo del colegio, también. Al gimnasio, digo —añade cuando ve mi cara de desconcierto.

—Ah, sí. ¿Y dónde vas? ¿Hay uno cerca del colegio, no? Lo he visto alguna vez que he llevado o recogido a Candela.

—¿Sueles ir a llevar o recoger a tu sobrina? —me pregunta interesado.

—No, solo lo he hecho alguna vez por causa de fuerza mayor, como quien dice, o porque Rita me debía horas y me ha dado alguna tarde libre.

—Ah, lástima.

—Sí, el horario comercial a veces es una lata.

—Sé qué gimnasio dices, pero no voy allí. Voy al polideportivo municipal que está aquí al lado. Me viene mucho mejor.

—¿En serio?

—Sí.

—Yo también voy allí.

—Joder, qué casualidad... O sea que no hemos coincidido por horarios...

—Sí, eso parece.

—Si quieres te espero.

Parpadeo sin dar crédito a lo que oigo.

—¿Esperarme? ¿Quieres que vayamos juntos al gimnasio?

—¿Y por qué no? Me gusta estar contigo.

Trato de buscar algún argumento para negarme, porque la verdad es que me da un poco de apuro que me vean con él en el gimnasio. Pero me mira con ojos de cordero degollado y finge un pucherito que me hace reír.

—No aceptas un "no" por respuesta, ¿eh?

—Rara vez. ¿Te espero en casa con la bolsa de deporte preparada o nos vemos allí?

Lo pienso dos segundos y luego suspiro antes de rendirme.

—Nos vemos allí. Llegaré sobre las nueve.

—Perfecto. Me muero por verte sudar.

CAPÍTULO 19.

Ruth se parte de risa cuando le cuento el numerito de la tacita de azúcar a la mañana siguiente. Hasta yo sonrío recordándolo.

—Desde luego el chico tiene imaginación. Y bastante morro, todo hay que decirlo.

—Tenías que haberlo visto, en serio.

—Me lo imagino.

—Puede que venga hoy, ¿sabes?

—¿Y eso? ¿Por fin has decidido quedar con él como una pareja normal y dejar de esconderte?

—No a buscarme. A comprarse unos bóxers.

Levanta una ceja preguntándome sin palabras.

—Le dije que me gusta cómo le quedan los que le vendí la semana pasada y dice que va a venir a por otra media docena.

—Chica, lo tienes cogido por los huevos...

—¡No seas bruta, Ruth!

—¡Pero si es verdad! ¡Come de tu mano! Deberías dejarte de tonterías y darle una oportunidad, en serio.

—Déjame tranquila, anda. Lo que tenga que ser, será. Si el tiempo me demuestra que es un hombre en el que se puede confiar, ya veremos a dónde va esto. Y si no, me evitaré males mayores. Ya me llevé bastante palo con Miguel.

—Sigo pensando que eres injusta con Samuel.

—Ya, bueno. No soy perfecta.

Un poco antes de las seis de la tarde, Samuel se presenta en la tienda con una de sus mejores sonrisas.

—Buenas tardes —saluda haciéndole una inclinación de cabeza a Ruth y observando de reojo a Rita. Ella se coloca un mechón de pelo rubio tras la oreja y sigue revisando albaranes, echándole alguna mirada furtiva de cuando en cuando al pedazo de hombre que viene directamente hacia mí.

Se me queda cara de tonta mirándolo. Este debe de ser sin duda el profesor Harrison: pantalón gris de vestir, con zapatos negros, camisa a cuadritos, y una trenca negra. Y está igual de sexy que con los vaqueros y la camiseta con los que se presentó anoche a mi puerta.

—Hola —le saludo en respuesta—. ¿Cómo tú por aquí?

Veo a Ruth ponerme los ojos en blanco desde el otro lado del mostrador y me agunto la risa a duras penas. Ya, miento fatal, lo sé. No tenía ninguna duda de que vendría, no sé para qué intento siquiera hacerme la sorprendida.

—Tienes mala memoria... Te pedí que me prepararas algo. ¿Lo has olvidado?

—¿En serio te vas a llevar media docena más?

—Sí. A mi chica le gustan.

Inmediatamente noto cómo se me suben los colores mientras Rita nos mira con mal disimulada curiosidad por encima de las coquetas gafas de diseño que utiliza para ver de cerca. Ignoro mi propio apuro y voy a buscar los bóxers. Regreso al mostrador con toda una pila de cajitas que coloco ordenadamente frente a Samuel.

—¿En qué color?

—Me fiaré de tu criterio.

—¿Negros, grises y blancos?

—Perfecto. Que sean dos de cada.

Los paga y se los lleva, después de susurrarme que nos vemos en el gimnasio. Nos saluda de nuevo a las tres con su mejor sonrisa y sale. Rita le mira con más descaro cuando ya se marcha, y en cuanto cierra la puerta tras de sí se me acerca entornando los ojos.

—¿Y ese chico?

—Es mi vecino —le respondo todo lo tranquila que puedo.

—¿Solo tu vecino? ¿Y por qué me parece que os habéis visto el uno al otro en ropa interior?

Me atraganto y me da un ataque de tos repentino, y a Ruth un ataque de risa. Mi amiga responde por mí sin cortarse un pelo.

—Porque así ha sido.

—¡Ruth!

—¿Qué? Es verdad, déjate de historias.

Miro a Rita muerta de vergüenza.

—No seas tonta, Nadia, que yo no soy tu madre. El chico es mono, la verdad. Y por lo que veo, se esfuerza en quedar bien contigo... ¿Cuántos bóxers se ha llevado?

—Media docena. La semana pasada vino y le vendí dos, y le han gustado.

—Te han gustado a ti —interviene Ruth.

—¿Te quieres callar ya, bocazas? —le reprocho.

Rita se ríe del descaro de su sobrina. Debe de ser muy divertido verme roja como un tomate y pasando vergüenza.

—Es obvio que tiene buen gusto —apunta mi jefa—, deberías enseñarle alguno de tus mejores conjuntos.

Ruth me mira esperando que diga algo, pero como no lo hago, lo hace ella.

—Ya lo ha hecho.

—Oh, bien —sonríe Rita con picardía—. Si necesitas algo más, ya sabes que tienes precio especial.

La semana transcurre en una rutina diferente a la habitual pero que me resulta tan llevadera que casi me asusta. El martes tal y como habíamos quedado, Samuel y yo nos encontramos en el gimnasio. Cuando yo llego él está calentando en una cinta y yo me pongo a correr a su lado. Después se pasa a las máquinas y empieza con lo que supongo que es su tabla completa de ejercicios, porque se mueve metódicamente y pasa de una máquina a otra sin dudar y sin perder apenas la concentración. Apenas, porque de cuando en

cuando me mira, me sonríe casi imperceptiblemente y se queda como atontado por un par de segundos.

Reacciona rápido, eso sí. Si yo no estuviera tan pendiente de él, quizás ni lo vería.

Pero estoy pendiente de él, y mi pulso se pone a cien cada vez que me mira. Y no precisamente por el ejercicio. Esos ojos azules tienen un poder sobre mí que me asusta.

Me mira a mí y solo a mí, aunque en el local hay al menos media docena de chicas que no le quitan el ojo de encima. En un momento dado incluso veo una que se acerca a pedirle algún tipo de indicación o ayuda con la máquina que quiere utilizar.  l le da una explicación cortés pero breve y le remite al monitor de la sala.

Algo parecido al orgullo me quema las entrañas. Quizás después de todo le he juzgado demasiado duramente y no tengo motivos para ser tan desconfiada con él. Quizás no tengo que temer que se l e con la primera que se le ponga a tiro.

Pero aunque sea una posibilidad, no tengo forma de saberlo a ciencia cierta.

Cuando salimos del gimnasio, recién duchados y con el subidón en el cuerpo, vamos caminando juntos hasta casa. El polideportivo no est  muy lejos de la urbanización, apenas a un kilómetro. Y es agradable conversar con él mientras regresamos. El otoño empieza a hacerse notar y no hay mucha gente por la calle, así que apenas nos cruzamos con nadie. Es un momento casi íntimo entre los dos, y Samuel lo aprovecha para proponerme que cene con él otra vez. Me cuesta un poco convencerle de que deberíamos cenar cada uno en su casa y al final claudica, pero justo después de cenar me toca a la puerta para pedirme con todo el descaro del mundo... una tacita de azúcar.

Y día s , día también, me toca a la puerta con cualquier excusa y tenemos un rato para nosotros solos, en el que casi olvido el miedo que me da que esto salga mal. Después, ya casi de madrugada, cuando los dos estamos saciados de sexo, de besos y de caricias, vuelve a su casa a dormir y me deja sola en la cama, extra ando su calor más de lo que me gustaría.

Mi cama huele a él y empiezo a pensar que, tanto si la gente lo sabe como si

no, como esto no funcione, el palo va a ser dantesco.

El viernes siguiente me manda un mensaje al móvil a la hora de comer.

"Voy a pasar por la tienda a las ocho. Tengo una sorpresa para Ruth y para ti"

Me deja tan intrigada que Ruth me lee en la cara que pasa algo.

—¿Qué? ¿Es Samuel?

—Sí. Dice que tiene una sorpresa para ti y para mí.

—¿Para mí también? Dile que no me van los tríos. Y menos con otra tía, aunque seas tú, que eres mi mejor amiga. Si fueran dos tíos para mí, todavía...

—¡Ruth! ¿Estás tonta?

Se parte de risa mientras mira mi móvil esperando otro mensaje que nos aclare el misterio, pero Samuel sin duda está esperando a que yo le pregunte. Al final tecleo.

"¿Qué clase de sorpresa?"

"Una que incluye cena y algunas copas"

Nos deja igual que estábamos, pero por lo breve de su contestación, deduzco que no nos va a decir más. Además, me resisto a mostrarme ansiosa por saber de qué se trata.

Lo cual no quiere decir que no lo esté, por supuesto, pero soy una chica lista y no se lo voy a dejar ver, de modo que contesto:

"Vale. Pues a las ocho te vemos"

Y a las ocho en punto, mientras Rita cierra la puerta para hacer la caja, Ruth y yo recogemos nerviosas y nos retocamos el maquillaje y el pelo en el baño como si la sorpresa fuera que se va a presentar en la tienda con nuestro actor o cantante favorito. Si incluye cena y copas debe de ser que viene con alguien, porque si no, ¿para qué invitaría a Ruth?

Un flash ilumina mi cerebro cuando se me ocurre una posibilidad descabellada.

Pero no, no puede ser.

Sacudo la cabeza y Ruth me mira sonriendo de modo apreciativo.

—Estás perfecta. ¿Y yo?

La miro también y sonrío. Ruth siempre está perfecta. Hoy se ha puesto un vestido negro sin mangas, tipo pichi, con una blusa blanca debajo. Parece una secretaria, con sus zapatos de tacón y sus medias negras. Se ha abierto un par de botones de la blusa y le queda indiscutiblemente sexy.

—Estás genial. Si la sorpresa es Chris Hemsworth, te lo vas a llevar al huerto sin ningún problema.

Se ríe y me empuja para que salga. Rita ya ha cerrado caja y está cogiendo su bolso.

—¿Nos vamos, chicas? Nadia, creo que tu vecino está ahí fuera esperándote...

Sonrío nerviosa y me acerco a abrir la puerta seguida por Ruth y Rita. Cuando salgo a la calle, veo a Samuel charlando con alguien junto al escaparate.

Y Ruth se queda blanca cuando vemos que es Daniel.

Su Daniel, el que se tiró en Mallorca.

Se ve que soy más bruja de lo que suelo pensar, porque es exactamente la posibilidad descabellada que se me ha ocurrido hace un rato.

Samuel se gira y nos sonrío señalándolo con la cabeza.

—¿Habéis visto quién está aquí? Porque os acordaréis de Daniel, ¿no?

Daniel se acerca primero a mí y me da dos besos sonriéndome como si ayer mismo hubiéramos estado bromeando en la piscina del hotel.

—Hola, Nadia. ¿Qué tal?

—Bien, Daniel, gracias. Te veo genial.

Sonríe de nuevo y después se gira hacia Ruth, mirándola de arriba abajo sin cortarse un pelo.

—Hola, Ruth.

Mi amiga lo mira con su pose seductora habitual, como si no estuviera

especialmente afectada.

Aunque yo diría que lo está.

—Hola, inglesito. ¿Cómo tú por aquí?

—Necesitaba un cambio de aires. Me alegro de verte.

Se besan en la mejilla ligeramente tensos. Samuel se está divirtiendo de lo lindo viendo a Ruth tan desconcertada. Porque está descolocadísima, todo hay que decirlo, y se le nota. Yo sin duda se lo noto más que ellos, pero se le nota.

Rita, que se ha quedado un poco al margen, se despide de nosotros con un gesto de cabeza y una sonrisa, y se marcha discretamente. Samuel apoya la mano en mi cintura y me insta a caminar con él.

—Vamos a tomar una cerveza, ¿os parece?

Nos vamos a un bar cercano y Ruth y yo esperamos en una de las mesas a que los chicos traigan las cervezas. La veo mirar hacia la barra con una expresión que quiere parecer fría e impasible, pero a mí no me engaña. Está nerviosa.

Daniel le gusta más de lo que quiere reconocer. Hasta ahora no ha sido un problema porque vivía en Londres y no tenía ningún contacto con él, pero ahora ha venido.

Como sea para quedarse, me temo que mi amiga va a verse ante un serio dilema.

Antes de que me dé tiempo a preguntarle a Ruth qué le parece la sorpresa, Samuel y Daniel se sientan con nosotras, así que lo dejo para otro momento. Daniel cuenta que ha decidido darse un cambio de aires y dejar Londres, al menos por un tiempo. Tiene familia en Madrid, una hermana de su madre, que lo ha acogido en su casa provisionalmente, aunque su intención es buscarse un piso pequeño, una buhardilla, o lo que sea tan pronto como pueda. Y su tío tiene un taller mecánico en el que va a empezar a trabajar la semana que viene.

—No sabía que fueras mecánico —le dice Ruth arqueando una ceja.

—Yo tampoco sabía que tú vendieras bragas —le responde él a la defensiva.

—Vendo mucho más que bragas, listillo —le responde Ruth divertida

mientras Samuel nos mira de reojo y sonrío— ¿Me harás un descuento si te llevo el coche al taller?

Daniel se relaja un poco y le sonrío.

—Tendré que hablar con mi tío. Pero no te quepa duda de que estará en las mejores manos.

Nos pasamos un buen rato charlando, y los ánimos se van calmando un poco. Desde que Samuel y yo estamos juntos, o lo que sea que tenemos entre nosotros, podemos hablar civilizadamente sin pelearnos como antes cada cinco minutos. Ruth dice que es porque estamos bien surtidos de sexo.

Y seguramente es cierto.

Entre ellos dos la conversación es bastante fluida, aunque yo diría que están un poco irritables. En cuanto uno hace un comentario susceptible de ser considerado ofensivo, el otro se envara. Es como si de pronto tuvieran que demostrarse algo el uno al otro. Como si tuvieran que mostrar lo que valen.

Me deja pasmada entrever ese resquicio de inseguridad en Ruth. Ella siempre ha sido una mujer de bandera. Es preciosa, sin duda, con su pelo negro y brillante y su melenita recta cortada estilo Cleopatra, con ese flequillo que casi le roza los ojos, oscuros e inteligentes. Tiene un cuerpo envidiable gracias sobre todo a un metabolismo agradecidísimo que quema cualquier exceso sin ningún problema. Tiene estilo y personalidad, es alegre y desenfadada, y sabe de todo un poco, de modo que está a la altura en cualquier conversación. Odia quedar como una inculta, así que lee muchísimo y ha hecho todo tipo de cursos, desde manualidades a informática pasando por varios idiomas. Es una curiosa sin remedio.

Nunca hasta ahora la había visto dudar delante de un hombre. Menos aún ante uno con el que, de hecho, ya se ha acostado.

Creo que no le importaría repetir.

Y es raro que Ruth repita conquista.

Más raro todavía que repita más de una vez.

Y no sé por qué me da que con Daniel no le importaría.

Puede que mi intuición sea cierta y lo que en este momento esté haciendo saltar chispas entre ellos no sea ni más ni menos que tensión sexual no

resuelta.

O resuelta hace tanto tiempo que necesitan otra oportunidad.

Después de la cerveza, nos vamos a cenar. Samuel elige un sitio cercano donde dan platos combinados y raciones, sencillo pero de ambiente acogedor. La comida es muy buena y el camarero que nos atiende es muy agradable.

Demasiado agradable para Samuel, que después de la segunda sonrisa que el chico nos echa a Ruth y a mí, pasa la mano por encima de mi hombro y me atrae hacia sí posesivamente.

Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme. Ruth directamente se parte de risa.

—Buenoooo... No conocía esa faceta celosilla tuya, Harry... —se burla la bruja de mi amiga.

Sonríó y miro a Samuel. Ruth solo lo llama Harry cuando está Daniel presente.

—¿Celoso yo? Venga ya...

—Es muy mono el camarero, ¿verdad, Nadia?

La miro advirtiéndole que no se pase. Los dedos de Samuel se curvan casi imperceptiblemente sobre mi hombro. Sí que está celoso, diga lo que diga. Y la verdad es que me siento bien por eso, aunque no sé si lo entiendo del todo.

—Bueno, sin más.

—¿Sin más? A mí me parece bastante guapo.

—Eres una bruja, ¿lo sabes? —le espeta Daniel, midiéndola con la mirada.

Ruth se encoge de hombros y sonrío con picardía. Luego le contesta.

—Ten cuidado de que no te convierta en rana, principito.

Samuel y yo nos reímos de su ocurrencia y el momento de tensión pasa. El camarero por suerte se mantiene alejado hasta el momento de recoger la mesa y Samuel se relaja cuando le dedico toda mi atención a él la siguiente vez que el chico se nos acerca.

Daniel propone que tomemos un café y naturalmente aceptamos. Salimos del

restaurante y caminamos un poco hasta meternos en un café de aspecto bohemio pero estiloso. Las mesas son de forja con tableros de mármol, y las sillas recias de madera oscura. Nos sentamos en una de las pocas mesas libres y pedimos nuestros cafés. Ruth y yo *cappuccinos*, Daniel un irlandés y Samuel un café solo. Retomamos la conversación y Daniel nos entretiene con anécdotas de todo tipo. Es bastante payaso, pero muy divertido.

Y cuando mejor lo estamos pasando, una voz a un par de metros me hace ponerme en tensión de nuevo.

—¡Ruth, Nadia! ¡Qué casualidad encontraros aquí!

Es Paolo.

Miro con una sonrisa forzada y veo que está con su hermano Carlo y otro amigo. Y la novia de Carlo no está a la vista.

Genial, espero que Samuel no monte un numerito, porque lo cierto es que, para no ser celoso, tiene pinta de estar dispuesto a saltar sobre la yugular de Carlo si se atreve a moverse hacia aquí.

CAPÍTULO 20.

Es Paolo quien echa a andar primero, y su hermano le sigue en un segundo plano. El mayor de los italianos se acerca a Ruth con su aire de hombre seductor y seguro de sí mismo.

—Hola, *bella*. ¿Qué tal?

Ella le sonríe educadamente pero sin mostrar excesivo interés.

—Bien. ¿Y vosotros?

—Pues preparándonos para disfrutar del fin de semana —le responde él mirándola con deseo mal disimulado. Ruth se hace la loca y se limita a seguir sonriendo. Daniel mantiene la vista fija en su café, y Samuel est  aparentemente tranquilo aunque mira a Carlo de reajo, como ret ndolo a que me diga algo.

Y Carlo se pone entonces al lado de su hermano y me saluda. Bueno, nos saluda, a Samuel y a mí.

—Hola, Nadia. Samuel. Qué sorpresa veros... juntos.

Samuel le sostiene la mirada y lo noto tensarse conteniéndose. Supongo que va a decirle que somos vecinos, amigos, algo así. Pero se limita a contestar:

—Ya ves. ¿Y Sofía?

Carlo se tensa también, tomándose la mención a su chica como una advertencia. Y probablemente eso es lo que es.

—He quedado con ella dentro de un rato. Iba a salir con unas amigas.

—¿Habéis arreglado las cosas? —le pregunto en tono conciliador tratando de relajar a Samuel, que est  apretando tanto los dientes que casi le chirri n.

—S , gracias, *bella*. Siento el numerito que te tocó presenciar.

Mira a Samuel con rencor, como culp ndole de parte del "numerito", como él dice. Tiene parte de culpa, por supuesto, pero los cuatro la tenemos: Samuel, Carlo, Sofía y yo. Todos somos mayorcitos y responsables de nuestros actos y decisiones.

—Fue una situación muy surrealista, es cierto —le digo con una sonrisa.

Paolo, que se había mantenido un poco al margen, interviene de nuevo mirando solo a Ruth.

—Veo que ahora estás ocupada, *bella*, pero ¿tienes planes para mañana? ¿O tal vez podemos quedar hoy más tarde?

Casi me atraganto con mi *cappuccino*. Este chico no se corta ni media.

Ruth levanta la cara y enarca una ceja, mirándolo con aire ligeramente desdeñoso.

—Pues no, aún no he hecho planes.

—¿Y entonces? ¿Quedamos luego, o mañana?

Sonríó ante el descaro del italiano. Es evidente que no está acostumbrado a ser rechazado.

Pero también es evidente que no conoce a Ruth.

—Hoy estoy ocupada, como ves —le dice ella mirándome a mí y evitando especialmente mirar a Daniel—, y mañana seguramente también. Ya te llamaré yo, si eso...

Daniel y Samuel sonríen. Han captado el significado real de esa frase final, que podría traducirse por algo como "dudo que esté lo suficientemente interesada o desesperada como para llamarte alguna vez".

La cara de Paolo solo refleja desconcierto y decepción por una milésima de segundo. Luego saca su sonrisa seductora de nuevo y se despide con una inclinación de cabeza.

—O.K. Esperaré tu llamada, entonces.

Es una frase que podría considerarse galante, pero todo su lenguaje corporal está diciendo "Si te decides a llamarme alguna vez, te haré suplicar, bonita. No soy el tipo de hombre al que puedes tener esperando hasta que a ti te apetezca".

Pero a Ruth no parece importarle. Le sonríe y vuelve de nuevo su atención a su café mientras Carlo también se despide con un gesto rápido, midiendo a Samuel con la mirada por última vez.

Cuando Paolo se marcha, Daniel mira a Ruth con curiosidad y le pregunta.

—¿Un noviete o algo parecido?

—No. Un conocido —le responde Ruth sin darle importancia.

—¿No tienes novio?

—¿Y a ti qué te importa? —responde ella a la defensiva.

—Simple curiosidad —contesta él encogiéndose de hombros con indiferencia.

—No, no tiene novio —responde Samuel tranquilamente.

Ruth resopla fastidiada mientras Samuel la ignora descaradamente dando un sorbo a su café.

—Con el carácter que se gasta a veces, no me extraña —se burla Daniel.

—¿Pero qué pasa, que los ingleses sois gilipollas por naturaleza o qué? — explota Ruth molesta por la forma en que ambos están hablando, como si ella no estuviera presente.

—Yo no tengo genes ingleses, guapa. Pensé que lo sabías —le contesta él con retintín.

—Pues será algo que os ponen en la leche, porque sois los dos igual de memos.

En vez de enfadarse, se parten de la risa. Yo la miro sin saber muy bien cómo actuar. No es normal que Ruth se ponga así de repente, tan... a la defensiva.

Daniel le gusta. Le gusta mucho. Y está haciéndose la borde porque no quiere volver a caer.

—No te enfades, Ruth —le dice al final Samuel tratando de apaciguarla—. ¿No es un secreto que no tengas novio, no?

Me mira de reojo y me siento mal. Que yo sí lo tenga, bueno, o algo parecido, sí es un secreto. Y me lo está echando en cara.

—Tampoco es de su incumbencia.

Daniel se encoge de hombros y la mira con la provocación escrita en la cara.

—Lo he preguntado por curiosidad... y por prevención. No me gustaría tener

que responder ante un novio cabreado si por lo que sea pasa algo entre tú y yo.

—Ante el novio cabreado debería responder ella, en todo caso —puntualiza Samuel.

Vale, eso también va por mí. Me sentía culpable por meterme entre Cassandra y él, aunque él insiste siempre en que no había razón para ello porque yo ni siquiera lo sabía, así que la responsabilidad era toda suya. Me empieza a fastidiar tanta indirecta, ¡ni que la única que se equivocara en esta relación fuera yo!

—¿Queréis dejarlo ya? Además, no sé por qué deduces que entre tú y yo podría pasar algo.

—Pues porque ya ha pasado, preciosa. Y al menos yo tengo un buen recuerdo de aquellas vacaciones. No me importaría repetir.

Samuel sonrío ante el descaro de su amigo, y yo me quedo pasmada. Ruth levanta la cabeza con orgullo y trata de parecer indiferente, aunque las aletas de su nariz están dilatadas y respira lentamente esforzándose en no mostrar ninguna emoción.

—Los buenos recuerdos es mejor no tocarlos. Se estropean con facilidad.

—Me subestimas.

Ruth no sigue respondiendo a las provocaciones de Daniel y Samuel consigue desviar la conversación a temas menos comprometidos. Cuando acabamos el café y nos disponemos a marcharnos, Ruth y yo decidimos pasar por el baño.

Nada más entrar, le pregunto a bocajarro.

—¿Qué te pasa con Daniel?

—¿A mí? ¡Nada!

—Ruth, que te conozco. Estás a la defensiva.

—No me interesa repetir, eso es todo.

—Con Paolo tampoco te interesa y no te has puesto ni la mitad de nerviosa.

—No digas tonterías.

La miro con el reproche escrito en mis ojos y me encierro tras la puerta del

baño sin decirle nada más. Ella entra a continuación y yo la espero lavándome las manos.

Se mira en el espejo y se encuentra allí con mis ojos, que la siguen mirando igual que antes.

Al final cede.

—¡Vale, me pone nerviosa, lo admito!

—¿Pero por qué? En Mallorca congeniasteis de maravilla, yo creía que te gustaba.

—Me gusta.

—¿Y entonces?

—Pues ese es el problema, que me gusta. No quiero estropear ese recuerdo, ya se lo he dicho.

—¿No crees que puede merecer la pena que te arriesgues?

Me mira enarcando una ceja y me contesta con dureza.

—No me des lecciones, ¿quieres? Ni siquiera eres capaz de enfrentar lo que tienes con Samuel.

Salimos del baño molestas la una con la otra. Sé que tiene razón y me fastidia reconocerlo. Samuel nos ve las caras y sé que se ha dado cuenta de que algo no va bien, pero trata de parecer desenfadado y superficial.

—¿Vamos a tomar algo por ahí?

—No sé si me apetece mucho —responde Ruth.

—Venga, una copa y nos vamos.

—Tenemos que conducir —apunta ella mirándome. Hemos dejado los coches en el garaje de Rita, tiene razón.

—Pues os tomáis una Coca-cola, o una cerveza sin alcohol. ¿Tú qué dices, gatita?

Miro a Ruth de reajo y creo que me está pidiendo que la cubra, pero estoy molesta con ella así que le sonrío a Samuel y contesto mimosa.

—Venga, pero solo una copa.

Los chicos eligen el bar y lo cierto es que la elección es cuanto menos sorprendente. Es un local grande y oscuro, iluminado con puntos de luz negra. Tanto las paredes como el suelo son de pizarra muy oscura, y en los techos se ve todo un entramado de tubos de climatización. Me recuerda a la película "Matrix", aunque con un toque más bien gótico. En los muros no hay cuadros, sino espejos que cuelgan cerca del techo en un ángulo ligeramente inclinado, lo cual permite observar con comodidad desde cualquier punto a la multitud que baila.

Porque el bar está lleno, y la clientela es de lo más pintoresca.

La música es principalmente rock, aunque con pinceladas de pop, dance y electrónica, y suena a un volumen considerable. Cuando empieza a sonar Lady Gaga sonrío a Samuel.

—Esta te gusta ¿no?

—Me encanta.

—Estamos fuera de lugar con esta ropa.

Samuel me mira de arriba abajo, y mira también a Ruth de reojo. La blusa blanca de mi amiga llama la atención a causa de la luz negra. Yo llevo una falda gris y un jersey negro de cuello cisne, con zapatos altos de pulsera. Hemos venido directas del trabajo y parecemos dos dependientas, que es exactamente lo que somos.

—No digas tonterías. Aquí hay gente de todo tipo, ¿no lo ves?

Casi tiene que gritarme al oído porque la música está demasiado alta como para conversar. Mi idea de una copa un viernes por la noche no es esta realmente, aunque el sitio reconozco que me gusta.

Miro alrededor y empiezo a fijarme en que no todo el mundo va de negro, con estética rock, punk o gótica. Samuel lleva vaqueros negros y una camisa azul oscura. Pero sus ojos claros y la ligera barba le dan un aire sexy y peligroso perfectamente acorde con el lugar. Creo que es un hombre que encajaría en cualquier sitio incluso sin proponérselo. Daniel lleva un vaquero gastado, y una camisa negra, ropa que también sirve para casi cualquier ocasión. Pero detrás de nosotros veo un grupo de chicas de poco más de veinte años, vestidas con minifaldas y vestidos cortos y ajustados, en colores claros y chillones, con las uñas llamativamente pintadas y maquillajes recargados.

Probablemente no es lo que yo considero que encaja en el ambiente del bar, pero están en su salsa.

Miro de nuevo hacia Ruth y veo que Daniel la agarra para bailar. Ella se resiste débilmente pero enseguida acaba sucumbiendo al encanto del inglesito, como ella lo llama. Y cinco minutos después está bailando y riéndose como hacía tiempo que no la veía. Y eso que yo veo divertirse a Ruth muy a menudo.

Samuel posa una mano en mi cintura y con la otra me levanta la cara. Nos quedamos mirándonos a los ojos, parados en medio del bar, mientras la gente baila a nuestro alrededor y la música retumba, atronadora.

Me acerca a él con suavidad, y nuestros cuerpos se quedan pegados. Apoyo ambas manos en sus antebrazos fuertes y poderosos.

Adoro su cuerpo.

Y me está llamando a gritos en medio del caos que parece haber a mi alrededor.

Se inclina suavemente y me besa mientras empieza a mecerse bailando lentamente y sus manos me cogen la cara como si fuera lo más precioso que sus ojos hubieran visto nunca. Su boca me tienta con roces sutiles, con ligeros mordisquitos que me vuelven loca. Su lengua llama a la mía haciéndome sentir tan solo por un instante su calor, y luego se retira, burlándose. Me pongo de puntillas y gimoteo frustrada, y él se ríe ligeramente contra mi boca.

—Eres un canalla.

Lo agarro de la camisa y tiro de él bruscamente. Accede a contentarme por fin y me besa de verdad.

Saquea mi boca sin ningún pudor. Me muerde, me raspa con la barba, su lengua empuja la mía sin contemplaciones.

Me pone a cien en apenas unos segundos.

Y entonces se aparta de mí mirándome a los ojos. Se inclina sobre mi oído y me roza la oreja con la nariz mientras le oigo decir con voz ronca y necesitada.

—Vámonos a casa.

Asiento como una autómatas. Ni me lo pienso. Mi pulso galopa como loco y

mi piel arde por él. Lo necesito desesperadamente.

Cuando me giro hacia Ruth, está enganchada al pelo de Daniel, apretada contra su cuerpo y besando su boca como si le fuera la vida en ello.

Samuel sonrío y le toca un hombro a su amigo para decirle que nos vamos.

Daniel asiente y coge a Ruth por la cintura. Mi amiga me mira con cara de desconcierto, como si acabara de despertarse de la siesta y no supiera bien dónde está ni con quién.

Sí que debe de besar bien el inglesito si es capaz de dejarla en ese estado de atontamiento.

Salimos los cuatro a la calle y caminamos hacia el garaje donde tenemos los coches. En realidad no nos hemos alejado tanto, así que volvemos dando un paseo, yo agarrada a Samuel y Ruth tratando de evitar que Daniel la agarre del mismo modo, aunque en el fondo se muera de ganas. No sé ni para qué lo intenta. Creo que los cuatro somos plenamente conscientes de cómo va a acabar esta noche.

Por lo menos yo no tengo ninguna duda de cómo la vamos a acabar Samuel y yo.

Cuando estamos llegando al garaje caigo en la cuenta de que no sé cómo han venido ellos.

—¿Habéis venido en coche? —le pregunto a Samuel.

—No. Pero me llevas ¿verdad gatita?

—Pues claro. ¿Y Daniel?

El susodicho mira a Ruth con cara de perrito apaleado. Ella claudica enseguida, por supuesto.

—Vale, te acerco a tu casa, no hace falta que me mires así.

Samuel se ríe por lo bajo, aunque la sonrisa se le borra cuando entra conmigo a por mi coche. Suspira cuando le abro la puerta y entonces soy yo quien se ríe.

—Venga, quejica, que son veinte minutos. No se te van a atrofiar las piernas por no poder estirarlas un rato.

Coge aire y se aguanta las ganas de decirme algo mordaz. Daniel entra en el

306 de Ruth sin decir ni pío.

—Mañana te llamo —me dice mi amiga a modo de despedida.

—Por supuesto —le respondo guiñándole un ojo. Ella niega con la cabeza como si quisiera decirme "eso que estás pensando no va a pasar".

Pero yo no estoy tan segura.

Si tuviera las cosas tan claras no se habría estado comiendo la boca con Daniel hace menos de media hora.

Yo apuesto por el inglesito, la verdad.

Sacamos ambos coches del garaje y salimos en la misma dirección, aunque Ruth se desvía poco después. Samuel los ve desaparecer en el tráfico y luego sonríe.

—¿Por qué Ruth está a la defensiva con Daniel?

—¿Y por qué tendría yo que hablar de eso contigo?

—Es mi amigo.

—Y mi amiga.

—¿Y no te gustaría que estuvieran juntos?

—Es cosa de ellos. Además, no conozco a Daniel lo suficiente como para saber si es lo que Ruth necesita.

—Pues al menos esta noche, yo diría que lo necesita. Por cómo se estaban magreando en el bar, llevan los dos un calentón importante.

—¡Samuel!

—¿Qué? ¡Es verdad!

Enciendo la radio negándome a hablar de eso con él. No voy a decirle que Ruth seguramente tiene miedo de llevarse un palo, igual que lo tengo yo. Además Daniel parece perfecto como rollito de verano, pero no creo que sea el tipo de hombre para una relación duradera.

—¿En qué piensas? —me suelta de pronto Samuel interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

—En nada. Estaba oyendo la música.

—Mientes de pena.

—Estoy conduciendo, solo estoy concentrada.

—Eres una mujer. Se supone que las mujeres podéis hacer varias cosas a la vez: conducir, oír música, pensar si mi amigo está a la altura para tu amiga...

—Déjalo ya, Samuel.

—Daniel es un buen tipo. Que tu ex fuera un cerdo no nos hace a todos iguales.

Lo miro sin ser capaz de decirle que también él me pareció un cerdo por liarse conmigo cuando aún estaba con Cassandra. Que incluso ahora no sé si sigo pensando que lo es, aunque sea un poco. Que por eso sigo desconfiando de él.

No hace falta que diga nada. Baja la cabeza y se mira las piernas medio encogidas con pesar.

—Ya. Lo que piensas de mí no es muy diferente. Pero tú tampoco eres un dechado de virtudes...

—Nunca he dicho que lo fuera.

—Entonces tal vez nos merecemos el uno al otro.

Se me escapa una risa espontánea.

—A ti te da igual todo mientras acabe hoy en tu cama ¿no?

Le miro de arriba abajo dejándole ver cuánto lo deseo. No somos perfectos, es verdad, pero tampoco creo que eso sea necesario. Lo único que necesitamos es saber mostrar al otro que solo él importa.

A mí solo me importa Samuel, aunque no jugara limpio en aquella ocasión. Solo quiero saber que es mío y que no tengo nada que temer.

Él creo que tiene miedo a que yo no quiera hacer público lo nuestro porque no le tomo en serio. Y no es eso. La verdad es que tengo miedo a que me falle.

Tampoco yo fui muy elegante vengándome de Miguel, tiene razón. Pero no soy una bruja. No soy una mala persona, solo soy una mujer herida. Una gata que se defiende de la única manera que sabe.

—¿Vas a acabar en mi cama? —me pregunta con un ligero deje de inseguridad en su voz.

—O tú en la mía, como prefieras.

—Daniel no es un mal tipo. Y yo tampoco, me gustaría que pudieras perdonar y olvidar de una vez por todas.

Asiento mirando a la carretera.

—Créeme que me gustaría, pero tengo una memoria prodigiosa. Me cuesta mucho olvidar.

—Qué suerte entonces que yo tenga mucha paciencia. Te acabaré convenciendo. Te demostraré que puedes confiar en mí.

—Hazlo. Por favor.

Cuando llegamos a casa y aparcamos el coche no hay un alma en los alrededores de la urbanización, ni se oye una mosca desde el garaje hasta la planta superior. Subimos en el ascensor besándonos aunque me aparto de él cuando las puertas se abren. Siempre temo que alguien nos sorprenda en el rellano.

Por supuesto no hay nadie, así que le agarro de la ropa y lo vuelvo a atraer hacia mi boca.

Se separa lo justo para preguntarme.

—¿En tu casa o en la mía?

—Como quieras. Mejor en la mía, tengo que desmaquillarme luego.

Paramos junto a mi puerta y mientras rebusco las llaves con desesperación se pega a mi espalda y aprieta contra mis nalgas su entrepierna endurecida, clavándome los dedos en las caderas.

Apenas giro la llave me empuja dentro y cierra tras de sí mientras me conduce hacia la cama relamiéndose los labios provocativamente.

—Venga, gatita. Muéstrame lo que llevas hoy bajo la falda...

CAPÍTULO 21.

El sábado, Samuel y yo nos pasamos media mañana en la cama, holgazaneando, ya que es festivo y no tengo que trabajar. Aunque claro, quien dice holgazaneando, dice haciendo el amor... Es tan apasionado, tan dulce, tan cariñoso, tan concienzudo... Es el tipo de hombre por el que cualquier mujer perdería la cabeza. Cuando consigo sacarlo de la cama, insiste en ducharse conmigo, y entre gemidos y risas conseguimos ducharnos los dos a duras penas en el minúsculo cubículo de ducha de mi cuarto de baño. Tal y como había previsto que ocurriría si algún día se nos ocurría intentar algo así, me clavo la grifería en los riñones y tengo que añadir un moratón más a la cantidad de marcas que Samuel me ha dejado desde anoche.

A mi chico le encanta dejar huella, qué le vamos a hacer.

Mientras yo me seco el pelo, él pone la cafetera, prepara el desayuno e incluso hace la cama. El olor a café recién hecho me recibe cuando salgo del baño y me siento a desayunar.

—Por Dios... Eres un chollo ¿lo sabías?

—Por supuesto —se ríe—. Y me vendo estupendamente, por si no lo has notado.

—Lo he notado, créeme. Me tienes casi convencida.

Vuelve a reírse aunque no dejo de notar que ese "casi" no le ha entusiasmado. Quiere convencerme del todo y yo no le dejo. No acabo de confiar en él.

Desayunamos charlando tranquilamente y barajando posibilidades sobre lo que podemos hacer esta tarde-noche. Por supuesto, hasta que no hablemos con Ruth y Daniel no podemos decidir nada.

Por fin consigo echarlo a eso de las doce y media. Tengo que ir a comer a casa de mis padres, como cada sábado, y además tengo que llamar a Ruth, o al menos mandarle un mensaje para ver en qué quedó la noche. Porque estoy segura de que con Daniel hubo más que besitos de buenas noches.

Ese chico me cae bien. Es directo, divertido y descarado. Ruth le gusta y no

se molesta en disimularlo. Lo único que aún no tengo claro es qué clase de relación podrían tener esos dos.

Creo que a Ruth le da miedo salir con alguien más de una vez. Puedo contar con los dedos de una mano las relaciones que ha tenido de más de un mes, y quizás con los de las dos manos las ocasiones en que se ha acostado dos veces con el mismo hombre. Siempre ha sido "la loca de Ruth", nunca le costó trabajo ligar, pero siempre han sido rollitos sin importancia, relaciones superficiales. Desde que nos consideramos adultas lo cierto es que no ha tenido ninguna experiencia negativa que condicione su forma de relacionarse con los hombres, pero la verdad es que tampoco ha salido con ninguno el tiempo suficiente. Hubo un chico en el instituto que le gustó mucho. Salió con él durante un par de meses, pero la dejó por otra, y ella se lo tomó fatal. Estaba tan herida que durante mucho tiempo no quiso saber nada de salir con chicos. Luego volvió a ser la de siempre.

O eso pensamos todas.

Ahora que lo pienso mejor, puede que no fuera así. Puede que ese chico sí la marcara más profundamente de lo que nosotras pensábamos. O más que el chico, la experiencia.

No ha vuelto a permitir que la dejen. Ella se aburre antes. O hace ver que se ha aburrido.

Y lo cierto es que no tengo ni idea de lo que Daniel busca en ella.

Bueno, sexo, eso seguro. Pero no sé si algo más allá de unos cuantos polvos.

Samuel dice que es un buen tipo, pero claro, yo no acabo de fiarme de Samuel... ¿Por qué iba a fiarme de lo que diga de su amigo?

Me acabo de arreglar para ir a casa de mis padres y llamo a Ruth, pero no me coge el teléfono. Qué raro.

Me va a tener que dar muchas explicaciones.

Como con mi familia y juego un rato con mi sobrina Candela, soportando el interrogatorio de mi madre acerca de Samuel. Que si cómo está. Que si nos vemos a menudo. Que si tiene novia...

—¿Y a ti qué te importa si tiene novia, mamá?

—Bueno, hija, curiosidad. Es un chico muy guapo.

—Ya te digo —interviene mi hermana Sole—. En el colegio las madres babeaban cuando acompañaba a los niños a la salida.

Mi estómago se retuerce violentamente y aprieto los dientes.

¡Oh, Dios..., estoy celosa!

—No me extraña —sigue diciendo mi madre—. Lo raro es que no tenga novia... ¿No será gay?

—¡Mamá, por favor! —la reprendo.

—¿Qué? Es que me parece rarísimo...

—No es gay —digo por fin—. Sé que tenía una novia en Londres, pero rompieron.

Obvio decir que rompieron entre otras cosas porque yo me lo tiré, y que aquí tenía follamigas hasta hace apenas nada, pero ya no las tiene porque con la única que se acuesta es conmigo.

—Ah, vale, eso ya me parece más normal.

—Pues Inma está loca con él.

Me pongo automáticamente en guardia.

—¿Inma? ¿Tu amiga Inma?

—Sí, la madre de Sara, la amiguita de Candela.

—Ah, claro, que está divorciada —interviene mi madre.

—El otro día lo invitó a un café —continúa mi hermana.

—¿En serio? —pregunto con aparente indiferencia. Me voy a partir una muela de tanto apretar los dientes. Empiezo a notar cómo me palpita una vena en la sien. Solo es un café, Nadia, relájate. No ha hecho nada.

Creo.

—¿Y él aceptó?

—Creo que le dijo que había hecho planes con un amigo, pero que tal vez en otra ocasión.

—Ah...

—Debería echarse una novia española —sentencia mi madre.

—Oh, vamos, mamá... ¡Deja de organizarle la vida a la gente!

Mi madre me mira como diciendo "¿Y a ti qué bicho te ha picado ahora?", y mi hermana me reprende con la mirada.

Vale, quizás he sido un poco dura con mi madre, pero... solo me falta que se ponga a buscarle novia a Samuel.

Cuando salgo de casa de mis padres miro mi móvil en busca de algún mensaje de Ruth. Nada. Marco su número y espero, mientras camino a paso ligero hacia mi coche. No llueve pero ha refrescado un poco, y la cazadora que me he puesto hoy es demasiado ligera.

—Hola.

—¿Qué? ¿No pensabas devolverme la llamada de esta mañana?

—Perdona, he pensado que estarías en casa de tus padres y no podrías hablar.

—¿Te acostaste con él?

—...

No responde.

—¡Ruth!

—Cuatro veces entre anoche y esta mañana. No, espera, cinco. No había contado la de la ducha.

—¡Joder con los ingleses!

—Daniel no es inglés... —se ríe ella.

—¿No decías que no te interesaba repetir?

—Ya, vale... Te encanta esa parte de "te lo dije"...

—¿Y? ¿Estropeó el recuerdo de la noche de Mallorca y tuvo que enmendarlo las otras cuatro veces?

—Nadia..., no seas cruel. Me gusta mucho, no puedo evitar dejarme llevar.

—Chica, cinco veces no es lo que yo llamaría "dejarse llevar"... Juraría que ahí hay un interesante intercambio de... experiencias, por llamarlo de alguna

manera, que podría alargarse en el tiempo para enriquecimiento de ambos. ¿Has quedado con él o algo?

—Creo que iba a llamar a Samuel para hacer planes los cuatro esta tarde. Y fijate bien en que he dicho "esta tarde". Nadie está pensando en nada que pueda alargarse en el tiempo.

—Sí, ya, lo que tú digas. Esta tarde. ¿Y Valeria y Elena?

—Bueno, con lo que sea las avisamos, tampoco creo que les importe que seamos seis. Y seguro que se mueren de ganas de conocer a Daniel.

—Y cuando les digas que han sido cinco polvos ni te cuento.

Samuel me toca a la puerta a eso de las seis y vamos al centro en su coche para encontrarnos con mis amigas y con Daniel. Mientras conduce, recuerdo lo que me ha contado mi hermana sobre su éxito con las mamás de sus alumnos.

—¿Qué tal en el colegio?

Me mira de reojo, un poco sorprendido por mi pregunta.

—Bien... ¿Por qué?

—Por nada.

Tuerce la boca en una ligera sonrisa y levanta una ceja.

—No tienes cara de "por nada" y tampoco eres de las que preguntan por cortesía.

Miro por la ventanilla unos segundos y luego decido aclararle el porqué de mi pregunta.

—Sole me ha contado que tienes mucho éxito con las madres de los niños.

Su sonrisa se amplía.

—Me encanta verte sacar las uñas, ¿sabes, gatita?

La sangre se me calienta. Yo estoy celosa y él se ríe de mí. Lo que me faltaba.

—No me vaciles.

—Nada más lejos de mi intención. ¿Tienes algo concreto que preguntarme o

vas a seguir echándome indirectas hasta que lo adivine?

—¿Vas a quedar con la tal Inma?

—¿Quién es Inma? —me pregunta frunciendo el ceño.

—La madre de Sara, la amiguita de Candela.

—Ah, esa. ¿Se llama Inma? Bonito nombre.

—¡Samuel!

—¿Quién dice que vaya a quedar con ella?

—Sole dice que te invitó a un café y le dijiste que habías hecho planes y que tal vez en otra ocasión.

—No, perdona. Yo le dije que había hecho planes, y ella dijo que tal vez en otra ocasión.

—¿Y habrá otra ocasión?

—Si tanto te molesta, no.

—No me molesta, me da igual.

Su carcajada retumba por todo el coche. Vale, me siento estúpida, por supuesto que me molesta, si no, no estaría aquí pidiéndole explicaciones por una tontería de flirteo.

—Soy idiota —afirmo enfadándome conmigo misma.

—No, no lo eres. Bueno, quizás un poco. ¿Siempre has sido igual de insegura? No das esa impresión.

—No soy insegura.

—Entonces ¿a qué vienen esos celos?

No sé qué decirle. Supongo que tiene razón. La incertidumbre, la inseguridad y los celos me están carcomiendo.

—Soy idiota, y además una paranoica celosa. ¿Tu exnovia era igual?

Me mira desconcertado.

—¿Cassandra?

—Sí. Me estoy comportando como ella, ¿no?

Duda un momento, lo cual me hace pensar que sí.

—Nadia, no te lo tengo en cuenta porque tú y yo no empezamos con buen pie. No te fías de mí y por eso estás paranoica. Cassandra no tenía ningún motivo para desconfiar y por eso me ponía enfermo que me controlara y me montara escenitas cada dos por tres.

"Ya, pero al final le pusiste los cuernos" pienso, molesta.

La cuestión es hasta qué punto fue ella quien provocó eso.

Y hasta qué punto puedo llegar yo a provocar una situación parecida.

No me veo capaz de decir nada, porque si hablo le voy a acabar diciendo que al final, la engañó conmigo, de modo que inspiro hondo y miro por la ventana, dando la conversación por zanjada.

—Si te sientes insegura es porque quieres.

Me giro hacia él, repentinamente furiosa. Lo que me faltaba es que me cargue a mí con la culpa.

—¿Porque quiero? ¿Cómo que porque quiero?

—No te metes en esto de cabeza porque tienes miedo de que salga mal. Ese miedo a fracasar te impide arriesgarte a tener algo sólido conmigo, algo que te dé seguridad. Eres tú la que provoca tu propia inseguridad. ¿Si todo el mundo supiera que tengo pareja, te sentaría tan mal que me fuera a tomar un café con una mujer?

No lo sé. Sí, supongo.

O tal vez no. No me importaba que Miguel quedara con alguna amiga ocasionalmente. Yo conocía a sus amigas, incluso a la guarra.

Y mira lo que pasó.

Sí, sí que me importaría. No creo que mis celos dependan de que nuestra relación se haga pública. Es algo que se ha instalado en mi corazón y no me voy a poder quitar de encima tan fácilmente.

—Creo que tampoco me gustaría.

—Pues eso sí que no lo entiendo. Sin confianza una relación se va al garete, es inevitable.

—Pues entonces ya sabemos hacia dónde va esto.

Nos quedamos los dos callados por un momento, noqueados por esa revelación. Samuel aparca el coche y se me queda mirando con seriedad.

—Inténtalo. Solo te pido eso.

Trago el nudo que se ha formado en mi garganta sin que apenas fuera consciente de ello, y siento que mis ojos se humedecen ligeramente. Cojo aire con fuerza, odio sentirme débil y desde luego no voy a llorar.

Todavía no me he cargado mi oportunidad de ser feliz con él, aunque hoy no he andado lejos.

Samuel me mira con ternura y me coge la mejilla con una de sus manos grandes y cálidas para acercarme a su boca.

Y me besa con suavidad, acariciando mis labios con los suyos con roces sutiles. Mordisqueando mi labio inferior y tirando de él hasta que abro la boca y su lengua busca la mía con desesperación. Le echo los brazos al cuello y le devuelvo el beso con fervor. Necesito agarrarme a algo. Y sus besos son un buen comienzo.

Salimos del coche en silencio y vamos en busca de nuestros amigos cogidos de la mano.

A Valeria y Elena les gusta tanto Daniel como ya les gustó antes Samuel. Yo le observo atentamente mientras le hace carantoñas a Ruth, y mi amiga coquetea abiertamente con él. Nos proponen ir a cenar y después nos tomamos un café y continuamos la juerga en un par de bares de copas y una discoteca. Valeria y Elena tontean con unos chicos mientras Daniel acapara a Ruth bailando sensualmente con ella y sobándola sin ningún decoro. Si había alguna remota posibilidad de que otro hombre se le acercara hoy, la pulveriza sin dudar.

Y juraría que Ruth está encantada.

Samuel se acerca a mí como una pantera, atravesándome con sus ojos azules.

—Baila conmigo, gatita.

Dejo la copa vacía en un rincón y le echo los brazos al cuello. Sus manos bajan por mi cintura hasta mis caderas, donde se anclan a las trabillas de mis ajustadísimos pantalones negros encerados. Acerca la boca a mi oído para hacerse oír por encima de la música.

—Me choca verte con pantalones.

—¿No te gusta?

—Sí, pero me choca. Y me decepciona un poco.

—¿Por qué?

—Porque sé que no habrá un ligero debajo de ellos para alegrarme la noche.

—Te aseguro que lo que hay debajo no te va a decepcionar.

Me mira ligeramente sorprendido y seguramente bastante excitado con mi afirmación, y palpa mis caderas y mi torso tratando de imaginarse cómo es mi ropa interior. El top que llevo es de punto negro, con un escote generoso, ajustado y de manga larga. El sujetador apenas se intuye porque es negro y fino, de encaje y satén. La braguita a juego es minúscula, como a él le gustan, tipo tanga, y además, se ata con lacitos a la cadera. El conjunto tiene un par de pequeños apliques de cristal en forma de corazón, tanto en la braguita como en el sujetador, que le dan un aire sexy y sofisticado.

Me encanta sorprenderle, y me muero de ganas por verle la cara cuando me quite los pantalones esta noche.

—¿Qué llevas debajo?

—Algo muy pequeño y muy sexy.

Me aprieta contra sí y me clava la erección en el estómago, incluso a través de sus elegantes vaqueros negros. Le sonrío con evidente satisfacción.

—¿Es esto lo que querías provocar?

—Pues claro.

—Debería darte vergüenza.

—Ya, claro, como si no te gustara...

Sonríe ladinamente y me besa el cuello antes de morderme el lóbulo de la

oreja y mandar un escalofrío por mi columna que se pierde en mi entrepierna y la deja latiendo de pura necesidad.

—Cómo me conoces, gatita.

Antes de volver a casa, pillo a Ruth un rato en el baño y le pregunto sin rodeos.

—¿Hoy no espantas a Daniel?

Me mira sorprendida.

—¿Espantarlo?

Le sonrío con malicia mientras me retoco el maquillaje con los ojos fijos en el espejo.

—Sí, como hiciste con Paolo ayer.

Frunce el ceño y me sostiene la mirada.

—No te burles de mí.

—No lo hago. Me sorprende que estés dispuesta a darle una oportunidad, eso es todo.

—Yo aún no he dicho que esté dispuesta a darle nada.

—Tus acciones hablan por ti, bonita. Por mucho que digas, después de lo que ya ha pasado entre vosotros, sigues tonteando con él. Esta mañana me has dicho que no pensabas en nada que se alargara en el tiempo, pero vas lanzada a por otra noche con él.

Se encoge de hombros.

—Bueno, una noche más no nos hará daño a ninguno de los dos. Mañana ya veremos.

CAPÍTULO 22.

La alarma del móvil me despierta sobresaltándome y Samuel protesta cuando le doy un manotazo involuntario.

—¡Ay!

—Lo siento —me río—. Eso te pasa por estar demasiado cerca.

—Anoche nada te parecía lo suficientemente cerca, gatita... —se burla mientras me abraza posesivamente y me besa el cuello rozándome con los dientes.

—Samuel, no me muerdas.

Suspira, fastidiado, y sonrío felicitándome a mí misma por haberme anticipado. Cómo lo conozco.

Me revuelvo entre sus brazos y me levanto rápidamente para ducharme. Por la ventana entra una luz tenue que apenas ilumina la cama y el resto de la habitación. Samuel me mira con la provocación escrita en la cara mientras saco mi ropa.

—¿Tienes mucha prisa?

—Sabes que sí. Tengo que trabajar. Anda, sé bueno y prepara el desayuno... Tú tienes toda la mañana por delante.

—¿Vas a comer en casa de tus padres?

—Sí, como todos los sábados.

—¿Y me vas a invitar algún día?

—Samuel, otra vez no.

Se levanta de la cama sin decir nada, se pone el bóxer y los vaqueros y se mete en la cocina a preparar el café mientras yo me meto en la ducha. Lleva un mes esperando pacientemente a que yo dé el paso de decirles a mis padres, y por extensión al resto del mundo que él y yo estamos juntos, y yo sigo dándole largas.

Todavía me asusta, no puedo evitarlo. Y cuantas más noches paso envuelta

en su cuerpo más miedo tengo. Me estoy colgando de él como una lela.

Y eso no es bueno para mi salud mental, no señor. Yo debería mantener la cabeza fría en lo que a Samuel se refiere, tomarme las cosas con más calma. Pero no puedo. Me hace arder en cuanto me toca. Mi cerebro debe de haberse fundido a estas alturas.

Salgo del baño duchada, vestida y maquillada quince minutos después, y Samuel está ya sentado a la mesa con el café recién hecho y un plato con tostadas, margarina y mermelada.

—No queda nada de bollería, ¿no?

—No —le respondo—. Luego pasaré por el supermercado y traeré algo.

—Vale. He estado tentado de pasar a mi casa a buscar las ensaimadas, pero igual me ve alguien y no te gustaría ¿no?

—Samuel, por favor, entiéndeme...

—No, Nadia, no te entiendo. No sé qué más quieres que haga.

Me levanto y me acerco a él dispuesta a ablandarlo. Me mira seriamente pero se deja hacer cuando me siento a horcajadas sobre él. Suerte que hoy he elegido un vestido de punto con unos leggins porque con una falda de tubo no podría hacer esto. Me rozo descaradamente contra su entrepierna y deja escapar un gemido ronco.

—No hagas eso.

—¿Por qué? Te gusta.

—Estás tratando de distraerme.

—Sí. ¿Lo consigo?

Sonríe de medio lado y me agarra las nalgas con fuerza clavándome los dedos sin misericordia y apretándome más aún contra sí.

—Te vas a enterar cuando vuelvas. Sigo estando enfadado, que te quede claro.

—Venga, bombón... —le susurro mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. No te pongas de morros... que te pones muy feo.

—Acaba el desayuno o no respondo —consigue decir apartándome con

suavidad.

Me levanto y le guiño un ojo. No consigue seguir manteniendo el ceño fruncido y la comisura de su boca se levanta ligeramente.

Bueno, por ahora he conseguido capear el temporal. A la noche se lo compensaré.

Me encuentro con Ruth en el garaje de Rita, como casi todos los días. El maquillaje apenas disimula las manchas oscuras que le están saliendo debajo de los ojos.

—¿Qué? ¿Otra noche movidita? —me río.

—¿Tanto se me nota? —me responde divertida.

—Nooooo, qué va. Tienes unas ojeras que pareces un vampiro y una sonrisa que dice "mi novio me está matando a polvos pero moriré feliz".

—No es mi novio.

—No, claro. Por eso duermo más en tu casa que en la de su tía.

—Nos estamos conociendo.

—Ruth, lleváis así un mes. Hacía siglos que un hombre no te duraba tanto. Casi he dejado de temer que te aburras de él... —la provoco.

—Bueno..., lo cierto es que es difícil aburrirse con Daniel. No deja que me relaje. Se ha empeñado en tenerme continuamente en una montaña rusa.

—Y yo diría que le funciona. Tienes una cara de satisfacción que es imposible intentar ocultar, te diviertes con él y cada vez os veo más mimosos. Como suele decirse: "blanco, y en botella, leche".

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que estáis pillados el uno por el otro. Que para ser un rollo dura ya demasiado, y que los cariñitos sobran entre follamigos. Aquí hay amor, nena, no me digas que no.

—¡Venga ya! —se burla ella—. Daniel no me ha hablado nunca de amor. No es su estilo.

— Eres miope perdida, querida.

—¿Y eso a qué viene?

—Pues a que por cómo te trata ese chico, le importas y mucho. Yo diría que te quiere, tanto si es capaz de ponerlo en palabras como si no.

—¿Y Samuel qué?

—¿Qué pasa con Samuel?

—Está loco por ti. Pero tampoco te lo ha dicho aún, ¿no?

—No.

Entramos en la tienda, donde Rita está encendiendo las luces. Dejamos nuestras cosas en la trastienda y vuelvo a preguntarme una vez más si Samuel realmente está enamorado de mí. No me ha dicho las palabras mágicas, pero tampoco me extraña. Yo me niego a hacer pública nuestra relación y creo que él está esperando a que dé ese paso. Me ha dicho que le importo, que se preocupa por mí, que le gusto mucho..., y sé que me quiere, pero no me lo va a decir hasta que yo mueva ficha.

Y yo no sé si me atrevo a poner nombre a lo que siento por él.

Supongo que también le quiero, porque se está convirtiendo en el centro de mi vida.

Voy a tener que tomar una decisión, más pronto que tarde.

A la hora de comer, me despido de Ruth y de Rita para dirigirme a casa de mis padres, pero recuerdo que primero tengo que comprar algo de bollería, así que me entretengo un poco. Mi madre me empieza a apremiar en cuanto entro por la puerta.

—Venga hija, que te estábamos esperando.

—Tampoco es tan tarde, mamá —protesto.

—¡Hola tita! —me saluda Candela desde la puerta de la cocina echándose literalmente sobre mí.

—Hola cariño. ¿Qué tal?

—He tenido un poco de catarro esta semana —y como para enfatizar lo que dice, tose un par de veces—. Pero ya casi estoy bien.

—¿Y el cole?

—Genial.

Mi hermana Sole empieza a llamar a todo el mundo a la mesa y nos sentamos a disfrutar del cocido de mi madre mientras mi padre y mi cuñado ven un canal de deportes en la televisión y Candela protesta porque quiere ver dibujos.

Como todos los sábados, mi madre me pregunta por Samuel.

—¿Se arregla bien solo? Porque un hombre viviendo solo no sé yo... ¿Le has ofrecido ayuda si necesita algo?

—Sí, claro, mamá, si te parece se ofrece a plancharle las camisas —se burla mi hermana—. Por favor, que es mayorcito...

—Hija, yo solo digo que los vecinos están para echarse una mano.

Una mano. Si ella supiera a dónde le echo yo la mano día sí, día también...

—No te preocupes, por supuesto que sabe que si necesita algo puede contar conmigo, pero se las arregla solo perfectamente.

De hecho cocina estupendamente, hace un café espectacular y cuenta conmigo prácticamente a diario y no precisamente para las tareas domésticas.

—Deberíamos invitarle algún otro día a comer. Yo creo que el día de tu cumpleaños estuvo muy a gusto.

—Sí, estuvo muy bien hablar de cuando éramos pequeños y eso, pero no sé, mamá. Él tiene su vida, supongo que tendrá sus propios planes...

—Bueno, tú dile que si le apetece venir algún día, por mí encantada.

Suspiro resignada. Cuando a mi madre se le mete algo en la cabeza no hay manera de hacerla cambiar de opinión.

—Vale, ya se lo diré.

Mi hermana me mira raro. Casi juraría que se huele algo, pero consigo cambiar de conversación y evitar el tema de Samuel durante el resto de la comida. Tras el café, me despido y me voy a casa. No sé qué planes haremos hoy. Creo que Samuel y Daniel querían ir al cine. Pienso por un momento en llamar a Ruth a ver si ya han quedado, pero casi tardo menos en preguntarle directamente a Samuel, así que al llegar a casa le toco a la puerta y me

confirma el plan: cine, cena y copas. Elena y Valeria pasan del cine, así que vamos los cuatro solos. Ruth ha quedado con ellas en que les avisará cuando vayamos a cenar por si se apuntan. Así que con el plan organizado, me cambio de ropa y me reúno con mi chico en el garaje para ir al cine.

Samuel me mira de arriba abajo cuando entramos en su coche, y una sonrisa canalla asoma a sus labios mientras su mirada se detiene en mis piernas, realizadas por los zapatos de tacón y cubiertas por unas medias negras. Llevo una falda negra recta y un jersey fino granate de cuello vuelto. Cuando su mirada llega de nuevo a mis ojos me susurra con malicia:

—Voy a aprovechar la película para ver qué llevas bajo la falda.

—Ya sabes lo que llevo.

—Lo intuyo, pero me gustará comprobarlo.

—No puedes meterme mano en el cine como si tuvieras quince años.

— ¿Quién dice que no pueda? Además..., lo estas deseando, no me digas que no.

Cuando estoy a punto de desmentirlo soy consciente de que la idea me excita, y cierro la boca desconcertada. Aprieto los muslos y lo oigo reírse quedamente.

—¿Ves? Lo sabía.

Conduce hasta el cine lanzándome provocaciones cada poco tiempo, que capeo como puedo, y cuando nos encontramos allí con Ruth y Daniel, nos vamos riendo, divertidos con el intercambio de indirectas y pullas. Los tortolitos se están comiendo la boca descaradamente junto a una columna y solo lo dejan cuando estamos casi junto a ellos.

—Cualquier día os detienen por escándalo público —le digo a Ruth con sorna.

—Envidiosa —me responde con chulería. Nos reímos y entramos al cine junto con los chicos, que van directos a comprar los cubos más grandes de palomitas que puedan encontrar. Aunque nuestra experiencia previa nos dice que ir al cine con hombres puede ser complicado, la elección que han hecho nuestros chicos nos encanta. Ruth disfruta como una enana de la exhibición de músculos de su actor favorito y Daniel y Samuel devoran las palomitas como

dos críos, mientras Thor reparte mamporros a diestro y siniestro. A mí las películas de acción y de ciencia ficción siempre me han gustado, supongo que por el punto de chico del que Samuel a veces aún se burla. Me lo paso casi tan bien como ellos, a pesar de estar media película con los nervios en tensión, porque cuando se acaban las palomitas Samuel se entretiene en meter la mano bajo mi falda tratando de averiguar qué tipo de ligero llevo. Incluso le acabo dando un par de manotazos poco disimulados que llaman la atención de Ruth, haciéndola reír por lo bajo.

Se va a enterar cuando lo pille a solas.

Tras acabar la película salimos los cuatro de la sala comentando animadamente las mejores escenas. Ruth y Daniel van pegados el uno al otro, y él le pasa la mano por la cintura posesivamente. Samuel se coloca a mi lado y está a punto de hacer lo mismo cuando me aparto de él como si diera calambre.

Se para y me mira desconcertado.

—¿Qué pasa?

—Mi hermana y mi cuñado.

—¿Dónde?

—Ahí, no sé si nos habrán visto.

Sole e Ignacio están saliendo de otra sala en ese momento y se acercan a nosotros. Vuelvo a ver en la cara de mi hermana la mirada curiosa que he observado este mediodía.

—Qué sorpresa, vosotros aquí...

—Hola, Sole —saluda Samuel sin vacilar, y con un gesto de cabeza saluda también a mi cuñado—. Ignacio.

—¿Habéis venido juntos al cine?

—No, nos hemos encontrado por casualidad —miento descaradamente—. He venido con Ruth.

Mi hermana saluda a mi amiga, que se ha apartado discretamente de Daniel, aunque dudo que lo haya hecho a tiempo. El inglesito se pega a ella como una lapa.

—Ah... —asiente Sole muy poco convencida—. Pues qué casualidad ¿no?

—Ya, bueno, sí, supongo.

Después de todas las casualidades que llevan empujándome hacia Samuel desde que decidió mudarse a Madrid, esto solo habría sido una más si fuera cierto.

Pero es mentira. Hemos venido juntos y Sole se ha dado cuenta. Y a juzgar por el nervio que late en la mandíbula de Samuel, no le está gustando un pelo que le mienta a mi hermana respecto a nosotros.

Sabe que no estoy preparada aún para decírselo a mi familia. Se lo he repetido hasta la saciedad.

Sole nos cuenta que ha estado mirando la cartelera en casa de mis padres y mi madre se ha apiadado de ella y se ha ofrecido a quedarse con la niña para que pudieran ir al cine, porque a mi hermana le encanta, y desde que nació Candela apenas van más que dos o tres veces al año, con suerte.

Puñetera casualidad que hayan tenido que venir hoy, que veníamos también Samuel y yo, con Daniel y Ruth, en plan parejitas. Mi hermana no tiene mucha picardía pero tonta del todo no es.

Se ha dado cuenta.

Y yo estoy a punto de entrar en pánico.

Samuel interviene como para echarme un cable.

—Estaba pensando que podemos tomar algo todos juntos si os apetece, ¿Qué me dices, Nadia?

Daniel lo mira por un segundo como si estuviera loco, pero luego parece entender.

—Por mí perfecto ¿Te apetece, Ruth?

—Oh, claro, me encantaría.

Sole la mira como diciendo "a ti también te he visto, guapa, a mí no me engañas".

Y Samuel, para rematar la faena, añade.

—¿Os apetece quedaros con nosotros, Sole?

Por suerte mi hermana niega con la cabeza.

—No, gracias, Samuel, tenemos que ir a por Candela. Que os divirtáis.

Se despiden y se marchan mientras Samuel se dirige a uno de los bares que hay junto al cine. Ruth le empieza a explicar por lo bajo a Daniel a qué ha venido semejante numerito. Yo me estoy empezando a agobiar por momentos porque no me gusta nada lo que veo en Samuel. Está tenso, con la espalda recta como un palo, la mirada fija al frente y los puños apretados. Y el nervio en su mandíbula no deja de palpitar.

Aquí se va a liar parda.

Nos sentamos en una mesa y él se ofrece a ir a la barra. Ruth me mira como pidiéndome que sea comprensiva con él, y Daniel pasa la mirada de una a otra sin acabar de entender lo que pasa. Samuel regresa a la mesa con las bebidas y se sienta, mudo como un muerto.

Al cabo de unos instantes de tenso silencio, me atrevo a preguntarle.

—¿Te has enfadado?

Inspira hondo y me mira con tanta decepción en sus ojos que me duele.

—¿Serviría de algo?

—Samuel, por favor.

—No, "Samuel por favor", nada. No lo entiendo, Nadia, te lo digo en serio. Ella misma te ha sugerido que estábamos juntos y se lo has negado. Llevas más de un mes diciéndome que necesitas tiempo, pero mi paciencia tiene un límite.

—Cariño...

Me sorprende a mí misma. Le he dicho "cariño" apenas cuatro veces desde que estamos juntos y siempre ha sido en la cama. Pero él parece no apreciar ese detalle.

—No me sirven las excusas. Ya no, no quiero oír ninguna. No sé si no te fías de mí, o si te avergüenzas.

—No digas eso, no es verdad.

—Pues mira, yo no estoy tan seguro.

Daniel y Ruth miran a otro lado como si quisieran desaparecer. Ojalá no

estuvieran delante. Mantener esta conversación en público, aunque sea ante nuestros mejores amigos, es humillante.

—Samuel, solo necesito...

—Tiempo, ya lo sé. Es lo que me pides siempre—. Se levanta de pronto dejándome desconcertada—. Pues mira, tómate todo el tiempo que quieras. Hasta aquí llegué. No me conformo con una relación a medias. Cuando decidas asumir riesgos como una persona adulta, me llamas.

Mientras boqueo como un pez fuera del agua buscando algo que contestarle, algo que pueda retenerle, coge su cazadora y se marcha. Daniel y Ruth me miran horrorizados.

Por fin Daniel consigue decir.

—No te preocupes, Nadia, se le pasará, Harry a veces es un poco impulsivo, pero solo está molesto, no es nada.

—No, Daniel, no está molesto. Está cabreado. La he jodido pero bien.

CAPÍTULO 23.

Durante unos minutos me planteo salir corriendo detrás de él, pero mi orgullo me retiene. Daniel marca su número en el móvil, pero niega con la cabeza.

—Me ha colgado.

—Ya te lo he dicho, está muy cabreado. Y tiene razón, pero... es superior a mí, no lo he hecho de manera consciente. No quería herirle, te lo juro.

Ruth me mira con cara de lástima. Odio que me mire así.

—Prueba a llamarle tú.

Cojo el móvil aunque ya sé lo que va a pasar. Efectivamente, al segundo tono me cuelga. Vuelvo a intentarlo y ya ha apagado el teléfono.

Genial, esto mejora por momentos.

—Me voy a casa.

—Espera —me dice Ruth levantándose—. Te acompañamos al aparcamiento a ver si está y si no, te llevamos nosotros.

—No va a estar.

—Bueno, no puedes estar segura. Igual necesitaba un momento a solas y está sentado en el coche pensando si debería darte más tiempo.

—No va a darme nada. Esto es un ultimátum. Otro más, y ya le vale. No me gusta que me mangoneen. Presume mucho de paciencia pero metiendo presión no tiene igual, vamos.

Camino con ellos hasta la zona del aparcamiento donde Samuel había dejado el coche pero evidentemente, no está allí. Se ha ido a casa.

—Venga, te llevamos —dice Ruth tirando de mí sin vacilar.

Veinte minutos después estamos en la entrada de mi urbanización. Miro hacia las terrazas pero no se ve luz más que en la de Pilar y Julieta, que estarán viendo la televisión. Daniel rompe el silencio que ha reinado en el coche durante casi todo el trayecto y me pregunta.

— ¿Subimos contigo?

—No, gracias, no hace falta.

Tengo que insistir para que se vayan, y cojo aire antes de abrir la puerta auxiliar del garaje y entrar. Mi Twingo fucsia está donde lo dejé hace unas horas, pero el Pathfinder no.

No está en casa. No sé dónde ha ido pero aquí no ha venido.

Me entran ganas de llorar al comprender que puede que lo haya perdido definitivamente. Corro hasta mi casa rezando para no encontrarme con nadie por el camino y cierro de un portazo cuando la primera lágrima traidora empieza a resbalar por mi mejilla. Juré una vez que no volvería a llorar por él, y estoy rompiendo mi promesa. Y casi me da igual. El orgullo no me va a evitar el dolor que mi propia inseguridad me está causando.

El aviso de entrada de un mensaje en mi móvil me sobresalta y me lanzo a buscarlo con desesperación. Pero no es de Samuel, es de Ruth.

"¿Has conseguido hablar con él?"

Le contesto con tristeza.

"No está en casa, no sé a dónde habrá ido".

"Llámame si lo arregláis, ¿vale?"

Si lo arregláis.

Bonita matización.

No sé si esto tiene fácil arreglo. Incluso aunque yo decidiera ahora llamar a mi madre y contárselo, que me entran sudores solo de pensarlo, Samuel sigue estando cabreado. Y a mí sigue sin gustarme que me presione de esa manera.

Me quito la ropa y guardo el liguero que me había puesto especialmente para él. Me pongo un pijama y miro la cama sin ganas de meterme en ella.

Me falta él. Ni siquiera sé si voy a poder dormir.

Al final decido ponerme algo encima y salir afuera. Hace frío, así que me olvido de mi sexy bata de raso y agarro una manta. Más me vale ser práctica o pillaré una pulmonía.

Cruzo la terraza y me apoyo sobre el muro bajo que hace de barandilla y da

al aparcamiento exterior. No se ve un alma en la calle y la verja de la urbanización sigue cerrada. Del apartamento de Pilar sigue saliendo un hilo de luz y un ligero murmullo de la televisión, pero al otro lado no se oye nada. Ni Samuel, ni Abel, ni Rebeca están en casa.

Paso más de una hora allí, sumida en mis pensamientos, sin salir de mi trance más que un par de veces en las que oigo coches acercarse, pero ninguno se detiene.

No sé a qué hora va a volver. No sé qué hago aquí esperando. Ni siquiera sé si va a querer hablar conmigo.

Me estremezco al sentir una ráfaga de aire frío colarse bajo mi manta y entro de nuevo en casa, derrotada. Veo mi móvil sobre la mesa y lo cojo. No hay ningún mensaje ni llamada. Vuelvo a marcar su número, aunque no me sorprende escuchar la voz impersonal que me dice al otro lado de la línea, que el teléfono está apagado o fuera de cobertura.

No quiere hablar conmigo.

Tecleo un mensaje como última esperanza.

"Samuel, por favor, necesito hablar contigo".

Me meto en la cama y me duermo con el móvil en la mano sin haber recibido respuesta.

Por la mañana cuando me levanto lo primero que hago es mirar el móvil, pero no me ha respondido. Me paso las manos por la cara, cansada a pesar de que no me acosté tarde. En cualquier caso, para lo que he dormido, podía haberme quedado en la terraza un par de horas más.

No le oí llegar y no sé si está en casa, pero me ducho, me pongo unos vaqueros y una camiseta, me tomo un café y decido que no aguanto por más tiempo estar así, de modo que salgo al rellano y llamo a su puerta.

No responde.

Me muerdo el labio mirando a un lado y a otro. No quiero formar un escándalo, pero... necesito hablar con él. Necesito arreglar esto antes de que sea demasiado tarde.

Golpeo la puerta un par de veces más y le llamo.

—¡Samuel! Ábreme, por favor.

Cuando empiezo a pensar que no está, la puerta se abre poco más de veinte centímetros. El cuerpo de Samuel, vestido con una camiseta blanca y el pantalón del pijama, me bloquea el paso mientras sus ojos azules me congelan en el sitio. Me mira con frialdad y casi con desprecio. Y duele como si me estuvieran cortando el pecho con hielo.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Déjame entrar, por favor.

No se mueve ni un centímetro.

—No quiero que entres. Dudo que sea buena idea.

Me deja bloqueada. Y noto la furia crecer en mi interior.

—¿Acaso crees que voy a seducirte?

—No, no vas a hacerlo, pero lo vas a intentar. Y no tengo ganas de perder mi energía batallando contigo.

Abro la boca alucinada buscando una palabra hiriente con la que responderle. Yo no utilizaría el sexo para manipularle ¿Qué clase de zorra piensa que soy?

De pronto mi conciencia me susurra algo así como "Déjate de remilgos y haz lo que tengas que hacer. Arrástrate, tíratelo, llora. Ha sido culpa tuya y de tus inseguridades. Hazte perdonar y recupéralo, o te arrepentirás toda tu vida".

Pero mi orgullo la silencia. No, no me arrastraré ni por él ni por nadie. Y no permitiré que me insulte.

—Tal vez te crees irresistible, pero lo cierto es que puedo hablar contigo sin desear arrancarte la ropa —le escupo con altanería—. Aunque si te vas a comportar como un niño malcriado, no sé si va servir de algo intentar explicarte mi comportamiento de ayer.

—No necesita explicación. Fue infantil. Te comportaste como una cría asustada. No tienes quince años, Nadia.

—¿Y tú eres perfecto? También te estás comportando como un crío.

—Pero no soy un cobarde.

—Tú no lo entiendes, joder..., no entiendes nada.

La puerta de Pilar se abre y me quedo bloqueada frente a Samuel, que no se ha movido ni un paso ni tiene intención de dejarme entrar. Suspiro contrariada y le miro por última vez a los ojos antes de decirle con rabia:

—Da igual. Si cambias de opinión me llamas.

Y con toda la dignidad que consigo reunir me doy la vuelta y me meto en mi casa luchando por mantener la compostura. Por el rabillo del ojo veo salir a Pilar y solo espero que no me haya oído.

Aunque ya no hay ninguna relación que ocultar. Se acabó.

Paso casi una semana entera sin volver a saber nada de él. Ni me llama, ni nos encontramos el garaje, ni en el gimnasio ni en ninguna parte. El domingo no salí por miedo a que Daniel me hiciera una encerrona y se presentara con él, pero Ruth me dice después que apenas habla con su amigo, y que ella tampoco ha vuelto a verle desde el sábado. Daniel nos espera a la salida del trabajo el viernes y me mira con cara de lástima. No soporto que me mire así.

Como si yo fuera débil.

Probablemente lo soy, pero no quiero que me tengan lástima por ello. Mis errores son míos y puedo apechugar con ellos. Lo último que quiero es dar lástima.

—Hola, Nadia.

—Hola, Daniel.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente.

Niega con la cabeza y sonrío.

—Mientes de pena.

El corazón se me encoge. Esa frase la suele utilizar Samuel.

Y casi echo de menos oírla de su boca.

Levanto la cabeza, orgullosa, e inspiro hondo antes de despedirme de mi

amiga.

—Me voy a casa, Ruth.

—Quédate a tomar algo, te vendrá bien airearte un rato.

—No me apetece, en serio.

—Venga, mujer..., aunque sea un café.

Daniel sigue mirándome exactamente igual que hace un rato, y es lo que por fin me hace decidirme a demostrarle que se equivoca. No estoy hecha un asco por culpa de Samuel. Puedo sobrellevar una decepción sin ningún problema. Ya lo he hecho antes.

Aunque Miguel no era Samuel.

Me hizo más daño, pero nunca lo eché tanto de menos. Todo absolutamente me recuerda a Samuel. Y con Miguel nunca sentí deseos de tirarme llorando en sus brazos y suplicarle que volviera conmigo, pero con Samuel a veces me dan ganas.

Y eso me aterra.

Accedo a ir con ellos a tomar algo y caminamos algunas manzanas hacia un café al que solíamos ir mucho Ruth y yo. Pero cuando llegamos vemos la persiana echada y un cartel que reza sobre ella "cerrado por vacaciones".

—¡Qué oportunos! —se queja mi amiga—. ¿Y a dónde vamos ahora?

—Hay uno un par de calles más allá que está muy bien. Fuimos una vez con Rita ¿Te acuerdas?

—Ah, sí, ya sé cuál dices —me responde—, uno que era muy bohemio y chic.

Y cogiendo a Daniel de la mano tira de él y sigue andando.

—Venga, rubio, que te va a gustar, ya verás.

Llegamos al otro café poco después. No es muy grande y la mayoría de las mesas están ocupadas por parejas y grupitos de amigos charlando animadamente. La música que ponen es instrumental y no está a un volumen molesto, así que invita a hablar. No es que yo tenga muchas ganas de hacerlo,

pero si tengo que tomarme un café con estos dos para que dejen de comerme el coco con el "Nadia, deberías salir" pues me tomo un café, hablo un poco, y santas pascuas.

Ruth y yo ocupamos una mesa libre y esperamos a que Daniel venga con nuestros cafés. Mi amiga me mira con preocupación.

—Habla con él. Arréglalo.

—Él no quiere, Ruth, asúmelo como lo he asumido yo. Y antes de que me lo sugieras, no voy a arrastrarme, lo siento.

—Mira de lo que te ha servido tanta precaución... Ocultárselo a todo el mundo solo ha conseguido alejarlo de ti.

—Por lo menos solo Elena, Valeria, Daniel y tú sabéis que estoy jodida. Es algo.

—Es una mierda, deja de justificarte. Cuando quieres algo tienes que dejarte de tonterías y atreverte a reclamarlo.

Daniel se acerca con los cafés y Ruth le sonríe con adoración.

—Gracias, guapo.

—De nada, nena.

¿En qué momento Ruth ha perdido el miedo a estar con él? Ni siquiera me he dado cuenta. El sábado pasado aún decía con recelo eso de "nos estamos conociendo".

De pronto Daniel mira al fondo del café y su cara se desencaja. Mis ojos siguen su mirada sin pensarlo siquiera y lo que veo me deja helada.

Samuel está tomando un café con Inma, la amiga de mi hermana.

Están los dos solos. Ella se ríe de lo que él le cuenta y mueve la melena seductoramente. La sangre me hierve en las venas y me dan ganas de arrancarle hasta el cuero cabelludo.

Y entonces los ojos azules de Samuel encuentran los míos y me sostiene la mirada mientras continúa hablando con ella. Luego la mira y le sonríe, arañando mi corazón con su desprecio.

Quiero irme. Ahora mismo. No voy a poder soportarlo.

Estoy a punto de levantarme, pero Ruth me pone una mano en la pierna y me mira fijamente.

—¿Le vas a dar ese gusto?

Lo pienso un momento. Pero sé la respuesta.

—No.

Hago de tripas corazón y me tomo mi café tratando de mantener una conversación medio coherente mientras Daniel mira a su amigo de reojo de cuando en cuando, evidentemente compungido.

Puñetero destino que no hace más que tocarme las narices. Para un día que decido salir de mi encierro y tomarme un café, me tengo que encontrar con Samuel. Y lo que es peor, con otra.

"No es más que un café, no es más que un café" me repito a mí misma. Pero ya no me convengo. Me dijo que me tomara todo el tiempo que quisiera y él está haciendo lo mismo. Y el riesgo de "tomarse un tiempo" en una relación, es que uno de los dos encuentre a otra persona.

Con Inma no, por favor..., no puede ser...

Se levantan y cogen sus abrigo con intención de marcharse. Pasan junto a nosotros y Samuel se para tan tranquilo.

—Inma, conoces a Nadia, ¿verdad? Es la hermana de Sole.

—Sí, claro —me sonrío ella con sinceridad—. Hola Nadia, cuánto tiempo sin verte.

La miro con atención. Hacía tiempo que no nos veíamos, es verdad, pero no ha cambiado mucho. Sigue llevando el pelo largo, en una melena azabache de ondas abiertas. Tiene unos ojos oscuros enmarcados por pestañas tupidas, largas y negras, y una tez aceitunada tersa y sin marcas que no revela los años que tiene. Es de la edad de mi hermana, o sea, que tiene un año menos que Samuel, pero como casi todas las divorciadas que conozco, se quitó al menos cinco años con el divorcio. Está estupenda, y es competencia de la dura. Sobre todo porque Samuel no le quita ojo apenas. Mantiene la vista fija en ella casi todo el tiempo, sonriendo de cuando en cuando.

Me obligo a devolverle la sonrisa mientras Samuel le presenta a Daniel.

—Él es mi amigo Daniel, estudiamos juntos en Londres. Y ella es Ruth.

—La amiga de Nadia, sí, también la conozco —le dice ella sin perder la sonrisa.

Le apoya una mano en el hombro y mira hacia el baño.

—¿Te importa si voy al baño un minuto? Quédate con ellos si quieres mientras tanto. Enseguida vuelvo.

Él asiente con la cabeza y yo trago bilis una vez más.

Cuando Inma se ha marchado, se gira hacia nosotros, y aunque me mira brevemente, fija sus ojos en Daniel.

—¿Qué tal?

—Bien... ¿y tú? Ha sido difícil hablar contigo esta semana... —le dice Daniel sin rodeos.

—No estaba muy comunicativo.

—Pues ahora no te veo ese problema —le digo yo con sarcasmo—. Parecías estar muy a gusto charlando con Inma.

—Estaba muy a gusto —me responde con malicia—. Es una mujer atractiva e inteligente. Alguien con quien se puede hablar. Y que no tiene miedo de llamar a las cosas por su nombre.

Ya, eso va por mí.

—Ah, pues qué bien. ¿Y a ti como te llama, "follamigo"?

—Creo que eso ya no es de tu incumbencia.

Su respuesta me duele tanto como si acabara de abofetearme. Trago con dificultad y me esfuerzo en sostenerle la mirada.

—Eres un imbécil.

—Como siempre, cuando no tienes nada mejor que decir, te dedicas a insultar.

—Olvídame.

—En ello estoy.

Antes de que pueda reaccionar a esa última frase, que me ha dejado en

estado de shock, regresa Inma y se despiden con rapidez. Ni siquiera soy capaz de articular palabra, me limito a despedirme de ella con un gesto de cabeza.

Ruth me mira horrorizada en cuanto Samuel sale por la puerta.

—No te lo tomes al pie de la letra, Nadia.

—Sé lo que he oído. No importa, era de esperar.

—Nadia, en serio, solo lo ha dicho para fastidiarte.

—Tú no puedes saber eso Ruth. Y además, si es tan mezquino como para decirme ese tipo de cosas solo con la intención de hacerme daño, mejor que me olvide. Yo haré lo propio.

—Nadia...

—Déjalo. Me voy, si no os importa. Ahora mismo, prefiero estar sola.

Me levanto y salgo del café esquivando las mesas como puedo. Ni siquiera sé si es buena idea conducir en el estado en que estoy. Me siento herida como si acabaran de abrirme en canal. Decepcionada, porque el que no hacía más que darme lecciones de valentía, y criticaba mi espíritu vengativo, se ha comportado de un modo tan ruin que casi me avergüenzo de él. Y sobre todo, pérdida, porque aún no acabo de entender cómo puedo haber llegado a este punto, y lo que es peor, cómo voy a pasar el resto de mi vida sin él.

Tenerlo viviendo en la puerta de al lado, y tirándose a Inma, o a la que sea, es más de lo que puedo soportar.

Ahora mismo le odio por cómo se está portando conmigo, pero sigo esperando el momento en que me despierte de la pesadilla y todo vuelva a ser como antes.

Lástima que sepa perfectamente que ya estoy despierta.

CAPÍTULO 24.

Camino hasta el garaje, sin ser apenas consciente de lo que me rodea. Solo puedo pensar en Samuel con Inma. Sé que no es realmente una traición, pero me duele como si lo fuera.

Me siento en el coche y me tomo unos minutos para enfriar mi cabeza antes de arrancar y salir al tráfico denso del viernes por la tarde. Pensar hasta dónde va a llegar Samuel con ella no me hace bien en absoluto, así que trato de apartarlo de mi mente poniendo la radio a tope.

Para mi desgracia, todas las canciones que suenan me dicen algo de él. Y la peor de todas es "*Don't go breaking my heart*" de Elton John, la canción que cantamos juntos en Mallorca. Cuando empieza a sonar, a mitad de camino hacia casa, una lágrima casi se me escapa rodando por la mejilla. Me la limpio con los dedos antes de que caiga. No me da la gana llorar por él. No se lo merece.

Pero pensar eso no me hace sentir mejor.

Cuando llego a casa y entro en el garaje, me sorprende encontrarme allí aparcado su coche. Ya está en casa, ha llegado antes que yo.

Me muero por saber si está solo o acompañado, pero ni quiero ponerme en evidencia, ni estoy segura de poder soportar que se haya traído a Inma a casa.

Subo a mi apartamento mirando con recelo hacia su puerta, pero decido que mejor no llamo. Entro y cierro la puerta tras de mí, tirando el bolso sobre la cama. Me cambio de ropa y me meto en la cocina tratando de mantener la cabeza ocupada para que Samuel no se adueñe de mis pensamientos otra vez.

Pero me cuesta horrores. Ni siquiera sé cómo consigo hacerme una sopa de sobre y una pechuga de pollo a la plancha. Menos mal que ni se me ha pasado por la cabeza ponerme a cocinar algo más elaborado.

Me siento a cenar luchando aún conmigo misma, y trago un bocado tras otro mecánicamente. Para el caso, podría estar comiendo corcho y me daría igual.

Termino y recojo la mesa con la misma apatía. Cuando acabo de fregar los cuatro cacharros que he manchado, me seco las manos y de pronto, escucho

una guitarra.

Me giro sorprendida hacia la terraza. Es Samuel. Solo puede ser él. ¿Estará tocando para Inma o estará solo? Me acerco con cautela y escucho la canción. El sonido entra muy amortiguado a través de la puerta cerrada, así que la abro despacio para oírle mejor. En cuanto oigo un pequeño fragmento, toda la letra viene a mi cabeza, la conozco. Es “*More than words*”, de Extreme.

Saying 'I love you'
Is not the words I want to hear from you.
It's not that I want you
Not to say, but if you only knew
How easy it would be to show me how you feel.
More than words is all you have to do to make it real.
Then you wouldn't have to say that you love me
'cause I'd already know.

What would you do if my heart was torn in two?
More than words to show you feel
That your love for me is real.
What would you say if I took those words away?
Then you couldn't make things new
Just by saying 'I love you'.

Los acordes me oprimen el corazón como si la guitarra estuviera llorando. Toca muy bien, tiene una voz preciosa, y la canción es justo lo último que yo debería estar escuchando en este momento.

Si la canción fuera para mí, pensaría que está roto por dentro, por mi culpa. Me sentiría obligada a compensarle el dolor, a decir o hacer algo para que se sienta mejor.

Pero eso es difícil, porque lo que dice la canción es precisamente "necesito hechos, no palabras".

No puedo arreglar nada si no estoy dispuesta a demostrarle que me importa de verdad. Que confío en él y estoy dispuesta a asumir riesgos como un adulto, tal y como él me pidió.

Solo que no sé si estoy lista para tanto.

Una cosa al menos tengo clara: no quiero perderle.

Es un asco que todas las canciones me recuerden a él. Seguro que los hombres no se complican tanto la vida cuando escuchan música.

Salgo a la terraza sigilosamente, envolviéndome en mi manta, ya que hace demasiado frío para estar afuera solo con el pantalón del pijama y una camiseta de algodón. Le escucho atentamente, dejando que su voz me abrace y me caliente el alma.

Aunque la culpa me carcoma, porque sé que estamos así por mi culpa. Él ha tenido paciencia, seguramente le estoy exigiendo demasiado.

Me acerco mucho más de lo que debería, sin ser realmente consciente de ello, y al final por supuesto, me ve. Pero me ignora y sigue cantando.

Now that I've tried to talk to you and make you understand.

All you have to do is close your eyes

And just reach out your hands and touch me.

Hold me close, don't ever let me go.

More than words is all I ever needed you to show.

Then you wouldn't have to say that you love me

'cos I'd already know.

What would you do if my heart was torn in two?

More than words to show you feel

That your love for me is real.

What would you say if I took those words away?

Then you couldn't make things new

Just by saying 'I love you'.

Me apoyo en el muro que separa su terraza de la mía y le miro sin disimulo. Está solo, sentado en una de las sillas, con el pie apoyado sobre la otra y la guitarra en el regazo. Evita mirarme pero de cuando en cuando lo hace de reojo.

Y el corazón me sangra cada vez que nuestros ojos se cruzan.

Cuando la canción acaba, el último acorde se queda flotando en el aire hasta que el frío de la noche lo congela. Entonces dejo de mirar a la guitarra y clavo mis ojos en él.

—¿Espionando a los vecinos?— me pregunta con sorna.

—He oído cantos de sirena y no he podido resistirme.

—Esa comparación es espantosa. Soy la antítesis de una sirena.

No puedo evitar reírme, y una sonrisa acude también a su boca involuntariamente.

—Me gusta oírte cantar.

Me mira por un segundo y luego solo dice:

—Gracias.

Hace amago de levantarse y me asusto. No quiero que se vaya, me gusta hablar con él. Necesito hablar con él.

—Samuel, no te vayas, por favor.

—No quiero hablar contigo, Nadia.

Su mirada es triste, y me duele en el alma. Odio verle así.

—Ábreme y déjame entrar, por favor. Solo un rato.

Niega con la cabeza mientras murmura.

—No es buena idea.

—Samuel, por favor... Odio suplicar y odio aún más que no sirva para nada.

—Pues no supliques.

Las lágrimas me empiezan a escocer en los ojos. No cede ni un milímetro, el muy cerdo.

—¿Te sientes mejor castigándome?

Esa frase por fin parece hacer mella en su coraza. Deja la guitarra y se acerca a mí despacio.

—No lo hago por hacerte daño. Lo hago para que tú no puedas hacérmelo a mí.

—No pretendo herirte.

—Pues lo haces.

Le miro sin saber cómo encauzar esta situación. Necesito tocarle, abrazarle. Si me dejara demostrarle lo que significa para mí...

Aunque algo me dice que ni el sexo ni las palabras bonitas son suficientes en el punto en que estamos.

—Al final has quedado con ella.

Las palabras se me escapan de la boca sin control. En el fondo desde que he llegado a casa estoy molesta porque lo haya hecho. Si no se lo digo, reviento.

—Solo es un café. Si confiaras en mí no te importaría.

—Dime que no lo has hecho para fastidiarme y no me importará.

—No lo he hecho para fastidiarte.

Pero una sonrisa canalla baila en la comisura de su boca.

—¿Entonces? ¿Me estás diciendo que lo has hecho porque ella te gusta?

—No. Lo he hecho porque me ha vuelto a invitar y no hay nada de malo en tomarse un café con alguien, sea hombre o mujer.

—Sabías que me enteraría.

—Sí. Si no me hubieras visto te lo habría dicho tu hermana. Dudo que Inma se resista a contárselo a todas las madres, aunque no tenga mucho que contar.

—¿Y pretendes que me crea que no lo has hecho para fastidiarme?

—No lo he hecho para fastidiarte, es la verdad.

Le miro como si estuviera insultando a mi inteligencia, y sonrío con condescendencia. Después puntualiza:

—Quería que vieras que puedo quedar con una mujer sin que eso implique que me la voy a tirar. Y sobre todo, quería hacer algo que te obligara a reaccionar.

—¿A reaccionar?—. Parpadeo alucinada. Este hombre es más manipulador y maquiavélico de lo que nunca podría haber imaginado—. Pero, ¿tú no sabes vivir sin presionar a los demás?

—La única persona de mi entorno que necesita presión eres tú.

—No necesito presión, necesito tiempo.

—Ya te he dado tiempo, y obviamente no es suficiente. Mi paciencia tiene un límite.

—Hace frío, déjame que entre y hablemos.

—Nadia..., no me hagas esto.

No pretendo utilizar el sexo para ablandarle, en serio que no, pero necesito que me toque. Necesito creer que esto tiene arreglo todavía. Aunque yo esté muerta de miedo y no pueda asegurarle que vaya a dar la cara por él de buenas a primeras.

—Decirte que te quiero desde el otro lado de un muro no me parece lo más adecuado —le digo con cautela, temiendo un nuevo rechazo.

Me mira con algo parecido a la ternura. Se acerca hasta casi rozarme y me muero por un beso suyo, pero esboza una sonrisa triste y me deja con las ganas.

—Yo también te quiero, pero eso solo no me vale.

Deja pasar unos segundos como si con eso el golpe moral que me acaba de dar fuera a dejar de dolerme. Me quiere, pero me rechaza. No se conforma con un parche, lo quiere todo.

Entonces añade.

—Mi hermano Elías viene mañana. No sé por cuánto tiempo se va a quedar en mi apartamento. ¿Crees que hay alguna forma de ocultarle que hay algo entre nosotros si entro y salgo de tu casa y me quedo a dormir un día sí y otro

no?

Me quedo muda, mirándolo sin saber qué decir. Elías de visita en casa de su hermano es lo peor que me podía pasar ahora mismo.

Bueno, su madre quizás sería aún peor, pero no mucho peor, sin duda. No hay forma de que Samuel y yo podamos acostarnos, con su hermano en su apartamento, sin que Elías se entere, soy plenamente consciente de ello. Samuel me observa y sigue hablando.

—Abel, Rebeca, Pilar y los demás no están tan pendientes de nosotros como para darse cuenta, pero mi hermano va a estar en mi casa. No podemos ocultárselo. Y no voy a intentarlo siquiera. Cuando quieras retomarlo donde lo dejamos, no tienes más que decírmelo, pero sin secretos. Ya no.

—Estoy asustada ¿no lo ves?

—Más asustado estoy yo.

—¿No puedes darme un poco de tregua?

—Te estoy dando tiempo. Es lo que querías ¿no?, pues eso. Cuando hayas tenido suficiente y seas capaz de tomar una decisión, entonces te abriré la puerta.

Está a punto de darse la vuelta cuando una última pregunta se escapa de mi boca.

—¿En serio quieres olvidarme?

Me mira de nuevo y se acerca hasta rozarme la mejilla con los nudillos.

—No lo conseguiría ni aunque lo intentara con todas mis fuerzas. No tan pronto, y definitivamente, no con Inma. Eso sí lo dije para fastidiarte. Lo siento. No fue muy elegante por mi parte.

—Yo tampoco te hablé precisamente bien.

—No somos muy legales como enemigos— sonrío.

—No, yo soy lo peor, lo reconozco —le digo, consiguiendo que su sonrisa se amplíe aún más.

—La verdad es que cuando quieres eres una bruja.

Le devuelvo la sonrisa. Al menos estamos hablando sin gritarnos, algo

hemos avanzado.

—Mejor no te digo lo que pienso de ti...

—No me lo digas, seguro que va acompañado de un montón de tacos.

—Te echo de menos.

—Y yo a ti, preciosa, pero eso no cambia cómo me siento.

Da un paso atrás y se aleja, y no solo físicamente. Aquí se acaba nuestra conversación. Para confirmarlo, me hace un gesto con la cabeza y sonrío.

—Entra en casa, te vas a enfriar. Mañana por la tarde pasaré con mi hermano para que te vea, le hace mucha ilusión.

—Claro —consigo murmurar—. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Camina hasta donde ha dejado la guitarra, la coge y entra en casa sin volver a mirarme. Aprieto más la manta en torno a mi cuerpo sin ser capaz de calentarme, y entro en casa casi arrastrando los pies.

Esto va a ser difícil, muy difícil.

Me siento en el sofá y enciendo la tele sin molestarme ni en buscar un canal concreto, me da igual. Me envuelvo más en la manta, helada de frío. Aunque no creo que eso se arregle con más mantas.

Le necesito a él.

Si tan solo pudiera olvidarme de mis miedos y prejuicios... Hasta ahora Samuel me ha demostrado que puedo confiar en él. Cuando ha sido hiriente es cierto que ha sido sobre todo para defenderse, porque sé perfectamente lo dañina que yo puedo llegar a ser. Me ha molestado que quedara con Inma, es cierto, porque diga él lo que diga, seguro que sabía que no me haría ni pizca de gracia. Entre "tratar de hacerme reaccionar" y "fastidiarme" yo no veo tanta diferencia. Pero también es verdad que podía haber quedado con Rebeca, o con la gritona, y no me consta que en esta semana que hemos estado distanciados haya traído a nadie a casa.

Si lo hiciera me mataría. O al menos, perdería mi confianza definitivamente, lo que para el caso es casi lo mismo.

Miguel me hizo daño, pero no podría recuperarme de un golpe así por parte

de Samuel.

Aunque mi corazón sigue medio congelado, mi cuerpo empieza a entrar en calor después de llevar un rato dentro de casa. Empiezo a manipular el mando a distancia y busco un canal que me interese, sin éxito, así que decido prescindir de la televisión y meterme en la cama.

Apago la luz pero sigo dándole vueltas a la conversación con Samuel. Al menos después de una semana sin hablarnos, hemos sido capaces de dar algún que otro paso.

Le he dicho que le quiero.

¡Dios, le he dicho que le quiero! Y aún no se lo había dicho. ¿En qué demonios estoy pensando? ¿Espero a romper con él para decirle que le quiero?

Por lo menos él también ha dicho que me quiere, aunque eso no le haga cambiar de opinión.

Me quiere.

Es evidente, si no, no le importaría que siguiéramos escondiéndonos a los ojos del mundo.

Lo cual me hace pensar que seguramente cree que yo no soy sincera con él al decirle que le quiero porque yo me niego a que la gente se entere, más allá de nuestro círculo de amigos.

No es verdad, pero es lo que parece, supongo.

Y ahora tengo el problema añadido de Elías. Si mi hermana Sole empieza a sospechar algo, y eso que nunca ha sido especialmente suspicaz..., me aterroriza pensar en que Elías se dé cuenta de lo que hay entre Samuel y yo.

Eso me obligaría a reconocerlo o negarlo. Reconocerlo supondría soportar la alegría de mi madre, su madre..., toda nuestra familia, que seguro que estaría encantada. Para que luego pase algo y todo se vaya al carajo. Y entonces no podría volver a mirar a ninguno de ellos a la cara.

Y negarlo significaría olvidarme de Samuel para siempre. No me lo perdonaría.

Recuerdo a Elías como un chico un poco rebelde y encerrado en sí mismo.

Lo cierto es que la última vez que le vi no tenía más de quince o dieciséis años. Se metía en problemas a menudo y su madre iba de disgusto en disgusto con él.

Por lo que me contó Samuel en Mallorca, y lo que he sabido después, llegó hasta la universidad pero dejó la carrera a medias, y acabó trabajando de comercial vendiendo enciclopedias. Se enamoró de otra rebelde como él y se casaron cuando ella quedó embarazada. Al nacer su hija, las cosas empezaron a cambiar, porque la rebelde maduró después de ser madre y Elías no. Durante unos años esperó a que él cambiara pero al final decidió que con hacerse cargo de su hija ya tenía bastante.

Así que voy a tener en la puerta de al lado al inmaduro y rebelde hermano del hombre que amo, que seguro que se partiría de risa si se enterara de que él y yo estamos liados.

O hemos estado liados, porque ya no sé realmente si puedo seguir considerándole algo mío.

Ha dicho que cuando sea capaz de tomar una decisión me abrirá la puerta.

Espero que sea cierto. Espero que cuando me abra, no se haya colado ya alguien más en su vida.

Por lo menos, espero que Elías no venga a complicar las cosas aún más de lo que yo espero.

CAPÍTULO 25.

Me despierto aún cansada y no consigo coger el ritmo hasta un rato después de ducharme y vestirme, cuando ya estoy acabando de desayunar. He tenido un montón de sueños extraños y angustiosos en los que aparecían y desaparecían Samuel, Inma, Elías, tal y como yo lo recuerdo siendo apenas un niño... Hasta mi hermana Sole y mi sobrina Candela riéndose de mí por haberlo perdido.

Porque en mi sueño lo había perdido definitivamente. Y ahora mismo la verdad es que no sé si estoy más cerca de recuperarlo, o de que la pesadilla se haga realidad.

Cuando bajo al garaje a coger mi coche, el de Samuel ya no está. Ha debido de salir temprano. Conduzco hasta el trabajo y cuando me encuentro allí con Ruth, enseguida se me echa encima con cara de preocupación y de culpa.

—¿Cómo estás? Ayer al final no te llamé...

Consigo incluso sonreír.

—Ya, no me lo digas... Daniel se quedó en tu casa.

Se encoge de hombros y me agarra del brazo para echar a andar hasta la tienda.

—Estábamos los dos muy tensos, entiéndelo... ¿Y tú? ¿Has podido dormir? ¿Samuel estaba en casa? ¿Hablaste con él?

Me río ante su atropello.

—De una en una, Ruth, por favor..., así no hay manera de centrarse.

Me mira recriminándome mi aparente diversión.

—Oye guapa, encima de lo preocupada que me tienes, no te burles.

—Se fue solo a casa. Después de cenar estuvimos hablando en la terraza.

—En la terraza.

—Sí.

—Con el frío que hacía.

—No me dejó entrar en su casa.

—Qué capullo. ¿Y?

—No tiene nada con Inma, solo fue un café.

—¿Y te lo crees?

—Sí. No tiene ninguna necesidad de mentirme. No estamos juntos.

—Bueno..., la verdad es que tenéis un rollo muy raro. ¿Avanzasteis algo entonces?

—Pudimos hablar sin insultarnos, si te sirve de algo.

Asiente solemnemente y murmura:

—Lo consideraremos un paso adelante.

—Pero sigue sin ceder ni un milímetro. Lo quiere todo o nada.

— ¿Y se puede saber por qué demonios no te dejas de tonterías y te rindes a la evidencia? ¡Estás loca por él, reconócelo y hazle feliz!

—No me presiones tú también, Ruth, por favor... Si solo aflojara un poco, joder... Encima hoy viene su hermano.

—¿Su hermano?

—Elías, su hermano mayor.

—No me digas que se acopla en su casa.

—Te lo digo.

—O sea, que de polvos a escondidas, nada —suspira contrariada.

—Las pillas al vuelo.

—¿Y entonces ahora qué?

Nos paramos frente a la puerta de la tienda e inspiro hondo encogiéndome de hombros.

—No lo sé. Esta tarde pasarán por mi casa porque Elías quiere verme. Necesito pensar, pero con su hermano aquí... no sé si las cosas van a mejor o a peor.

—Pues como vayan a peor, que no nos pase nada...

Después del trabajo me voy a comer a casa de mis padres, como cada sábado. Cuando estamos ya recogiendo la mesa, Sole se me acerca con aire de misterio a contarme que Inma y Samuel quedaron ayer tarde para tomar algo.

—Sí, ya lo sé. Nos los encontramos en un café.

La cara de mi hermana no oculta su sorpresa.

—¿Los viste?

—Sí, cotilla.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Ya sabes... ¿Crees que habrá tema?

La sangre se me acelera y me dan ganas de gritarle a la torpe de mi hermana que eso solo pasará por encima de mi cadáver.

—Tú ves romances en todas partes, Sole. Solo era un café.

—Bueno, ya le preguntaré a Inma.

—Eso. A ver si a ella le pareció otra cosa.

No sé ni cómo consigo contenerme y fingir un absoluto desinterés. Poco después me excuso diciendo que tengo mucho que hacer en casa y me marcho. La curiosidad por Elías, y sobre todo, las ganas de estar en la misma estancia que Samuel me pueden.

Regreso a casa tratando de prepararme mentalmente. No se me puede notar cuánto me gusta. No puedo ponerme a discutir con él delante de su hermano. Y sobre todo no puedo mostrarme ni celosa ni posesiva.

Y eso es complicado porque últimamente lo soy y mucho. Las dos cosas.

Cuando aparco el coche en el garaje de mi casa, el de Samuel está en su sitio. Suena un mensaje en mi móvil y lo miro mientras me dirijo al ascensor. Es de él.

"¿Estás ya en casa?"

Tecleo una respuesta rápida:

"Estoy subiendo"

Salgo del ascensor guardando mi móvil en el bolso y levanto la vista al oír una puerta que se abre.

Samuel se asoma desde su apartamento y me invita a entrar.

—¿Te tomas un café con nosotros?

—Pensé que ibais a venir a mi casa.

—Da igual ¿no? Además, yo ya tengo el café hecho. Café portugués. Y reciente.

Me sonrío y asiento como una idiota. Sí que le cuesta convencerme a veces...

Entro en su casa y Elías sale a mi encuentro inmediatamente mirándome de arriba abajo.

—Vaya con la pequeña Nadia... ¡Pero cómo has cambiado!

—Hola Elías —le saludo con dos besos—. Tú en cambio, no has cambiado tanto.

Es cierto. Obviamente ya no es el adolescente que yo recordaba, pero se le reconoce perfectamente. Lleva unos vaqueros gastados y un jersey azul que resalta sus ojos, tan azules como los de su hermano. Y aunque podría considerarse un hombre guapo, tiene un aura de decadencia y de peligro que advierte inconscientemente de que lo más inteligente es alejarse de él.

—Menuda sorpresa que Samuel y tu volváis a ser vecinos después de tanto tiempo.

—Sí, ya ves.

La forma en que me mira me incomoda un poco. Por una parte, parece como si me estuviera desnudando con la mirada. Por otra, juraría que se está preguntando hasta dónde ha llegado su hermanito conmigo. O eso, o valorando hasta dónde llegaría él.

Samuel se coloca detrás de mí y me empuja sutilmente hacia la mesa con una mano en la cintura que me pone de punta todo el vello del cuerpo. Una parte de mi cerebro maquiavélico se regocija porque ve en ese gesto un signo

de posesión. Como si le advirtiera a su hermano que se mantenga alejado de mí.

Me siento en el sofá de cuero y Elías se sienta a mi lado, mirándome las piernas sin molestarse en disimular. Samuel coge uno de los taburetes de la cocina y lo acerca para colocarlo justo a mi lado. Después regresa a la cocina y sirve el café, que trae a la mesa junto con el azucarero.

—¿Vas a querer leche, Nadia?

—No, gracias —le respondo.

Elías saca un paquete de cigarrillos de su bolsillo y sin pedir permiso se enciende uno. Samuel lo mira con evidente fastidio.

—Elías, te he dicho que no me gusta que fumes dentro. Esto es muy pequeño y enseguida huele a tabaco.

—Venga ya, ¿no pretenderás que salga a fumar a la terraza con el frío que hace, no?

Me mira como si buscara mi complicidad y yo desvío los ojos hacia Samuel. Está molesto. No le gusta que fumen en su casa y está en su derecho de poner las normas, pero Elías no parece muy dispuesto a acatarlas. Vuelvo la mirada de nuevo a Elías y veo que me observa con más atención, y que de cuando en cuando estudia también a su hermano de reojo. Empujada por la necesidad de desviar su atención de nosotros, le pregunto:

—¿Y cómo tú por Madrid?

—Pues ya ves, he venido a ver si la fortuna me sonrío. Perdí mi empleo hace unos meses y quizás aquí tenga más suerte.

Exhala una larga bocanada de humo que sube flotando al techo y hace apretar la mandíbula a Samuel.

—Pues tal y como están las cosas, la vas a necesitar... —bromeo—. ¿En qué trabajabas?

—He hecho de todo, pero principalmente labor comercial. Aunque también he trabajado de camarero.

—Pero esa opción mejor la descartas de momento —interviene Samuel.

Elías frunce el ceño y le mira con algo parecido a una advertencia en sus

ojos claros.

—No necesito una niñera, Samuel. Puedes decírselo a mamá.

—No tengo ningún interés en convertirme en una —le replica este.

—Entonces no te metas en mi vida.

Les veo tan tensos que intervengo sin pensarlo siquiera.

—Samuel me dijo que tenías una hija.

Elías mira de reojo a su hermano una vez más y luego vuelve su atención a mí de nuevo.

—Sí, se llama Hannah y tiene nueve años. Mira, aquí tengo una foto.

Me tiende el móvil tras buscar la fotografía en él. Me encuentro una niña rubia de ojos azules posando con desenvoltura. Sonríó inmediatamente.

—Es preciosa. La echarás de menos, supongo.

Para mi sorpresa, Elías evita mi mirada.

—Sí, claro. Pero aunque no paso mucho tiempo con ella hablamos por teléfono y eso...

Levanto las cejas sorprendida y miro de reojo a Samuel. Nos entendemos con una mirada.

Está claro que Elías no ganaría el premio al "padre del año".

Entonces él decide cambiar el rumbo de la conversación y se dirige a Samuel.

—Por cierto, hablé con Evangeline la semana pasada. No te lo vas a creer..., se traslada también aquí en apenas unos días.

Todas las alarmas se me disparan al oír el tono de Elías y ver el gesto de leve incomodidad de Samuel al escuchar ese nombre. Evita mirarme y se mantiene aparentemente impasible. Y para mí, que soy un poco bruja, eso solo puede significar una cosa: quienquiera que sea esa mujer no me va a gustar y él lo sabe.

—Ah... ¿en serio? —murmura como sin darle importancia.

Aunque me estoy mordiendo el labio desde hace unos segundos, la pregunta se me escapa sola:

—¿Quién es Evangeline?

Como sea una exnovia, me va a dar un ataque de celos, aquí y ahora.

Samuel me mira poniendo cara de "no es nadie, en realidad" y responde con calma.

—Es una amiga de Soraya. Éramos casi vecinos y siempre hemos mantenido contacto.

El estómago se me encoge. Otra vecina, lo que me faltaba. Yo pensaba que yo era "la" vecina. La única en su recuerdo.

—Vamos, siempre ha estado detrás de ti como un perrito, no seas modesto —le pica Elías.

—Siempre ha sido como otra hermana pequeña para mí y lo sabes —le responde él molesto—. Nunca la he visto de otra manera.

—Pues está muy buena, no sé en qué andas pensando, chaval...

Doy un trago de mi café que aunque es buenísimo me sabe a hiel. Ahora sí estoy segura de que la tal Evangeline me va a caer como el culo. Elías apura el cigarro y se queda mirando a Samuel esperando un cenicero. Este se levanta con desgana y le acerca uno que hay sobre el mueble de la televisión.

— ¿Y por qué se traslada? —le pregunta, movido por la curiosidad, cuando vuelve a sentarse.

—Por trabajo, supongo —responde Elías, encogiéndose de hombros y apagando el cigarro—. O a lo mejor es que te echa de menos, hermanito... —añade con una sonrisa burlona mientras saca otro.

Hago un esfuerzo titánico por mantener la compostura, pero por cómo me mira Samuel, no lo estoy consiguiendo del todo.

—He hablado con ella un par de veces desde que me vine a Madrid. Como ya te he dicho, seguimos en contacto, así que no puede echarme de menos.

—Debéis de estar muy unidos —le digo por fin sin ser capaz de disimular del todo la rabia que me da enterarme de la existencia de la tal Evangeline.

—Somos amigos, eso es todo —responde Samuel. Y por la mirada que me echa, me está diciendo también "No follamigos, amigos. Quiero que quede claro, aunque no tenga por qué darte explicaciones al respecto".

Me tranquiliza a medias.

Puede que él no esté interesado en ella, o que al menos, no lo estuviera hasta ahora, pero puede que ella sí esté interesada en él. Por las palabras de Elías yo al menos he deducido que esa mosquita muerta a la que él considera su amiga estaría encantada de trincarlo.

— ¿Has quedado con Ruth esta tarde? —me pregunta entonces Samuel cambiando de tema bruscamente.

—Aún no, ¿por qué?

—Supongo que quedará con Daniel ¿no?

—Supongo — le respondo—. Tu amigo no la deja ni a sol ni a sombra.

Elías mira a su hermano sorprendido.

—¿Daniel? ¿Tu amigo Daniel? ¿Daniel Vázquez?

—Sí —responde Samuel—. Daniel también está aquí, llegó hace como un mes.

—Vaya, esto parece una convención —se burla Elías.

—Ya te digo —me río yo. Esto es surrealista. Primero Samuel, luego Daniel, ahora Elías, y pronto la ex vecina que por los comentarios de su hermano, está colada por él. ¿Qué pasa, que los están convocando a todos con un megáfono?

—¿Y Ruth es...? —pregunta Elías.

—Mi mejor amiga —respondo yo.

—La novia de Daniel —responde Samuel.

Nos quedamos mirando como si nos estuviéramos retando. Es verdad que no es solo mi mejor amiga, pero yo no había pensado en ella como la novia de Daniel.

Aunque probablemente lo es. Aunque a mí me cueste verlo, ellos sí parecen tener una relación que se está construyendo paso a paso y funciona.

No como lo que hay, o había entre Samuel y yo. Nosotros vamos para atrás, como los cangrejos.

—Mira el rubio, qué bien se lo monta —se ríe Elías—. Anda que no se ha

dado prisa en buscarse una piba...

Le miro arqueando una ceja. No me gusta la forma en que habla de Ruth, como si no fuera más que un polvo fácil para Daniel. Parece darse cuenta y puntualiza.

—No te lo tomes a mal, Nadia, pero Daniel no es ningún santo...

Ese comentario tampoco me gusta y miro de nuevo a Samuel.

—Lo que haya hecho Daniel antes de conocer a Ruth es asunto suyo. Ahora está con ella y punto.

Su tono no deja lugar a réplicas. Lo entiendo. Ruth tampoco ha sido una santa pero ahora está con Daniel y no hay más que hablar.

Elías mira el reloj entonces y se levanta.

—Bueno, si no os importa, yo me voy a ir a dar una vuelta. He quedado.

—¿Has quedado? —le pregunta Samuel sorprendido—. ¿Con quién?

—Tú no eres el único que conoces gente aquí —responde Elías—. Aún tengo amigos de cuando vivíamos en Madrid. He quedado con Armando.

—¿Con Armando?

—Sí, mamá, ¿pasa algo? —se pitorrea él.

—Estás en mi casa, que no se te olvide.

—A mí no me amenes.

—No es una amenaza, es una advertencia, Elías. Si no te viene bien, te buscas un hotel y andando.

Asisto alucinada al intercambio verbal entre los dos hermanos. Me estoy perdiendo algo y no sé qué es.

Samuel se levanta para recoger las tazas y yo me dispongo a marcharme a casa. Elías me sonrío con malicia y me dice como si nada.

—Bueno, vecinita, pues para lo que necesites... aquí me tienes.

Samuel suelta las tazas en el fregadero de un modo tan brusco que entrechocan y temo que haya roto alguna.

—Gracias —le respondo en un tono cortés pero poco interesado—. ¿Vas a

quedar con Daniel, Samuel?

—Creo que no.

La desilusión se me debe de notar en la cara, así que me apresuro a marcharme.

—Bueno, pues gracias por el café. Hasta otra.

—¡Nos vemos! —me grita Elías ya desde el baño.

—Que te diviertas esta noche —me responde Samuel abriéndome la puerta.

Le miro a los ojos tratando de averiguar qué quiere decir con eso. Espero que sea un "no te diviertas demasiado sin mí porque yo tampoco lo haré sin ti". Pensar que quiera decir exactamente lo que ha dicho, porque él tiene intenciones de hacer lo mismo, duele demasiado.

No añade ni una palabra, así que cruzo la puerta y me meto en mi casa, nerviosa, confundida y asustada.

No me va a gustar la tal Evangeline. No me va a gustar ni un pelo. Y ahora sí que estoy segura de que Elías no me va a traer más que problemas con su hermano.

Llamo a Ruth para quedar y me confirma que en ese preciso momento Samuel le está diciendo a Daniel que no sale con nosotros.

No sé si lo hace para huir de mí o para castigarme, pero me parece fatal en cualquiera de los dos casos.

Así esto no va a ir a ninguna parte.

CAPÍTULO 26.

Me arreglo para salir sin muchas ganas. No es lo mismo si sé que Samuel no va a venir con nosotros. Ni siquiera sé si va a salir, pero en cualquier caso, seguro que hará lo posible por no cruzarse conmigo.

Cuando cojo mi coche del garaje, el suyo aún está allí. Pongo la radio y conduzco hasta el centro tratando de no pensar demasiado en él, aunque me cuesta mucho. Aunque trate de negarme a la evidencia, se me ha metido bajo la piel y no puedo sacármelo de la cabeza.

Me encuentro con Ruth y Daniel en el bar en el que hemos quedado para tomar algo antes de ir a cenar. Valeria y Elena no han llegado todavía, y espero que no tarden mucho. Es muy raro estar con los dos tortolitos si no está aquí Samuel.

Daniel se acerca a la barra enseguida a pedir una Coca-Cola para mí y me quedo un instante a solas con Ruth. Mi amiga me mira casi con lástima.

—No me mires así, Ruth, lo odio.

—Se te ve fatal, no pareces tú.

—No estoy en mi mejor momento, pero he estado peor.

—Te estás asfixiando tú sola ¿no lo ves?

—Me vendría bien que él me ayudara un poco, pero se niega.

Ruth suspira de pura frustración y cambia de tema.

—¿Qué tal con su hermano?

—Digamos que se ajusta bastante a lo que esperaba de él. De chaval era ya más bien problemático y ha evolucionado en la dirección más previsible.

—O sea, que es una joyita.

—Eso mismo.

—¿Sabes a qué ha venido?

—A buscar trabajo, se supone.

—¿Y se va a quedar mucho tiempo en casa de Samuel?

—Ni idea..., pero con lo pequeño que es ese apartamento debería buscarse algo y mudarse en cuanto encuentre trabajo.

—A ver si es verdad... No veo muchas posibilidades de que arregléis lo vuestro con él ahí.

Daniel regresa a la mesa y se sienta con nosotras. Cojo mi Coca-Cola dándole las gracias, y luego le pregunto directamente.

—Daniel, ¿qué sabes tú de Evangeline?

Su cara no oculta la sorpresa por mi pregunta.

—¿Evangeline?

—Sí. Supongo que la conoces ¿no?

—Sí, claro, pero... ¿Harry te ha hablado de ella?

Las manos me empiezan a hormiguar y a sudar, y siento mi pulso con fuerza en las sienes. ¿Hay algo que no me ha contado y yo debería saber?

—Elías ha dicho que se muda a Madrid en unos días.

—Ah... ¿en serio?

—¿Daniel! —interrumpe Ruth—. ¿Quién coño es Evangeline?

Él la mira divertido y da un trago de su cerveza.

—Es una amiga de Samuel. Una antigua vecina.

—¿Otra vecina? —pregunta Ruth sorprendida—. ¿Samuel tiene algún tipo de fijación extraña por las vecinas?

—Solo por Nadia, que yo sepa. Y desde hace poco más de un año —sonríe él.

—¿Cómo de amiga? —le pregunto tragando saliva. No sé si quiero conocer esa respuesta, pero la necesito.

Él me mira extrañado.

—Amiga, sin más. De hecho es amiga de Soraya.

—Pero... —me atrevo a preguntar— ¿han tenido algo?

Daniel me mira con aire francamente divertido.

—¿Me estás preguntando si se han acostado?

Me ruborizo hasta la raíz del pelo. Me estoy poniendo en evidencia, ya lo sé. Pero pensaba que Daniel no tenía muchas dudas sobre lo que significa Samuel para mí. Me encojo de hombros negándome a responder a su pregunta. Está claro ¿no?

—No me gustó la cara que puso cuando Elías la mencionó.

—¿Y qué cara puso? —me pregunta Ruth con interés.

La miro y le respondo.

—Ya sabes, esa cara de "no-te-va-a-gustar-un-pelo-conocerla-y-ojalá-no-hubieras-escuchado-ese-nombre".

—¿En serio? —dice abriendo mucho los ojos. Y volviéndose hacia Daniel, le mira con cara de súplica y le apremia.

—Cuéntanoslo todo, cariño, anda.

—No hay nada que contar.

—No te creo, suéltalo y déjate de gaitas.

Él sonrío y niega con la cabeza.

—Harry pensará que estoy confraternizando con el enemigo.

—Daniel...

Por el respingo que da el pobre, sé que Ruth le está metiendo mano por debajo de la mesa. Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme. Mi amiga es una zorra manipuladora. Y estoy muy orgullosa de sus métodos de persuasión.

—Para —la corta él bruscamente, aunque contiene una sonrisa—. No ha pasado nada entre ellos. Solo son amigos, ya os lo he dicho.

Ruth le mira atentamente a los ojos y luego se vuelve hacia mí.

—Creo que dice la verdad.

Daniel arquea una ceja con aire de reproche mientras mira a mi amiga negando con la cabeza.

—Me parece muy feo que dudes de mí, bruja... Esta me la cobro, que lo

sepas.

—Hazlo. Y con intereses, si quieres... —se burla ella.

—Oh, por favor... Cortaos un poco ¿vale? —les pido, exasperada. Odio que hablen de sexo. Odio pensar en que la gente tenga sexo cuando sé que Samuel está vetado para mí.

Elena y Valeria aparecen por la entrada del bar y Ruth les hace señas para que nos vean. Mientras se acercan, Daniel añade:

—Pero creo que a esa chica siempre le ha gustado Harry. Por si acaso, mejor no la pierdas de vista, Nadia.

Las dos nos quedamos noqueadas con esa advertencia.

—¿Cómo es? ¿Es guapa? Cuéntame algo más, Daniel, por favor...

—Es guapa, pero tampoco un bellezón, vamos...: alta, rubia, con el pelo rizado y los ojos castaños. La típica inglesa de clase media. No está mal, la verdad.

Ruth le da un codazo en las costillas que le hace soltar un quejido entre risas.

—¡Ay! ¡Bruta!

—No te permito ese tipo de valoraciones personales —se burla mi amiga—. Cíñete a datos concretos.

—Es... lo que se dice una chica dulce. Sensible.

—Ñoña —apunta Ruth.

Daniel la mira y vuelve a arquear una ceja.

—Contigo no moriré de un subidón de azúcar, no.

—No me hagas decir barbaridades, rubio. Se me ocurren formas mucho menos empalagosas de matarte... de gusto.

Me tapo las orejas con las manos, riéndome mientras Elena y Valeria se sientan con nosotros.

—No he oído eso..., lo juro.

—¡Hola! —saluda Elena—. ¿De qué habláis?

—Viene una petarda amiga de Samuel a complicarle más las cosas a Nadia —responde Ruth obviando que estaba provocando descaradamente a Daniel.

Las dos me miran casi con lástima.

—Joder..., no hacen más que salirte problemas nuevos —dice Valeria.

—Ya sabe lo que tiene que hacer... —interviene Daniel ganándose otro codazo de Ruth.

—¡Ay! ¡Me vas a acabar haciendo un moratón, salvaje!

—¿Eso es un ruego, guapo?

—Estás loca —le dice él sonriendo.

—Loca por ti —responde mi amiga casi en un susurro antes de acabarse su Coca-Cola.

No salgo de mi asombro ante los continuos cruces de indirectas y provocaciones entre ellos. La mitad del tiempo, alguien que los viera desde fuera pensaría que se pelean, pero no es así. Lo cierto es que están todo el rato con la sonrisa en los labios. Dudo que alguna vez haya visto a Ruth así de feliz con un hombre.

Y por una vez no parece tener miedo de no ser lo bastante buena para él o de que él se canse de ella. No sé si es porque no está asustada, porque por una vez ha decidido enfrentarse a su miedo o porque Daniel no le da tiempo ni a pensar en esas cosas. La cadena de provocaciones en la que están inmersos continuamente debe de agotarla, por muy divertido que sea tratar de seguirle el ritmo al inglesito. Y por lo que sé, la mayoría de las noches tampoco tiene mucho tiempo de pensar. Y el resto de las noches, obviamente, duerme como un leño.

La "terapia" es un poco drástica, pero es evidente que funciona.

Un rato después nos vamos a cenar los cinco, y después de tomar café empezamos con la ronda habitual de bares de copas. Ruth y yo tenemos que conducir, así que nos abonamos a las cervezas sin alcohol. Daniel las alterna con cervezas con alcohol. Lo cierto es que tanto él como Samuel hacen eso a menudo, porque se beben la cerveza como si fuera agua. Y Ruth no se lo llevaría a casa para ponerlo a dormir la mona. A su edad un hombre debería saber de sobra hasta dónde puede llegar bebiendo.

Hasta ahora los dos han demostrado bastante madurez en ese aspecto, menos mal. Ruth tuvo un ligue que le gustaba mucho, pero no tardó en comprobar que cuando empezaba a beber, no tenía fondo. De modo que la segunda vez que acabó tan borracho que apenas se tenía en pie, el prometedor rollito que tenían se fue al garete.

Entramos en el bar de Ernesto y siento enseguida cómo Daniel se pone en tensión. Hay algunos amigos de Miguel, mi ex, en un rincón, pero no lo veo a él, ni tampoco a la guarra. Uno de ellos, Diego, me saluda desde la distancia y le devuelvo el saludo con una sonrisa cordial. Daniel me mira de reojo. Seguro que está haciendo la crónica mental de la noche para pasarle luego la información a Samuel...

Bailamos un poco y tomamos la que seguramente va a ser una de las últimas copas, si no la última. Valeria y Elena se mantienen cerca de mí cuando Ruth y Daniel empiezan a ponerse melosos, bailando muy pegados y mirándose como si tuvieran rayos X en los ojos y pudieran desnudarse con la mirada.

Entonces, un cuerpo se pega a mi espalda y una voz pastosa me susurra cerca del oído.

—Hombre... ¡Pero si es mi vecinita preferida!

Me giro para encontrarme con Elías. Lleva un cubata en la mano y a juzgar por su aspecto, unos cuantos en el cuerpo.

—Hola, Elías.

Me mira de arriba abajo y luego centra su atención en Elena y Valeria.

—¿No vas a presentarme a tus amigas?

Asiento sin muchas ganas y se las presento. Hemos hablado un poco de él durante la cena, así que lo miran con curiosidad. Daniel de pronto nos ve por el rabillo del ojo y se acerca, con Ruth abrazada a él.

—¿Qué tal, Elías?

—Hola, rubio. Aquí, tomando algo con unos amigos.

Miro detrás de él y veo dos tipos a cierta distancia. Son más o menos de su edad, aunque están más delgados y tienen aspecto cansado y torpe. Nos miran de vez en cuando pero están muy ocupados hablando entre ellos. Haciendo un gran esfuerzo por hablar. Casi parece que estén colocados.

Es posible que lo estén. No podría decir si Elías se ha metido algo, pero sí juraría que está más borracho de lo que debería.

Bastante más borracho, para ser exactos. Parece el ejemplo perfecto de "hombre que no sabe cuándo debería dejar de beber".

Elías observa a Ruth con descaro y sonríe lascivamente. Se cuelga de mí abrazándome con más confianza de la que debería mientras Daniel se tensa estrechando a su chica posesivamente.

—¿Y mi hermanito? ¿Al final no ha salido?

—No lo sé —le respondo con aparente indiferencia.

—Es raro que no vaya pegado al rubio... —murmura sonriendo—, y me parece aún más raro que estando él con tu amiga, no se pegue a ti...

—No me gusta que nadie se me pegue —le digo medio en broma, medio en serio, apartándolo un poco de mí.

Acepta que lo ponga en su sitio con una sonrisa golfa, apura de un trago lo que queda en el vaso y se gira hacia la barra.

—¿Me invitáis a un trago?

—Creo que por hoy has cubierto el cupo —le responde Daniel.

—¿Y tú qué eres, mi madre? —sisea con desprecio—. Con mi hermano tocándome los cojones ya tengo bastante, gracias...

—Están a punto de cerrar, Elías. No hay más tragos por hoy —le digo en tono conciliador.

—¿Y a dónde vais ahora, preciosa? —me pregunta encasquillándose ligeramente.

—Creo que a casa. ¿Te llevo?

—¿A tu casa? —sugiere juguetonamente.

—Ya te gustaría —me burlo sin darle importancia—. A la tuya, vecino.

—A la del capullo de mi hermano, será.

—Bueno, pues eso.

Lo duda un momento y Daniel le insiste, mirándome de reojo. Obviamente

también piensa que ha bebido más de lo que debería.

Sus amigotes no se ven por ninguna parte, así que prácticamente nos lo llevamos a empujones venciendo con facilidad su escasa resistencia. Ruth y yo hemos dejado el coche en el mismo aparcamiento, así que vamos en grupo casi hasta mi coche. Valeria y Elena se despiden poco antes para irse en metro.

Le abro la puerta del copiloto y empieza a reírse sin control.

—¿Cómo crees que me voy a meter en ese coche de juguete, nena?

—Primero metes un pie, y luego el otro. ¡Déjate de chorradas que tu hermano cabe así que tú también! —le contesto un poco molesta. Me tiene un poquito harta la manía de los Harrison con mi pobre Twingo.

Daniel me ayuda a meterlo y cuando cierro la puerta me mira seriamente.

—¿Te vas a ir tú sola con él?

—¿Qué va a pasarme? No creo que sea peligroso, Daniel...

Me mira como si él no estuviera tan seguro.

—Pues a Harry no sé si le va a gustar mucho la idea.

—Mira, bastante tengo con hacer de taxista y de niñera como para encima pensar en si a Samuel le parece bien o le parece mal que lo lleve a casa.

—No se trata de que lo lleves, se trata de que vayas sola con él.

—Está borracho y seguramente un poco salido, pero no creo que yo corra peligro con él.

—Di que sí, tú arréglalo. Me dices que está salido y te quedas tan ancha... Joder, como se pase un pelo, Harry me corta los huevos por dejarte ir sola con él.

—Ya, como si le importara —le digo con tristeza.

—Sabes que le importa.

Sacudo la cabeza y me aparto de él para abrir la puerta del conductor.

—Bueno, yo sé lo que hago. Cuando llegue a mi casa sana y salva os mando un mensaje y listos ¿contento?

Asiente a regañadientes.

—Vale, pero no tardes.

—Tranquilo. Hasta mañana.

Me despido también de Ruth con un gesto de la mano y pongo el motor en marcha. Elías me mira con los ojos medio vidriosos.

—¿Estás segura de que no prefieres llevarme a tu casa?

—Segura —le respondo sin desviar la mirada del asfalto—. Además, lo que necesitas es dormir la mona.

—No estoy borracho —me dice arrastrando las palabras.

—Ya, y yo soy Teresa de Calcuta.

Por suerte se comporta durante todo el camino. Creo que el alcohol y el ronroneo del motor están haciendo efecto en él. Se acurruca contra la puerta y empieza a cabecear, dormitando, poco después.

Al cabo de menos de media hora, entro con el coche en el garaje de casa. Tengo que sacudir a Elías para despertarlo, y tirar de él para sacarlo del coche. Entreabre los ojos, desorientado, y se cuelga de mí pesadamente. Me esfuerzo en espabilarlo y consigo llevarlo hasta el ascensor por su propio pie, aunque empiezo a creer que está mucho más borracho de lo que yo pensaba.

Cuando salimos del ascensor y enfilamos el pasillo da un tropezón y está a punto de caerse y tirarme a mí con él. Se ríe de su torpeza colgándose de mí aún más.

Y pesa horrores, casi no puedo con él.

—Venga, Elías..., échame una mano. ¿Tienes llaves?

—No sé. Creo que están en algún bolsillo.

Meto las manos en los bolsillos de la cazadora y no las encuentro. Él está más dormido que despierto, pero me niego a meterle las manos en los bolsillos de los pantalones. ¡Pues solo me faltaba eso!

Cuando estoy a punto de tocar el timbre, la puerta se abre de repente y Samuel me fulmina con la mirada. Agarra a su hermano sin decir una palabra y lo mete a rastras en casa, echándolo sobre el sofá sin contemplaciones. Después vuelve a la puerta, donde yo me he quedado clavada, y me espeta

completamente fuera de control:

—¿Se puede saber qué coño haces con mi hermano?!

—Oye, a mí no me grites. Me lo he encontrado en un bar y lo he traído.

—¿Y le has dejado beber?

Le miro como si estuviera loco.

—¿Perdona? ¿Desde cuándo soy su madre o su niñera? ¡Es mayorcito!

—¡Es un alcohólico, joder! ¡Se niega a reconocerlo, pero lo es!

La rabia me consume instantáneamente.

—¿Y yo qué coño sé? ¡Ya estaba borracho cuando nos lo hemos encontrado!

Se asoma al pasillo y mira a ambos lados como si esperara encontrar a alguien más.

—¿Has venido sola con él?

—Sí. Me ha costado un poco pero lo he traído. En el bar no parecía que estuviera tan borracho. Oye, Samuel, lo siento, pero si yo no sé que tu hermano tiene un problema con el alcohol, no creo que puedas culparme por traerlo así...

Me interrumpe casi gritando.

—¿Pero tú estás loca o qué? ¿Cómo se te ocurre?

Las lágrimas me saltan a los ojos sin previo aviso. Está furioso y lo está pagando conmigo injustamente. Me giro hacia mi casa y le doy la espalda.

—Cuando estés dispuesto a hablar conmigo sin gritarme ni faltarme al respeto, me avisas. Y entonces me puedes agradecer si quieres que haya traído a casa al descerebrado de tu hermano en lugar de dejarlo tirado por ahí como un perro.

Antes de poder cerrar la puerta de mi casa, con los ojos rebosantes ya de lágrimas de rabia, recibo un empujón y Samuel entra pegado a mi espalda, cerrando la puerta tras de sí. Pulsa el interruptor de la luz y se encara conmigo. Está muy enfadado, pero no creo que más de lo que lo estoy yo.

—¡No vuelvas a meterlo en el coche contigo a solas! Prefiero que duerma al raso, o que lo traiga la policía si hace falta antes de que vuelvas a exponerte

de esa forma.

—¿Pero de qué hablas? —le contesto empujándole para zafarme de su agarre—. ¡Está borracho, pero no creo que me haya comportado como una inconsciente! ¡No me ha tocado, no seas exagerado!

Baja un poco la voz, mirándome con un aire de derrota.

—Nadia, cuando Elías bebe pierde el control. Mientras esté de buen humor no hay problema, pero si le llevas la contraria o le provocas puede ponerse violento... Nunca, jamás vuelvas a acercarte a él si le ves borracho.

Dejo de gritarle cuando veo que, en el fondo, está asustado. Me grita porque está asustado al pensar que podría haberme pasado algo.

—No ha pasado nada.

—Pues con lo provocadora que tú eres, eso es casi un milagro.

Repara entonces en las lágrimas que nublan mis ojos y se acerca de nuevo, pasándome los pulgares por la humedad que flota sobre el lagrimal.

—Perdona que me haya puesto así contigo... No he medido mi propia reacción.

—No me toques —le contesto apartando sus manos con rabia—. Tú no mides nunca nada. No me cuentas que tu hermano tiene un problema pero luego me culpas por no haber sabido reaccionar como tú querías. Estoy harta de no estar a la altura de tus expectativas.

Se queda mudo, mirándome sin saber qué decir. Le abro la puerta y le invito a marcharse.

—Vete a ocuparte de él, anda. Tengo que avisar a Daniel de que he llegado bien. O al menos sin incidentes hasta que me he encontrado contigo.

Da dos pasos hacia la puerta y parece que está a punto de volverse y decirme algo, pero se marcha.

Cierro de un portazo furiosa con él, conmigo misma y con el gilipollas de Elías. Ya sabía yo que no me iba a traer nada bueno.

Con un suspiro me limpio de nuevo los ojos y cojo el móvil para avisar a Daniel y Ruth de que he llegado a casa y estoy bien. Al menos todo lo bien que puedo estar tras el paso del "Huracán Samuel".

CAPÍTULO 27.

Después de la fatídica noche de borrachera de Elías, paso cuatro días sin saber nada de Samuel, ni de su problemático hermano. Ruth despotrica contra él continuamente y Daniel trata de excusarlo cada vez que viene a recoger a Ruth a la salida del trabajo. Según él, Elías no se lo pone fácil, y Samuel está bastante agobiado.

Entiendo que siendo su hermano sea difícil lidiar con eso, pero yo no tengo la culpa de que todo se le esté complicando.

Bueno, un poco de culpa igual sí. Supongo que el hecho de que las cosas entre nosotros estén como están, no le ayuda mucho.

A mi desde luego me hace polvo no poder apoyarme en él. Pero aún estoy enfadada. Estoy harta de que me exija tanto pero no me de ningún tipo de facilidades.

Rita se despide de nosotras y Daniel y Ruth me acompañan hasta el garaje. Mi amiga insiste una vez más en que me quede con ellos a tomar algo.

—Que no, Ruth, en serio. Me voy a casa.

Ni siquiera me apetece ir al gimnasio. Antes me servía de desahogo correr hasta poner la mente en blanco, pero ahora ya no. Las pocas veces que he coincidido allí con Samuel han llenado las máquinas de recuerdos y ahora lo veo en todas y cada una de las que forman parte de su rutina de ejercicios.

—¿No has vuelto a hablar con él? —me pregunta Daniel, contrito.

—No. Y para tirarnos los trastos a la cabeza, la verdad es que mejor que ni nos veamos.

—Evangeline llegaba hoy ¿lo sabías?

—¿Hoy?

—Sí —me contesta muy serio—. Me lo ha dicho Harry.

Ruth le mira como si nos hubiera traicionado a ambas.

—¿Cuándo has hablado tú con él? —le pregunta frunciendo el ceño.

—Hoy a mediodía. Le he llamado yo. Es mi amigo, joder.

—¿Ha quedado con ella?

La pregunta se me escapa antes de darme ni cuenta. Daniel me mira casi con lástima.

—Sí, pero no te agobies. Ya te dije que para él es más como una hermana pequeña.

—Hasta que no sepa lo que él es para ella, mejor que no baje la guardia —le corta Ruth, tajante—. Yo por lo menos estoy harta de lobs con piel de corderito.

Esa tarde, cuando llego a casa, el coche de Samuel no está en el garaje, y me siento incómoda ante la idea de que haya quedado con ella. El resto de la semana las cosas no mejoran, ya que continúa llegando todos los días más tarde de lo normal y encima ni siquiera me encuentro con él.

Y no hace ningún esfuerzo por hacerse el encontradizo, que es lo que en realidad llevo peor. Ni siquiera oigo la guitarra, ni en la terraza ni dentro de su casa.

Lo que sí oigo en un par de ocasiones son broncas entre él y su hermano, por eso sé que aún están los dos en casa. Dudo que Elías se esté esforzando en buscar trabajo pero tampoco pasa mucho tiempo en casa, al menos por lo que yo sé.

Me agobia pensar en que Elías esté poniendo su vida patas arriba. Desde luego que es su hermano y un alcoholíco no deja de ser un enfermo, pero no es justo que Samuel tenga que cargar con algo como eso cuando él al parecer ni siquiera quiere reconocer que tenga un problema. Comparte con él un apartamento minúsculo de una sola estancia perdiendo su intimidad y su libertad en su propia casa, y encima tiene que hacerle de niñera, cuando él es el hermano menor.

Seguramente soy una egoísta insensible, pero me fastidia que Elías se aproveche así de su hermano. Me repatea, qué le voy a hacer.

Y que él se refugie en la supuesta amistad de la inglesita ñoña me aterroriza, así de claro.

Tengo que hablar con él, y tengo que hacerlo cuanto antes. Ahora mismo estamos en punto muerto y no puedo culparle por nada que haga, pero si se lía con ella no sé si podré perdonarle alguna vez. Soy consciente de que yo no le he prometido nada y tal vez le estoy exigiendo mucho, pero necesito creer que a pesar de todo, él sigue siendo mío.

El viernes a mediodía sigo sin haber coincidido con él, y todavía no sé bien cómo, consigo reunir el valor para mandarle un mensaje al móvil.

"¿Cómo estás?"

La respuesta tarda unos minutos en llegar.

"Ocupado"

Claro y conciso. La primera en la cara, vamos.

No me arredro y decido insistir.

"¿Qué tal llevas lo de tu hermano?"

Esta vez la respuesta tarda un poco más, incluso.

"¿Te refieres a que sea un alcoholico que no tiene intención de dejar de beber o a que esté instalado en mi casa de forma indefinida?"

Está claro que no piensa ponérmelo fácil.

Pero yo puedo ser muy insistente. Jodidamente insistente, como suele decir Ruth. Lo pienso un poco y al final decido lanzarme a la piscina.

"Me gustaría hablar contigo. ¿Podemos quedar?"

Esta vez el teléfono se queda inerte durante tanto tiempo que llego a pensar que no va a responderme. Cuando soy consciente del poco interés que suscito en él me entran ganas de llorar. Y que me maten si derramo una sola lágrima. No pienso hacerlo. No voy a convertirme en una llorona por culpa suya.

Y entonces llega la respuesta.

"Hoy ya he quedado. Y mañana también. Ya te he dicho que estoy ocupado. Si lo que te preocupa es Elías, puedo sobrellevarlo"

Me dan ganas de gritar. De gritarle a él en la cara que lo que me preocupa no es Elías, lo que me preocupa es él. Me preocupa que lo pase mal, me

preocupa no verle y no poder ni siquiera enfadarme con él cara a cara. Me preocupa que sea esa tal Evangeline la que esté ahí si se viene abajo y no yo. Me preocupa la posibilidad de perderle definitivamente, porque la veo más cerca que nunca.

Aunque en realidad no sé si he llegado a tenerle del todo alguna vez.

Respiro hondo, vuelvo a coger el móvil y haciendo acopio de todo el valor que consigo reunir, escribo.

"Me preocupas tú. Y te echo de menos"

Me quedo mirando el teléfono hasta que soy consciente de que no va a responder esta vez. Y vuelvo al trabajo con la moral considerablemente dañada.

El golpe más duro llega cuando Daniel nos recoge al salir del trabajo y nos vamos a tomar algo, y la casualidad, o el destino, o lo que sea, decide que es buen momento para que Evangeline y yo nos conozcamos.

Nos encontramos en el mismo café en el que le vimos con Inma, la amiga de mi hermana. Poco después de entrar, cuando estamos ocupando una mesa libre, ellos dos aparecen por la puerta del local. Le veo inmediatamente, y sé que es ella la que le acompaña. Es exactamente como dijo Daniel, mona, pero nada del otro mundo y con aspecto de frágil princesita de cuento. Sonríe como una idiota sacudiendo sus rizos rubios y mirándolo como si fuera un dios del Olimpo. Él se ve además bastante relajado, lo cual me molesta horrores.

Así que por eso estaba tan ocupado. Había quedado con la ñoña.

Daniel también los ve y se queda bloqueado, dudando seguramente si es buena idea llamar su atención para exponerse a echar a Evangeline a los leones, o a las leonas, en este caso. Ruth y yo seguro que la destrozamos en diez minutos si nos la dejan.

Pero entonces ella le ve. Y aunque parece dudar por un segundo si le apetece avisar a Samuel o no, al final lo coge del brazo y le señala nuestra mesa hablándole al oído.

Si tuviera unas tijeras de podar le cortaría los dedos uno a uno por atreverse a agarrarle de esa manera. Como si fuera algo suyo.

Se acercan a nosotros sonriendo y mirando a Daniel. Samuel evita deliberadamente mirarme a mí.

Como si con eso pudiera hacer algo por evitar mi rabia. Es tan infantil que me recuerda a mi sobrina Candela cuando se tapa la cara con las manos y pregunta "¿dónde estoy?".

Por supuesto hago todo el teatro en plan "¡Candela no está, ha desaparecido!". Y ella se divierte de lo lindo.

Pero tiene cinco años.

Samuel tiene treinta y uno.

Y si piensa que va a librarse de un ataque de celos simplemente ignorándome, es que es idiota perdido.

Porque las cosas como son, estoy tan celosa de esa mosquita muerta sobona que me dan ganas de arrastrarla de los pelos por todo el local. Odio que él me haga el vacío y no se lo voy a consentir.

Ella se adelanta para apoyarse en el hombro de Daniel y darle un beso en la mejilla mientras lo saluda efusivamente. Los ojos de Ruth se convierten en una fina línea mientras la mira con animadversión. Mi amiga se ha vuelto muy territorial en lo que a Daniel se refiere.

El rubio saluda a Samuel con un gesto de cabeza y advierto entre ellos una mirada de recelo. Saben que Ruth y yo somos una bomba de relojería con la inglesita allí.

Entonces se gira hacia mi amiga y se la presenta a la ñoña rubia.

—Ruth, ella es Evangeline. Evangeline, esta es Ruth, mi novia.

Parece que el tiempo se congele por un instante. Al oírlo referirse a ella de esa manera, Ruth se hincha como un pavo real, orgullosa de su hombre, reconociéndose en esa escueta definición: su novia. Y se tranquiliza inmediatamente. Daniel ha atajado de raíz cualquier posibilidad de que se sienta atacada por Evangeline. No caben los celos ante una presentación como esa.

Samuel se queda anonadado mirándolos a uno y a otro, como si no pudiera creer que Daniel diga algo así con tanta naturalidad. A mí me embarga una emoción extraña, supongo que la alegría por el hecho de que mi amiga por fin

haya encontrado al que parece ser su media naranja. Pero también siento un resquicio de envidia, y los ojos se me van a Samuel.

¿Por qué ellos han sabido encauzar las cosas de la forma correcta y nosotros no?

La rubia le sonrío a Ruth mirando a Daniel con incredulidad, y le da un beso en la mejilla con una alegría muy bien fingida.

—Encantada, Ruth —Se gira hacia Daniel y pestañea con coquetería—. ¿Tu novia? ¡Pero Daniel, qué sorpresa! Hacéis muy buena pareja, sin duda.

Habla un castellano muy correcto, aunque con un poco de acento, por supuesto. Pero me sorprende, para qué negarlo.

Daniel mira a Samuel un instante, y luego se gira hacia mí.

—Y esta es Nadia.

Nadia, a secas. Por eso ha mirado a Samuel, supongo. Como si le preguntara si quería presentarme él. Pero yo ahora mismo no soy nada de Samuel, así que no ha querido. Soy Nadia, sin más.

—Hola Evangeline. Yo soy la vecina de Samuel.

No me da la gana quedarme con el Nadia a secas, ya ves.

—Encantada, Nadia.

No parece que mi nombre le cause ningún efecto, así que deduzco que Samuel no le ha hablado de mí. Me siento un poco decepcionada.

Ruth me mira de reojo como si valorara por un momento si tendrá mi aprobación, y después les indica un par de sillas libres junto a nuestra mesa.

—¿Por qué no os quedáis con nosotros? ¿Qué queréis? Yo invito.

Se levanta con la intención de ir a la barra, y Samuel y Evangeline se miran con indecisión unos segundos. Al final parecen decidir que sería una grosería sentarse en otra mesa, de modo que se sientan.

—Un té con leche —pide ella—. ¿Y tú, Samuel?

—Café solo —contesta Ruth por él inmediatamente—. ¿No, Samuel?

—Sí, gracias —responde él, tenso. Es evidente que no le acaba de parecer buena idea quedarse allí con nosotros. O conmigo, mejor dicho.

Aunque Ruth sería igual de peligrosa si yo no estuviera. Su lealtad hacia mí es incuestionable, y cualquier mujer que acompañe a Samuel que no sea yo, le cae mal por definición.

Se sientan y mientras Ruth va a la barra, pasan unos segundos de incómodo silencio, hasta que Daniel se decide a iniciar tímidamente una conversación.

—¿Te has instalado ya, Evangeline?

—Bueno, estamos en ello —sonríe mirando a Samuel. Y no me gusta ni un pelo cómo suena ese "estamos". Miro hacia él con angustia, y capto una mirada de refilón también hacia mí. Entonces interviene como para aclarar el término.

—Le he estado ayudando, pero trae muchas cosas.

—Claro, pero para eso están los amigos ¿no? —pregunta Ruth con aparente inocencia—. Para ayudarse.

La rubia asiente sonriendo y observa a mi amiga con renovada atención. Después se vuelve hacia Daniel y les pregunta a ambos:

—¿Y desde cuándo estáis juntos? Si no es indiscreción...

—En absoluto —responde él enseguida—. Pues hace poco más de un mes. Pero nos conocimos el año pasado, cuando Samuel y yo estuvimos de vacaciones en Mallorca.

—Oh, qué romántico —dice ella aplaudiendo entusiasmada como una niña pequeña. Y entonces se vuelve hacia mí—. Y vosotras dos... ¿Sois amigas?

—Como hermanas —responde Ruth por mí.

—¿Y tú eres vecina de Samuel? Qué casualidad ¿no?

—Casualidad debería ser mi segundo apellido —le respondo con ironía. Estoy hasta el moño de casualidades que no hacen más que complicarme la vida.

Samuel decide aclarar términos una vez más.

—Nadia y yo ya éramos vecinos de pequeños. Nos conocemos desde niños. Ahora da la casualidad de que también vivimos en el mismo bloque de apartamentos.

—Puerta con puerta —puntualizo yo con malicia. A Ruth no se le escapa mi

tono, y creo que a Daniel y a Samuel tampoco porque se tensan imperceptiblemente. Evangeline me mira con curiosidad, aunque no estoy segura de que esté captando lo que yo quiero que capte.

No parece muy lista, la verdad.

—Ah..., pues qué bien. O sea que la mejor amiga de la novia de tu mejor amigo... es tu vecina —resume mirando a Samuel.

—Exacto. Oye, qué bien te defiendes en castellano —la halaga Ruth ignorando que su comentario ha sonado a "qué juntos estáis los cuatro"—. ¿Dónde has aprendido a hablarlo tan bien?

—Bueno, lo he estudiado desde muy jovencita, y Soraya, Samuel y el resto de su familia me facilitaron mucho esa tarea...

Vuelve a mirarlo con adoración y la sangre se me acelera en las venas. Me está poniendo enferma con tanta dulzura.

—¿En qué trabajas? —le pregunto yo entonces. Samuel me mira como si me advirtiera de algo. Como si protestara por el tercer grado al que tengo intención de someterla. Pero le sonrío como retándole a que me lo impida. Le preguntaré lo que me dé la gana y le responderé otro tanto. Y si no le gusta, que se joda.

—Soy secretaria en una empresa de material de oficina. Estamos ampliando nuestra implantación en España, mi jefe se venía a Madrid y he decidido venirme también.

—Eso suena interesante... —se burla Ruth—. ¿Tu jefe está bueno? ¿Es soltero?

La mirada que le echa Daniel es como para enmarcarla. Podría matar a alguien con esa mirada. Aunque no a Ruth, desde luego. Es demasiado dura para dejarse impresionar por algo tan trivial. Ella levanta las manos en actitud fingidamente defensiva y se ríe.

—¡Tranquilo, cariño, que a mí no me interesa en absoluto! Yo lo digo por ella...

Evangeline se ríe también, aunque dudo que le vea la gracia.

—¡Oh, no, nada de eso! Está casado y tiene dos hijos pequeños. Y no es mi tipo, desde luego.

Acompaña esa última frase con una mirada de reojo a Samuel que no me gusta nada, pero nada de nada. Él parece captar mi incomodidad, pero sin duda no sabe cómo salir del atolladero.

—Ah... ¿Y quién es tu tipo? —contraataca Ruth—. ¿Tienes novio, o has dejado en Londres a alguien... especial, por así decirlo? Si no es indiscreción, claro —añade, utilizando la misma coletilla que Evangeline ha usado antes para cotillear.

Ella sacude sus rizos rubios y sonrío con candidez. Me dan ganas de vomitar.

—No, nadie especial allá. Por eso me he mudado, obviamente. Necesitaba un cambio de aires y nuevas puertas abiertas ante mí...

Aprieto los dientes con fuerza. En este momento estoy visualizando puertas pillándole los dedos, cerrándose en su cara de muñequita dulce y reventándole la nariz..., cualquier cosa menos dejar que entre en la vida de Samuel para quedarse. La única que puede abrir esa puerta soy yo, bonita, y me encargaré de que te quede claro cuanto antes.

—Qué poético... Cuidado no te pilles los dedos con alguna puerta..., ya sabes lo que pasó en el cuento de Barba Azul...

Como me pasa a menudo, pienso en voz alta antes de ser realmente consciente de lo que estoy diciendo.

Ruth contiene la risa, y Samuel y Daniel me miran casi diría que asustados. Saben perfectamente por donde voy.

Qué listos son, parece mentira que sean hombres... Me río conmigo misma.

Ella me mira con cara de "Mí no entender". Hablando de hombres listos..., aquí la mujer tonta que confirma la regla.

—Nada, nada..., es una especie de... broma. La chica del cuento entró en una puerta que estaba cerrada para ella y casi la palma... ¿No lo conoces?

—Nadia... —me advierte Samuel.

Su tono me duele más que cualquier cosa que hubiera podido decir. Siento inmediatamente que se pone de su parte, que la protege. Y eso me hunde.

—Déjalo, no tiene importancia.

Miro el reloj y encuentro una excusa perfecta para largarme de allí antes de que nadie se dé cuenta de cuánto me ha afectado su gesto. Cojo mi bolso y me levanto sin más.

—Me vais a perdonar, pero tengo que irme. Encantada de conocerte, Evangeline —me obligo a decir, aunque desee que la parta un rayo nada más salir del café—. Ruth, nos vemos mañana. Adiós, Samuel.

Doy dos pasos y me acuerdo del mensaje que no me ha respondido esta mañana. Y decido que, de perdidos, al río. Por intentarlo que no quede.

—Por cierto, cuando tengas un hueco me avisas, que quería hablar contigo, acuérdate.

Se queda bloqueado, desconcertado sin duda por el hecho de que le ponga entre la espada y la pared delante de todos. Evangeline nos mira de hito en hito. Me siento muy orgullosa de mí misma. Al parecer la dulce mosquita muerta ha captado por fin que entre Samuel y yo hay asuntos pendientes.

—Vale..., ya te avisaré.

La respuesta no es muy halagüeña pero me conformo. Me doy la vuelta y salgo con la cabeza bien alta. Me ha afectado que de alguna manera la defendiera de mí, pero no voy a tirar la toalla. Solo voy a reorganizarme, por así decirlo.

Si quiere guerra, la va a tener. Esto no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 28.

El sábado por la mañana cuando salgo hacia el trabajo, el coche de Samuel no está en el garaje. Si no le hubiera visto llegar anoche podría haber pensado que pasó la noche con ella, pero sé que no fue así. Llegó apenas una hora después que yo. Estaba hecha un manojo de nervios paseándome arriba y abajo como una leona enjaulada y no me quedé tranquila hasta que oí su coche y le vi entrar al garaje desde mi terraza. Incluso le espíe por la mirilla por vergonzoso que me resulte reconocerlo, para verificar que llegaba solo. Aunque por supuesto, con Elías en casa, traerse a Evangeline o a cualquier otra lagarta es, cuanto menos, difícil.

Conduzco hasta el garaje de Rita, donde me encuentro con Ruth, como de costumbre. Me mira con cara de preocupación.

—¿Hablaste con él?

—No, se fue directo a casa. ¿Se quedaron mucho rato?

Niega con la cabeza mientras echamos a andar hacia la tienda.

—No. Cuando te marchaste Samuel se quedó un poco tocado. No tardó en decir que estaba cansado y quería irse a casa.

—¿Tocado? ¿Qué quieres decir con "tocado"?

—No sé, de pronto se le veía... cansado, como ido. Creo que lidiar con lo de su hermano, tenerte a ti de uñas, y encima que la lapa esa le esté reclamando todo el tiempo lo tiene agotado.

—Pues que se deshaga de ella, que para librarse de mí no ha tenido muchos problemas.

Me mira y sonrío.

—Sabes que eso no es cierto. Se librará de ti cuando tú decidas tirar la toalla. Ni un minuto antes.

Lo pienso un poco y después me encojo de hombros y le devuelvo la sonrisa.

—Pues también es verdad. Y de momento, no pienso rendirme.

Entramos en la tienda y aún me pregunta, antes de empezar con el trabajo del día:

—¿Vas a intentar hablar con él hoy?

—No sé si tendré ocasión.

A la hora de comer me voy a casa de mis padres, como cada sábado. Mientras mi padre y mi cuñado se entretienen con el canal deportivo favorito de mi padre y Candela como siempre protesta porque no ponen dibujos, le pregunto a mi hermana tratando de no llamar mucho la atención:

—Y al final..., ¿qué tal le fue a Inma con Samuel?

Ella parece recordar de pronto que no me ha puesto al día sobre ese tema y enseguida se dispone a iluminarme, emocionada.

—Pues no ha hablado mucho del tema, la verdad. Yo creo que se esperaba más de lo que era.

Parpadeo haciéndome la tonta.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Pues a que ella pensaba que Samuel estaba interesado en un ligue o algo así, y yo creo que solo quedó con ella por cortesía. O para que lo deje en paz, no estoy segura.

Casi me da la risa. Mi hermana a veces es única. Yo no diría que Inma es una pesada, pero si Samuel llevaba tiempo dándole largas... Pues sí, Sole tiene razón, él podría haber aceptado tomar ese café con ella solo para que lo dejara en paz.

Aunque yo conozco otras razones, las que se supone que son las auténticas: que lo hizo para demostrarme que puede salir con otras sin que eso signifique nada, y que lo que pretendía era hacerme reaccionar. A mí.

Ahora mismo tengo tantos estímulos que me empujan a reaccionar que me doy miedo. Como estalle me llevo por delante medio Madrid.

Después de comer me voy a casa, con el ánimo más bajo que de costumbre.

Aparco el coche en el garaje, donde para no variar, el Pathfinder de Samuel no está. Habrá quedado de nuevo con la rubita de las narices. Salgo de mi coche y me cruzo en el ascensor con Pilar, que sale en ese momento.

—¡Hola Nadia! ¿Qué tal? Hacía tiempo que no te veía.

—Sí, es verdad. Como ahora ya no hace tiempo de fiestas en la terraza... —sonríó con un deje de tristeza—. Yo bien, como siempre. ¿Qué tal vosotras? ¿Y Julieta? ¿Estudiando?

—No, hoy se ha ido de fin de semana con una amiguita a una casa de la sierra. Estoy libre, así que ahora mismo me voy de compras y a ver cómo se me ocurre llenar el resto del tiempo —bromea—. Esto de estar sin niña un sábado es un lujo que no tengo a menudo.

—Sí, supongo que sí.

Se pone seria por un instante y me pregunta en voz baja.

—Oye... ¿Qué tal es el hermano de Samuel? Porque tú lo conoces, ¿no? Abel habló con él hace un par de días y dice que le dio la impresión de que... Bueno, no sé. De que parece una buena pieza. Y les he oído discutir un par de veces.

Decido hablar a las claras. Bueno, al menos en parte. Total, se va a enterar tarde o temprano.

—Sí, yo también. Creo que tiene problemas con el alcohol.

—Uff... —murmura negando con la cabeza—. Pobre Samuel. Parece muy agobiado últimamente. ¿No se lo has notado?

Me encojo de hombros tratando de mantener la compostura.

—Bueno, sí, supongo. Pero tampoco he hablado mucho con él últimamente.

—Sí, la verdad es que vosotros dos chocáis bastante —me dice sonriendo como si supiera más de lo que quiere dar a entender—. Pero me da lástima ese chico. Parece buena gente.

—Lo es —reconozco, a mi pesar. Bueno, tengo que irme. Que te diviertas.

Ella camina hacia su coche y se despide con un gesto de la mano.

—Y tú también. Que tengas un buen sábado.

Ojalá. Pero seguramente lo único que mejoraría de verdad mi sábado sería que Samuel me dejara hablar con él de una vez por todas. Y no tengo muy claro que eso vaya a pasar.

Subo a mi casa y llamo a Ruth para quedar. Ella ya ha quedado con Daniel, Elena y Valeria, así que, aunque en realidad no me apetece especialmente, acepto salir a cenar y a tomar unas copas, como todos los sábados. Empiezo a vestirme sin muchas ganas, y me encuentro en el cajón el conjunto morado que Samuel me regaló.

Y pensar que me hizo tanta ilusión... Ni siquiera lo he estrenado todavía.

Inspiro profundamente y levanto la cara. No voy a darme por vencida tan fácilmente. Busco en el armario y saco una falda lápiz negra, un jersey de punto ajustado, suave y fino, de un intenso tono rojo sangre, y unos zapatos de tacón con pulsera. No sé si tendré ocasión de ver a Samuel esta noche, pero si le veo, voy a hablar con él, tanto si le apetece como si no.

Hablar, y lo que surja, vamos. Si baja la guardia, entro a matar, directamente.

O quemo los últimos cartuchos o la mosquita muerta me lo levanta en mi cara.

Estoy a punto de salir por la puerta cuando me sorprende el timbre. Cojo el bolso y el abrigo y miro por la mirilla antes de abrir.

Es Elías.

Está apoyado en el marco de la puerta con aire de perdonavidas, esperando pacientemente a que le abra.

Tras repetirme a mí misma que si quiero llevarme bien con Samuel, debería mantenerme alejada de su hermano, inspiro hondo y abro la puerta. Elías me mira de arriba abajo admirando mi indumentaria.

—¿Te ibas, preciosa?

—Sí. ¿Querías algo?

—Quería preguntarte si tenías planes.

—Pues sí, ya ves, me están esperando.

—¿Quién? ¿El rubio y tu amiguita la morena?

—¿Y a ti qué te importa, Elías? Tengo planes y punto.

Levanta las manos en actitud defensiva, poniendo cara de inocente.

—Oye, oye, no te pongas tan borde conmigo, que no te he hecho nada.

Salgo empujándolo ligeramente y cierro la puerta con llave.

—No te acuerdas de nada de la otra noche ¿no?

Me mira con los ojos como platos y entreabriendo la boca como si no supiera qué decir.

—No me digas que follamos y no me acuerdo.

Suelto una risa sarcástica.

—No, no follamos. Si hubiera sido así te acordarías, créeme, pero eso no va a pasar. Te traje a casa casi a rastras porque no podías ni con los zapatos del alcohol que llevabas en el cuerpo.

Parpadea confundido y niega con la cabeza.

—No estaba tan borracho.

—No, claro, por eso no te acuerdas de nada. Pues tu hermano encima me echó la bronca, así que si no te importa, mantente alejado de mí y no me metas en problemas. Y plantéate revisar tu relación con el alcohol porque sinceramente creo que se te ha ido de las manos.

—No me des sermones, guapa. No te pega nada.

—Nada más lejos de mi intención. Ya eres mayorcito, tú verás lo que haces.

—Y a todo esto, ¿por qué tendría que importarte a ti que mi hermano te eche la bronca? Mi hermano es un amargado que no hace más que dar por culo.

—Tu hermano se preocupa por ti más de lo que debería. Y tanto si lo entiendes como si no, sí, mira, me importa que me eche la bronca, así que déjame en paz.

Me doy la vuelta y me marcho sin volver a dirigirle ni una mirada.

Bajo al garaje y pongo la música a tope una vez dentro del coche. Necesito

recuperar el control de mi vida. Y necesito hacerlo cuanto antes. El miedo ya me ha desviado bastante del camino.

Me encuentro con Ruth, Daniel, Elena y Valeria en uno de los cafés que frecuentamos habitualmente. Daniel me sonrío al verme llegar.

—¿Resurgiendo de tus cenizas, Nadia?

—Cállate, tonto, déjala en paz —me defiende Ruth.

Les sonrío mientras me siento con ellos.

—Déjalo, Ruth, tiene razón. Ya me he cansado de lamentarme.

Valeria me mira con una sonrisa de admiración.

—Estás muy guapa. Te sienta bien ese maquillaje.

Le doy las gracias, mientras acabo de recuperar los últimos resquicios de autoestima que había perdido en estos días. Lo cierto es que me he maquillado de un modo un poco más agresivo que de costumbre, con los ojos más ahumados. Me hacen una mirada aún más felina de lo habitual.

La gata saca las uñas, como dice Samuel.

—¿Sabes algo de Samuel? —le pregunto a Daniel sin rodeos.

—Había quedado con Evangeline —responde encogiéndose de hombros—. Creo que quería comprar algún mueble y le pidió que la acompañara.

—Hay que ver con qué saña se agarra a él la garrapata, joder... —murmura Ruth provocando las risas de su chico.

—Nena, no seas mala, ya te he dicho que no me consta que Samuel tenga ningún interés en ella... del tipo que vosotras pensáis.

—Siento decírtelo, Daniel —interviene Elena—. Pero cualquier mujer con dos dedos de frente desconfía de la capacidad de un hombre para mantener el pajarito en su sitio cuando una buscona se lo pone demasiado fácil.

Daniel se gira hacia Ruth inmediatamente.

—Dime que tú no piensas eso de mí.

Ella medita un momento antes de contestar.

—Incluso en el caso de que alguna zorra consiguiera ponerte lo bastante cachondo..., creo que las pocas neuronas que se quedaran en tu cerebro protestarían tanto y tan fuerte que te harían entrar en razón aunque estuvieras empezando a pensar con la polla. Sabes que le cortarías las alas al pajarito si se te ocurre ir repartiendo amor por ahí mientras estés conmigo.

Tras soltar su parrafada casi sin hacer ni pausas para coger aire, da un sorbo de su *cappuccino* como si nada, y Daniel la mira alucinado hasta que rompe a reír con ganas.

—Joder, nena, no sabes cómo me pone que seas tan territorial.

—No soy territorial. O no lo era. Pero tú me haces estar en guardia.

—¿Estoy demasiado bueno? —la provoca él abrazándola y estrechándola contra sí.

—Eres demasiado capullo —se ríe ella.

Elena, Valeria y yo ponemos los ojos en blanco y negamos con la cabeza casi imperceptiblemente mientras los tortolitos se besan como si estuvieran solos en el café.

Quién iba a decir que Ruth acabaría tan pillada por este tío.

Y que él iba a saber manejarla tan bien.

Más aún, que iban a encajar de esa manera. Son simplemente perfectos juntos. Me muero de envidia.

Cenamos en un chino antes de salir a comernos la noche. Daniel me ve ansiosa la mayor parte del tiempo y sabe que es porque estoy esperando encontrarme a Samuel en algún momento. Pero Madrid es muy grande y no sé si el destino juega hoy a mi favor o en mi contra.

Así que lo veo teclear en el móvil y poco después viene hacia mí.

—¿Quieres verle?

—¿A Samuel?

—¿A quién si no? —me pregunta exasperado.

—¿Está con ella?

—Bueno, ¿quieres verle o no? ¿Dónde está la gata que enseña tan bien las uñas cuando Harry la provoca?

—¿Dónde están?

—En una discoteca. Si queréis vamos. Puede que Harry me mate, pero a mi Evangeline no me gusta nada para él y no me apetece tener que soportarla a largo plazo.

Ruth le mira con admiración.

—¡Te estás convirtiendo en una arpía, cariño!

—Voy a olvidar que has dicho eso. No hago esto por maldad, sino porque Harry es mi amigo y se merece algo mejor que esa niña mimada.

—Maldad..., justicia..., amistad incondicional..., ¿qué más dan los motivos? La ñoña edulcorada está acabada, vamos a por ella —sentencia Ruth con determinación—. O mejor dicho —y añade señalándome a mí—. Nosotros vamos a por ella y tú vas a por él. A muerte, nena, sin piedad.

Me río mientras cojo mis cosas y salgo del bar caminando con paso seguro sobre mis tacones para infundirme confianza. No sé si esta batalla será o no la que decida la guerra, pero no me cabe duda de que va a ser crucial.

Espero no echarlo todo a perder.

Poco después entramos en la discoteca en la que Daniel asegura que están Samuel y Evangeline. No es uno de esos sitios enormes con varias pistas y llenos a reventar, pero hay bastante gente. Sin embargo, los vemos enseguida, o al menos, mucho antes de lo que yo esperaba. Ella lleva un vestido corto azul eléctrico y sacude su melena como una muñequita pretendiendo irradiar sensualidad.

Es tan cursi que me dan ganas de vomitar.

Daniel y Ruth se adelantan y Valeria y Elena les siguen enseguida. Se hacen los encontradizos aunque Samuel les mira a todos con suspicacia.

Y entonces me mira a mí.

Le sostengo la mirada, tratando de no recriminarle nada. Tratando solo de hacerle ver cuánto me duele que no esté conmigo y cuánto le echo de menos.

Y veo como mis tres amigas arrinconan a Evangeline mientras Daniel le da

a Samuel una palmada en el hombro y lo gira hacia mí, que estoy ya casi a dos pasos de él.

—Tío, dale una oportunidad. Habla con ella aunque sean diez minutos. Es lo menos que se merece ¿no?

Samuel se me queda mirando y yo me acerco a él un poco más. No puedo evitar sentirme un poco culpable por la encerrona y sin duda se me nota en la cara.

—¿Tú has preparado esto?

Su mirada destila desconfianza, convirtiendo sus ojos en dos pequeñas rendijas apenas entreabiertas.

—En realidad ha sido idea de Daniel —le respondo tratando de averiguar si está realmente enfadado—. Pero se lo agradezco mucho. Al menos él piensa que merezco una oportunidad de explicarme, cosa que tú no crees, ¿verdad?

—Te he dado muchas oportunidades.

—Dame una más, ¿qué te cuesta?

—¿Es por ella, no? Te molesta que me acerque a otra y por eso vuelves otra vez.

El golpe me duele. Mucho. Tanto que incluso noto temblar mis piernas sobre mis taconazos. Inspiro hondo sintiendo frío. Necesito su contacto pero está a años luz de mí.

—Tengo miedo de perderte, es cierto. No es justo que en realidad no hayamos llegado a comprobar si lo nuestro podría funcionar o no.

—Tú no quisiste arriesgarte.

—Ahora sí quiero. Por favor, Samuel..., no me cierres la puerta. Por favor.

Doy un paso adelante y apoyo la palma de la mano en su pecho, sin dejar de mirarle a los ojos. Él se tensa de arriba abajo y por un segundo pienso que si me rechaza, me derrumbaré como un castillo de naipes.

—Nadia..., no hagas esto.

—Haré todo lo que tenga que hacer.

No se aparta y eso me da alas. Apoyo la otra mano en su cintura y siento el

calor de su piel a través de la camiseta que lleva. Y veo en sus ojos que no le soy indiferente. Aún no. No está todo perdido.

—Samuel..., te quiero, aunque no haya sabido demostrártelo. Te quiero y lo sabes.

—No quiero una relación a medias.

—Te daré lo que quieras. Te lo daré todo. Por favor..., deja que te lo demuestre.

—No puedo creerte, Nadia.

Las lágrimas saltan a mis ojos cuando soy consciente de que después de todo, quizás el último intento no sirva de nada.

—¿Ella te gusta? ¿Te importa? ¿Te importa más que yo?

—Esto no tiene nada que ver con ella. Es entre tú y yo. Pero no puedo dejarla colgada ahora por hablar contigo, he venido con ella.

—Seguro que puede apañárselas sola.

Alguien pasa por detrás de mí y me empuja contra él. Me agarro como puedo para no caer y le clavo las uñas en el brazo. Me quedo pegada a su torso y entonces soy consciente de su respiración agitada y de una incipiente erección que comienza a clavarse en mi estómago. Mi pecho sube y baja bajo el escote del ceñido jersey rozándose contra la mole de su cuerpo y cuando le miro a los ojos, sus labios están a pocos centímetros de los míos.

Me muero por besarle.

Pero cuando trato de hacerlo se echa para atrás y se aparta de mí.

—Coge tus cosas. Nos vamos. Voy a disculparme con Evangeline.

Le veo acercarse a ella con decisión, y espero, muerta de miedo, la reacción de la rubia, que parpadea como si no diera crédito a lo que oye mientras su mirada salta de Samuel a mí. Entonces la besa en la mejilla y le dice también algo a Daniel. Supongo que los deja a todos a cargo de la ñoña.

Nunca podré agradecerles lo suficiente que me la quiten de encima esta noche. Aunque aún no sé muy bien qué esperar de Samuel. Me agarra de la mano y tira de mí hacia la salida.

—¿Has venido en tu coche?

—Sí.

—Pues mañana vuelves a por él. Nos vamos en el mío.

—Pero...

No me deja terminar. Me dedica una mirada dura. Juraría que sigue dudando si arrancarme la ropa ahora mismo y follarme en el coche o darse la vuelta para volver con la ñoña y tratar de olvidarse de mí.

—En el mío, y no hagas que me arrepienta de dejar que trates de explicarte. Todavía estoy muy cabreado contigo.

—Vale, en el tuyo. No te arrepentirás —le respondo feliz, dejándome llevar a su coche.

—Ya veremos. Mañana te lo cuento.

CAPÍTULO 29.

Me arrastra prácticamente por la calle, tirando de mi mano sin contemplaciones. Es complicado mantener el equilibrio sobre los tacones y al mismo tiempo seguir el ritmo de sus zancadas. De pronto parece como si le hubiera entrado prisa por resolver esto.

Llegamos al coche y me suelta, abriéndome la puerta y señalándome el interior.

—Entra.

Obedezco sin rechistar y me siento en el asiento del copiloto. Da la vuelta al coche y se acomoda en el del conductor sin volver a mirarme más que para comprobar que me he puesto el cinturón.

Arranca y se mezcla entre el tráfico nocturno en dirección a casa. Pone la radio con un gesto mecánico, como si con eso pudiera llenar el silencio tenso que pesa entre nosotros como una losa.

Pero yo creo que es mejor hablar.

—¿Tu hermano está en casa?

—No lo sé, es posible. Estos días va y viene a casa de un amigo. Creo que ya no me aguanta más y quiere mudarse.

—Ah...

Dudo que el amigo de Elías sea recomendable, pero a Samuel le va a venir bien descansar un poco de su hermano. Espero que no tengamos que lamentar que se "independice".

—Todavía no se ha mudado, no te alegres antes de tiempo.

Contengo la sonrisa a duras penas. Me tiene calada, sabe perfectamente lo que estoy pensando. Sin embargo, es cierto, Elías no se ha mudado aún, y que se pueda presentar en cualquier momento no es una idea muy alentadora.

—¿Y entonces...? —Dejo la pregunta en el aire esperando que me aclare si pretende que la conversación sea breve, que nos quedemos en el coche, o que nos arriesguemos a desmadrarnos y que su hermano se presente de sopetón.

—Vamos a tu casa.

Ah. Vale.

En mi casa no hay riesgo de que nadie nos interrumpa.

El riesgo en todo caso está en que yo le arranque la ropa nada más cruzar la puerta.

Asiento sin decir nada, pero le miro de reojo. Me devuelve una mirada también de soslayo y sonrío casi imperceptiblemente.

Y mis bragas se mojan al instante.

Dios..., debería ser delito conseguir eso con una simple mirada. Es insultante. Vergonzoso.

Me revuelvo inquieta en el asiento y su sonrisa se amplía.

—Para quieta. Me pones nervioso.

—Lo siento. Es solo que... Samuel, siento mucho lo mal que he llevado todo esto, en serio. Dame la oportunidad de enmendarlo...

—¿Sabes lo mal que lo he pasado estos días?

—Lo siento...

—¿Y sabes lo que me hace que vengas rogándome una oportunidad y disculpándote así vestida?

Miro mi ropa como si no supiera exactamente lo que llevo puesto. Él mantiene la vista fija en la carretera.

Se humedece los labios ligeramente y me pregunta como si nada:

—¿Qué llevas debajo?

Parpadeo sin dar crédito a lo que oigo, y le miro directamente a la cara, aunque sus ojos siguen clavados en el asfalto. Una idea me asalta de pronto.

—¿Me llevas a mi casa porque te he puesto cachondo?

—Sí —reconoce sin inmutarse.

—Yo pensaba que íbamos a hablar... —balbuceo confundida.

—¿Me estás rechazando, gatita?

—¡No!

Respondo en un tono tan desesperado que casi me avergüenzo de ser tan blanda con él. Trato de rectificar y mantener la dignidad intacta.

—No, es solo que... yo creía que me darías la oportunidad de explicarme, además de... compensarte lo mal que lo hayas pasado.

—Tú esfuérzate en lo segundo y luego ya te explicarás.

Mi mandíbula cae abierta de sopetón. Esas palabras son una bofetada a mi orgullo y me revuelvo como una gata acorralada.

—Samuel, no me jodas. No he venido contigo para que me folles, te quites el calentón y te vuelvas con tu amiguita la rubia sin que esto avance ni un solo paso.

Me dedica una sonrisa perversa y sé que haré lo que me pida incluso sin garantías de que sirva para algo. También le deseo, y le necesito con desesperación. Y seguramente me merezco que me haga sufrir un poco. Aunque en el fondo sea muy poco. Porque le conozco, y él no es malo por naturaleza, ni vengativo, ni egoísta. Solo me está poniendo a prueba.

—Quítame el calentón y tendrás toda la noche por delante para convencerme de que te mereces otra oportunidad.

—Eso suena horrible, ¿lo sabes?

—Sí, pero... así están las cosas.

Me muerdo la lengua para no mandarlo a freír espárragos. Lo hace aposta. Quiere que me humille porque he sido un cobarde.

Inspiro hondo y aguanto el tipo.

—Cuando te haya convencido... me voy a cobrar esta afrenta.

—Perfecto. Cuando me hayas convencido veremos si estamos en paz o no.

No vuelvo a abrir la boca hasta que cruzamos la valla de la urbanización. Aparca el coche en el garaje y sale caminando otra vez demasiado rápido.

—Espérame, ¿quieres? Estás siendo muy poco amable.

Se encoge de hombros.

—No voy a disculparme. Creo que así te haces una idea de cómo me siento.

Le alcanzo al llegar al ascensor y me pego a él, siseando prácticamente sobre su boca.

—¿Y yo? ¿Tienes idea de cómo me siento yo?

Niega con la cabeza sin apartar la mirada de mis labios. Desliza las manos a lo largo de mi cintura y mis caderas y me atrae hacia sí de un tirón brusco mientras me clava los dedos en la piel.

Ahogo una exclamación y sonrío con picardía.

—Bueno..., diría que ahora te sientes... caliente.

Siento su erección clavarse en mi abdomen incluso a través de la ropa y contesto en el tono más mordaz que puedo.

—No tanto como tú. Ten cuidado no atraveses a alguien con eso. ¿Has pasado mucha hambre últimamente o qué?

Me arrepiento inmediatamente. Su mirada se vuelve fría y responde sin mostrar ninguna emoción.

—No quieras saber eso.

Los celos me corroen y trago bilis pura. Yo no he podido ni pensar en acostarme con otro, y él... ¿Me está dando a entender que sí lo ha hecho?

No estamos juntos, debería recordarlo.

Y fue culpa mía y de mis miedos que todo se fuera a paseo.

Pero él sabe lo importantes que son para mí la confianza y la fidelidad. Y que pensar en compartirlo con otra, incluso cuando estamos peleados, me hace mucho daño. Muchísimo.

—Vale, no me des detalles. Olvida que he dicho algo así.

Bajo la cabeza, derrotada, y siento el roce de sus labios en el pelo.

—Eso es más razonable. No estás en condiciones de exigirme nada.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta. No me lo va a poner fácil. Me he confiado pensando que podía arreglarlo y tal vez me haya equivocado. Tal vez solo me use y me deseche. Y me rompa el corazón en pedazos, de paso.

Quiero creer que él no es así. Que está jugando de farol. Que solo quiere

herirme un poco para que valore más lo bien que estamos cuando estamos bien.

El ascensor llega al piso superior y me da un cachete cuando salgo delante de él. Me vuelvo con una mirada furiosa y le veo sonreír con complacencia.

—Samuel, ya te vale.

—Esa falda es muy sexy. ¿Llevas liguero?

—Quítamela y lo sabrás —le contesto con chulería.

Me empuja contra la puerta de mi casa mientras trato de meter la llave en la cerradura. Su excitación es cada vez más evidente. Y mi cuerpo reacciona en respuesta, es inevitable.

—Si la rompo no te quejes.

—Si la rompes me compras otra, animal.

Entramos en casa a trompicones, y justo tengo tiempo de encender la luz antes de que Samuel me empotre contra la pared y me inmovilice la cara con ambas manos para besarme como si dependiera de mi boca para respirar.

Mete la lengua sin contemplaciones y me avasalla por completo. No puedo hacer mucho más que agarrarlo de la camiseta y responder a su beso sin negarle nada.

Tengo que hacerle ver que él lo es todo para mí. Que le quiero y le echo de menos, aunque siga enfadado conmigo.

Cuando se aparta de mis labios jadeo tratando de recuperar el aliento. Mis labios están calientes e hinchados, y todo mi cuerpo tiembla. Apenas nos hemos tocado y mi casa ya huele a sexo. Nos estamos reclamando el uno al otro casi inconscientemente. Nuestros cuerpos se reconocen.

Me mira de arriba abajo y llevo las manos a la cremallera de mi falda antes de que se impacienta y me la arranque de un tirón. La abro y la dejo caer al suelo. Veo la sorpresa en su cara al reconocer el liguero del corpiño que él me regaló. Con un movimiento rápido me quito también el jersey y le enfrento vestida solo con el corpiño, el tanga, las medias y los zapatos.

—Me lo he puesto por ti.

Me mira con recelo.

—No sabías si me ibas a ver esta noche. Y tampoco podías saber que te iba a dar... esta oportunidad.

—No lo sabía, pero confiaba en ello. Además, aunque no te hubiera visto, eso no cambiaría nada. De todas formas me lo había puesto para ti.

—¿Y si hubieras ligado con otro?

Me envaró y le fulminó con la mirada.

—Tú eres idiota. No sé qué parte de "me lo he puesto para ti" no entiendes.

—Te voy a lavar la boca con jabón si vuelves a insultarme, gata.

—Puedes intentarlo. O puedes besarme para que no siga diciendo tonterías. Me altero mucho teniéndote tan cerca.

Le agarró de la ropa y tiro de él, subiendo una mano hasta su cuello y atrayéndolo hacia mi boca. Esta vez soy yo la que le muerde los labios y le mete la lengua hasta la campanilla. Desabrocho como puedo sus pantalones mientras empieza a empujarme hacia la cama. Sus manos no paran quietas, recorren mi cuerpo como si quisieran abarcarlo todo. Pasa los pulgares por encima de los pezones y estos se levantan respondiendo de inmediato, hormigueando por debajo de la fina tela del corsé. Empiezo a sentirme caliente y muy necesitada. Tiro de la camiseta y se la saco por la cabeza deleitándome en su torso perfecto. Sonríe y me echa sobre la cama sin muchas contemplaciones, para ponerse inmediatamente de rodillas sobre mí.

—Si te lo pusieras para otro no te lo perdonaría.

—Lo sé.

—Me muerdo de ganas de follarte, pero no creo que pueda ser suave, nena..., estoy muy cabreado contigo.

—No pasa nada. No me voy a romper.

Estoy a punto de añadir que yo no soy una muñequita ñoña como su amiguita Evangeline, pero me muerdo la lengua justo a tiempo.

Suelta las medias del ligero casi a tirones, y después tantea el tanga con torpeza. Tiene las pupilas dilatadas y respira como un bisonte a punto de embestir.

—Samuel, por favor, no lo rompas... Es tu regalo y me gusta mucho...

Se detiene justo a tiempo. Estaba a punto de arrancarme el tanga sin contemplaciones. En lugar de eso, me lo baja como si acabara de perdonarme la vida.

—Me gusta oírte rogar.

—Oh, por favor... Eres insufrible.

Levanta una ceja como si estuviera ofendido, pero me río y se ríe conmigo. Tira el tanga a un lado y desliza la mano por la cara interna de mis muslos. Me hace cosquillas y cierro las piernas, lo que me hace ganarme un cachete en la nalga que pica horrores.

—¡Ay! ¡Bruto!

—No vuelvas a cerrarme las piernas o me marchó.

Me deja noqueada. Como si tuviera intenciones de negarle algo, vamos...

—Me hacías cosquillas. Pero ahora me duele el culo, bestia.

Su boca se curva en una sonrisa canalla.

—Te van a doler hasta las pestañas cuando acabe contigo, preciosa. Me voy a ocupar de que no se te olvide que eres mía. Las manos arriba, y no las nuevas de ahí.

Me coloca las manos sobre la cabeza y estoy tentada de protestar, porque así no podré tocarle, pero sin previo aviso me separa más las piernas y me mete dos dedos de golpe. Ahogo un grito, más de sorpresa que de dolor, y me tenso un poco. Se ríe suavemente y me acaricia el clítoris con el pulgar mientras empieza a mover suavemente los dedos invasores.

—Oh, joder... No pares, por favor.

—No he hecho más que empezar, cariño.

Mantiene una mano sobre mis muñecas y la otra haciendo estragos entre mis piernas. Se tumba a mi lado con medio cuerpo sobre el mío y me mira a los ojos. Los reproches que veo en su mirada azul me duelen. Le he hecho daño, lo sé. Solo espero estar a tiempo de enmendar mis errores.

—Te quiero... Samuel, te quiero. Te necesito..., por favor...

Sonríe y me besa con más suavidad que antes, aunque la caricia de su mano sigue siendo dura y profunda. Su pulgar me tortura con más insistencia que

nunca y mi cuerpo se calienta y tiembla cada vez más.

—Samuel... —vuelvo a rogarle mientras él sigue sonriendo haciendo caso omiso de mis súplicas.

—Cuando yo lo decida, cariño, no antes.

Gimoteo a modo de protesta pero no me atrevo a decir nada más. Su mano me enloquece mientras la otra abandona mis muñecas, baja los tirantes del corpiño y acaricia mis pezones para pellizcarlos después con relativa fuerza. Grito y me tapa la boca con un beso.

—No seas escandalosa. ¿Qué va a pensar Pilar?

—Que he tenido suerte esta noche —me burlo, ganándome un ligero mordisco en el hombro. Mi cuerpo entero se aprieta en torno a sus dedos reaccionando a ese gesto tan sexy y primitivo. Y me siento tan expuesta a él que me asusto. Si no soy capaz de hacerlo recapacitar... Mejor ni lo pienso.

De momento lo tengo donde quería. No como quería, porque lleva aún demasiada ropa, pero eso va a cambiar pronto.

Es mío y yo soy suya. Y mañana por la mañana no le va a quedar ninguna duda sobre eso, aunque yo no consiga caminar en una semana.

Continúa torturándome con sus caricias hasta que mi respiración se vuelve jadeante y mi cuerpo se cubre de sudor. Me mordisquea los labios de cuando en cuando y su lengua se permite alguna que otra incursión en mi boca como un pirata que arrasara con todo. Mis caderas empiezan a levantarse buscando la liberación y entonces retira los dedos y se incorpora en la cama.

—¿Qué haces? —protesto frustrada.

—Desnudarme. No te muevas de ahí o tendré que tomar medidas.

—No seas fantasma... —me burlo—. ¿Qué vas a hacer? ¿Atarme?

El brillo de su mirada y su sonrisa traviesa me indican que lo haría sin dudarle ni un segundo, y esa revelación me excita. No le quito ojo mientras se baja los pantalones y los tira a un lado sin preocuparse de cómo caigan.

El bóxer va detrás. Sonrío al ver que es uno de los que yo le vendí.

—Estoy muy necesitado, gatita —susurra en mi oído.

Se tumba sobre mí y me abre las piernas tanto como puede, para rozarse

descaradamente contra mi pubis. Su ropa interior estaba tan tirante que parecía que fuera a reventar de un momento a otro.

Y todo lo que hay ahí es mío.

Muevo las manos apenas unos milímetros y entonces recuerdo el papel que está jugando hoy conmigo y pienso que probablemente sea mejor pedirle permiso. Mientras lame, succiona y mordisquea mis pezones con dedicación, aprovecho para preguntarle.

—¿Puedo mover las manos? ¿Puedo tocarlo?

—No, no puedes

—¿Por qué no?

—Porque hoy las normas las pongo yo. Querías una oportunidad y la tienes..., pero yo mando.

Bufo contrariada aunque en el fondo me siento excitada y satisfecha. Que ponga condiciones y no se limite a un polvo rápido es, cuanto menos, prometedor.

Levanta mis caderas y se mete poco a poco en mí. Mi cuerpo está resbaladizo y sensible por efecto de sus caricias y agradezco que no sea demasiado brusco. O al menos que me dé tiempo a acostumbrarme.

La habitación se calienta progresivamente y el ambiente se carga de hormonas, de gemidos de placer y de promesas no formuladas. Lo siento entrar más profundo y embestir con fuerza, hasta empalarme por completo y hacerme gritar cuando empuja directamente contra el cérvix. No se detiene, continúa empujando aún más fuerte y volviéndome loca mientras mi sexo hinchado y necesitado trata de hacerle sitio y mi boca busca la suya con desesperación.

—¡Samuel!

—¿Te duele?

Me mira con una expresión indescifrable en su cara, mientras sigue taladrándome sin piedad. Pienso antes de responder, y aun así, no acierto a darle una respuesta muy coherente.

—No. Sí. Bueno, un poco...

Sonríe lentamente y vuelve a clavarse en mí con fuerza, arrancándome otro

grito. Pero la molestia es al mismo tiempo tan placentera y tan íntima...

—Te avisé de que no iba a ser suave.

—No me importa, pero... quiero tu boca.

Se mueve más rápido y siento mi cuerpo descontrolarse mientras él se mantiene a la misma distancia de mis labios.

—¿Mi boca? —me vuelve a preguntar entre jadeos.

—Sí, bésame. Yo te lo estoy dando todo sin reservas, no me niegues tú nada, no es justo.

—Gatita... Oh, Dios, me vuelves loco... No voy a aguantar... No voy a aguantar mucho más...

Embiste como un poseso y cuando empieza a tensarse entierra la cara en mi cuello y me muerde el lóbulo de la oreja justo después de susurrarme.

—Córrete, cariño, vamos.

Me muerdo la boca para ahogar un grito mientras él se vacía en mi interior como si no se hubiera corrido en siglos. Su gemido ronco suena mucho más alto de lo que yo quisiera y retiro las manos de su posición sobre mi cabeza para sujetarle contra mi cuerpo y silenciar la aparatosa manifestación de su placer. Mi cuerpo se estremece también con el suyo en un orgasmo tan intenso que sé que mañana no podré caminar con normalidad. Samuel se mantiene inmóvil entre mis brazos luchando por recuperar el ritmo de su respiración. Cuando por fin lo hace, se incorpora sobre los codos y me mira a los ojos, regalándome un beso bastante tierno, para su estado mental actual.

—Te necesitaba. Te necesito.

Me dan ganas de llorar de la alegría. Le abrazo más fuerte y solo consigo decir.

—Yo también, cariño. Y por fin no me importa que el mundo se entere.

Me besa de nuevo, esta vez casi con dulzura, y me prometo a mí misma que esta vez no tendré miedo, y sobre todo, pase lo que pase, no lo dejaré escapar.

CAPÍTULO 30.

Me despierto agradablemente irritada tras perder la cuenta de las veces que hemos hecho el amor a lo largo de la noche. Después de la tercera vez creo que se le pasó definitivamente el enfado, así que supongo que por fin ahora me dejará disculparme por haber sido tan cobarde y podremos darnos una oportunidad.

Paso el dedo por su perfil recreándome en su perfección. Puede que su nariz sea demasiado prominente pero encaja bien en su rostro anguloso, y sus ojazos azules suavizan la dureza de sus facciones masculinas. La barba incipiente me hace cosquillas en la yema del dedo, y sus labios tiemblan imperceptiblemente pidiéndome un beso cada vez que respira.

Me acerco y los rozo con los míos suavemente, disfrutando de la caricia como si fuera la primera vez.

Lo vuelvo a hacer una, dos, tres veces más, y su boca se va entreabriendo con cada beso. Hasta que sonrío y comprendo que está despierto hace rato.

—Buenos días —le saludo arrimándome a él aún más.

—Buenísimos. Aún dudo si estoy soñando.

—Yo estoy segura de que estoy despierta. Me duelen músculos que no sabría ni nombrar.

—Eso es que he hecho bien mi trabajo —se burla.

Abro la boca para replicarle algo, pero me sujeta la nuca con una mano y me besa profundamente. Y se me olvida lo que iba a decirle.

Cuando se aparta de mí con lentitud, mi corazón va a mil y mis labios irritados protestan pidiendo más.

¡Masoquistas!

Le hago un puchero y se ríe.

—Eres muy malo conmigo.

—Mira quién habla..., la arpía mayor del reino.

—¿Eso piensas de mí?

—No. Pero no le andas muy lejos.

Sonrío ante su sinceridad. Vale, es cierto que no soy un dechado de virtudes, pero espero que me quiera igual.

—¿Sigues enfadado conmigo?

—Se me pasará, supongo. No me gustó que te acercaras a mi hermano. Y me dolió mucho que quisieras mantener en secreto lo que había entre tú y yo. Pensé que cambiarías de idea más pronto que tarde, pero me equivoqué. Supongo que también fue un error por mi parte.

—Lo siento.

—Ya me lo has dicho muchas veces. Ahora quiero ver si podrás también demostrármelo.

Me estremezco involuntariamente y me estrecha contra sí al tiempo que pasa la mano por mi espalda como si quisiera infundirme valor.

—¿Qué quieres que haga?

—Para empezar, el sábado que viene me invitas a comer con tus padres. Y les cuentas que estamos juntos.

Inspiro hondo y el corazón se me dispara de nuevo. Empieza apostando fuerte, desde luego.

Ve mi duda y sonrío con malicia.

—No voy a aceptar medias tintas esta vez, cariño. Y te estoy dando toda una semana para hacerte a la idea de que vas a enfrentarte a ellos conmigo al lado.

—Ellos estarán encantados —reconozco.

—Lo sé. Tú eres la que tiene un problema con eso.

—Lo que tengo es miedo.

—¿Y no te vale que yo esté allí cogiéndote la mano?

Lo que dice es muy bonito. Me encojo de hombros y reconozco que con una frase así es imposible negarle nada.

—Supongo que tendrá que valerme. No hay más garantías ¿no?

—No. No hay garantías, pero me conoces.

—Vale, lo haré. Pero si haces que me arrepienta el planeta será demasiado pequeño para que te escondas de mí. Te estrangularé con mis propias manos.

Se ríe con ganas.

—No, gatita, me sacarás los ojos. Va más contigo.

Me mira con ternura y aparta las sábanas para levantarse.

—¿Qué hora es? —le pregunto haciéndome la remolona.

—Casi las dos de la tarde. Daniel y Ruth se estarán preguntando qué he hecho contigo. Vamos a tomar al menos un café y luego pensamos qué hacemos con el resto del día, ¿te parece?

Sale de la cama sin esperar una respuesta y se viste con rapidez. Me levanto también y me pongo un pantalón cómodo y una camiseta mientras lo veo dirigirse a la cafetera como solía hacer antes cada vez que se quedaba a dormir conmigo.

—¿Y Evangeline? —le suelto sin pensarlo apenas.

Se gira hacia mí y frunce el ceño.

—¿Qué pasa con Evangeline?

—¿Estará ella preguntándose qué he hecho yo contigo?

—Evangeline y yo solo somos amigos.

—No te mira como a un amigo.

—¿Ah, no? —pregunta arqueando una ceja—. ¿Y cómo me mira, entonces?

—Tú le gustas. No me digas que no se te ha insinuado nunca porque no me lo creo.

Se pone serio de pronto. Deja el café sobre la mesa y se echa el azúcar sosteniéndome la mirada.

—No se me ha insinuado nunca. Es amiga de mi hermana. Es como mi hermana pequeña también.

—Es de mi edad. No hagas que suene como si fuera una perversión que te acercaras a ella. Yo sé lo que veo cuando ella te mira.

—Eso no son más que celos enfermizos. No tienen ningún fundamento.

—Pues sigue sin gustarme que se pegue a ti como una lapa.

—Nadia, Evangeline es amiga mía, no conoce a mucha gente aquí y me pidió que la ayudara a instalarse. ¿Qué se supone que debería haber hecho?

—Vale, pues ya la has ayudado, ahora que se busque la vida.

Parpadea como si no diera crédito a lo que oye.

—¿Me estás insinuando que no quieres que me acerque a ella?

Me encojo de hombros.

—No. No insinúo nada. No quiero que te acerques a ella. Si lo quieres más claro te lo puedo poner por escrito.

Se bebe el café casi de un trago y me mira directamente a los ojos. Su semblante es serio y refleja una inequívoca decepción.

—No puedes prohibirme nada. Y no puedo creer que digas algo así en serio.

—No te estoy prohibiendo nada. Solo te digo lo que siento. No la soporto y me pongo enferma solo de pensar que te ponga una mano encima.

Niega con la cabeza con incredulidad.

—No confías en mí. Después de tanta charla, todo se resume en que sigues sin confiar en mí.

—De quien no me fío es de ella.

—No me cuentes historias, Nadia. Eso es una tontería. Si confías en mí, ¿qué más te da lo que haga ella? Es evidente que no puede obligarme a nada por la fuerza...

—Tú no tuviste ningún problema en pedirme, ¡qué digo pedirme!, en ordenarme que me mantuviera alejada de tu hermano.

—Es diferente. No es por ti, es por él.

—Pues entonces no es diferente, es exactamente lo mismo.

—Con la diferencia de que Elías sí podría obligarte a hacer algo que no quisieras.

Abro la boca para replicar y la cierro de golpe. Me dijo que podía ponerse

violento si le llevaban la contraria, pero..., ¿en serio llegaría a propasarse?

Samuel responde a mis dudas sin necesidad de que formule la pregunta.

—Evelyn, su ex mujer, le puso una denuncia por agresión poco después de separarse. Elías se emborrachó y fue a buscarla. Si no pasó nada realmente grave fue porque Hannah estaba con su madre y la protegió.

Me quedo anonadada. ¿Cuántos años tiene la niña? ¿Ocho, nueve?

—¿Su hija evitó que le hiciera daño a su madre? ¿Pero... cuántos años tiene esa niña?

—Nueve. Suerte que Elías se frenó antes de hacerle daño a ella.

No sé ni qué decir. No me imagino a Elías pegando a su mujer ni haciéndole daño a su hija. Es un bala perdida, pero... nunca pensé que fuera realmente peligroso.

Samuel continúa explicándose con calma.

—Llegaron a un acuerdo y ella retiró la denuncia, pero se mantiene alejado de ellas dentro de lo posible. Ella puso como condición que no se acercara ninguna de las dos mientras no dejara de beber.

—¿Y no ve a su hija?

—Muy poco, y siempre con alguien más presente. Pero en el fondo no sé hasta qué punto la echa de menos. Mi hermano siempre ha vivido pendiente solo de sí mismo.

Lo pienso durante unos instantes y al final acepto que tiene razón.

—Vale, es verdad, no es lo mismo. Evangeline no creo que pueda obligarte a nada ni atentar contra tu integridad física, pero eso no significa que a mí me guste la idea de tenerla bailando a tu alrededor.

—Te repito que tus celos son infundados.

Vamos, que ni se plantea darme la tranquilidad de sacarla de su vida. Y cuando llego a esa conclusión me cabreo. Me cabreo mucho.

—¿Qué pasa, que la mosquita muerta te importa más que yo?

Abre mucho los ojos y aprieta los dientes hasta que casi chirrían.

—¿Me estás obligando a elegir entre ella y tú?

—No lo sé —le respondo beligerante—, tal vez debería, ya que no entiendes mis motivos.

Se levanta despacio, apoyando los nudillos en la mesa y mirándome fijamente como si quisiera fulminarme con esa mirada.

—Entiendo tus motivos, pero no me gustan. ¿Crees que me acostaría con ella?

—¿Lo harías? Anoche dijiste que no te preguntara si habías pasado hambre o no. Si no te has acostado con ella ¿con quién te has quitado las ganas entonces?

—Yo no soy como tú. No me follo a nadie por despecho. Aunque empiezo a pensar que tal vez debería hacerlo.

Me duele que utilice en mi contra mi carácter a veces revanchista. Y que trate de salirse por la tangente me molesta horrores.

—No has contestado a mi pregunta.

—¿A cuál? ¿A la de si me follaría a Evangeline? ¿O a la de a quién me he follado desde que tú decidiste que no era lo bastante bueno como para que la gente supiera que me acostaba contigo?

—Yo nunca he pensado que no fueras lo bastante bueno.

—Pues es lo que dabas a entender.

—Y tú me estás dando a entender que en el fondo ella te importa.

—Me importa. Es mi amiga. Y ya que me has hecho plantearme por primera vez si está lo bastante buena como para echar un polvo con ella, pues mira, sí, creo que no está mal. Tal vez te merezcas que me la folle y así no te decepcionaré esta vez. Haré exactamente lo que esperas que haga.

Coge su cazadora y sé que otra vez, lo he echado todo a perder con mi boca.

—¡Samuel!

—No tengo nada más que hablar contigo, Nadia. Te he dado la oportunidad de explicarte y me has vuelto a demostrar que no confías en mí. O que no crees que valga la pena arriesgarse por mí, me da igual.

—¡Por favor, no te vayas! —Me levanto, pero extiende una mano

diciéndome claramente que ni intente detenerle.

—Necesito hablar con alguien que no vea malicia y traiciones en todas partes. Y tanto si te gusta como si no, ahora mismo me voy a buscar a Evangeline. Aunque tú no lo veas, es una buena chica.

—¡Samuel!

Pero me ignora. Abre la puerta y se marcha. Estoy tentada de salir corriendo tras él pero de nuevo mi maldito orgullo me lo impide. Lo oigo susurrándome con su vocecita maliciosa "¿Ves? Se va a buscarla a ella. En el fondo sabías que esto iba a pasar".

Oigo un coche salir de la urbanización y me asomo a la terraza a tiempo de ver el Pathfinder. Y ni siquiera puedo ir tras él porque mi coche se quedó ayer en el centro.

Enfadada y asustada a partes iguales, decido llamar a Ruth.

Apenas media hora más tarde, mi amiga me está recogiendo en mi casa para llevarme a buscar mi coche. Ni siquiera ha comido, y yo estoy con un miserable café en el estómago, así que me arrastra a una bocatería para obligarme a comer algo y hacerme explicarle cómo he podido fastidiarlo todo otra vez con Samuel.

Cuando le cuento con detalle la complicada conversación de esta mañana resopla y se pasa una mano por el pelo, apoyándose el respaldo del asiento en actitud derrotista.

—Nadia, joder... Pero ¿cómo se te ocurre presionarlo así? Se supone que querías una oportunidad y a la primera, ¡vas y la preparas!

—No soporto la idea de que esté con ella.

—Con un poco de mano izquierda la habrías quitado de en medio enseguida. Pero no, tú sacas el genio y te pones exigente cuando por fin has conseguido que él te escuche.

Vale, tiene razón.

Lo he fastidiado todo, otra vez.

Ahora a ver cómo lo arreglo.

—Bueno, siempre puedo volver a disculparme. Hemos tenido discusiones peores que esta.

—El día que dejéis de disculparos el uno con el otro no vais a tener ni tema de conversación. No hacéis otra cosa que discutir ¿te das cuenta?

—Eso no es verdad. Discutimos cuando...

Y entonces me doy cuenta de la verdadera causa de nuestros problemas.

—...cuando yo me siento insegura.

Ruth asiente como diciendo "ya era hora de que te dieras cuenta" y yo me quedo anonadada ante ese descubrimiento.

Al final todo se reduce a que tengo miedo de perderle, y no hago más que provocar exactamente eso.

El destino no ha hecho más que empujarme hacia él desde que nos encontramos en Mallorca el año pasado, y yo no hago más que huir en la dirección contraria.

Soy tonta de remate.

Ni siquiera estoy segura de que haya ido realmente a buscar a Evangeline. Y menos aún de que ella le importe ni la mitad que yo. Pero se lo estoy poniendo en bandeja con mi comportamiento infantil.

Tengo que hablar con él y pedirle perdón. Y decirle que estoy dispuesta a quedar con ella para comprobar si es tan buena chica como él dice. En serio. Sin suspicacias ni malos rollos.

Y justo cuando estoy pensando eso, miro por el ventanal de la bocatería y lo veo pasar por la acera. Con ella.

Y la desgraciada de la mosquita muerta lo va agarrando del brazo. Él lleva las manos en los bolsillos, pero se deja agarrar sin ningún reparo.

Le dice algo y ambos se ríen. Y me dan ganas de salir corriendo y montar un número en medio de la calle.

Ruth también los ve y se me queda mirando sin saber qué decirme. Pasan unos segundos eternos, y luego por fin, balbucea.

—Bueno..., supongo que necesitaba apoyo moral.

—¿Y por qué no se apoya en Daniel? Es su amigo ¿no?...

—Daniel le ha llamado después de que yo hablara contigo, pero no le ha cogido el teléfono...

—Ya, en este momento Daniel tiene demasiada vinculación conmigo como para ser imparcial, por lo visto.

—Tranquila, Nadia, todo se arreglará, verás...

—Voy a matar a la mosquita muerta y a él le voy a cortar los huevos, y entonces sí estará todo arreglado.

Pasamos unos minutos más sentadas en silencio antes de que encuentre suficiente valor como para levantarme y decirle a Ruth que me voy a casa. Tengo que pensar fríamente. Y tengo que darle una oportunidad a Samuel. Quizás después de todo solo necesitara hablar y regrese más tarde a solucionar las cosas conmigo.

Tengo que creer en eso porque es lo único que me queda.

Ruth me acompaña hasta mi coche y trata de animarme aunque sabe que no puede hacer gran cosa. Me promete que en cuanto llegue a casa obligará a Daniel a llamar a Samuel para ponerle las pilas. Le sonrío agradeciéndole el gesto, pero lo último que quiero es que Daniel y Samuel se enfaden por mi culpa. El pobre Daniel ya ha hecho bastante por acercarnos como para acabar pagando los platos rotos.

Conduzco hasta casa sumida en mis negros pensamientos y aparco en mi plaza junto a la suya, que está vacía. Subo a casa y pongo la televisión tratando de distraerme mientras espero a que Samuel regrese o de señales de vida.

Decido mandarle un mensaje al móvil.

"Necesito hablar contigo otra vez"

Pero no contesta.

Y mientras espero a que él dé el siguiente paso, dándole vueltas al móvil me quedo dormida en el sofá.

Me despierta un golpe repentino y abro los ojos de golpe, sobresaltada. Mi cerebro aún adormilado empieza a situarse y a reconocer ruidos.

Otro golpe, como de algo que cae al suelo. ¿Quién estará armando tanto jaleo?

Y entonces escucho risas y un gemido alto y claro. Un gemido de mujer.

El corazón se me dispara a medida que voy asociando conceptos. Diría que alguien está follando escandalosamente en el apartamento contiguo. En el apartamento de Samuel.

Miro el reloj y compruebo que son las seis y media de la tarde. He dormido cerca de una hora. ¿Cuándo ha regresado Samuel? ¿Y con quién está? No puede ser que esté con ella, no puedo creerme que haya venido con ella a darme donde más me duele.

Ella grita "¡No!" y se ríe de nuevo. Después se oye una risa masculina amortiguada como si... como si tuviera la cara enterrada en el cuerpo de ella.

Me muero. En este momento me quiero morir.

Me tapo los oídos como una niña pequeña mientras gruesos lagrimones se deslizan por mis mejillas. Y sigo oyéndoles jadear y gemir hasta que ella grita como si la estuvieran matando, y él gruñe como un animal.

Y después llega el silencio. Y poco a poco se me acaban las lágrimas.

No puedo creerme que lo haya hecho. No puede ser verdad. Él no haría algo así por despecho ¿no?

Me levanto y salgo a la terraza, abrazándome a mí misma, y no solo porque el aire de noviembre sea frío, sino porque tengo el corazón helado.

Miro a la calle y veo un Seat León blanco aparcado frente a la terraza de Samuel. Me asomo con cautela, temerosa de lo que pueda encontrarme.

Y en ese momento la puerta de la terraza se abre y sale ella, con un cigarro en la mano y envuelta en una camisa de Samuel, calzada con unas chanclas que le quedan enormes.

Levanta la cara y me ve, y tras la sorpresa inicial, me sonrío con complacencia.

—Hola Nadia, ¿qué tal? Espero que no te hayamos molestado...

Sacude con coquetería sus rizos rubios, concienzudamente despeinados por el sexo, y se enciende el cigarro.

—¿Qué haces aquí?

Exhala el humo, se ríe y mira de reajo hacia el interior, antes de volver a sonreír con malicia.

—¿No es evidente? Samuel estaba muy decepcionado contigo.

La miro con todo el odio del que soy capaz y solo consigo decirle con la voz medio quebrada.

—Eres una hija de puta. Y te juro por mi madre que esto no se queda así.

Me doy la vuelta y entro en mi casa hecha un mar de lágrimas de nuevo y con los nervios convertidos en una bomba de relojería. Me visto, cojo las llaves del coche y salgo como alma que lleva el diablo. Necesito a Ruth. Y sobre todo necesito alejarme de ellos porque si se me pone delante ahora, le saco los ojos, como él mismo dijo esta mañana.

CAPÍTULO 31.

Cuando salgo del garaje pongo el manos libres y llamo a Ruth. Descuelga al segundo tono.

—Dime, Nadia.

—Voy para tu casa, ¿estás allí?

—Sí, ¿pasa algo?

—Que le odio y ahora mismo los quiero matar a los dos, eso pasa. Pero ahora estoy en el coche, te lo cuento cuando llegue a tu casa.

Cuelgo sin más y sigo conduciendo con los ojos fijos en la carretera. Después de diez minutos imaginando las formas más crueles de deshacerme de la bruja de rizos rubios, empiezo a pensar en las verdaderas razones que me han llevado a este punto.

Todo ha sido por mi culpa.

Y peor aún, por mucho que me duela haberle empujado a actuar así, lo que más me duele no es su traición.

Lo que me duele es pensar que lo he perdido para siempre.

Y por primera vez en mi vida pienso que sería capaz de perdonar una infidelidad.

Lo que me aterra más que nada, en este momento, es que la prefiera a ella. Si me dijera que se ha equivocado al tomarse la revancha y en el fondo ella no significa nada, yo le creería. Porque no soporto la idea de vivir sin él.

Soy patética, lo sé.

Pero él me ha dado una oportunidad tras otra. Conoce mis defectos y a pesar de todo, quería estar conmigo. Y yo lo he echado de mi lado una y otra vez. Por miedo. Por no saber enfrentarme a lo que significa para mí.

Le quiero como no he querido a nadie en mi vida. Y he confundido ese sentimiento con una necesidad enfermiza de poseer y de acaparar, y lo que es peor, sin dar apenas nada a cambio. No debería haber necesitado atarle corto.

Debería haber confiado en que él estaría conmigo porque me quiere.

Lo mismo que sé que yo no querría a otro pudiendo tenerlo a él, debí confiar en que él no querría a otra pudiendo tenerme a mí.

Pero no he sabido demostrarle que yo no querría a ningún otro, y le he exigido mucho más de lo que yo le daba. Lo he echado todo a perder. Y no sé si podré arreglarlo esta vez.

Aparco junto a la casa de Ruth y cojo el teléfono antes de bajar del coche. Tengo que hablar con Samuel, tengo que pedirle otra oportunidad.

Marco y espero a que conteste, pero salta el buzón de voz.

Y empiezo a hablar sin dudar.

—Samuel..., siento haberte empujado a hacer algo así... Evangeline me ha dicho que estabas decepcionado, y no me extraña, pero..., por favor, dime que ella no te importa. Te perdonaré y no volveré a mencionar este asunto, te lo juro...

Me interrumpo al darme cuenta de lo que estoy diciendo. Dios mío..., estoy desesperada y prácticamente le estoy suplicando, cuando acaba de ponerme los cuernos. Ahogo un quejido de angustia y corto la llamada.

Miro el móvil como si también acabara de traicionarme y lo apago. No podría enfrentarme a Samuel ahora si me devuelve la llamada.

Salgo del coche casi a trompicones. Me enderezo tratando de serenarme, inspiro hondo y me dirijo al portal de Ruth.

Me abre en cuanto pulso el interfono, y subo. Cuando salgo del ascensor me está esperando con la puerta abierta y una cara de preocupación que me llega al alma.

—¿Se puede saber qué pasa? ¡Me has dejado atacada de los nervios, Nadia!

Entro y me echo en sus brazos como si fuera una niña, llorando con desconsuelo.

—Se ha acostado con Evangeline. Les he oído follando desde mi casa.

Ruth parpadea sin dar crédito a lo que oye.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Cuándo ha sido eso?

—Hace un rato. Me he dormido en el sofá y me ha despertado el escándalo que armaban.

Cierra la puerta con cuidado y me limpia las lágrimas con las manos.

—Cálmate, Nadia, vamos a ver, eso no puede ser.

—Ella estaba en la terraza —le aclaro, hipando—. Se ha reído de mí en mi cara y me ha dicho que él estaba decepcionado conmigo.

Me pasa un brazo por los hombros y me acompaña al salón. Cuál es mi sorpresa al encontrarme allí a Daniel... y a Samuel.

Me mira con incredulidad y mis rodillas empiezan a temblar. Por la mirada de ambos, han escuchado lo que acabo de contarle a Ruth. Ella le hace una seña a Daniel y este se levanta para salir de la estancia.

—Creo que necesitáis hablar esto a solas. Estaremos en la cocina.

Me quedo mirando a Samuel sin comprender qué hace allí. Él levanta el móvil y me lo enseña.

—He cogido tu mensaje. He intentado llamarte, pero habías apagado tu teléfono.

Me encojo de hombros como única respuesta. Las lágrimas vuelven a picarme en los ojos.

—Entonces, ¿lo que lamentas haberme empujado a hacer es... acostarme con Evangeline?

Vuelvo a encogerme de hombros y la primera lágrima resbala por mi cara. No hace ni dos minutos que Ruth me ha secado la cara y ya estoy otra vez.

—¿Y dices que estás dispuesta a perdonarme?

Me hace señas para que me acerque más y obedezco tímidamente hasta quedar de pie frente a él. Me agarra de la mano y tira de mí para que me arrodille entre sus piernas. Se inclina hasta que su cara queda justo frente a la mía y me mira fijamente.

—¿En serio podrías perdonar algo así? Si te dijera que ella no significa nada ¿Podrías hacer como que no ha pasado nada?

No entiendo a qué viene todo esto. No entiendo por qué me tortura a menos que... que realmente quiera darme otra oportunidad.

Asiento con la cabeza y le miro a los ojos. No alcanzo a comprender lo que veo en ellos. Está probablemente decepcionado, y tal vez herido. Enfadado creo que no.

Yo debería estar enfadada. Pero no lo estoy. Estoy demasiado desesperada al pensar que tal vez lo he perdido. Inspiro hondo y consigo empezar a hablar.

—¿Te acuerdas de lo que me contaste de tu amigo, aquel a quien su mujer engañó en una cena de la empresa? No lo entendía, pero ahora sí. No quiero perderte, Samuel. Todo ha sido por mi culpa. Puedo entender que hayas hecho una tontería por despecho. Yo he hecho también alguna por lo mismo, aunque créeme que no te hace sentir mejor a largo plazo.

—Eres demasiado orgullosa como para perdonarme algo así, Nadia. No se te olvidaría nunca.

Hago una pausa y trato de tragar el nudo que hay en mi garganta. Me juego la última baza sin dudar.

—Tienes razón. Dudo que pueda olvidarlo. Pero lo intentaré porque tú me importas más que mi orgullo.

Él me mira durante unos instantes y luego sonrío.

—Eres un caso. Yo estaba enfadadísimo contigo ¿sabes? Cuando has entrado estaba dispuesto a echarte la bronca del siglo por seguir desconfiando de mí.

Parpadeo sin comprender. ¿Por seguir desconfiando? ¡Pero si me consta que me la ha pegado con premeditación y alevosía! Sigue hablando sin darme tregua.

—Debería darte una zurra como a una niña pequeña por pensar que podría acostarme con Evangeline solo para hacerte daño.

—¿De qué hablas? ¿No es eso lo que has hecho?

—No, no lo he hecho. No sé qué hacía ella en mi casa pero no estaba conmigo.

La verdad cae sobre mí como un jarro de agua helada.

Elías. Tenía que estar con Elías. Y la muy perra me ha hecho creer que era Samuel.

Él asiente al intuir lo que estoy pensando.

—Debía de ser mi hermano. Tú tenías razón. He quedado con ella para desahogarme porque estaba muy cabreado por tu reacción de esta mañana y... se me ha insinuado.

Ya decía yo que no iba tan desencaminada con la mosquita muerta. Y ha lanzado el anzuelo pero Samuel no ha picado.

En cambio yo sí. Me lo he creído sin dudarlo ni por un momento.

—¿Y qué le has dicho? —consigo balbucear.

—Que a pesar de tus muchos defectos, la única mujer que me importa eres tú. La he dejado en su casa y he quedado con Daniel. Y me he pasado el resto de la tarde con él, si quieres comprobar mi coartada no tienes más que llamarlo.

Niego lentamente con la cabeza.

—No tengo por qué dudar de ti. Ya te he cuestionado bastante sin motivos.

—No sabes lo bien que suena eso, gatita.

—No hago más que decepcionarte..., me lo he creído como una idiota.

—Pero estabas dispuesta a perdonarme de verdad.

—Sí, te juro que sí.

Me acaricia la mejilla con suavidad y me acurruco como un gatito contra su mano buscando su contacto.

—¿Qué necesitas para confiar en mí, Nadia?

—Que me digas que todavía me quieres. Con eso me vale.

—Te quiero, gatita. No puedo dejar de quererte por mucho que te equivoques. Cuando te he oído contarle a Ruth ahí en la puerta lo que pensabas que había hecho... Me has dejado hecho polvo.

—Soy una idiota...

—Una idiota que me quiere, después de todo.

—¿Me perdonas?

Asiente sonriendo.

—No más desconfianza. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Ven aquí, loca. Vas a matarme a disgustos.

Me hace sentarme sobre sus rodillas ignorando mis débiles protestas, y me abraza con ternura. Me estrecha contra su pecho y finalmente dejo de pelear con él y entierro la cara en su cuello para llorar a moco tendido. Dejo que todo el miedo, la angustia y el dolor se vayan con las lágrimas mientras me vacío por completo hasta quedarme solo con dos sentimientos: el de que estoy completamente a su merced, y el de que no me importa, porque le pertenezco por entero y sé que haría cualquier cosa por mí.

Me frota la espalda suavemente hasta que consigo controlar la llantina. Cuando por fin se me pasa el sofocón, me tiende un pañuelo.

—Me vas a echar a perder la camisa.

Me río de su ocurrencia mirándole con los ojos aún llorosos. Debo de estar hecha una pena.

—Hacer las paces bien vale una simple camisa ¿no?

—Vale, tienes razón. ¿Le pido a Ruth un par de cafés ahora que estamos más tranquilos?

—Me vendría mejor un cubata.

—Pero tienes que conducir, así que no me parece buena idea. Café o Coca-Cola. O tila, si lo prefieres. Creo que mejor tila.

—Odio la tila. Seguro que tiene Coca-Cola sin cafeína.

Samuel se levanta poniéndome en pie con él y vamos a la cocina cogidos de la mano. Ruth me mira con preocupación cuando ve mis ojos seguramente hinchados y enrojecidos, pero esboza una sonrisa al ver nuestras manos entrelazadas.

—¿Todo arreglado? —se atreve a preguntar Daniel.

—Lo más gordo, sí —responde Samuel—, aunque tendré que hablar con Evangeline para que me explique por qué ha hecho creer a Nadia que estaba conmigo si en realidad estaba con mi hermano.

—Hijo, pero qué corto eres a veces... —le suelta Ruth tranquilamente—.

¿Por qué va a ser? Porque habrá pensado que podía joderos un poco más con el malentendido... Después de todo parece ser que Nadia no es la única que actúa por despecho ¿no?

—Lo que no entiendo es que se haya acostado con Elías así de buenas a primeras —comenta Daniel desconcertado.

—Habrá pensado que mejor otro Harrison que nada —responde Ruth encogiéndose de hombros—. O puede que haya ido a buscar a Samuel y haya pensado que Nadia creería exactamente lo que ha creído al oírlos.

—Me dijiste que tu hermano se estaba mudando —me excuso mirando a Samuel.

—Pero también te dije que aún no se había ido del todo.

—Ni me he planteado la posibilidad de que no fueras tú —murmuro apenada.

—Ya lo sé. Pero no voy a reñirte otra vez porque es evidente que ya lo has pasado bastante mal por hoy

Se gira hacia mi amiga y le pregunta en tono casual, como tratando de relajar la tensión:

— Ruth, ¿tienes Coca-Cola sin cafeína?

—Claro. ¿Dos?

—Sí, por favor.

Una hora y un par de Coca-colas después, nos hemos calmado lo suficiente como para irnos a casa. Samuel me acompaña hasta mi coche y antes de marcharse a por el suyo, se planta frente a mí y coge mi cara entre sus manos.

—Vamos directos a casa ¿vale? Pasaré por mi apartamento y hablaré con mi hermano. Y luego paso a tu casa. No quiero que te comas la cabeza ni que pienses nada raro mientras yo no regrese ¿entendido?

Asiento obedientemente y me premia con un beso tierno y mimoso.

—Conduce con cuidado, gatita. Nos vemos en un rato. Puedes ir preparando la cena, si quieres.

—¿Te quedas a cenar conmigo?

—A cenar y a dormir. Y puede que no consigas echarme nunca más.

Sonríó mientras se marcha caminando a paso ligero, volviéndose solo una vez para guiñarme un ojo.

Estoy tan feliz que podría morirme ahora mismo de alegría.

Conduzco hasta casa y llego antes que Samuel. El Seat León blanco que presumiblemente era de Evangeline no está en el exterior, y el Pathfinder negro tampoco está en su plaza, así que ninguno de los dos está allí.

Me pregunto cuándo hablará con ella y qué le dirá. Ahora mismo es mejor que no me la encuentre porque sería capaz de arrancarle su rubia melena a tirones, por zorra. Me la ha jugado pero bien.

Entro en casa y me cambio de ropa para ponerme a hacer la cena. Saco una lasaña del congelador y preparo una ensalada, y entonces oigo voces en el apartamento de Samuel. Está discutiendo con su hermano, otra vez.

Me concentro en poner la mesa y prepararlo todo para cuando venga, mientras trato de no pensar en lo que se estarán diciendo. Desde que Samuel me dijo que Elías podía ser agresivo me preocupa que se puedan enzarzar en una pelea.

Por suerte poco después suena el timbre de la puerta y él entra sin signos aparentes de que hayan llegado a las manos. Su gesto todavía es de irritación pero se suaviza cuando me mira.

—Evangeline vino buscándome y acabó decidiendo que él también le valía, por lo que se ve. Elías no sabía que hubieras hablado con ella en la terraza.

—¿La has llamado?

—Aun no. Creo que hablaré con ella mañana. Hoy estoy demasiado cansado.

Asiento aunque me inquieta pensar en lo que esa arpía pueda contarle. La creo capaz de cualquier cosa, pero por una vez, tengo que confiar en él. Ya me he equivocado demasiadas veces.

Se sienta a la mesa y comemos casi en silencio, aunque nos miramos continuamente. Y acabo sorprendiéndome de la cantidad de cosas que puede

decir una mirada. El apartamento se llena de promesas de fidelidad, de confianza y de amor eterno. Y si no eterno, por lo menos tan fuerte como para atreverse a enfrentarse a los contratiempos día tras día. Seguramente con eso es suficiente. Como bien dice Samuel, no hay garantías, pero le conozco.

Y eso me basta.

Recogemos la mesa entre los dos, y fregamos los cacharros codo con codo. Nada más acabar, mi amor me rodea con sus brazos y me empuja contra la pared sin miramientos.

—Ahora vas a pagarme muy cara tu desconfianza, gatita.

—¿En serio? —me defiende bromeando—. Mira por donde yo pienso que debería cobrarme tu nula intuición con tu querida Evangeline, que ha resultado ser más arpía que yo, si cabe.

Se ríe y me da un beso breve.

—*Touché*. Creo que estamos en paz, entonces.

—¿Podríamos celebrar eso? Me muero de ganas.

Me retira un mechón de pelo llevándolo detrás de mi oreja y me besa el cuello suavemente riendo por lo bajo.

—Dios, sí. Estoy harto de peleas..., quiero una reconciliación en condiciones.

Le miro con picardía y tiro de él hacia la cama.

—Pide por esa boquita, ojazos.

Me mira con adoración y se tumba sobre mí aún con la ropa puesta. Me besa la barbilla y sigue trazando un camino que alterna besos y mordisquitos por mi mandíbula y mi cuello. Lleva las manos al bajo de mi camiseta y tira de ella para sacármela. Después hace otro tanto con los pantalones y me deja en ropa interior. Le desabrocho con impaciencia los botones de la camisa y antes incluso de que pueda quitarle los pantalones, lo tengo de nuevo encima de mí haciéndome arrumacos. Entonces se incorpora un poco y me besa profundamente antes de susurrar:

—Voy a hacerte el amor exactamente como la primera vez, en aquella habitación de hotel. Y después de eso vamos a aprender de nuestros errores y

a empezar de nuevo ¿te parece, gatita? Sin miedos ni desconfianzas.

Asiento con fervor, pero se me escapa una sonrisa inmediatamente después.

—¿Te acuerdas de cómo lo hiciste aquella noche?

—Con pelos y señales. Ahora mismo te lo demuestro.

Se arrodilla y me baja los tirantes del sujetador para lamerme con suavidad los pezones. Me estremezco muerta de anhelo y sonrío cuando lleva su mano a mi entrepierna, para luego besarme tan a conciencia que parezco flotar.

Sí, sin duda se acuerda de aquella noche, tanto o más que yo. Y me entrego con entusiasmo a ese "nuevo comienzo" que me ha propuesto.

El definitivo, porque esta vez va en serio.

Por si le quedaran dudas, cuando se coloca en posición, de rodillas frente a mí, y tira de mi cuerpo para penetrarme lentamente, le miro a los ojos y le digo con total convicción.

—Te quiero, Samuel. Te quiero con locura.

Sonríe mientras se clava en mí hasta el fondo.

—Yo también te quiero, preciosa.

—Prometo no estropearlo por la mañana.

—Y yo prometo hacer oídos sordos si a pesar de todo, empiezas a decir tonterías.

EPÍLOGO

—Cuídate mucho, cariño. Y ten cuidado.

—Mamá, no me voy a la selva amazónica... Me voy a Londres.

—Pero es que te voy a echar tanto de menos...

—Ya lo sé, yo también a vosotros.

Le doy un último abrazo a mi madre mientras Samuel y mi padre se despiden con un apretón de manos y Candela se me echa encima para darme otro besazo de los suyos. Qué exagerados son todos, cualquiera diría que nos vamos al otro extremo del mundo para el resto de nuestra vida. Si solo nos vamos a Londres a pasar la Navidad.

—¡Hasta el sábado! —les grito ya desde el otro lado del arco de seguridad del aeropuerto.

Vamos a estar fuera menos de una semana, pero en estas fechas, se me hace muy cuesta arriba alejarme de ellos. Samuel me pasa el brazo por los hombros y me estrecha contra sí.

—Venga, que si los vuelves a mirar te vas a echar a llorar como una Magdalena...

Inspiro hondo para evitar precisamente eso. Es la primera vez que voy a pasar la Navidad fuera de casa, y les voy a echar de menos, supongo que es inevitable.

Ruth y Daniel se unen a nosotros, y la loca de mi amiga se cuelga de mi brazo.

—¿No me digas que no estás emocionada? ¿Y atacada de los nervios? Dime que sí, por favor.

—Sí. Seguramente más que tú. Tú solo vas a conocer a los padres de Daniel y a su hermano. Yo me voy a enfrentar a familia de Samuel al completo.

—Pero tú les conoces.

—Con los años que hace que no veo a la mayoría de ellos, no sé si eso

cuenta.

Ocupamos nuestros asientos, y Samuel me coge la mano para tratar de tranquilizarme. Aunque hace ya más de un año que estamos juntos, y este verano estuvimos unos días con su madre en Oporto, aún no conozco a la familia de su hermana Annabel. Y a Soraya tampoco la he visto desde que éramos niñas. La Navidad pasada, nuestra primera Navidad juntos, la pasamos en Madrid, pero hace unos meses su madre regresó a Londres con Elías, que finalmente parece que está venciendo su adicción al alcohol, y toda la familia se va a reunir allí.

—Todo irá bien, no tienes por qué estar nerviosa. Además, les conoces de siempre, y te adoran.

Le sonrío agradeciéndole su gesto. Siempre tiene la palabra justa, la que logra calmar mis nervios. Y cuando me coge la mano, definitivamente no puedo tenerle miedo a nada.

—Lo sé. ¿Va a venir al final la hija de Elías?

—Sí, mi madre me dijo ayer que consiguió convencer a Evelyn de que la deje cenar con nosotros esta noche.

—¿Crees que Elías está curado?

—Bueno, es pronto para eso, pero lleva meses sin probar una gota de alcohol y ha conseguido un empleo. Es un comienzo.

Apenas unas horas después estamos instalados en la antigua casa de los abuelos de Samuel en el centro de Londres. Es una casa enorme y hay sitio para todos.

Me giro en redondo admirando la que durante años fue su habitación. Es amplia y luminosa, y está llena de revistas deportivas y de coches, libros de diversos géneros y algún que otro póster de su equipo de fútbol. Hace años que cambió su cama individual de la época de estudiante por una de matrimonio, y su madre ni siquiera se ha planteado la posibilidad de que yo duerma en otra habitación.

Mi suegra es la caña, todo hay que decirlo.

—Deberíamos marcharnos, Daniel y Ruth nos estarán esperando ya.

Salimos juntos de su casa para encontrarnos con nuestros mejores amigos, que también han venido a pasar la Navidad con la familia de Daniel. Ruth estaba aterrorizada, y de hecho a Daniel le costó horrores convencerla. Creo que si ha venido, es porque yo venía también.

Cuando entramos en el café en el que hemos quedado, les veo enseguida. Están hablando animadamente en una mesa casi en el centro del local, y Ruth está tan emocionada que sus ojos brillan como diamantes mientras le sonríe a Daniel con adoración.

—¿Qué tal ha ido todo? —le pregunto burlándome de los días de histeria que ha pasado últimamente.

—¡Genial! —me responde feliz—. Me adoran. Y son encantadores también.

—¿Tenías alguna duda de que te los meterías en el bolsillo en cinco minutos, preciosa? —le pregunta Daniel divertido.

—Ninguna, rubio. Pero ya sabes..., el mal rato es inevitable, supongo.

Pese a su aire de desenvoltura, todos sabemos que estaba nerviosísima. Para ella era tan importante que la familia de Daniel la aceptara que llevaba días durmiendo fatal.

Se toca el colgante que lleva al cuello, y veo a Daniel sonreír. Siempre hace eso cuando está nerviosa.

Él se lleva la mano también al cuello y agarra su propio colgante. Fue un regalo de Ruth la Navidad pasada. Es una cadenita de titanio con un pequeño candado, al más puro estilo Sid Vicious. Yo siempre supe que Ruth le acabaría regalando a un hombre algo así. Pero la llave que lleva enganchada en el cierre el candado de Daniel es de oro. Es la llave del candado que lleva Ruth.

El colgante de ella es igual, pero de oro, obviamente. Y ella lleva la llave de titanio del colgante de él.

Es un detalle tan romántico que me pongo blandengue cuando lo veo. Ella le compró la cadena en Navidad y él le regaló otra prácticamente igual en Reyes. Y ninguno de los dos tuvo inconveniente en colgarse la cadena al cuello.

Están pillados hasta las trancas, como dice Ruth. Y son posesivos como ellos solos. Les encanta dejar claro que se pertenecen.

Samuel pide nuestros cafés y nos sentamos los cuatro a la mesa. Ruth me pregunta por la familia de Samuel. Hemos comido con Elías, con su madre y con Soraya. Annabel llegaba esta tarde. Lo cierto es que Soraya me ha sorprendido un poco. Era una niña muy modosita de esas que nunca se ensucian y jamás juegan a nada remotamente peligroso. Ahora vive en Ibiza trabajando de guía turística y se acaba de echar un novio francés de origen árabe. Desde luego la familia Harrison parece las Naciones Unidas.

Cuando más entretenidos estamos con nuestra charla, Samuel se pone tenso. Sigo su mirada y veo a Soraya acercarse a nosotros.

Y viene con Evangeline. No me lo puedo creer.

Miro de reojo a Samuel y me mira como si se excusara. Creo que no le ha contado a su hermana lo que pasó entre ella, Samuel y yo. Bueno, y Elías, que también tuvo su papel en el asunto. Las dos llegan hasta nuestra mesa y compruebo que ella tampoco le ha dicho nada a mi cuñada.

Pone cara de póquer, pero diría que está aterrorizada.

Y hace bien, porque Ruth y yo la despellejaríamos con gusto. Y sin anestesia.

Daniel y Samuel la miran desconcertados, pero Soraya se acerca a nosotros y saluda a Daniel con espontaneidad.

—¡Daniel! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué tal? ¡Te veo genial! Tú debes de ser Ruth—le dice a mi amiga con su sonrisa más sincera—. Yo soy Soraya, la hermana de Samuel.

Ruth le devuelve la sonrisa y la saluda con dos besos.

—La misma. Encantada de conocerte, Soraya.

—Mirad quién ha venido también a pasar la Navidad en casa.

Los cuatro miramos a la rubia con tanta frialdad que Soraya se da cuenta de que se ha perdido algo.

Evangeline esboza una sonrisa insegura y saluda escuetamente.

—Hola.

Sé que Samuel no ha vuelto a tener ningún contacto con ella, aunque al principio ella le llamó un par de veces. Hasta donde sabemos, sigue viviendo

en Madrid, pero parece que el destino ha decidido por fin darnos un poco de tregua y en el último año no nos hemos encontrado con ella más de tres o cuatro veces. Y nunca hemos tenido necesidad de cruzar ni media palabra.

Samuel coge mi mano por debajo de la mesa, y el gesto me reconforta lo indecible. La miro directamente a los ojos, para que vea que no me preocupa lo más mínimo liar una bronca aquí mismo si me tira de la lengua. Le tengo muchas ganas. Pero muchas. Le debo una.

En el fondo sigo siendo un poco rencorosa, qué le voy a hacer.

—Soraya, nos encantaría que te tomaras algo con nosotros, pero Evangeline no es bien recibida en esta mesa —dice Samuel completamente serio.

Mi cuñada se queda alucinada mirándonos a los cinco.

—¿Y eso por qué? —pregunta sin malicia.

—Anda, Evangeline, cuéntaselo —le digo yo apretando la mano de Samuel—. ¿No me digas que no se lo has dicho?

—¿Qué tiene que decirme? —pregunta Soraya mirando ahora a su amiga con recelo.

—A Nadia no le caigo bien —responde ella tratando de eludir la pregunta.

—Te has quedado muy corta —le digo con desprecio—. No es que no me caigas bien. Es que, como te dije la última vez que hablamos, pienso que eres una hija de puta. De la peor calaña. Y si ahora mismo no te hago una cara nueva es porque tengo las manos ocupadas.

Levanto la mano que tengo entrelazada con la de Samuel por debajo de la mesa.

Ruth se ríe sin apenas molestarse en disimular, y por un momento creo que Evangeline va a decir algo. Pero entonces mi amiga puntualiza con malicia.

—Yo no tengo las manos ocupadas.

—Contigo no tengo nada pendiente, que yo sepa —se defiende Evangeline.

—Te equivocas, zorra. Lo que le duele a ella, me duele a mí.

Soraya mira a su hermano, a su amiga y otra vez a su hermano.

—Samuel, ¿qué está pasando aquí? Creía que vosotros erais amigos.

—Lo éramos.

—¿Evangeline? —le pregunta a su amiga.

La aludida se pone nerviosa y decide que mejor pone tierra de por medio.

—Mira, Soraya, yo mejor me voy.

—No, espera —le digo yo, envalentonada por su inseguridad—. Respóndeme primero a una cosa: ¿Te acostaste con Elías para hacerme creer que era Samuel, o solo tuviste la suerte de que yo estuviera allí y sacara conclusiones equivocadas?

Soraya se gira hacia ella completamente sorprendida.

—¿Te acostaste con mi hermano Elías?

Evangeline no responde. Solo me mira con odio manifiesto.

—Nadia y yo nos habíamos peleado y ella le hizo creer que se había acostado conmigo en lugar de con Elías —le aclara Samuel.

—Yo no dije que fueras tú —se excusa ella.

—Pero me lo diste a entender —la ataco yo—. Estabas en su casa. Sabías que era eso lo que yo pensaría.

—Si eres así de tonta, no es culpa mía.

Ruth y yo nos levantamos como movidas por un resorte y Daniel y Samuel se levantan a la vez para sujetarnos. Si acabamos detenidas el día de Nochebuena la que liamos es parda. Soraya se gira hacia su amiga y la empuja hacia la calle.

—Fuera. Ahora mismo me explicas de qué va todo esto.

Se la lleva a rastras y Ruth y yo nos quedamos resoplando como miuras con los ojos fijos en la puerta de la calle. Daniel y Samuel consiguen sentarnos al cabo de unos segundos.

—No merece la pena, Nadia —me dice mi amor con suavidad—. Es contigo con quien estoy, no con ella. Es a ti a quien quiero.

Asiento poco a poco y consigo tranquilizarme. Todavía me duele el alma cuando recuerdo aquella tarde fatídica. Y nunca podré agradecerle lo suficiente a Samuel que no se enfadara aún más conmigo por haber pensado

que era capaz de hacerme algo así solo por despecho.

—Ya está, cariño. Olvídate de ella.

—Lo siento. Me disculparé con tu hermana cuando volvamos a casa

Pero Soraya regresa poco después. Se encara con su hermano sin rodeos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué querías que te dijera? ¿Que tu mejor amiga se había acostado con Elías para putear a mi novia porque yo la rechacé?

—Yo sabía que le gustabas pero... joder, hay que ser muy mala persona para hacer algo así...

—Y muy idiota para creer que era Samuel, en eso tiene razón —murmuro yo.

—Nena, ya hemos hablado eso... Te equivocaste, no le des más vueltas.

—Lo siento, Soraya —le digo con sinceridad.

—Bueno, entiendo que sientes haberme hecho sentir una tonta también, por no saber de qué era capaz Evangeline. No deberías sentir lo que le has dicho. Si hubiera sido yo, probablemente le habría cruzado la cara.

Me arranca una risa espontánea. La niña modosita no deja de sorprenderme.

Pasado el mal rato, se toma un café con nosotros y volvemos a casa.

Annabel y su familia han llegado ya, y María, mi suegra, está preparando la mesa para la cena. Rocco, el marido de Annabel, es un italiano resultón y zalamero, que por suerte chapurrea bastante español. Los niños, Max, e Isabella, son casi preadolescentes. Hannah, la hija de Elías, es un año menor que Isabella y las dos primas se sientan juntas y se ponen a charlar enseguida, como si no llevaran más de un año sin verse, por lo que yo sé.

La cena transcurre en un ambiente alegre y relajado. Eso sí, no hay vino, ni champán, ni nada de alcohol. Elías lleva meses sin probar ni una gota y los demás no tenemos problemas en beber refrescos, mosto o cervezas sin alcohol, para facilitarle las cosas. No es que de pronto sea un padre, un hijo, o un hermano modelo, pero ha cambiado mucho, y todos le reconocemos ese esfuerzo.

Bien entrada la noche, dejamos la charla y las partidas de cartas en el salón y nos retiramos a la habitación. Todavía hay algunos que se quedan un rato más.

Samuel cierra la puerta y me mira como si fuera la primera vez que me ve.

—Mi madre te adora, ¿te das cuenta?

—Bueno, es lo justo, supongo. La mía también te adora a ti.

Se acerca a mí lentamente y me rodea con sus brazos rozándome el cuello mimosamente con la punta de la nariz, embriagándose con mi perfume. Me agarro a su cintura y me pego a él disfrutando de su proximidad, de su calor y del efecto que causa en mí.

—¿Sabes en qué llevo pensando toda la noche? —susurra con voz ronca.

Sonrío con malicia. Claro que lo sé.

—En qué clase de ropa interior llevo debajo del vestido.

Se ríe con suavidad.

—Me conoces demasiado bien.

—A veces eres muy previsible.

—¿Ah, sí? —murmura perezosamente.

—Sí.

—No sé... Dime si habías previsto algo como esto.

Le miro sin comprender y le veo sacar una cajita del bolsillo interior de su chaqueta sin apenas separarse de mí. Parpadeo sin dar crédito a lo que veo.

—Estás de coña.

—En absoluto.

El corazón me late como loco. Sé lo que es. Creo que lo sé, vamos. Pero no sé si creérmelo. Por si acaso, le taneo.

—¿Es mi regalo de Navidad?

—No.

—¿Entonces?

Pone la cajita en mi mano y la abre hacia mí sin dejar de mirarme a los ojos,

—Es tu regalo de compromiso, si quieres hacerme el honor de convertirme en la señora Harrison.

El anillo es tan brillante y tan hermoso que los ojos se me llenan de lágrimas. Es una alianza de oro blanco con un diamante. Sencillo y elegante, pero al mismo tiempo, espectacular.

Samuel carraspea mientras yo sigo mirando la cajita, haciendo un esfuerzo inmenso por no echarme a llorar de la emoción.

—Dime algo, gatita, me estoy poniendo nervioso.

Le acaricio la mejilla y me echo a reír como una idiota.

—¡Sí!

—¿Sí?

—¡Sí, quiero ser la señora Harrison!

Me coge en volandas y me hace girar mientras me abraza con fuerza, estrechándome contra él. De milagro no se me cae la cajita con el anillo a causa del arrebató de felicidad.

Cuando me pone en el suelo me besa tan profundamente y con tanta pasión que si las rodillas aún me sostienen es solo porque me apoyo en él. Me muerde la boca con suavidad antes de apartarse de mí, y mis labios se quedan inflamados, calientes y necesitados de más besos. Necesitados de él. Nunca tengo suficiente de él, y menos cuando hace ese tipo de cosas. Le adoro, no lo puedo evitar.

Saca el anillo de la cajita y me lo coloca en el dedo con suavidad.

—Entonces ¿te casarás conmigo?

—Sí, me casaré contigo —repito, riendo.

—Te quiero, gatita.

—Yo también te quiero, ojazos.

Nos levantamos tardísimo por la mañana, después de pasar buena parte de la noche celebrando nuestro compromiso de todas las formas imaginables. Y

cuando bajamos a desayunar, casi a la hora del almuerzo, mi suegra no tarda ni cinco minutos en reparar en mi anillo.

El escándalo que se forma es tremendo. Todos gritan, ríen y nos abrazan a Samuel y a mí.

Mi madre me matará cuando se entere de que todos lo han sabido antes que ella. Tengo que llamarla inmediatamente y contárselo.

Por supuesto, esa misma tarde se enteran las otras personas más importantes en nuestra vida: nuestros amigos, Daniel y Ruth. Cuando nos juntamos Ruth ya me mira como si se esperara algo.

—Esa cara que tienes es de "te vas a caer muerta cuando te lo cuente".

Sonrío y me limito a enseñarle el anillo.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Joder, joder, qué fuerte! ¡Es precioso, Nadia!

—¿A que sí?

Daniel sonrío y felicita a Samuel con una palmada en el hombro. Después me abraza y me da un par de besos espontáneos.

—Felicidades, Nadia. Es un buen tipo, créeme.

Samuel se ríe.

—Con el tiempo que ha tardado en creermme a mí, igual te crees que tu opinión le va a servir de algo de buenas a primeras...

—No seas malo, Samuel —le reprendo.

—No soy perfecto —se excusa medio en broma mientras se encoge de hombros.

—Ni falta que hace, yo tampoco lo soy.

—Pero te quiero como eres —añade sonriendo.

—Y yo a ti.

Ruth pone los ojos en blanco mientras Samuel me rodea con sus brazos y me atrae hacia sí para besarme. No somos perfectos y nos ha costado mucho

aceptarnos y querernos tal y como somos, pero lo hemos logrado. Y sé que ni ahora ni nunca, encontraré a nadie que me quiera como él.

Mi sexy vecino.

Mi mejor amigo.

Mi primer amor.

El hombre al que el destino me unió, aunque fuera a base de empujones.